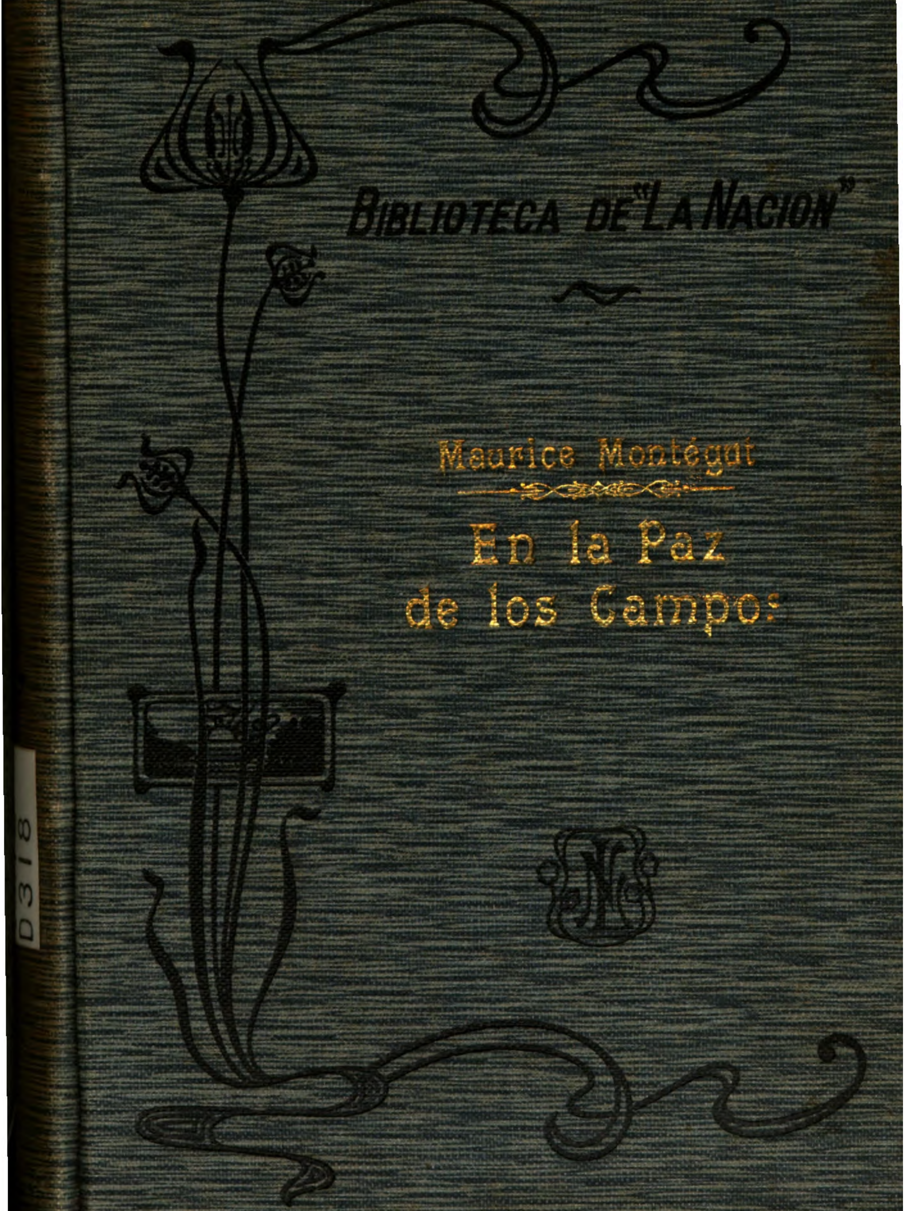
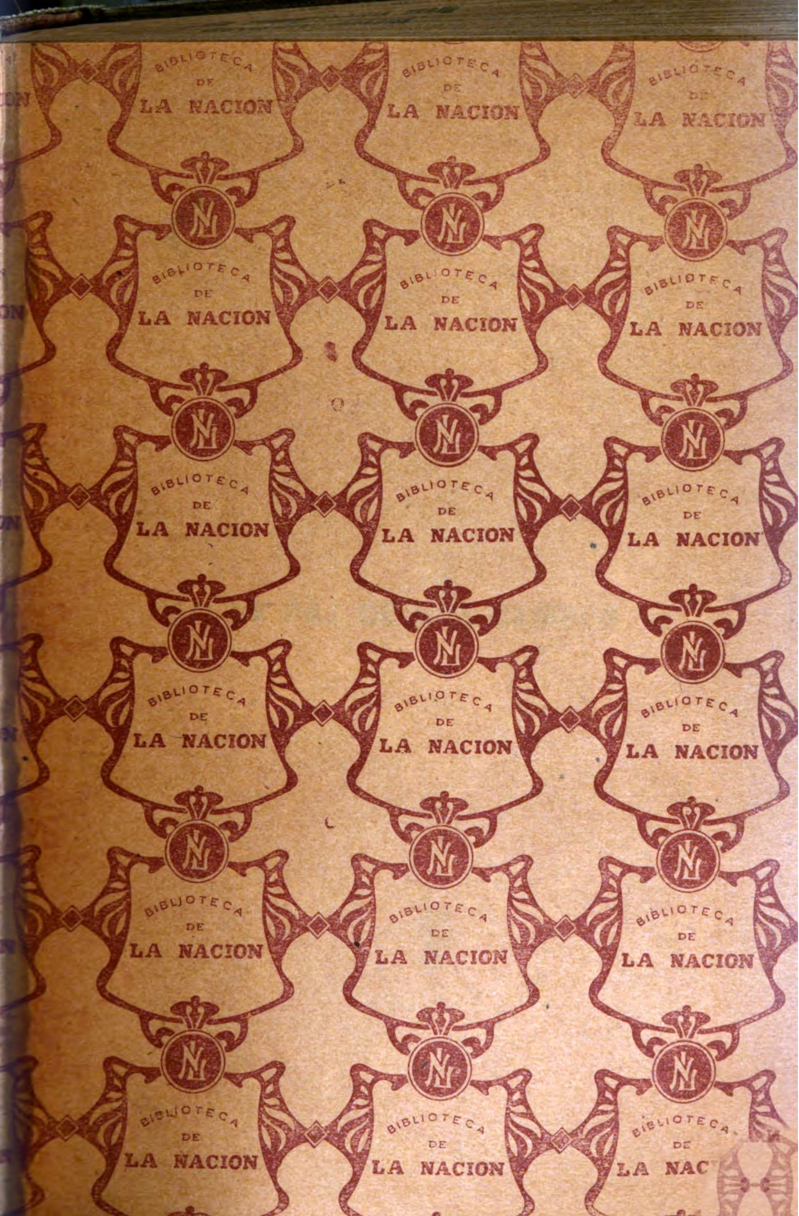


BIBLIOTECA DE "LA NACION"
Maurice Montégut
En la Paz
de los Campos


BIBLIOTECA
DE
LA NACION
984


BIBLIOTECA
DE
LA NACION

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS



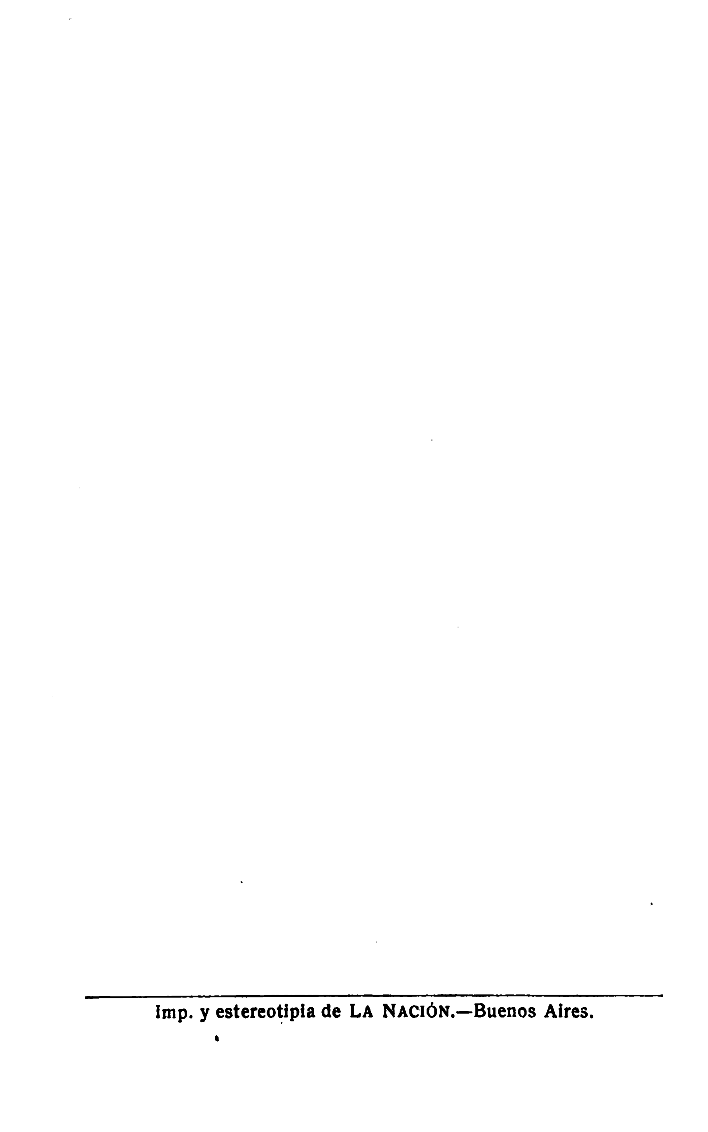
BIBLIOTECA DE «LA NACION»

MAURICE MONTÉGUT

En la Paz de los Campos



BUENOS AIRES
1909



Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

«La idea es más real que el hecho.»
AMIEL.

I

El día en que el conde Juan de Valroy se casó con Antonieta de Reteuil, su guarda de monte, Regino Garnache, se casaba también con Berta Minou.

Ambas bodas se celebraron juntas, aunque á cierta distancia, como conviene entre amos y criados.

Pero, por la noche, Berta y Regino fueron admitidos á un extremo de la mesa del castillo, pues era Berta hermana de leche y doncella de Antonieta, y Regino el último descendiente de una raza fiel y que había padecido por sus amos. Juan de Valroy, por otra parte, tenía el corazón en la mano, no tenía pizca de orgullo y prefería ser amado á ser temido.

A eso de las doce de la noche, el conde Juan dió un golpecito en el hombro á Regino:

—Ahora, amigo, es preciso que dentro de nueve meses tengamos cada uno un heredero. Berta será la nodriza de los dos, como está convenido; es bastante robusta para ello.

Regino aprobó con una risa ruidosa.

Reteuil y Valroy, encaramados el uno y el otro en una altura, pero separados por el valle, los bosques y un mar de árboles, eran dos castillos sin leyenda, edificados en la misma época y con el mismo estilo en el siglo XVIII, principio de Luis XV, por la fantasía de un propietario á quien gustaba, sin duda, ver apuntar la aurora, sin desdeñar las puestas de sol en el confín del horizonte; un Valroy que era hombre de negocios y de agio, amigo de Law y bastante hábil para separarse de él á tiempo, quedándose enormemente rico. Era el grande hombre de la familia.

A vuelo de pájaro estaban los dos castillos bastante próximos para que fuera fácil llamarse y responderse con los sonidos de la trompa, melancólicos en los grandes crepúsculos. Pero para ir del uno al otro había que recorrer un buen trozo de camino. Era preciso atravesar la selva y el río, pasar de un departamento á otro, del Oise al Aisne, y pasar á mitad de camino por Caille, florido caserío; todo lo cual exigía una hora de viaje.

Alrededor de Valroy había quince ó veinte chozas diseminadas, ocupadas la mayor parte por domésticos y obreros del castillo, jardineros, cocheros y palafreneros, y otras albergaban á vagos proveedores: el panadero, el carnicero y el tendero de comestibles, que tenía también taberna; pero sólo el pabellón del guarda, en la linde del bosque, tenía alguna apariencia.

Los Garnache vivían allí de padres á hijos, no sabían ellos mismos desde cuántas generaciones; y esta herencia de la función hacía el elogio de aquella gente. También de padres á hijos, se habían continuado parecidos física y moralmente. Plácidamente resueltos, teniendo todo el bosque á la vista y sin ver nada fuera del dominio, aquellos mocetones de anchos hom-

bros paseaban todo el día, y á veces por la noche, su activa vigilancia por las espesuras y las malezas ; y si algún cazador furtivo hubiera resucitado después de siglo y medio y hubiera tenido la mala suerte de caer en poder del guarda actual, no hubiera dejado de exclamar con gran sorpresa y no menos terror :

—¡ Calla !... ¡ Garnache sigue ahí !

El Garnache de aquel rincón de tierra era un personaje eterno. Así, pues, sus relaciones con los habitantes eran pacíficas, pero los forasteros que caían en falta no obtenían gracia.

Los Garnache eran inflexibles, intrépidos, leales y sin mala intención. Encima de la gran chimenea de su sala había tres reliquias : un mosquete, un fusil de chispa y otro de pistón, armas temibles en otro tiempo, que se habían paseado al hombro de los viejos en épocas sucesivas ; y alguna encina torcida y resquebrajada de la espesura hubiera podido reconocerlas por haberlas visto relucir al sol de nuevas en los días remotos en que ella salía de la tierra. Era toda la historia de aquella raza pegada al suelo, que no cultivaba ; de aquellos desinteresados guardianes del bien ajeno, del que eran más celosos que de su propia piel, arriesgada en mil encuentros.

Entre el último Valroy y el último Garnache, entre Juan y Regino, existía, además, un sentimiento más estrecho. Aquellos dos hombres criados juntos, en el mismo aire libre, de la misma edad é hijos de la misma tierra, se estimaban y se querían cada uno en su puesto y á su modo.

Por otra parte, se parecían. Silbaban á los perros de la misma manera y algunas veces los animales se engañaban. Tenían bigotes largos y bermejos casi iguales, y ojos azules muy parecidos, tranquilos y de una fijeza acariciadora. Y, como eran de igual estatura,

los campesinos los tomaban de lejos el uno por el otro. El conde Juan se reía.

—Si alguna vez vuelve el Terror, subirás al cadalso en mi lugar, Regino.

—Con gusto, señor Conde—respondía invariablemente el guarda,—y los más listos no verán el cambio.

Entre Antonieta y Berta, las afinidades eran menores y los sentimientos más complicados. Ciertamente, Antonieta era linda con su delicadeza casi enfermiza, su tez rubia pálida y su gracia atávica ; pero Berta era hermosa, morena, esbelta y fuerte, con unos ojos negros voluntariosos en ciertas ocasiones y fugitivos en otras. Había vivido siempre en Reteuil, como criadita privilegiada, muy poco sirvienta, muy querida por todos, muy libre y muy familiar.

Acompañaba con frecuencia á su señorita en sus visitas á los castillos próximos, donde era acogida sin desdén á causa de su linda cara y de su alegre juventud que parecía tan franca. Aquella existencia en una sociedad que no era la suya habíale hecho bastante daño, pues, sin ser real y conscientemente envidiosa, había pensado á veces mirando á Antonieta :

«Valgo, por lo menos, tanto como ella, ¿por qué ella lo tiene todo y yo nada?»

Pero después se arrepentía y se dejaba llevar á locuras de ternura y de adhesión. Y en todas partes se decía :

—¡Qué buena muchacha!

Su matrimonio separó á las dos jóvenes por primera vez en su vida y de una manera absoluta. Las dos salieron de Reteuil ; la una para ir á Valroy y la otra para ir al pabellón del guarda de monte. Ni la una ni la otra manifestaron, en verdad, una alegría exuberante en su nueva condición. Berta permaneció grave y Antonieta melancólica.

En aquellas dos almas había un secreto, únicamente personal en la sirvienta y familiar en la noble dama. Y si alguien hubiera sabido la única razón que tuvo Berta para casarse con Regino, se hubiera explicado la tristeza de su corazón; le había aceptado por desesperación, porque se parecía á Juan de Valroy. Así era.

Hacía años, casi desde la infancia, en el silencio, en el misterio, había consagrado al joven Conde una admiración fanática, que pronto se cambiaba fatalmente en ternura, y esta ternura, oculta, comprimida y exasperada por la misma violencia, se convirtió en pasión en cuanto Berta fué mujer.

Tenía un recuerdo que le quemaba la boca. Un día, cuando ella tenía quince años y el conde Juan apenas veinte, éste la encontró en un corredor obscuro del castillo de Reteuil, y, bruscamente, la cogió por el talle y la besó. Juego de señor y vasalla, sin duda, y nada más. ¿Quién sabe?

Juan se echó á correr riéndose; pero ella se quedó pálida, confusa, furiosa y encantada.

Después la trató siempre con ruda amabilidad; pero ligeramente, sin pasar adelante. Por otra parte, en aquella época se hizo Juan novio oficial de la señorita Antonieta y había pasado la hora de bromear con las muchachas en los pasillos.

Pero Berta no había olvidado. Aquel beso en la sombra era el punto luminoso de su vida. Acaso lamentaba que aquella comunión hubiera sido incompleta, dejándola á la vez animada y descontenta.

Cuando el conde Juan hizo la corte á su señorita, Berta los detestó en seguida á los dos, y á ese odio equívoco fué adonde vinieron á parar una amistad y un amor de la infancia.

A pesar de todo, poco lógica y contradictoria como

todas las mujeres, Berta escogió á Garnache á causa de su alta estatura, de sus ojos azules y de sus bigotes bermejos, que recordaban la estatura, los ojos y el bigote del héroe de sus sueños; pero su consentimiento no fué más que condescendencia; se concedió, se dió como una gracia, y pensó de seguro que hacía un casamiento desigual.

La preocupación que la noble Antonieta llevaba en el corazón tenía un origen más personal y causas más trágicas. Hacía dos generaciones que los Reteuil varones acababan mal; el abuelo y el padre de Antonieta, por causas diversas, se habían suicidado á los cuarenta años.

El primero resueltamente, como soldado que era. Complicado en una conspiración bonapartista, hacia 1820, bajo el terror blanco, el coronel de reemplazo se saltó la tapa de los sesos delante de los gendarmes que iban á prenderle. En la familia se supuso, por varias razones, y la cosa no dejaba de ser verosímil, que los gendarmes le habían matado porque se defendía. Pero era falso.

El segundo, treinta y cinco años después, bajo el segundo Imperio. Aunque el recuerdo de su padre, asesinado por los Borbones, le había valido el favor del sobrino de su tío, y era rico, considerado y no tenía nada que desear, á causa de esto mismo se le ocurrió una mañana que la vida era estúpida é insoportable, cayó en la melancolía y, en un acceso de locura, según se dijo, se tiró por la ventana más alta de su castillo.

Se mató en el acto y dejó una mujer de alma ligera, que se consoló muy pronto, y una hija, Antonieta, que sólo tenía tres años y, como apenas le conocía, no tardó en olvidarle.

Más adelante se volvió á acordar de él, cuando hu-

biera hecho mejor en permanecer extraña á aquel pasado doloroso.

Hacia los dieciséis años resolvió tontamente estudiar la historа de sus ascendientes, que se le tenía oculta, y pronto descubrió aquella lúgubre repetición de suicidios de sus parientes más próximos.

Como era Antonieta, por su naturaleza, nerviosa, preocupada y mal sentada en la existencia, resultó aterrada. La sangre vertida por dos veces en las losas de Réteuil era la que corría por sus venas; le pareció que pesaba sobre su raza un destino ineluctable y que, si ella escapaba á él por ser mujer, los hijos que nacieran de ella estarían fatalmente condenados. Juró entonces permanecer soltera; pero, desconfiando de su madre, que seguía haciendo alegre vida, ocultó sus pensamientos y sus decisiones y guardó el secreto de su espanto.

Pero era tal secreto muy pesado para tan débil criatura y su salud se alteró... «Es el crecimiento,» se dijo. «Es que se hace mujer,» afirmaron otros.

Se hacía mujer, sí, pero una mujer triste: Crecía, es posible, pero era en desolación y en amargura.

Berta, que crecía en plena salud, la despreciaba y se indignaba, al verla tan pálida, de que aquella joven colmada de bienes no pareciese ser feliz. Antonieta no juzgó conveniente hacerle confidencias que ella, por otra parte, no hubiera comprendido.

Ahora bien, Berta pensaba: «¿No es una lástima tener semejante cara cuando se es noble y rico y no hay más que querer para ser obedecido?...»

No sabía Berta que si hay, por casualidad, algún mortal exento de preocupaciones, su primer cuidado es creárselas ficticias para suplir á las verdaderas, sin lo cual el tiempo resultaría vacío.

Pero cuando, para colmo de dicha para la una, y de

despecho para la otra, á Juan de Valroy se le ocurrió hacer el amor á la heredera de Reteuil, Berta se quedó escandalizada hasta la cólera al ver que no se iluminaba la cara de aquella feliz elegida. Lejos de eso, Antonieta se puso más triste todavía.

Aquella era la prueba esperada y temida. Había que rehusar. Pero el solicitante no era de desdeñar y tenía todas las ventajas deseadas en la tierra; ¿qué motivo dar á la negativa?

Antonieta ganó tiempo, alegó su excesiva juventud y no dijo que sí ni que no; pero su madre aceptó por ella, y Juan tuvo entrada diaria en el castillo.

Por otra parte, los dos se habían conocido siempre, aunque sin intimidad, pero sus relaciones, aun siendo ceremoniosas, no habían dejado de ser frecuentes. No había, pues, que estudiar el personaje, que era conocido antes de entrar en su nuevo papel.

Juan se prestó á todos los aplazamientos y á todos los retrasos de aquella fantasía adorada, que le parecieron escrúpulos de un alma delicada, terrores naturales ante lo desconocido y pudores obligatorios en toda joven castamente educada. No podía adivinar qué horribles y tenebrosos problemas ocultaba Antonieta bajo su estrecha frente y entre aquellas dos cejas ligeramente arqueadas.

Siguió haciéndole la corte, sin dudar del éxito, y se mostró tal cual era, alegre, despreocupado, tierno en ciertos momentos y espiritual en otros; siempre correcto y elegante; inteligencia, acaso, un poco superficial; actitud un poco rebuscada; pero ¿quién es perfecto?

A pesar de todo, pasaron meses y hasta un año sin que Juan obtuviese un *sí* definitivo para la unión que deseaba; y entonces, á su vez, se ensombreció y no ocul-

tó su mal humor; se marchó, volvió á aparecer, tocó á todas las puertas, quiso saber...

Y la pobre Antonieta, ya sin resistencia y cansada de luchar contra su corazón, pues creía amar á aquel robusto buen mozo, se vió reducida una tarde á confesarle la verdad.

Juan la escuchó gravemente, porque ella hablaba llorando. Delante de ellos se levantaba la lívida luna sobre las profundas arboledas. Y Antonieta habló de sus miedos de atavismo, de un porvenir idéntico al pasado y de hijos malditos antes de nacer. En su confesión, se oprimía instintivamente las caderas con las blancas y frágiles manos, como si sintiera ya agitarse y germinar una raza de maníacos desesperados. Su voz vacilante se ahogó en un sollozo:

—Lo he dicho todo; tenga usted piedad de mí.

Juan bajó la cabeza y reflexionó. El silencio era pesado para ellos, sobre todo para Antonieta, que no tenía ya fuerza ni voluntad.

Juan, lentamente, la tranquilizó.

—Sí, he oído hablar de esas historias... Se me ha prevenido varias veces... y no hace aún mucho tiempo...

—¿Lo ve usted?...

—Pero no he hecho caso alguno de esos avisos caritativos... Quiero á usted demasiado... Pero, ante todo, su abuelo de usted... Hay dos versiones: suicidio ó asesinato. Usted elige la primera y yo me atengo á la segunda.

—La segunda es falsa.

—No está probado... Su padre de usted era un enfermo; todo el mundo tiene un enfermo en su familia. En fin, hay otra cosa. Nuestros hijos—palabras dulces de pronunciar—serán Valroy y no Reteuil; y puesto que el atavismo, según usted, sólo afecta á los varones, no hay razón para que le continúe una mujer.

Estando usted indemne, ¿cómo quiere prolongar y propagar el mal?... No veo el peligro.

—¿En conciencia?

—En conciencia. La prueba es que, por centésima vez, le doy á usted la mano... Deme usted la suya; pero, esta vez, es para toda la vida.

Antonieta se la dió.

Al día siguiente se apoderaron de ella otra vez todas sus aprensiones y le pesaba haberse comprometido; pero era tarde para desdecirse y, por otra parte, no se atrevía. No era enérgica más que para sufrir, pero retrocedía ante un acto.

Transcurrieron aún los días mientras se preparaba la boda. Y, mientras tanto, Berta, en un momento de mal humor, «se concedió» á Garnache, deslumbrado por el honor y loco de alegría.

Cuando llegó el gran día, las dos recién casadas aparecieron ante todos los que veían claro, la una pasiva y la otra resignada.

Los maridos fueron los últimos en echarlo de ver. El conde Juan tenía demasiado buena opinión de sí mismo para no creer á la que llegaba á ser su mujer como una criatura superlativamente dichosa; creía haber destruido sus quiméricos terrores y creía que su felicidad debía de ser completa.

Regino era tan esbelto de cuerpo como amazacotado de alma y entendía más de jabalíes que de mujeres. Puesto que Berta le aceptaba por marido era que le gustaba; y desde el momento en que tenía lo que le gustaba, debía de estar contenta y lo estaba seguramente... ¡Y vamos andando!

Nueve meses después, con tres días de intervalo, nació un hijo en el castillo y otro en el pabellón del guarda. El primero por poco mata á su madre; el segundo vino fácilmente. Hubo gran fiesta en la aldea. Se

tiraron petardos y se bebió vino en honor del joven vizconde Jacobo y, un poco también, en el del pequeño José Garnache. Los dos padres brindaron juntos con lágrimas en los ojos y, en aquel momento, perfectamente iguales.

Las madres, cada una por su lado y en su lecho de dolor, pensaban en cosas lejanas, la una hacia adelante y la otra hacia atrás.

Cuando Juan exclamó muy alegre: «¡ Un hijo!» Antonieta, desolada, estuvo para responder: «¡ Ay!» Sus temores se precisaban ya y se condensaban en aquel ser que lloraba en su cuna dorada.

La madre pasaba de un salto por encima de los años y le veía joven extraño, equívoco, preocupado por lo desconocido, visionario. Después, ya hombre, le veía huraño, huyendo de la gente, dominado por ideas de muerte ; monómano del suicidio, le preparaba con gran anticipación, sin tratar de librarse, sabiendo que está condenado y poseído ; sintiéndose presa de una voluntad soberana y de un implacable destino ; yendo á la muerte como al deber, como empujado.

Y ese impulso era ella la que se le había transmitido ; aquella loca carrera hacia la nada formaba parte de las obligaciones de su herencia, y el acto que lo terminaría todo (el acto de los abuelos) le habría sido inspirado en sus entrañas como un movimiento instintivo.

Aquella mujer, enferma de cuerpo y de espíritu, lamentó ser mujer y se arrepintió de ser madre. Fué preciso que el padre, radiante y sin una sombra, le llevase el niño, porque ella no le pedía.

Después se apoderó de ella la fiebre y Antonieta deliró tristes incoherencias.

El conde Juan sintió aquella indiferencia casi repulsiva, pero se ofendió más todavía. Aquellos nueve me-

ses de matrimonio habían sido ya bastante melancólicos y sin las fervorosas intimidades que él esperaba de aquella esposa distraída, poco atenta y menos tierna. Juan llegó á desencantarse y casi á desinteresarse de ella.

Pero la paternidad despertaba en él profundas emociones, y aquella mujer, aquella madre, se negaba á compartir su entusiasmo al ver su raza renovada y permanecía tan fría ante el niño como ante su esposo. Aquél fué el punto de partida de todos los dramas que siguieron. Con otra mujer, con una mujer vehemente y enamorada que hubiera dividido su ternura, entre el padre y el hijo, Juan hubiera sido, sin duda, el hombre fácilmente satisfecho que él era por naturaleza y se hubiera complacido con la vida, puesto que era buena.

Chasqueado en sus esperanzas, se apartó primero mentalmente.

Berta Garnache, en su cama de parida, cultivaba ideas más precisas, peró igualmente violentas. Había tenido tiempo de reflexionar y tenía la cabeza llena de las antiguas historias.

Pensaba que la vida estaba mal arreglada; que en vez de un Juan nervioso ante una Antonieta indiferente ó timorata, y de una Berta bostezando desesperadamente ante un Regino indeciso y palurdo, hubiera sido mejor, dejando á un lado á los otros, una Berta y un Juan de la misma raza y de la misma condición unidos ardientemente por el goce del amor.

Desde que sabía por los rumores de antecámara que los nobles habitantes del castillo de Valroy vivían sin armonía, había vuelto á ceder á su antigua ternura por Juan y la quemadura del beso salía de nuevo á sus labios.

Pero, por el contrario y por un efecto lógico, detes-

taba un poco más á su antigua señorita, la doliente Antonieta, la dama de pálidos colores que no tenía más que nervios en vez de sangre debajo de la piel.

¡ Ah ! ¡ Qué hermosa pareja hubiera hecho con Juan, ella, la hermosa muchacha de anchos hombros, atrevido seno y talle fino y esbelto sobre caderas vigorosas ! Juntos, no hubieran tenido miedo á la vida y la hubieran mirado de frente, ella, la morena de labios rojos, y él, el rubio de ojos de acero templado por el sol. ¡ Ay ! Todo aquello era quimérico é imposible. Y Berta concluía pensando que sólo una aristocracia debía ser reconocida ; la belleza en la mujer y la fuerza inteligente en el hombre.

Después de todo, no razonaba tan mal para ser una hija de campesinos, una antigua criada, aunque educada en el castillo en condiciones particulares, de lo que estaba agradecida á su modo.

En esto también tenía, acaso, razón. Su caso no era único ni excepcional, sino muy común. Para hacer compañía á un niño rico se coge uno pobre, hijo de criados ó de lo que en otro tiempo se llamaba un vasallo, y se ayuntan esas dos existencias ; pero el uno es el caballo y el otro el cochero.

Todos los derechos de un lado y todos los deberes del otro. Aquí, todos los caprichos ; allí, todas las sumisiones. Si el niño pobre está triste y echa de menos el bosque y el horizonte, sus padres le reprochan aquella tristeza como una ingratitud. Lo que se hace por él es por caridad, por su bien, por su interés.

Ese niño recogerá todas las migajas que caigan de la mesa en que se sienta su dueño ; migajas de pan ó migajas de saber ; con las cuales alimentará con abundancia su cuerpo lo mismo que su alma.

¡ Qué error ! Aquel niño pobre aprende la bajeza ; la ciencia, la falsa ciencia que sorprende al vuelo y á re-

tazos, sin hilación y sin criterio, no servirá más que para depravar su pobre inteligencia. Pervertido de este modo, si es débil, se someterá, al menos en apariencia, y pedirá su fortuna á la hipocresía, á la mentira y al fraude; si es fuerte, el mejor día aullará su odio y se erguirá, ingrato, sublevado y libre, con gran estupefacción de sus bienhechores, aterrados ante semejante monstruo.

Si es una muchacha, será peor todavía, porque en una sociedad que no es la suya, poniéndose vestidos de desecho é imitando peinados, habrá aprendido todas las coqueterías y todos los gestos habituales de las mujeres que han nacido ricas, y sufrirá más difícilmente las diferencias y las desigualdades, sobre todo si sabe que es guapa. Acaso, entonces, le ocurra la aventura del corredor. Envidiosa y celosa, no se escapará como el hombre, pues no sabría qué hacerse fuera de su servidumbre, después de haber crecido en la pereza y sin tener por tarea más que perfumar el cabello de la señorita ó recoser sus encajes...

Habrá también leído las novelas de la señora...

Berta las había leído.

Y la señora de Reteuil daba prueba de un gusto muy singular en su literatura preferida, pues se complacía con pasión en leer esos folletines tenebrosos en los que no hay más que muertes, asesinatos, robos, raptos, violaciones, duelos y sustituciones de niños; siempre lágrimas y sangre, truenos y alaridos. La joven Berta instruyó su alma en esa escuela; pero no fué de allí de donde sacó la parte de buen sentido que poseía.

En una mañana de mayo, el señor vizconde Jacobo de Valroy fué llevado con gran pompa á casa del guarda y confiado á la nodriza por el Conde mismo, que prodigó los consejos y las recomendaciones.

Berta escuchó á Juan con la cabeza baja y evitando

el mirarle de frente. Por fin, se decidió á decirle que podía estar tranquilo y que el niño estaría tan bien cuidado, ó mejor, que el suyo propio.

—No lo dudo—respondió el Conde muy grave, aceptando aquellas vagas palabras como un compromiso solemne.

Regino apoyó á su mujer y se deshizo en protestas, que en él eran sinceras.

Cuando fué entregado á Berta, el vizconde Jacobo llevaba al cuello y en los brazos antiguos amuletos de los que, según dicen, preservan de todos los males conocidos... Berta miró á su hijo y pensó:

—¿Qué será lo que te preserve á ti, pobrete?

Y reapareció un instante su antigua sonrisa sarcástica de los malos días.

Los dos rorros eran robustos y hechos para vivir. Sin cuidarse de las castas, estaban tan relucientes el uno como el otro. Jacobo no tenía nada de su madre, lo que era una dicha para él. Pronto debía influir aquello considerablemente en su destino.

Berta se repuso rápidamente de su parto, pero Antonieta estuvo enfermiza, herida y extenuada largos días, semanas y meses. Cuando llegó el invierno, los médicos, alarmados por su delgadez, su postración y su palidez progresivas, le ordenaron el Mediodía de Francia, el sol y el aire del Mediterráneo.

¿Y el niño?... Se quedaría con su nodriza. ¿Qué había que temer con los Garnache?... La madre consintió sin discusión y el padre con un poco más de dificultad, pero, sin embargo, sin resistencia. Seguramente, quería á su hijo, pero era de esos espíritus ligeros que no prevén jamás el mal ni el peligro y que hacen de la indolencia la regla de su vida.

Los Condes, pues, se marcharon, con la fugitiva tristeza de las separaciones, pero sin temor, y seguros de

lo que dejaban atrás. Jacobo estaba bien guardado. Habían ofrecido á Berta que se quedase en el castillo, pero ella había rehusado «por su hombre,» según dijo. La casa del guarda fué arreglada para el uso del Vizconde y transformada en un invernadero, de todo lo cual se aprovechó el matrimonio, que era con lo que Berta contaba.

La mujer de Garnache, que siempre había sido interesada, se había vuelto avara. Quería aglomerar el bienestar para su hijo, á fin de que no fuese un día ni guarda de monte ni doméstico, sino un señor independiente que ejerciese un oficio honroso en la ciudad.

En una tarde de invierno, negra de bruma como todos los días de la vida, estaba Berta sola en su casa y los dos niños dormían en sus cunas.

Berta había estado mirando mucho tiempo, por los cristales, caer la nieve á lentos copos que parecían eternos. En la chimenea chisporroteaba la leña, y un perro, ya viejo, para seguir á su dueño, se calentaba resignado y soñando con antiguas cacerías; de vez en cuando suspiraba.

La buena mujer pensaba en su marido, siempre de ronda y en todos los tiempos, pues los cazadores furtivos y los merodeadores no tienen miedo á los sabañones... ¡Duro oficio el de Regino, y con poco provecho!

De repente, se aproximó á las dos cunas. En una de ellas, llena de filigranas de oro, cuajada de encajes y entre finas batistas bordadas, dormía á pierna suelta el señor Vizconde, con su cadena de oro al cuello, como el Toisón de Oro.

Pero no era esa cuna la que Berta contemplaba, sino la otra, muy sencilla, hecha de mimbres, de cortinas de algodón y de lienzos crudos. Y, sin embargo, José dormía tan bien como Jacobo, pero la madre no lo veía así.

— De modo que tú también, si yo no pongo remedio, correrás por la nieve y velarás las noches de invierno, después de las de verano, buscando á los malhechores á riesgo de recibir un tiro, para que no se robe ni un faisán en los bosques que van de Valroy á Reteuil... Tú también trabajarás sin tregua para conservar intactos unos bienes que no te pertenecen, mientras el propietario dormirá en su cama, quejándose del frío...

Miró de reojo á la cuna rica y añadió:

—Este será el que lo tenga todo; tú no tendrás nada, ni siquiera las migajas de su mesa como yo en casa de Antonieta. Se creerá buen amo dándote un vaso de vino á los postres, cuando hayas andado leguas con el vientre vacío. ¿Por qué?... ¿Por qué?... Eres tan guapo como él. Tienes, como él, grandes ojos azules, tan puros, que nunca debieran llorar. ¿Qué es lo que os separa? La injusticia. ¿Qué es lo que ha creado entre vosotros una diferencia? La forma de vuestra cuna, la finura de vuestras ropas, tres pedazos de encaje y una cadena al cuello. Pero vuestros cuerpos son iguales y vuestras almas están para nacer... Mi pobre José, si te pongo en lugar del señor Vizconde, ¿quién lo sabrá jamás, excepto yo?...

Al decir estas palabras, su sonrisa se hizo perversa, sus ojos vacilaron y su altiva cara hizo por un segundo un gesto de astucia. Ante la ruda llama del hogar, desnudó uno tras otro á los dos niños, que se despertaron y se estiraron, alegrados por el fuego. Durante un momento, Berta contempló á aquellas carnes tan iguales.

Sin embargo—y esto sólo ella lo había notado,—los ojos de José eran de un azul más obscuro. Después los volvió á vestir apresuradamente, pero equivocándose adrede.

Y el vizconde Jacobo de Valroy-Reteuil se volvió á dormir pacíficamente en la cuna de mimbre, mientras que el pequeño José Garnache gritaba desaforadamente, acaso para protestar, en sus pañales de corona condal, con su cadena de oro al cuello y bajo los encajes seculares.

Estaba hecho; Berta se quedó temblando. El acto no había sido premeditado, sino el resultado imprevisto de un pensamiento casual que tenía su origen en mil cosas; en sus recuerdos, en sus locas lecturas, en sus largas meditaciones sobre la iniquidad de los repartos humanos, en sus eternos sentimientos de envidia, en sus rebeldías de muchacha pobre criada en el lujo ajeno....

Berta contemplaba su obra casi con estupor. Aquel hecho tan sencillo se convertía en crimen si duraba... ¡Bah! Si su marido lo echaba de ver, le diría que era una broma, para ver si conocía bien á su hijo... Pero ¿y si Regino no notaba nada? ¿Quién, entonces?...

—¡Entonces serás rico, noble y dichoso, hijo mío! No te veré más, acaso; pero, ¿qué importa? Te lo habré dado todo.

Berta se complacía en esta idea y deducía sus consecuencias lejanas. No era tan simple que pudiese creer que, más adelante, se revelase el origen del niño por alguna ineptitud ó alguna ordinariez de cuerpo ó de pensamiento. Sabía bien que el medio hace al hombre y que sólo la educación modela los cerebros; que la finura y la blancura de las manos provienen de la pereza y de la inactividad físicas; que todo hijo de marqués, obligado por la miseria á vivir de sus brazos desde los primeros años, tiene, á los treinta, hombros de mozo de carga, y que la recíproca es igualmente cierta.

Y, después, ¿á quién se le ocurriría buscar tan lejos?

Pasando por auténtico el falso Jacobo de Valroy, todo el mundo, propios y extraños, estarían de acuerdo para encontrarle elegante, aristocrático, verdaderamente noble de aptitud y un alma atávicamente refinada.

Simplezas, prejuicios, etiquetas y convenciones que un pequeño fraude ponía en ridículo y reducía á la nada.

Berta veía á su hijo á los diez años moviendo con gesto imperioso sus largos cabellos rizados en torno de la altiva frente, imponer la ley en Reteuil y en Valroy, siempre servido á su capricho y arreglándolo todo á su antojo; su familia, que no era suya, sus lacayos, sus caballos y sus perros.

¡Cosa curiosa! Aquella mujer salida del pueblo, al colocar á su hijo en esferas elevadas, le atribuía un alma orgullosa y aficionada al mando. Los Valroy, sin embargo, en todo el tiempo que alcanzaba la memoria de los hombres, habían sido siempre gente tratable, pero la mente campesina imagina mal un señor sin ceño y un rico sin insolencia.

Veía aún á *su José*, convertido en *su Jacobo*, á los dieciocho años, joven que hacía ponerse pensativas á las muchachas. Pasaba á caballo, á lo lejos, espoleando al ardiente corcel, detrás del ciervo ó del jabalí y entre el estrépito de las trompas... ó bien al lado de una dama joven y misteriosa, cuya cara no podía distinguir Berta, paseaba lentamente por los bosques, pisando los musgos y diciendo graves palabras...

Pero en todas las posturas que le prestaba, en todas las visiones que le evocaba, no distinguía á aquel héroe de su corazón más que entre brumas y á largas

distancias. No podía atraerle hacia ella, verle de cerca ni escuchar su voz para ella sola.

Berta bajó la cabeza. Aquella era la advertencia simbólica de que, por su voluntad, aquella carne de su carne estaba perdida para ella; de que abdicaba de pronto todos sus derechos, rebajaba su ternura y consentía sin remisión en no ser nunca más que una vaga espectadora al lado de aquel niño del que hacía un extraño.

Le vería pasar, y nada más, pero pasaría alegre y triunfante y también ella lo estaría.

Después le imaginaba más adelante todavía, á los treinta años, grueso y fuerte, siempre breve en su modo de hablar y queriendo ser oído. ¿Qué sería entonces?... ¿Soldado? ¿Viajero, regresado de los confines del mundo? ¿Sencillamente un noble ocioso que ha triplicado sus tierras por una buena boda y por contratos hábiles? Berta se atenía más fácilmente á este último personaje, pues así no se alejaría de la comarca y podría encontrarle todos los días en su camino...

Pero, por más que hacía, no lograba representarse á Jacobo después de los treinta años. Al llegar á ese punto todo se obscurecía y se nublaba ante sus ojos y esto la inquietaba como un triste presagio.

Entonces evitaba ceder á las aprensiones y se refugiaba en la realidad. ¡Qué fácil y rápido era convertir un campesino en vizconde y un vizconde en campesino! En las novelas que habían encantado su primera juventud, esas aventuras iban siempre acompañadas de tinieblas, de lívida luna, de misterio y de silencio, en decoraciones de soledad y de precaución... Siempre era una mano furtiva la que subsistía en la sombra al bohemio por el príncipe; en el camino aparecía un coche de sordo rodar... y, á poco, huían unos espectros... ¿Para qué todo aquel aparato de dramas

románticos?... Ella, en su casa y en pleno día, al lado del fuego, sin dejar de cantar su canción dormilona, había realizado sonriendo y pacíficamente el mismo crimen legendario.

Berta criticó la extravagante imaginación de los poetas, que les hace agrandar y deformar los sucesos que son en sí tan felices.

Sin embargo, no estaba tranquila viendo dar vueltas á la aguja en la esfera del largo reloj de madera pegado á la pared; la vuelta de Regino la atormentaba, á pesar de todo.

No era que de ordinario temiese en modo alguno al guarda de monte. Al contrario, le hacía andar de cabeza y seguía siendo, respecto de él, una gran señora y una princesa rebajada. Regino la escuchaba devotamente, la admiraba y creía en ella; la tenía tanto respeto como amor y la servía dócilmente como un buen criado. Para que se hubiera atrevido á criticarla solamente, hubieran sido precisas circunstancias verdaderamente extraordinarias... pero, pensándolo bien, ésta no estaba acaso del todo dentro de lo normal.

Además, las malas conciencias se extravían y temen hasta la sombra del peligro.

Por estas dos razones, Berta, poco segura, esperaba á su amante esposo con alguna inquietud. Para ella, el hecho no debía estar irremisiblemente realizado hasta que el guarda de monte lo hubiera sancionado con su falta de perspicacia.

Los minutos corrían con lentitud; el perro roncaba delante del fuego; la nieve seguía cayendo en rayas regulares y apretados copos.

Berta tenía los ojos fijos en la llama y abrazando de una vez su vida entera, buscaba todavía excusa en sus sufrimientos pasados. No reconocía que tales sufrimientos no habían sido nunca más que vanidad

herida, loco orgullo, dureza de corazón y, á pesar de todo, ingratitud; una vez más los consideró como serios, reales é inmerecidos, y dedujo que por tales caminos era indispensable llegar á tales abismos.

Los niños seguían durmiendo en sus cunas cambiadas.

Por fin entró Regino mojado hasta los huesos y golpeando el suelo con el pie para sacudirse la nieve. El guarda dejó la escopeta en un rincón y dió un beso á Berta, que le dejó hacer más dócilmente que de costumbre. Después, inclinado sobre las cunas de aquellos dos niños á quienes quería casi lo mismo, exclamó delante de Jacobo sin una sospecha:

—Buenos días, muchacho; buenos días, compañero...

Y añadió delante de José, llevándose la mano al kepis:

—Salud, señor Vizconde.

Berta se echó á reir y sirvió la sopa... Ya estaba resuelta y tranquila.

Se habían cambiado dos destinos.

Después pasaron los años y agravaron y sancionaron el fraude, haciéndolo irreparable. La madre, muda, dejaba marchar los sucesos; no tenía más que cruzarse de brazos; había dado un impulso y el movimiento y sus consecuencias se propagaban á lo lejos. Los dos niños crecieron cada uno por su parte, llevando en ellos, desde el origen, toda la injusticia humana; el uno para su bien, acaso; el otro para su mal, probablemente.

Los dos crecieron, cándidos é inocentes, aún tan cerca de la tierra, tan jóvenes de alma, tan poco alejados de la bestia, que todavía, á veces, se ponían á andar á cuatro patas.

Después se levantaron, se tuvieron derechos, miraron al cielo, balbucieron palabras, comprendieron

gestos, tuvieron sensaciones y fueron aprendices de hombres.

Los caracteres se dibujaron al mismo tiempo que los temperamentos.

El que se había vuelto José parecía más bien pacífico y benévolo para la gente. El nuevo Jacobo parecía dispuesto á furiosas rebeldías. Los primeros mimos, sin duda, le habían ya pervertido. Era el más comprensivo, pero no el mejor.

Un día, entre otros muchos, Jacobo se reía á carcajadas.

Tenía seis años en aquella época y era el muchacho más alegre del mundo. ¿Cómo no serlo? Tenía dos castillos á sus órdenes, dos familias á sus pies, el país era suyo y su salud era perfecta. Tenía que encontrar la vida buena.

Por el instante, pues, en pie en el terrado de Valroy, en un delirio de alegría, se reía de buena gana porque abajo, en el camino, el viento acababa de llevarse el sombrero de un pobre viejo, y éste, impotente y enfermo, corría penosamente detrás y se esforzaba en vano por alcanzarle.

El sombrero iba más de prisa que el hombre y aquello divertía enormemente á Jacobo.

En el recodo del camino, otro niño mal vestido, recogió el sombrero y se lo entregó al viejo. Jacobo se irritó como si le robasen su juego. Detrás del segundo niño venía con paso rápido una mujer tiesa y esbelta. Eran José y Berta, que vió de lejos al señor Vizconde y apretó el paso. Al llegar á la terraza le tendió involuntariamente los brazos.

—Buenos días, Jacobo.

Este, incomodado, respondió:

—Buenos días.

—¿No bajas?

—No, estoy bien aquí.

Al lado del joven amo y muy dispuestos á defenderle, había dos perrazos que ladraban al intruso. Berta no insistió, pero se le comía con sus grandes ojos levantados hacia él, y se llenaba las pupilas de aquella visión que siempre la encantaba.

José Garnache estaba á su lado indeciso; nadie le hacía caso.

Estaba vestido, sin duda adrede, con un traje viejo achicado de su padre. Era preciso que no tuviese un aspecto superior á su condición, y, sobre todo, que no se notase la finura de sus facciones, que valían tanto como las del heredero de los Reteuil y de los Valroy. Todas las precauciones estaban tomadas. Negro del sol, enrojecido por el viento, con el cabello mal cortado por un barbero del pueblo, con el cuerpo perdido en una blusa y unos calzones demasiado grandes, los pies en unos zuecos y el moco en la nariz, no inspiraba, seguramente, ninguna idea de elegancia ni parecía otra cosa que un pilluelo de la carretera. Si hubiera pedido un centavo, se lo hubieran dado.

Berta, por el contrario, después de seis años de matrimonio, continuaba en su persona los cuidados de doncellita de cámara. Si su traje era de tela ordinaria, le sentaba bien; una pañoleta de seda realzaba su cabeza enérgica y bella; su falda, muy corta, descubría unas medias negras en un tobillo nervioso y unos pies delicados calzados de finos zapatos.

Al primer golpe de vista producía una impresión de un cuerpo lavado, sano y tentador. Sus manos seguían blancas, lo que se explicaba, pues no hacía ningún trabajo rudo. A la muerte de su madre había recogido en el pabellón á una de sus hermanas que tenía cinco años menos que ella, alta y fuerte y verda-

deramente fea. Berta hizo de ella su criada y todo el mundo lo encontró muy bien en el país.

Se llamaba Sofía y tenía todas las cualidades; trabajaba sin descanso, era limpia, oía, acaso, pero no repetía lo que había oído, y, además, era brutal para los mendigos y guardaba la casa como un dogo. En fin, comía poco, bebía agua y no se cuidaba de los hombres. Su fealdad, por otra parte, la preservaba de ello. Sí. Sofía era perfecta y no tenía más que una debilidad á los ojos de Berta, la de adorar á José, su sobrino. Berta no quería á José, que era para ella una especie de remordimiento viviente, siempre delante de los ojos; si hubiera muerto de enfermedad, hubiera sido para ella un descanso.

El niño, por intuición, prefería su tía á su madre, aunque ésta, por prudencia, disimulaba cuidadosamente sus sentimientos. Pero á cada instante un gesto brusco ó una entonación ruda le hacían traición. Aquellas miradas que dirigía en aquel momento á Jacobo, húmedas de ternura, las ignoraba José. Pero Berta perdía el tiempo. La mujer volvió á decir tímida y dulcemente:

—Entonces, ¿no bajas?

—No—respondió el joven Vizconde, sacudiendo sobre su frente voluntariosa las largas guedejas rubias, que se repartieron como una lluvia de oro.

Berta se quedó deslumbrada, pero con el corazón en un puño.

Siguió entonces su camino con la cabeza baja y á grandes pasos; el pobre José tuvo que correr para seguirla, pero ella no se ocupaba del pobre niño.

El joven Vizconde desembarazado de importunos, volvió á su puesto de observación, esperando que el viento, para darle gusto á él, se llevaría el sombrero de algún otro viejo aldeano.

Si la mujer de Regino Garnache seguía siendo coqueta y deseosa de agradar á los seis años de matrimonio, tenía sus razones, que ella y Juan de Valroy conocían...

En otro tiempo, cuando volvieron de su viaje al Mediodía de Francia, el Conde y la Condesa estaban melancólicos. Si Juan manifestó una alegría sincera al ver á su hijo, Antonieta permaneció más bien enigmática y le miró con una especie de repulsión desconfiada de todo su ser, asombrada, á pesar de todo, de no sentirse más conmovida al contacto de aquella carne que era la suya.

Era Antonieta una desgraciada criatura; de resultas del parto, se había quedado estropeada y enferma para toda la vida, y consideraba aquella impotencia como un castigo, por haberse casado á pesar de las manchas de su familia y de las trágicas herencias que llevaba con ella. Antonieta era incapaz en adelante de ser esposa y madre y resultaba un personaje fuera de la vida, sin papel, sin deber y sin derecho.

He aquí lo que su hijo le había traído ya... En cuanto al porvenir, sabido es cuáles eran sus temores, quiméricos, sin duda, pero artículos de fe para ella.

Aquel matrimonio, dislocado al año, debía ser y era lamentable.

Con un hermoso nombre, una gran fortuna, y un exterior de elegancia y de distinción, aquellos esposos envidiaban á los aldeanos que pasaban del brazo con las aldeanas, en buen camino de continuar la raza.

Al lado de aquella eterna mujer herida, más herida que cualquiera otra, el conde Juan, á pesar de su buen humor, de su bondad natural, se ensombrecía y se agriaba. Era joven y robusto y se veía reducido á vivir, so pena de ser odiosamente acusado de indiferencia, en cuartos cerrados, caldeados en todas las

épocas, en medio de olores de opio y de vapores de éter, al lado de una mujer extenuada, siempre echada y doliente, exagerando para desagradarle su aspecto de moribunda y sus actitudes de mártir.

En los primeros tiempos, recordando su antiguo amor, fué un enfermero suficientemente solícito; pero después vino el cansancio, el desaliento, y, por fin, la exasperación. Su vida estaba perdida estúpidamente, sin que nadie tuviese la culpa.

Vuelto á Valroy, se refugió en su hijo y quiso que fuera su consuelo; pero para un hombre de veintiocho años no era aquello suficiente. Durante dos años vivió rabiosamente, todo el día fuera, corriendo los bosques á caballo ó á pie, cazando, pescando en los estanques ó en el río, gastando sus fuerzas en todas las gimnasias y quebrantándose de cansancio para dormir rendido en su cama. De vez en cuando iba á la ciudad y algunas veces á París.

A todo esto los dos niños, Jacobo y José, habían crecido, estaban destetados, y mostraban tres dientes cuando bostezaban. El primero había vuelto á su castillo y el segundo hacía la dicha de Garnache «en su humilde albergue.»

En aquella época, Berta iba al castillo á todas horas para que el niño se fuese acostumbrando progresivamente y sintiese menos la separación. Antonieta, entonces, acogía á Berta con lánguida benevolencia y sin manifestar disgusto, pues si tenía derecho á envidiarla por su salud robusta, no tenía nada que reprocharle y encontraba en ella una compañera de los tiempos en que eran muchachas é ignoraban los verdaderos y los falsos dolores.

Y el diablo, que siempre vela, hizo lo demás...

A todo esto, y antes de tener sobradas razones de quejarse, Regino no estaba contento de su suerte. Tam-

bién él paseaba por debajo de los árboles tristezas confusas. Si alguien le hubiera interrogado directamente, sin duda él hubiera vacilado para responder y no hubiera sabido qué decir; pero, sin embargo, no, no estaba contento.

Su mujer nunca había sido ni era su igual. Era una princesa y no una mujer de su casa; lo que había deslumbrado á Regino al principio de su aventura, le dejaba ya la vista clara. Comprendía que había hecho mal de aspirar á semejante gran dama; y que el hombre prudente se esfuerza ante todo por permanecer en su condición.

En verdad, Berta representaba con él un papel de estatua. Regino no se atrevía á enfadarse por respeto á ella.

Pero se quejaba á los árboles; á las rocas, á las malezas y á toda la Naturaleza. Delante de ella, su reina, su diosa, se hacía el amable y lo aprobaba todo. Había momentos, sin embargo, en que pensaba que mejor hubiera hecho en casarse con alguna palurda de gruesas manos, como Sofía, por ejemplo, que, muy dichosa por el honor, no le hubiera regateado sus ternuras.

El cuarto otoño que siguió al doble matrimonio, el mal indefinido, la neurosis, la neurastenia, los cólicos de alma de Antonieta empeoraron. Y por segunda vez, ante los fríos precoces, los médicos, que no sabían qué decir, ordenaron un viaje á climas más dulces.

Esta vez, la de Valroy, no se conformó con esta opinión; creía su muerte próxima y se negaba á alejarse de su país, donde quería morir. Alegaba también que Jacobo era muy pequeño para tan largo viaje y que no se podía abandonarle en manos de los domésticos, por adictos que fuesen. Estaban vacilando cuando una mañana, la señora de Reteuil, que tenía gana de ver mundo, propuso acompañar á su hija. Aquel era un

buen arreglo. La buena señora sabía perfectamente que la separación de los dos esposos no tendría nada de desgarradora. Esperaba, por el contrario, que con la ausencia llegarían el uno y el otro á recobrar su afección. Antonieta se hizo de rogar mucho tiempo, pero, por fin, se marchó con su madre.

Como estaba convenido, Berta fué todos los días á vigilar á Jacobo, que en aquel tiempo la prefería aún á todo el mundo y chillaba cuando se iba.

Durante los largos días de invierno, fueron frecuentes las conferencias entre el amo y aquella singular criada. Después, una mañana, se le ocurrió á Jacobo toser y tener fiebre, y Berta, extremadamente alarmada, declaró que no se separaría de él ni de día ni de noche. Dejó su casa, su hijo y su marido al cuidado de Sofía, á quien acababa de recoger, y se instaló en el castillo.

El niño se curó en pocas horas, pero Berta se quedó...

Hubo, es cierto, algunas murmuraciones de criados, pero nadie pudo afirmar nada positivo.

A los quince días, Berta se fué de nuevo al pabellón del guarda.

Cuando volvió Antonieta, con la salud milagrosamente mejorada, supo por bocas indiferentes la larga estancia de su antigua criada en el castillo, y le puso mala cara en su primera visita y todavía peor en la segunda.

Berta no volvió en unos días, pero pronto se tranquilizó, y, con su natural audacia, interrogó á su ama diciéndole que parecía que olvidaba su infancia, que en otro tiempo era buena con ella y que no creía haber hecho nada para desmerecer á sus ojos. ¿Por qué ese cambio de cara y de actitud?

La respuesta de Antonieta fué tan seca, que Berta

se lo tuvo por dicho y se marchó desolada con la idea de que estando el castillo cerrado para ella, no vería ya á Jacobo más que en encuentros casuales.

Juan, por su parte, no se ocupaba de ella y la miraba con profundo desprecio.

Cuando Antonieta lo observó así, dejó volver poco á poco aquella desterrada que sufría también.

Un día en que Berta le llevaba tímidamente unas flores en la mañana de su santo, llevada por el deseo irresistible de acercarse á Jacobo, la Condesa le dijo:

—Ahora puedes volver... Has amamantado este niño y es natural que le quieras; no hay para qué privarte de ese cariño.

Berta le dió las gracias con lágrimas en los ojos. Cuando se le hablaba de Jacobo, toda su carne temblaba. Volvió, pues, pero cada cuatro días y sin tener en aquella casa, que había sido la suya, la libertad de otras épocas.

Por eso, al ver á Jacobo en el terrado, no se atrevió á subir la escalera del castillo, donde siempre temía ser importuna.

Otro sentimiento la apartaba también de aquellos lugares; había notado, como todo el mundo, el extraño despego de Antonieta para con su hijo, y al principio se indignó, pero después tuvo miedo. Su inteligencia, grosera á pesar de todo, se alarmaba fácilmente.

Ella, que no sabía nada ni hubiera comprendido ni jota de las cuestiones hereditarias, creyó en un instinto, en una especie de revelación, en una advertencia del cielo. Tuvo fe en la voz de la sangre, como toda campesina, y se figuró que la Condesa presentía un extraño en aquel niño... ¡Y entonces!...

Pero ella misma se respondió en seguida:

Y entonces, ¿qué? ¿Cómo probar nada?... Lo hecho,

hecho está... Nadie sabrá jamás nada; me llevaré este secreto á la tumba.

Pero era aquél un cuidado más.

Al volver á su casa, encontró á Regino, que estaba haciendo por aquel lado su ronda forestal. En pie, estaba comiendo un pedazo de pan y bebiendo un vaso de vino que le daba Sofía. José se abrazó á las piernas de su padre, con el que se encontraba á sus anchas, sabiendo que no sería rechazado.

El guarda, entonces, pasando la ruda mano por la cabeza del chiquillo, le dijo que le llevaría con él hasta la hora de cenar, dos horas, para dar la vuelta á los estanques.

El muchacho saltó de alegría.

—Andad—dijo Berta con voz dura,—y sobre todo no volváis tarde.

Los dos se alejaron, el uno muy grande, el otro muy pequeñito; el uno bajando la cabeza y el otro levantando las narices para hablar, riéndose como verdaderos amigos. El niño empezó á hacer preguntas á su padre:

—¿Cuántas veces es más grande un árbol que un hombre?—le dijo.

La pregunta embarazó al guarda.

—Eso depende de los árboles.

—¿Y esos?

El muchacho señalaba unos álamos gigantescos.

—¿Esos? ¡Diablo!... Diez veces, quince y, acaso, más...

Delante de un retoño, Regino añadió:

—Esos pequeños serán ya grandes cuando tú tengas treinta años.

—Entonces los árboles crecen más de prisa que los hombres—dijo José con reflexión.

—Sí, y sobre todo mucho más tiempo; años y años...

y cuando han acabado de crecer, engruesan, se extienden, echan ramas en el aire y raíces en el suelo... Tienen una vida suya, llena de fuerza magnífica.

—¡ Ah !

El niño reflexionaba, y Regino, simple y sin malicia, sentía un secreto orgullo. Aquel niño, tímido y mudo con su madre, descubría con él sin miedo su alma naciente. Los dos estaban de acuerdo; Regino lo veía y sabía bien que aquel muchacho le prefería á todo el mundo.

José, sin embargo, tenía otros cariños: Sofía, que le mimaba escandalosamente, y los dos perros de la casa, que jugaban con él... Pero su padre era el primero de su corazón, porque era alto y fuerte, no tenía, ciertamente, miedo de nada... y, además, tenía un fusil. Esto era un título á su cariño... ¡ Cuántas ternuras humanas no están fundadas en causas más serias !

El niño corría al lado del guarda de largas y rápidas piernas y perdía el aliento; el padre lo echó de ver de pronto y se maldijo á sí mismo.

—Soy un idiota y no pienso... Cuando vaya demasiado de prisa, tírame de la chaqueta.

Pero á José le humilló el confesar su debilidad y no respondió.

Era la hora en que se acortan las sombras. Aquel campo del corazón de la antigua Galia se exhibía opulento y hermoso hasta la insolencia. Bajo el sol poniente de aquel fin de abril, entre reflejos de oro y púrpura, la tierra, fértil y todavía desnuda, humeaba ligeramente al aproximarse la noche. Los bosques, que limitaban el horizonte en vasto anfiteatro, se llenaban de venerable misterio. Por los caminos avanzaban lentamente hacia las poblaciones próximas, pesadas carretas tiradas por grandes bueyes blancos unidos bajo

el yugo, y los últimos pájaros apresuraban sus canciones.

Pasaron por una aldea, y en las puertas de las casas, escaladas por las parras, las mujeres sonreían al niño y saludaban al guarda. Por allí eran conocidos... y bien.

Ciertamente, el oficio era duro, pero tenía sus buenos momentos. Y Regino se esforzaba por explicárselo á José.

—Por mucho que digan, es ésta una buena vida... Estar siempre fuera respirando el aire libre, que huele bien, viendo á lo lejos montones de cosas, mirando crecer el trigo y las avenas; y, después, los grandes paseos por los bosques, hablando consigo mismo, también son buenos. Más vale eso que estar con el trasero pegado á un almohadón de cuero, como los empleados de la alcaldía... Al menos es uno un hombre, que circula y se siente vivir... Un trago sabe mejor después de andar cinco leguas... ¡Que hay riesgos!... ¡Bah! No son grandes, sobre todo por aquí... Hay más ventajas que inconvenientes.

El pequeño aprobaba y no concebía más género de vida que el de su padre... Tenía impaciencia por crecer para tener él también el kepis en la cabeza, un saco en bandolera, una escopeta al hombro y polainas en las piernas, sin contar la placa de cobre en el pecho, insignia respetada y que da consideración. Sí, sí, quería ser guarda.

Pero aquel sueño le parecía demasiado alto é inaccesible, y así lo confesaba.

—¿Verdad? ¿Podré ser como tú cuando sea grande?

—Seguramente... Todos los Garnaches somos lo mismo; mi padre, mi abuelo... Hombres rudos; y tú, pequeño, harás lo que nosotros.

José abría unos ojos enormes y encantados ante esas

perspectivas... El también tendría una escopeta y unas polainas... Pero movió la cabeza... no, era aquello demasiado hermoso y no podía creerlo... Y así lo confesó.

—¿Por qué?—dijo el padre;—eso es lo natural y lo que te espera ciertamente.

El chico dudó de nuevo.

—No es seguro.

—¿Por qué no es seguro? Cuando yo te lo digo...

—No sabe uno si se va á morir.

Era aquella una frase habitual de Sofía, que el niño decía á tontas y á locas, pero hizo un efecto terrible.

—¡Cállate!—gritó Garnache.—¿Dónde diablos vas á buscar esas ideas? Eso no es de tu edad y te prohibo decirlo... ¡Me das pena, desgraciado!

Regino le cogió en sus temibles brazos, que temblaban en aquel instante, y le contempló con espanto. Los pequeños que hablan como los viejos, en efecto, no están hechos para vivir. Después le estrechó contra él ferozmente, como si quisiera decir: «Venid á cogérmele,» y le volvió á poner en el suelo con precaución.

El niño sonreía; aquellos efluvios de ternura le habían penetrado, y quería más que nunca á su padre... Su padre... ¡Ay!

En los mismos momentos, una escena similar, á pesar de las diferencias sociales, ocurría un poco más lejos, en el camino, al lado del castillo. Jacobo no había dejado el terrado, que era su dominio particular; allí era donde, libre de toda vigilancia, pues el sitio era seguro, jugaba sin temor de la mañana á la noche; allí tenía su jardín reservado, que él embellecía con monumentos de piedras, pues tenía ya gustos de artista, ó defendía con reductos de arena, pues también tenía inclinaciones militares.

Además, aquel día estaba esperando á alguien, y ya se sabe que el terrado daba al camino. ¿A quién? Al conde Juan; también Jacobo quería y admiraba á su padre, y no veía á nadie en el mundo que fuera superior á él en ningún punto. El niño le imitaba en todo, y arreglaba su aspecto y sus gestos á los suyos.

A él sólo se dignaba obedecer, pero con una gracia condescendiente y no por temor. Le parecía que eran iguales, pero como, á pesar de todo, había uno mayor que el otro, era natural que éste fuese escuchado. Más adelante ya hablarían.

Juan estaba ausente hacía una semana; en París, sin duda; el niño lo sabía. Pero iba á volver aquel día. Hacía media hora que había salido un criado á caballo y con otro del diestro, pues la estación más próxima distaba seis kilómetros.

Jacobo acechaba el recodo del camino y trataba de oir el trote del caballo en el suelo seco; pero no oía nada y se impacientaba.

Juan de Valroy, cansado de su triste casa, hacía un año que vivía en ella lo menos posible y puede que, sin Jacobo, la hubiera abandonado. La falta de armonía entre la mujer y el marido había aumentado. Antonieta se encerraba más y más en la soledad y en el silencio, y quien le turbaba, no hacía más que desagradarla, aun Juan, Juan sobre todo. Le guardaba rencor por ser tan sólido y tan ágil, cuando ella se arrastraba de butaca en butaca; de estar tan vivo cuando ella se juzgaba muerta. Algunas veces, al oirle reir á lo lejos y á través de las paredes, con su hijo, al que ella también apartaba, se estremecía de cólera.

Su eterna dolencia, real por un lado é imaginaria por otro, le hacía ser egoísta y hostil á los que no sufrían. Su idea fija era que si no se hubiese casado, estaría ahora sana de cuerpo y sin temor. Tenía la cul-

pa Juan de que ella hubiera acabado por consentir, y Jacobo de que viviese ahora doblemente aniquilada.

No comprendía que estas faltas no eran voluntarias. Si lo hubiera comprendido, hubiera estado curada, al menos de su crisis moral.

Una nueva idea le preocupaba también. Algunas veces pensaba en el suicidio y se decía que, acaso la trágica herencia no amenazaba sólo á los varones... Temblaba por ella, y deducía que éste era un motivo más para que Jacobo fuese atacado á su vez un día.

Delante de su marido, cuando éste la visitaba una hora por la mañana y otra por la noche, permanecía muda y con los ojos cerrados, ó gimiendo y llamando á la muerte.

Juan se retiraba cerrando los puños y tratando todo aquello de comedia y de farsa. Aun cuando aquella queja eterna no hubiera sido simulada, pensaba Juan, esas enfermedades de nervios no persisten más que en las naturalezas complacientes, que no quieren desembarazarse de ellas con un poco de energía y de voluntad.

Cuando estaba fuera, respiraba á sus anchas.

Después, poco á poco, fué tomando costumbres, instaló un apeadero en París y vivió como soltero, lejos de las tristezas de su provincia.

Antonieta le detestó entonces más y dijo que no tenía corazón. Además, presentía que á su edad, con su nombre, su fortuna y su buen aspecto, debía de tener aventuras, todo lo cual la exasperaba.

Aquella singular mujer, enamorada de sus preocupaciones, padecía al pensar que los demás pudieran tratar de distraerse. Para darle gusto hubiera sido preciso llorar con ella y como ella, y Juan no tenía tal vocación.

En aquel tiempo pasaba en París cinco días de la

semana, volvía el sábado á Valroy, y se marchaba el lunes sin alegar pretextos. La costumbre estaba tomada.

Ahora bien, era un sábado cuando Jacobo le esperaba y se impacientaba mirando el camino. De repente se estremeció; á lo lejos, y precediendo al jinete unos doscientos metros, llegó hasta él la cadencia sonora del trote largo de su caballo. El niño batió palmas y se asomó á la balaustrada.

Y apareció Juan saludado por los gritos del muchacho y el ladrido de los perros, y alegre esta vez. Levantó entonces la cabeza y su cara se iluminó.

Jacobo se precipitó por la escalera, y su padre, que se había apeado, le recibió en sus brazos. También ellos se querían como Regino y José.

¡La voz de la sangre! hubiera dicho Berta con su peor sonrisa, burlándose de sus íntimos terrores.

Ahora era Jacobo el que iba á caballo, mientras su padre admiraba su confianza y su aplomo infantil.

—Estira las piernas... el cuerpo hacia atrás... más aún.

De repente, uno de los perros dió un salto delante del caballo, que hizo una brusca huída. Jacobo, sin asustarse, apretó las rodillas y no se movió. Juan tuvo miedo, pero después se llenó de satisfacción.

—¡Bravo, muchacho! ¡bravo, hijo mío!

Y todo el orgullo de los hombres cantaba en aquellas palabras; el orgullo de la carne, y el de la raza, irrisorio en estas circunstancias; el orgullo de la fuerza, de la belleza y del valor, sin razón de ser para el que estaba al corriente. Pero, por el momento, aquellos lazos ficticios eran sólidos: nadie había sido jamás más padre que el conde de Valroy corriendo detrás de su hijo mientras éste picaba el caballo por el gran paseo circular de castaños que conducía al castillo.

En esta forma llegaron á la pradera, delante del edificio, y el niño se dejó escurrir sobre la hierba ; estaba rojo y con la frente un poco sudorosa, pero triunfante.

Valroy inspeccionó la casa de una ojeada y su mirada se detuvo un segundo en dos ventanas del primer piso. Como de ordinario, estaban cerradas y detrás de los cristales se veían las cortinas corridas.

Y, sin embargo, el día había sido tibio, casi cálido. En aquel momento, aunque el sol se inclinaba en el horizonte hasta tocar las cimas, corría por la llanura una suave brisa de verano ; por todas partes, hombres, animales y cosas saludaban á la primavera ; una vida intensa circulaba al aire libre y todos los seres respiraban una absurda sensación de eternidad, encantadora, sin embargo...

En la escalinata se mostró una criada de cara malhumorada, flaca, seca é impregnada por contagio de olores farmacéuticos.

Aquélla no haría á nadie faltar á sus deberes. Antonieta no quería más Bertas.

—¿Está visible la señora?

Y la vieja, exagerando su gesto con aquel amo que era un verdugo para su pobre señora, contestó con gana de morderle:

—La señora... Está durmiendo...

—Vén, Jacobo—dijo Valroy sin responder á la vieja ; y se llevó al niño que, como José á Regino le siguió radiante.

A Jacobo le interesaban todos los objetos del cuarto del Conde ; en las paredes había mil cosas : retratos, armas, grabados antiguos y cuadros de caza modernos.

Un cuadro ovalado le llamaba, sobre todo, la atención : en él se exhibía el abuelo, el grande hombre

Fernando de Valroy, aquel noble hacendista que era amigo de Law, y supo abandonarle antes de su caída.

Esto probaba, seguramente, una admirable perspicacia, y una maravillosa prudencia, y merecía ser honrado.

En el fondo del cuadro se veían dos castillos que el artista para su comodidad, había situado juntos: Réteuil y Valroy, tal como eran todavía, aunque en un paisaje menos frondoso y más claro.

Jacobo tenía gran simpatía por aquel señor majestuoso que era su antepasado y le saludaba siempre con una mirada curiosa. Pero su pensamiento fué pronto distraído por el estante de las escopetas y por las dos trompas de cobre que brillaban á la luz.

Eso sí que daba ganas de ser en seguida hombre para soplar allí, inflando los dos carrillos. Hacía falta para ello un buen pulmón, y su padre se hacía oir de muy lejos. Dentro de muchos años á él también se le oiría.

Horriblemente cruel, como todo hombre que empieza, se complacía en la contemplación de los diversos cuchillos de caza en sus vainas de cuero. Se atrevió á tirar un poco del puño del más grande, descubriendo dos pulgadas de hoja azulada, y deleitándose en pensar que había entrado muchas veces en el costado de un jabalí ó de un ciervo moribundos.

Los relatos de caza le apasionaban, así como aquellos grabados iluminados que colgaban en las paredes, donde unos señores de casaca roja con unas señoras de amazonas saltaban barreras en caballos aéreos persiguiendo á alguna pobre bestia desalada.

La escena se repetía diez veces bajo aspectos diversos; veíase allí toda la barbarie de nuestro siglo brutal, más cercano de las cavernas que de la torre de marfil, aunque con pretensiones de sensibilidad.

El niño, levantado de puntillas y apoyado en algún mueble, se hubiera estado las horas muertas en éxtasis en aquella pieza.

No se cansaba de contemplar lo que sabía de memoria y hubiera podido ver claramente cerrando los ojos.

Además, había á veces cosas nuevas: una pipa recientemente comprada y que había que examinar para dar su opinión, lo que no dejaba de hacer.

Valroy, mientras tanto, sentado ante una mesita, abría tres ó cuatro cartas llegadas en su ausencia y olvidaba al niño, pero éste se distraía muy bien solo.

Aquellas cartas no parecía que tenían el don de regocijar al Conde, que arrugó las dos últimas con un movimiento de cólera y de fastidio, y, recostándose en su sillón, se quedó pensativo mirando al techo y con las manos juntas.

Valroy se iba transformando; los treinta años, sin engordarle, le prestaban nueva gravedad. Algunos hilos de plata en las sienes y en la masa del cabello sombríamente rojo, añadían cierta melancolía á su cara fatigada, afinada, desprendida ya de todo carácter rústico.

No sería moral, acaso, pero sí cierto: el aire de París y la vida animada que allí hacía, habían limpiado é iluminado su cutis; el corte del cabello y el retorcido del bigote modifican profundamente una fisonomía. El Conde, que se había marchado siendo un noble campesino, volvía cada vez un poco más parisiense, y parisiense de cierta clase, la de la elegancia y de la fiesta.

Era un bello caballero de la gran ciudad, discretamente perfumado y finamente vestido, que había reemplazado la franela ó el algodón de su ropa interior por una seda azul ó rosa del más bonito efecto.

El Conde, pues, reflexionaba.

Jacobo, asombrado por su silencio, se acercó á él, le contempló fijamente con unos ojos investigadores y curiosos, en los que había á la vez algo de salvaje y del ser demasiado enterado, y, aproximándose á su padre, varonilmente bello á pesar de sus fechorías, el niño movió la cabeza con convicción y pronunció muy claro:

—Papá, eres muy elegante...

Arrancado á sus pensamientos, Juan se echó á reir, cogió al muchacho y se lo puso en las rodillas.

—¿Verdaderamente?

—Sí.

Aquel sí era la afirmación de una sinceridad suprema y venía del fondo del corazón, como un gemido muy dulce. Aquel padre, entonces, se sintió inundado de una inmensa alegría interior, halagado en su orgullo una vez más. Y todo lo que se le ocurrió responder fué:

—Tú te parecerás á mí...

—¿De veras?

—Sin duda. Te pareces ya á lo que yo era cuando tenía tu edad.

Se engañaba de buena fe en su deseo. A la edad de Jacobo era él más fino, más delicadamente lindo y acaso menos sólido. Rebuscando en el Vizconde se hubiera encontrado algo de Garnache. Pero, ¿á quién se le había de ocurrir buscar? Valroy veía á su hijo con ojos de ciego y, aunque hubiera sido jorobado, él le hubiera proclamado derecho.

Jacobo, que tenía buena opinión de sí mismo, aceptó la profecía y la afirmación. No había jamás dudado de las palabras de su padre y no iba á empezar por éstas.

El Vizconde añadió:

—Yo también tendré caballos, escopetas y tocaré la trompa.

—Si quieres...

—Ya lo creo que querré... quiero ya...

—Espera que crezcas, amigo, tiempo tienes...

Juan le palpaba por todas partes admirando su precoz vigor, que le hacía representar más edad de la que tenía.

El niño se reía porque le hacía cosquillas.

De repente se puso grave para hacer esta reflexión:

—Yo también compraré un castillo.

—¿No te basta éste?

—No, éste es para ti, Reteuil para la abuela, y yo necesito el mío, que será muy hermoso porque yo seré muy rico...

Valroy se estremeció y una sombra pasó por sus ojos. Miró las cartas esparcidas ante él y dijo lentamente con cara sombría:

—¿Serás muy rico? ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo.

—Todo el mundo no es nadie. ¿Quién?

—Te digo que todo el mundo... Berta, por ejemplo.

—¡Ah! Berta...

En este momento apareció en la puerta la flaca silueta de la vieja, que tosió para hacer notar su presencia, y dijo:

—La señora espera al señor Conde.

Dió media vuelta y se alejó muy tiesa por el corredor...

—¡Vamos allá!—dijo Juan dejando á su hijo en el suelo; y los dos, sin prisa, como por obligación, se dirigieron á las habitaciones de la Condesa, en la otra ala del castillo.

Juan penetró en la pieza obscura y Jacobo se que-

dó en el umbral con las manos caídas; se aburría en aquella sombra y el éter le aturdía.

Las primeras palabras fueron lo que debían ser y la acogida lo que era de esperar. Cuando Juan se inclinaba hacia la eterna enferma para depositar en su frente lívida el beso convencional que ella deseaba tan poco, la Condesa le rechazó brusca y violentamente, gritando con voz furiosa:

—¡Qué horror! ¿De dónde sale usted? Apesta usted á almizcle...

II

Una vez, por poco se hace traición Berta. El país estaba diezmado por una epidemia de fiebre tifoidea y en todas las aldeas fueron atacados los niños. Hubo numerosas muertes y reinaba la consternación en las cabañas como en los castillos.

Uno de los primeros atacados fué José Garnache y el mal se declaró en seguida con gran violencia. El niño estuvo en peligro y el pabellón del guarda de caza se envolvió en un silencio de terror. Regino no se movió más del lecho del enfermo, así como Sofía, y los dos, reteniendo el aliento, espiaban su delirio y no apartaban la vista de él un momento.

La madre, mientras tanto, corría por los campos. Para ella la epidemia, al atacar á José, no había producido más que un resultado: hacerle temer que el otro, en el castillo, fuese atacado á su vez.

Este miedo no la dejaba vivir. Todas las mañanas, después de haber echado una mirada distraída al en-

fermo, unas veces caído y otras agitado, tomaba la puerta y subía á Valroy.

No respiraba ni descansaba hasta que encontraba algún criado y le oía repetir que no había nada de nuevo y que todo iba bien. Si no encontraba á nadie, esperaba escondida en la espesura, pues no se atrevía á dejarse ver sabiendo que á todos les extrañaba que abandonase á su hijo enfermo.

¡Ah! Su hijo...

Esperaba que Jacobo apareciese en el terrado como todos los días á eso de las nueve, ó solamente oirle reir, cantar, silbar á los perros en sus habituales manifestaciones de vida activa y exuberante.

En el pabellón, Regino y Sofía movían la cabeza y no comprendían. Ciertamente, Berta tenía siempre razón; pero en este caso les parecía, sin embargo, que no obraba bien.

Algunas veces el niño, con su cara de cera, abría unos ojos agrandados por la fiebre y los volvía á derecha é izquierda, como buscando algo á su alrededor.

Garnache, con el corazón partido, creía comprender.

—¿Tu madre, hijo mío? va á venir... está ahí, al lado, muy cerquita...

Y su ruda voz se esforzaba por ser amable á fin de convencer y tranquilizar. Buena falta hacía que los hombres hiciesen el oficio de mujeres, y guardasen los niños en casa, puesto que las mujeres se iban ahora á correr por los campos, como los hombres, y no volvían.

Sofía no era de éstas. La pobre mujer temblaba considerando la marcha y los progresos del mal, y hubiera dado los ojos y el corazón porque el niño se levantase curado. Tenía por él el cariño irracional de las naturalezas brutales. Era el hijo de su hermana y no le

hubiera querido más si hubiera sido suyo; acaso menos, pues hubiera sido menos bonito y menos listo. Así lo pensaba ella y así lo decía.

Su ternura de bestia adicta se agarraba á aquel cuerpecito ardiente, que parecía volver á la tierra, y quería defenderle contra el mundo entero. Si el niño hubiera muerto, de seguro hubiera aullado Sofía, con el cadáver en los brazos, como una salvaje ó como una loca.

Pero, así defendido, aun faltando su madre, el pequeño debía vivir.

Berta continuaba sus expediciones y hasta las multiplicaba. Nada podía calmar su inquietud y todo la aumentaba. La situación empeoraba en la comarca; donde antes había cinco casos, ahora había diez, y de los diez morían siete.

Berta estaba dominada por esa idea fija de día y de noche, al lado de José y hasta en los peores momentos; el viento de la desgracia empujaba la puerta del castillo. Jacobo estaba atacado. ¿Qué iba á hacer ella?

Impulsada por estas ideas, se levantaba bruscamente, presa de crisis nerviosas frenéticas, y no recobraba un poco de calma hasta que, en los alrededores de Valroy, las idas y venidas tranquilas de los habitantes del castillo indicaban la seguridad.

Un día, en una de esas visitas impulsivas, cuando subía la cuesta del castillo, alarmada ya por no ver á Jacobo y buscándole con los ojos, se encontró cara á cara con el conde Juan.

Hacía años que el Conde no la hablaba y hasta la evitaba, como á un incesante recuerdo de un pasado sin gloria que, acaso, le humillaba. El Conde la recibió duramente.

—¿Qué hace usted aquí? Su sitio de usted está al lado de su hijo, que se encuentra muy mal, según me

han dicho... Y usted corriendo por los caminos... Vuélvase á su casa... Además, quién sabe si trae usted el contagio en las faldas...

Berta le escuchaba sin comprenderle, saltando de un pie á otro para buscar la ligera silueta de Jacobo entre los árboles. El Conde se impacientó.

—¿Ha entendido usted? Váyase de aquí.

La mujer juntó las manos y murmuró:

—¡Jacobo!

Su actitud fué tan suplicante y tan dolorosa la expresión de su cara, que el Conde, aunque no se explicaba tales extremos, respondió con más dulzura:

—Jacobo se ha despertado con la cabeza un poco pesada... y todavía está durmiendo... Pero no es nada; puede usted estar tranquila.

Después, mirándola fijamente á los ojos, pronunció esta frase, que no tenía sentido preciso para él, pero que le advirtió á ella que debía ser prudente:

—¿Sabe usted que es una extraña nodriza y una mala madre?

Berta balbució una vaga respuesta. Quería á los dos niños... al suyo más, por supuesto, pero al otro inmediatamente después... La mujer sudaba al decir tales blasfemias.

En cuanto estuvo sola entre la espesura, levantó los brazos al cielo y gritó llorando:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Las palabras del Conde le habían desgarrado el corazón.

¡Ah! el imbécil... ¡Que no era nada! ¡Nada, la cabeza pesada y el sueño invencible!... Así era precisamente cómo empezaba el mal... Berta lo sabía bien, puesto que había visto á José...

¿Qué iba á ser de ella si Jacobo caía enfermo? No podría verle, ni velarle, ni sufrir con él, ni morir al

mismo tiempo si el horrible destino exigía que él muriese.

¡ Y era su madre, sin embargo !

En pie en el bosque, en medio de la alegría de la mañana, Berta confesaba su crimen y reivindicaba sus derechos. A su alrededor se deslizaba el sol á través de los árboles y se extendía en manchas claras; de cada hoja pendía aún una gota de rocío y el ruidoso pueblo de los cantores alados se desgañitaba en las cimas y celebraba la vida en transportes de éxtasis.

Y, de repente, tuvo Berta una rápida visión. Se vió á sí misma en aquel lugar llevando de la mano á un niño vestido de aldeano. Era aquel á quien llamaban Jacobo siendo José. Berta no le había entregado á un extraño y le había conservado á su lado. Toda la antigua historia no era más que un mal sueño. Era madre, poseía á su hijo y éste la amaba... Después, todo se borró y se encontró sola.

Con la cabeza baja, tomó entonces el camino del pabellón del guarda, dejando detrás de ella su corazón, contra toda apariencia, y marchando á pesar suyo hacia su hogar, cuya llama se enfriaba en sus manos.

Aquel fué el primer día en que José Garnache pareció recobrar algún gusto por la existencia. El niño conoció á su gente y los sonrió á todos, pero Berta no manifestó ningún contento. Estaba distraída, lejana, con el cuerpo allí y el alma en otra parte. Garnache notó una vez más aquella indiferencia y su sencilla mente se contristó. El guarda resolvió querer doble á su hijo, ayudado por Sofía, que no deseaba otra cosa.

Durante el día, Berta no hizo más que inspeccionar y vigilar los dos caminos que se cruzaban delante del pabellón. De pronto sus ojos se pusieron fijos y angustiados, mientras sus facciones se anegaban en una

intensa palidez. Había visto entre el polvo un coche del castillo, tirado por el mejor caballo, que huía furiosamente como impulsado por un viento de catástrofe.

Iba en el coche Juan de Valroy solo, y arreaba á aquel caballo, al que tenía que contener de ordinario. ¿Adónde iba Juan á aquella hora?... ¿A la ciudad?... ¿Para qué?... A buscar un médico. Jacobo estaba atacado; era indudable. Berta se puso como loca.

Durante hora y media permaneció junto á la ventana, tiesa, con las manos inertes á lo largo del cuerpo y la mirada fija en el camino. Llovía, y no lo notaba. Nadie supo jamás lo que Berta pensó y vió en aquellos minutos, pero fueron seguramente la primera estación dolorosa de su futuro calvario. Más adelante debía conocer otras más trágicas todavía; pero, ya espantada, creyó sentir una mano vengadora que pesaba sobre ella é inclinó la espalda al castigo. Nadie puede rehacerse el alma á su gusto. Berta seguía siendo campesina y supersticiosa.

A la hora y media reapareció el coche de vuelta á Valroy. Juan no volvía solo; Berta no se había engañado, pues vió á su lado al médico.

Ahora bien, si en aquellos momentos Berta estaba loca, Juan no se encontraba mucho mejor, y temblaba, lívido y sin valor. La Condesa había salido un momento de su sopor para gemir y maldecir al destino, pero, después, se hizo dos inyecciones de morfina en vez de una, y se sumió de nuevo en sus ensueños.

Solamente la señora de Reteuil, á la que llamaron á toda prisa, mostró alguna presencia de ánimo y algún buen sentido. La viuda tomó la dirección de aquella casa demente, y, bajo su acción, se regularizó la nueva vida.

Sí, Jacobo, á su vez, estaba en un mal trance, y era

además un terrible enfermo, impaciente, voluntarioso, que rechazaba cuidados y medicinas y se negaba á toda persuasión. Su padre mismo fracasaba en sus tentativas al chocar con una obstinación feroz y una furiosa rebeldía.

Pero, al tercer día, toda aquella fuerza cayó y el niño no fué más que un cuerpo inerte que se manejaba sin resistencia, lo que fué todavía más lamentable, pues el silencio y la inmovilidad de aquella carne, tan agitada y ruidosa el día anterior, parecían un adelanto del resultado definitivo y un principio del fin que se temía.

Las noticias se propagaban fuera hora por hora.

Berta cayó desde el primer día en la desesperación. La noche fué para ella una larga pesadilla. Entre Regino y Sofía, que persistían en velar á José aun estando fuera de peligro, la madre miraba á éste sin verle, y tenía al otro en el pensamiento y ante los ojos.

Su marido y su hermana hicieron dos ó tres veces un esfuerzo para atraerla hacia ellos. Berta se estremecía, volvía unos ojos asustados y contestaba:

—¿Qué?... ¿Qué hay?... ¿Qué tengo?... No tengo nada.

Y volvía á caer en su marasmo. Garnache hablaba en voz baja para no despertar al pequeño, y decía:

—No es éste el momento de arrancarse los cabellos... ¡Está salvado!

Y aquella extraña madre levantó la cabeza y exclamó casi gritando:

—¿Quién está salvado?... ¡Ah!... ¡Este!...

Y mostró con la cabeza al que no la interesaba... Sofía, indignada, se atrevió á decir:

—Eso no está bien, hermana. Te remueves más la bilis por el hijo del castillo que por el tuyo propio. Deja en paz á Jacobo. Si está verdaderamente enfer-

mo, no le faltarán cuidados. Tiene diez personas á su alrededor, su padre, su madre, su abuela y todos los criados...

Berta interrumpió.

—¡ Su madre !

Equivocándose sobre el sentido de esa exclamación, la pobre muchacha fea, cuyo corazón era tan hermoso, contestó :

—Es verdad que su madre no sirve para gran cosa... pero, sin embargo, en este caso ya se despabilará... Todas las madres se despabilan por sus hijos.

Berta le echó una mirada indiferente y respondió suspirando :

—¡ Ay !

Regino apoyaba y ampliaba las palabras de Sofía.

—No, lo que es aquél no carecerá de nada... Tienen de qué y no miran el gasto... La fortuna es buena algunas veces... en las enfermedades, sobre todo.

José se despertó y su pálida y demacrada cara se iluminó al ver alrededor de la cama á toda su gente. Tendió indistintamente los brazos al grupo y ya Regino y Sofía estaban en pie, poseídos de ardiente alegría...

—¡ José ! hijo querido ; ¿ te sientes bien, muchacho ?

El niño sonrió á aquellos dos adictos, pero, detrás de ellos, estaba su madre postrada y sin verle ni ocuparse de él.

Garnache, entonces, se irritó.

— Mujer — dijo con voz sombría, — ¿ dónde estás ? ¿ Qué te sucede ?... No has llorado cuando nosotros llorábamos ; ni ríes cuando hay que reir... ¿ Has pasado toda tu alma con tu leche á ese niño feliz que no te necesita ?

Berta le respondió con mal modo :

—¡ Bah !... ¡ Déjame en paz !

Regino se encogió de hombros y no insistió, pero quiso menos á Berta. Sofía estaba meciendo á José en los brazos... El niño tenía una madre, después de todo.

Durante las tardes de gran fiebre, era lúgubre la escena en el cuarto de Jacobo. Aquella pieza del piso bajo formaba el ángulo del ala izquierda y tomaba luz de dos ventanas, la una al Norte y la otra al Oeste.

De ordinario era alegre. El sol poniente encendía fuegos en sus cristales irisados, y el viento saludable entraba allí danzando, barriendo los papeles y los objetos sin consistencia y dejando olores de resina tomados al pasar á los pinos del bosque. Aquella habitación resonaba de ordinario, mañana y noche, con las risas y las canciones de su habitante, que volaba durante el día.

Ahora, el habitante yacía sin conciencia en su cama, devastado por la fiebre, y en todo el día se oía nada más que murmullos en aquella alcoba trágica donde se andaba de puntillas.

A la derecha, en una butaca, Juan con la vista en su hijo; á la izquierda, la señora de Reteuil, repentinamente convertida en mujer seria, y también con la mirada fija en el niño.

Dos ó tres veces al día, aquellos fieles vigilantes oían voces ahogadas detrás de la puerta, que se abría para dar paso á la lamentable figura de la madre, que venía impulsada hacia el enfermo por el cariño, acaso, pero seguramente por el deber. Llegaba sostenida y casi llevada por la repulsiva criada de facciones duras y ojos aviesos; llegaba, espectral, desesperante, con los ojos anegados en una expresión de extravío, y Juan, al verla, se estremecía de terror y de cólera, pues le parecía que era la muerte la que entraba á quitarle su hijo.

Y aquella madre, en pie junto á la cama del niño,

privado de conocimiento, balbucía incoherencias y llamadas á Dios... á Juan le daban ganas de echarla, pero no podía. Y era para él un alivio, cuando, á los diez minutos de inútil presencia, se marchaba tratando de levantar hacia la clemencia divina sus brazos enflaquecidos, con un ademán de cuervo herido probando las alas.

Vuelta á su cuarto, con un frasquito debajo de la nariz, volvía á caer en su sopor y en su indiferencia. Por otra parte, no razonaba y había renunciado á asociar los hechos y sus consecuencias. Aquel niño, al que veía morir arrebatado por la fiebre, pocos minutos después, en un sueño brumoso, se le aparecía hombre y se pegaba un tiro en la sien delante de ella.

Así duplicaba los personajes según la ocasión y las necesidades de su tristeza, pero todo lo que imaginaba era, sin excepción, fúnebre y terrible.

Sus visitas al enfermo la sostenían en la convicción de una fatalidad encarnizada en la desgracia de su raza y le daban nuevo alimento para sus horribles ensueños. El cloral, el éter y la morfina dramatizaban y desmesuraban aún sus visiones; y de este modo ocupaba las lentas horas del día y las más lentas aún de la noche.

En otro orden de terrores más simples y más racionales, pero igualmente angustiosos, Berta sufría también torturas de agonía.

Daba vueltas sin cesar por los alrededores del castillo, acechando las idas y venidas, y algunas veces, á paso de lobo, como un criminal que trata de cometer un asesinato, se arriesgaba por la noche á llegar hasta las ventanas y si las persianas estaban abiertas trataba de distinguir en la penumbra del cuarto aquel cuerpecito echado en la cama y que llenaba para ella todo el Universo.

Berta sufría tanto en aquellos días, que aun siendo una miserable, merecía lástima. Berta lloró y se maldijo á sí misma arrepentida, humillándose ante lo que ella llamaba más y más su castigo. Caída de nuevo en todas las credulidades de la infancia, sentía pesar sobre ella la mano de Dios.

Estaba flaca y lívida, feroz y horrible; sus ojos, enrojecidos después de agotar las lágrimas, brillaban siniestramente en las cavernas de sus órbitas.

Una noche en que la fiebre había caído un instante y Jacobo estaba lúcido, aunque abatido, sin fuerzas y refugiado por entero en el apoyo de los que le rodeaban, el niño paseaba alrededor de su cuarto las miradas de asombro de un ser que ha olvidado la vida.

De repente, sus miradas se precisaron, se fijaron obstinadamente en la ventana, y en la cara descarnada del niño se pintó una indecible expresión de espanto. Jacobo miraba aterrado y con un grito ronco en la garganta; trató de levantar el brazo para designar algo, pero el brazo volvió á caer, y el enfermo se reclinó en la almohada con la cara convulsa.

Valroy que había seguido la mirada del niño, vió á su vez detrás de los cristales de la ventana una cabeza desgreñada y furiosa, loca de pasión y de angustia, aparición de pesadilla propia para espantar á seres más seguros de sí mismos que un triste niño enfermo.

Juan estuvo fuera en tres saltos. La cólera le ahogaba.

—¡ Miserable !

Al verle y oir este grito, Berta retrocedió como si despertase; pero, todavía estúpida, murmuraba sonidos inarticulados.

El Conde se adelantó hacia ella con los puños levantados.

—¿Quieres matarle con esos sustos?... Te ha tomado por la muerte y la verdad es que lo pareces...

Berta cayó á sus pies sacudida por los sollozos y diciendo frases incoherentes:

—Vive... vive... Perdón... No podía... Está ahí, tan cerca... tan lejos... Usted comprende... No puedo...

El Conde se serenó, pero una vez más la extraordinaria ternura de aquella mujer por su hijo, le asombró y casi le alarmó.

—Sí, vive—dijo,—le tengo bien y no le soltaré... Pero tú (la tuteaba sin darse cuenta de ello) ¿por qué sufres tanto por él?... José te preocupa menos... Cualquiera diría...

Humillada á sus plantas, Berta levantó la cabeza. Su astucia de campesina y su audacia de mujer le dictaron la respuesta. Sencillamente y con la voz anegada en tristeza, replicó:

—Es su hijo de usted...

La vanidad de los hombres es tan grande y tan generosa, que el Conde aceptó el argumento sin observación. Estaba convencido. Y con voz más dulce, añadió, levantando á aquella pobre mujer:

—Vamos, Berta, hay que mirar delante de nosotros y no detrás... Vete... y no nos des más semejantes sorpresas. A Jacobo le salvaremos, no tengas cuidado. Dentro de quince días comerá su sopa. ¡Ea! vete...

La rechazaba, pero sin cólera y conmovido en el fondo de su corazón por aquella pasión persistente. La comedia había sido superiormente representada.

Vuelta á la espesura, bajo los negros árboles del camino, Berta tuvo una risa salvaje. ¡El imbécil!... ¿Amar á alguien que no fuera Jacobo? Sí, para eso tenía el tiempo. En fin, Jacobo estaba mejor, que era lo principal... Sí, le salvarían.

Tranquilizada así por Juan y por sí misma, continuó burlándose:

—¡Qué bien le he dicho: «¡es su hijo de usted!» Yo hubiera podido representar en el teatro; esta escena me la hubieran aplaudido.

Pero un momento después volvía á caer en sus angustias... El pequeño estaba mejor... Pero hay altos y bajos... ¡Y ese idiota que dice que le tiene bien!... Solamente una madre tiene bien á su hijo y ese niño no tiene madre... á su lado.

Jacobo, por fin, fué saliendo poco á poco de su mal y recobró gusto por la vida... Una mañana estaban sus perros puestos de patas en la ventana lanzando aullidos para llamar á su amo, y él les respondió con su silbido de los buenos días y mandó que les dejasen entrar. Fué aquella una hermosa fiesta. El niño salió de la cama adelgazado, crecido y con ojos profundos, en los que había más cosas.

La primera vez que Berta fué á acercarse á él, tuvo que dominar sus nervios para no desfallecer. Se arrojó á él como una fiera, le levantó del suelo y le cubrió de besos con locos sollozos.

Jacobo se defendió, descontento, se limpió los carrillos con su pañuelo bordado y manifestó su mal humor.

—Que seas mi nodriza no es una razón para ahogarme... Esas son maneras de campesino y no me gustan nada. En lo sucesivo, un poco más de ceremonia ¿eh?

Aquel fué su agradecimiento por cuarenta días y cuarenta noches de angustia, de ansiedad sin nombre, de espanto sin límites. A Berta se le oprimió el corazón, pero excusó al niño. ¡Qué sabía aquel pequeño! Desempeñaba su papel de vizconde, y muy bien, por fortuna.

Acabó por convencerse de que semejantes modos no debían causarle más que contento. Pero se quedó pálida del miedo que había pasado. Después de la sacudida, conservó una especie de estupor. Aquél fué el fin de su belleza.

También fué el de su voluntad precisa. Hasta aquel momento había querido dirigir la vida, pero ahora, se abandonó á la corriente y se dejó arrastrar hacia no se sabe qué riberas. Algunas veces dudaba. ¿Había hecho bien ó mal, desde el punto de vista de su propio interés introduciendo fraudulentamente á su hijo en la casa de los ricos y condenando á la miseria y á la humildad al último descendiente de una raza privilegiada?

Hasta el presente no había obtenido más que lágrimas de este cambio criminal; el porvenir sería probablemente peor todavía. Jacobo de Valroy se separaría de ella un poco más todos los días; ya le molestaba: mañana la rechazaría con un ademán definitivo...

A esta idea le flaqueaba el corazón. Sí, en otro tiempo, de lejos, había previsto un poco todo esto, pero de un modo tan confuso, que la impresión fué blanda... ¡Ay! la realidad era más dura.

Pero, refugiándose de nuevo en el heroísmo, aceptó este porvenir: su hijo no la conocería, pero sería un noble dichoso, sembrando el oro, amado por las mujeres, envidiado por los jóvenes y admirado por todos. ¿Ella?... ¿Qué importaba?... Reventaría en su rincón, una vez su misión cumplida; y esa misión no habría carecido de grandeza trágica.

Mirándose en un espejo, echó de ver la fuga de su juventud y de su belleza y les dijo un adiós melancólico, pero no las sintió hasta la verdadera tristeza. En adelante eran inútiles.

Había querido seguir siendo bella para Jacobo, pensando, no sin razón, que los niños, como los perros, hacen por instinto mala acogida á los pobres de aspecto rústico.

Pero comprendía que era ya inútil tratar de agradarle; estaba harto de ella, y, linda ó fea, la separaba de él.

Berta, pues, renunció.

En tres meses, de muchacha de aspecto elegante, cayó de repente en el envilecimiento de las hembras campesinas. Peinada á puñados, vestida con un saco y los pies en unos zuecos, envejeció diez años en unas semanas. ¡Bah! Bien estaba de aquel modo...

Fenómeno extraño: los que la querían verdaderamente, la quisieron más así. Regino, el primero; en aquella mujer descuidada y apenas limpia, no encontraba ya la gran señora que en otro tiempo le asustaba, y suspiraba de satisfacción al verse libre de modales y de frases ante aquella mujer de su casa, en vez de la remilgada de antaño. Sus relaciones fueron más estrechas y más tiernas... ¡Que se discuta el amor después de esto!...

Sofía, á su vez, reconocía en la nueva Berta á su hermana, á su raza y á su sangre. La otra era una princesa á la que no se podía tocar. Esta, enhorabuena, era de la familia: «pingo y compañía...» José fué menos tímido ante ella y la respetó menos.

Berta abdicó en todos conceptos, y, huraña, se enterró en su casa ó vivió en el bosque huyendo de los hombres. Acechaba á Jacobo á lo lejos y se llenaba de él los ojos, pues no se atrevía á acercarse por miedo de los sofiones. Después se volvía á la espesura, andando á grandes y sordas zancadas por los musgos y las hojas secas.

En el pabellón del guarda se mostraba todavía ta-

citurna y un poco distraída, pero más accesible y amable. Llegó á vivir casi como una persona cualquiera, lo que era ya mucho.

Mientras tanto, Jacobo y José, escapados los dos á la muerte con quince días de intervalo, habían vuelto á empezar á vivir. Y ocurrió que una mañana se encontraron en la carretera, que es de todo el mundo y no es de nadie, terreno neutro en el que los dos se sentían en su casa.

Se miraron con interés, porque habían sufrido los dos el mismo mal y esta comunidad suprimía por un momento las distancias sociales que, Jacobo, á pesar de sus diez años, deseaba de ordinario ver observar. Pero, por el momento, el drama pasado los hizo iguales. Jacobo dió la mano á José, y éste, de ordinario salvaje y vergonzoso, aceptó aquella cortesía. Y se pusieron á hablar:

—Hola.

—Hola.

—No estás gordo.

—Tampoco tú.

—He estado enfermo.

—Yo también.

—No tanto como yo.

—Acaso más.

Jacobo se puso encarnado; aquellas pretensiones y aquella gana de sobrepujarle, le parecieron impertinentes. Se contuvo, sin embargo, y con voz tranquila todavía, pero superiormente irónica, interrogó á aquel aldeanito con el solo fin de confundirle.

—Oye, José, no sabes lo que dices... Escucha bien. ¿Has tenido, como yo, cincuenta grados de temperatura?

Bueno es decir que el muchacho no miraba á una decena más ó menos.

—Sesenta—dijo José imperturbable.

Por este lado quedaba Valroy debajo de Garnache.

Jacobo se encogió de hombros y dijo en tono despreciativo:

—Qué disparate... No es posible tener sesenta grados...

El hijo del guarda, que no era tonto, respondió á su vez:

—Tampoco cincuenta.

Los dos, en su sopor, habían oído á los médicos hablar junto á su cama.

El Vizconde dió un golpe en el suelo con el pie como si le faltase al respeto. Pero, fiando en su educación y en su instrucción, cosas aprendidas, y en su imaginación natural, en la que creía con profunda fe, replicó:

—¿Y sueños? ¿Has tenido sueños?

—Sí, horribles pesadillas... Aquello era espantoso.

—¿Has visto ogros, brujas horribles, dragones vomitando fuego, serpientes de cien metros y leones de tres cabezas?

Si Jacobo era sincero en el recuerdo y en la exposición de sus delirios de fiebre, probaba sencillamente haber estado preocupado por la memoria inconsciente de sus libros de estampas y de los cuentos de las criadas. Sin sospecharlo, estaba haciendo literatura. José, educado en el silencio de los bosques y sin cuentos, no podía tener sueños semejantes y se explicó sencillamente:

—No, no he visto nada de eso, ni sé lo que es; pero he visto el bosque ardiendo, el bosque entero; los animales huían y yo con ellos, y fuí atropellado y pisoteado por una manada de ciervos y de jabalíes. Y, aunque ya no los hay por aquí, también he visto lobos saltar en medio de las llamas aullando furiosamente.

Otra vez Jacobo se quedó contrariado... La descripción del aldeano sobrepujaba á la suya en movimiento y en horror preciso... El Vizconde le interrumpió:

—¿Has visto, detrás de los visillos de tu ventana, á la muerte acechándote para cogerte?... Pues yo sí. Me han dicho que era Berta, tu madre, que me estaba mirando, pero son mentiras. ¡Era la muerte!

José se confesó vencido.

—No—dijo gravemente,—no he visto á la muerte.

Y añadió con tristeza:

—Ni tampoco á mi madre; no estaba casi nunca á mi lado...

Jacobo no notó la cándida amargura de esta última frase y, acaso, no la oyó siquiera, pues los sentimientos de aquella gente no le interesaban gran cosa; y dijo triunfante:

—Ya ves cómo he estado más malo que tú.

Acaso parezca singular este extraño mérito y este extraordinario caso de honra, que consistía para él en sufrir más y mejor que otro; pero los cerebros infantiles tienen esas rarezas. José, más plácido, no insistió, y se separaron.

—Buenas tardes.

—Adiós.

Aquella enfermedad marcó el fin de su primera infancia en cada uno de ellos; los dos salieron de la cama crecidos de cuerpo y más comprensivos de alma, según su temperamento y su medio; en lo sucesivo, aquellos dos cerebros iban á modelarse según el ambiente: José, en el silencio de los bosques, se orientó hacia la sencillez; y Jacobo, en un castillo, loco, entre una madre frenética y un padre exasperado, hacía la extravagante fantasía.

Al rayar la aurora de un día de verano, Regino

mostró la linde del bosque á su hijo, ya fuerte, y le dijo:

—Tienes pan y vino para el día; no vuelvas hasta esta noche. Mira y escucha. Duerme, si quieres, echado en el suelo, lo que es también un buen modo de aprender.

Y el niño se fué con el saco al hombro y el palo en la mano, libre y solo por un mar de verdor, entre las hojarascas y los musgos, bajo la caricia del viento que pasaba con gran murmullo entre los grandes árboles, haciendo un ruido de tren en marcha.

José escuchó, sorprendió y recogió; la flora y la fauna le hablaron al oído y revelaron su historia á aquel niño sin malicia. Trató de medir con los brazos encinas y hayas monstruosas, contemporáneas de los hijos de Meroveo; hubieran sido precisos treinta brazos como los suyos para abarcar sus troncos.

Observó el juego de los conejillos llenos de inocencia, que no se espantaban al verle, sus colas blancas detrás y sus saltos atrevidos en la menta que los embriagaba; vió los pesados machos de perdiz volar á su paso con grandes aletadas. Admiró á la hembra del faisán que instruye á sus polluelos en la ciencia de vivir, advirtiéndoles el peligro por un rápido gorjeo y reuniéndolos por un breve grito bajo el refugio de sus plumas, si alguna ave de rapiña se cierne en la altura, sin estar en las nubes.

Se extasió al ver pasar los cervatos que huyen al menor ruido con las cabezas hacia atrás, á esconderse en las espesuras, y lamentó no saber su lenguaje para atestiguarles sus buenos sentimientos.

Aquello le hizo pensar en las horribles persecuciones en que se complacen unos cuantos brutos, hombres ó mujeres, disfrazados para ello y soplando, para más carnaval, en cobres babosos; y aunque adoraba

á los perros, los vituperó en su corazón por prestar su concurso á las brutalidades criminales de hombres ociosos y mujeres estúpidas. Pero no era culpa de los perros, después de todo.

Como buen hijo de un buen guarda, observó en la orilla de los lagos las huellas recientes del jabalí que acababa de beber; la mirada que echó en aquel momento á los juncos de la orilla y á las espesuras de alrededor, fué un poco asustada. No tenía más que doce años y tanta soledad, por primera vez, hubiera turbado á un espíritu menos joven.

Rechazó como una vergüenza aquel conato de miedo y siguió más adelante hacia los pinos de inmensos troncos delgados y rojizos que rayaban, como cañones de órgano, profundos fondos morados. Hizo levantarse bajo sus pasos la multitud de seres, insectos, pájaros, reptiles y minúsculos cuadrúpedos que se albergan debajo de tierra.

Contemplaba con el mismo amor las libélulas azuladas que danzan á flor de agua, los lagartos cobrizos de reflejos irisados, los ruiseñores de las arboledas, las rojas ardillas y los obscuros topos.

Todo lo que se movía, susurraba y vivía, estaba cerca de su corazón; admiraba la vida en todas sus manifestaciones y hubiera querido la eternidad para los seres. La idea de la muerte ensombrecía ante sus ojos los más augustos paisajes; la conocía por haberla tenido cerca y había quedado vibrante y enterado.

Se preguntó dónde se ocultan los animales para morir, pues era muy raro el encontrar un cuerpo frío por los campos. Aquel problema le preocupó por algún tiempo, pero como no podía resolverle, lo dejó á un lado.

En la galbana del mediodía hizo alto al pie de una de sus amigas, las encinas sin edad, se comió el pan,

bebió vino en la misma botella y saboreó sobre todo su libertad.

Después se echó en el suelo, queriendo dormir un rato en lo más cálido del día. Y entonces comprendió las palabras de su padre. Con el oído en tierra percibió el ruido, ignorado por el hombre en pie, de los millares de animalillos que trabajan debajo de los espesos musgos y de las hojas caídas en antiguos otoños.

Era aquello todavía un cántico, un himno de reconocimiento á la vida. Las hormigas se llevaban pesos cuatro veces más grandes que ellas y una actividad incesante se manifestaba debajo de una hoja podrida, donde debía haber alguna cosa.

Si José hubiera tenido más edad é instrucción, hubiera reflexionado sobre la vanidad de nuestras empresas, tan locas como aquéllas, pero no sabía nada; el atavismo era para él letra muerta y limitó su esfuerzo á celebrar la potencia infinita del espléndido Universo.

La caída del crepúsculo completó su éxtasis con una especie de terror sagrado; el paso de la sombra á través del inmenso ejército de los árboles le alarmaba por sus sorpresas. Un rincón por aquí se obscurecía de repente, mientras que más allá persistía una vaga claridad.

Un poco escalofriado, salió á la carretera y saludó su rectitud amiga y tranquilizadora á través del misterio y del obscuro silencio de los bosques.

Después salió la luna, benévola y un poco suave.

Entonces se divirtió en ver danzar su sombra alrededor de él.

Cuando volvió al pabellón estaba impregnado de tomillo y de menta; y llevaba en el cabello todos los pimentados olores de la tierra libre y todos los agrestes aromas de las espesuras y de los campos.

—Y bien—le preguntó Garnache;—¿qué te ha dicho la selva?

Y el niño, orgulloso por su incursión en lo desconocido de los seres y por su iniciación en los ritos naturales, contestó con sonrisa encantada:

—Me ha dicho que la ame, y así lo hago.

De este modo se encaminaba hacia la virtud por vías saludables aquel niño que llevaba realmente en las venas la sangre tumultuosa de los Valroy y de los Reteuil. Y el otro, el sustituido, el supuesto, el ladrón inconsciente, tomando prestada un alma á los que le rodeaban, iba, por el contrario, al encuentro de los desastres y de las divagaciones.

En los dos casos la herencia era mentirosa y los cerebros se formaban únicamente bajo la presión cotidiana y por el contacto habitual.

Jacobo se hizo un muchacho artificial. Admirado por los demás y por sí mismo, compuso su gesto, vigiló su voz y no se permitió ya ni un movimiento espontáneo. Y un inmenso orgullo acabó de desnaturalizarle.

Estando su padre siempre ausente y su madre sumida en lo más profundo de su tétrica apatía, fué Jacobo el dueño del castillo; todo se inclinó ante él y los criados adularon sus caprichos como único medio de conservar sus plazas.

Como era preciso, á pesar de todo, que aprendiese alguna cosa, siguió sin gloria los cursos de un colegio de la ciudad próxima.

Llegaba por la mañana guiando él mismo una ligera *charrette* inglesa y se volvía lo mismo por la tarde; aquello era elegante y de este modo esa vida le convenía.

Pero hizo más progresos en el arte de domar un caballo difícil que en las conjugaciones latinas ó en

las declinaciones griegas. Fué un mal estudiante y para suplir su falta de atención y su poca aptitud, que él confesaba sin reparo, su padre le tomó un preceptor particular. Pasaron sucesivamente siete por el castillo y todos se retiraron, alegando la imposibilidad de semejante empeño.

El joven era rebelde á toda dirección.

—Un verdadero Valroy — decía el conde Juan, siempre contento y sin querer apearse de su burro.

—Un verdadero Reteuil—decía la condesa Antonieta, con las manos juntas por el miedo del día de mañana.

—Un verdadero libertino—se rectificaba en la antecámara.

Hacia los quince años se le ocurrió enamorarse; el objeto de su amor tenía doce ó trece, y fué aquel un idilio entre dos comediantes dignos el uno del otro.

Había en aquella época, á medio kilómetro de Caillefontaine, una ruina medio hundida y medio en pie que se suponía haber sido en tiempos lejanos una fortaleza inexpugnable. Unos cuantos lienzos de muralla almenados á veinte toesas de altura, un cuadrilátero alargado, con ventanas góticas, bajo una bóveda calada sostenida por arcos, vestigio de una capilla; y, en fin, los cimientos de una enorme torre brutal y redonda como un inmenso pozo, era todo lo que quedaba de la antigua morada, cuya historia no era conocida siquiera por los habitantes de la comarca de que dependía.

En el país, sin saber por qué, se llamaba á esta torre la «Torre de Carmesy».

No era de nadie y la gente no tenía inconveniente en arrancarle piedras; la mayor parte de las casuchas de los alrededores debían á esa circunstancia el espesor y la solidez de sus fachadas.

Ahora bien, un día, un personaje sin edad, alto y flaco, pero «muy distinguido,» hizo detener su coche delante de aquellos restos de los siglos. En aquel coche, alquilado en la ciudad próxima, había al lado suyo una señora todavía linda, pero que se veía que era extranjera antes de que abriese la boca; y, delante de ellos, una jovencita esbelta, frágil, transparente, demasiado rubia, aérea, pálida, repentinamente un poco sonrosada y cuyos ojos verde mar eran sencillamente espléndidos.

Y, como se supo después, cuando estuvieron establecidos en el lugar, aquellos extranjeros ó mejor aquellos aparecidos, eran el marqués Godofredo de Carmesy-Ollencourt, su mujer, la marquesa Adelaida, una O'Brien, descendiente directa, después de ochocientos años, de los primeros reyes de Irlanda, y su hija Arabela, á la que se llamaba familiarmente miss Bella ó Bella á secas.

Apeados del coche, los tres nobles viajeros contemplaron largo tiempo en silencio la decoración dormida que se ofrecía á sus ojos. Por fin, con gran asombro del cochero, aldeano sin malicia, el Marqués habló con grandes ademanes que abrazaban el espacio y con una voz enfática entrecortada por la emoción:

—Adelaida, Arabela: aquí es. Aquí es donde, hace ocho siglos, se detuvieron mis antepasados de vuelta de Antioquía, y edificaron estas murallas, ahora derrumbadas, para cobijar en seguridad su raza.

Eran entonces rudos guerreros, altos barones cubiertos de hierro, que, de la mañana á la noche tenían la espada al costado ó en la mano para pelear. A su primer nombre de Ollencourt, añadieron los árabes, para calificarlos, el sobrenombre de *Carmesí*, porque los veían siempre cubiertos de sangre en las batallas,

ó porque su temido estandarte era rojo obscuro con la cruz de oro.

Ese apodo glorioso quedó en la familia, y cien años después figuraba en nuestros pergaminos. Los descendientes de los fogosos capitanes de Gauthier Sans Avoir le adoptaron como un título, y bajo esa apelación reconocida y legitimada crecieron en nobleza por el favor de los reyes y llegaron á ser condes y barones hereditarios.

Allí estaba la capilla, que contenía, todavía no hace un siglo, los blancos sarcófagos de los abuelos dormidos, aunque ya el castillo, incendiado en tiempo de Luis XIII, hubiera sido abandonado.

¡Evocad el pasado en un sueño!

Esta torre, de la que no queda más que los cimientos, dominaba el país y defendía el castillo; los edificios eran vastos, escarpados los baluartes, profundos los fosos. En esta fortaleza han vivido los míos respetados y orgullosos de su valor y de su fuerza.

Todo aquí no es más que polvo; ni el recuerdo siquiera subsiste. He preguntado, ya lo sabéis; nadie conoce nada de esas glorias de otro tiempo. Yo mismo he vivido en el extranjero hasta este día, porque así lo ha requerido el destino; sólo al fin de mi vida me es permitido pisar este suelo sagrado para mí.

Pero encuentro al hacerlo un amargo goce. El recuerdo de estas glorias, de estos poderíos y de estas riquezas muertas me consuela un poco de nuestra injusta decadencia y de nuestra miseria inmerecida.

Yo no sé si es verdad que las almas de los muertos pueden volver á la tierra; si es así, estad ciertas, Adelaida y Arabela, de que en este instante nos acogen, nos rodean y nos desean la bienvenida...

De tal modo y con este énfasis, Godofredo de Car-

mesy siguió discurriendo largo tiempo para edificación de los suyos.

En el momento en que él estaba más lleno de orgullo celebrando una vez más sus orígenes, la marquesa Adelaida, con un fuerte acento británico, arriesgó esta corta observación dirigiéndose á su hija:

—En aquellos tiempos, Bella, mis abuelos eran reyes de Irlanda.

El Marqués saludó y volviéndose hacia la niña, dijo sencillamente:

—Desciendes de dos grandes casas.

Si después de esto, la joven Arabela, que sólo tenía doce años, no formaba buena opinión de sí misma, no sería por culpa de sus padres.

Los nobles personajes se hundieron en la ruina, treparon, se despeñaron, saltaron barrancos, siempre impulsados por el entusiasmo.

Dos meses después, aquella extraña familia se había fijado en el país; los últimos retoños de los barones y marqueses de Carmesy habitaban en pleno campo una casa de aldeanos restaurada para su uso y alquilada por cuarenta pesos al año. Por este precio era grande y lo parecía más por la escasez de muebles, pues aquella noble gente no era rica.

En las aldeas vecinas, donde ya su insolencia había suscitado cóleras, los campesinos se encogían de hombros.

—Barones del Pan Seco... Marqueses de la Miseria.

La verdad era que no tenían gran aspecto. El Marqués, vestido más bien como un pordiosero que como un noble, se pasaba la vida junto al río con una caña en la mano, «buscando su comida después de su almuerzo,» según afirmaba la benevolencia pública. La Marquesa, envuelta en estrechas batas de tela ordinaria, iba del gallinero á la jaula de los conejos ó al cua-

dro de coles vigilando con un ojo sus animaluchos y con el otro sus verduras. La noble heredera de un doble pasado de gloria, vestida con descuido con unas especies de sacos rectos de hilo ó de lana que llegaban á las rodillas, aunque la chica era ya grande, y con unos inmensos sombreros de paja recogidos en forma de capota, recorría los caminos ó permanecía sentada horas y horas en un montón de tierra, pálida de sueños y perdida en la contemplación de un horizonte que era siempre el mismo.

Así vestida, resultaba excéntricamente linda, desconcertante, loca, inolvidable; los muchachos la tenían miedo y la respetaban. Era, además, arrogante, miraba á la gente de alto á bajo con sus ojos diabólicos y obligaba al saludo á las timideces campesinas.

Este trío, reunido al anochecer, apagaba sus fuegos á las ocho en invierno y en verano no los encendía. Jamás salía ruido alguno de aquella extraña casa, donde todo se hacía en silencio; acaso sus habitantes no se hablaban.

Ahora bien, ese conjunto de antigüedad nobiliaria, de rareza de aspecto, de pobreza orgullosamente sufrida, al menos en apariencia, sedujo á la señora de Reteuil, siempre al acecho de sucesos nuevos para distraerse.

No hacía seis semanas que aquella gente extravagante vivía en el país, y ya la preocupaban hasta el punto de hablar de ellos continuamente. De este modo se informó en su provincia y en París, y, á fuerza de preguntar á todo el mundo, acabó por encontrar alguien que la respondiese.

No fué brillante la respuesta. Si en los tiempos fabulosos de los Carmesy habían sido puros caballeros, hacía un siglo por lo menos que su descendencia, caída en la miseria, no presentaba más que una sucesión de

aventureros sin pudor, merodeadores cosmopolitas que traficaban con sus títulos, con sus armas y con sus coronas y vivían de amor, de juego, de intriga y, acaso, de espionaje; ricos un día y pobres el siguiente. Este momento era para Godofredo un día siguiente.

Se sospechaba que se había establecido en su país de origen con la única esperanza de encontrar allí más fácilmente víctimas que deslumbrar antes de despojarlas. En el suelo de sus antepasados debía maniobrar con paso más seguro.

Se añadía que había vivido quince años en Australia empleando su genio en diversos oficios; que había encontrado allí una joven, nacida en Melbourne de padres irlandeses tan nobles como miserables, y que se había casado con ella por amor, pues era el tal capaz de todo. De esta unión había nacido una hija, Arabela, que tenía en las venas sangre de Francia, de Irlanda, de Australia y sabe Dios de dónde más; y esa fusión de razas, concentradas en aquel ser, daba por resultado la asombrosa muchacha que conocemos, alucinante y alucinada, sabiéndolo todo sin saber nada, acaso ferozmente cándida y acaso triplemente perversa según esas tres herencias. Se sabía también que en los últimos años la familia Carmesy había recorrido diversos países sin fijarse en ninguno.

La de Reteuil no se desanimó por el resultado de sus averiguaciones y declaró ante su conciencia que todo aquello no era más que calumnias y bajas envidias. No dijo palabra á los suyos, y siguió ardiendo en deseos de conocer á aquellas buenas personas.

Aquellas buenas personas, recogidas en su agujero, la dejaban venir, demasiado listos para dar los primeros pasos. Los Reteuil y los Valroy formaban parte de las «esperanzas» del genial Marqués. Lo mismo que Adelaida y hasta que Arabela, Godofredo notaba per-

fectamente que su más próxima vecina, la castellana, los miraba sin aversión; pero seguía tieso en su dignidad, dejando madurar la breva y acechando la ocasión.

En aquella época la de Reteuil estaba muy sola en sus veleidades de cortesía respecto de los Carmesy. Su hija no se cuidaba de ellos más que de cualquiera otra cosa; el conde Juan los encontraba sospechosos y equívocos y olfateaba la industria y el merodeo; y, en cuanto á Jacobo, habiendo encontrado un día á Bella en el camino, hubo entre los doce años de la una y los quince del otro un bello asalto de impertinencia.

Iban el uno hacia el otro y sus miradas se habían encontrado de lejos; el joven, tan insolente como la muchacha y la muchacha tan obstinada como el joven, ninguno de los dos quiso bajar los ojos; y de este modo se encontraron de manos á boca, concentrando todas sus fuerzas en las pupilas y con ganas de morderse.

La chica murmuró:

—¡Grosero!

Y él:

—¡Saltimbanqui!

Después de aquello, las relaciones quedaron más violentas.

Pero la Reteuil tenía su idea, la cultivaba y no esperaba más que una oportunidad para ofrecer sus buenos oficios y declarar su secreta simpatía. Esa oportunidad no tardó en presentarse.

Tenía la anciana, entre otras manías, la de pasearse en coche al paso de dos jamelgos, todos los días, de cinco á siete, antes de comer, por los caminos del bosque. Hacía quince años que no había dejado de hacerlo casi ningún día.

Algunas veces convidaba amigos á este paseo, complaciéndose en tener «salón», según ella decía, al aire

libre; y estas invitaciones, buscadas por la pequeña nobleza de los alrededores, eran bajamente solicitadas por la alta burguesía. Como en otros tiempos, en las carrozas del Rey, montar en el coche de la señora de Reteuil concedía á los escasos elegidos una patente de distinción.

Algunas veces también se iba sola en el gran carruaje á rodar silenciosa por las blandas rutas. Eran los días en que tenía malos los nervios, un poco de jaqueca ó cierta tristeza de alma.

Esos días no se presentaban más que dos ó tres veces al mes, pero se presentaban. Y en esta ocasión fué cuando le ocurrió una aventura que al principio la alarmó mucho, para colmarle después de abundante felicidad al realizar sus deseos.

Iba una tarde, á eso de las siete, al paso dormilón de sus dos caballos, uno blanco y otro negro, antiguos servidores envejecidos en la casa, y la de Reteuil, solitaria y melancólica, atravesaba una plazoleta bajo una bóveda obscura de hojas entrelazadas, cuando una repentina aparición la hizo estremecerse y levantarse de repente en los almohadones que acunaban su pereza.

En la orilla de un foso cantaba y brillaba en el verde una mancha roja; era la falda estrecha y corta de miss Bella.

La niña, sentada en el suelo, se tenía con las dos manos la rodilla derecha, que echaba sangre; la pequeña parecía sufrir.

La buena señora se quedó conmovida al mismo tiempo que ligeramente satisfecha por las consecuencias que eran de prever. La anciana tiró al cochero de los faldones de la levita, le mandó parar, y ordenó al lacayo que viniese á ayudarla á bajar.

Y se precipitó hacia la heredera de los reyes de Ir-

landa, que se estaba soplando la rodilla para calmarse el escozor de un profundo arañazo.

—¡Pobre hija mía! ¿Qué tiene usted?... ¡Sangre! Es horroroso... A ver, á ver... ¿Quiere usted sales?... ¡Dios mío!

La señorita de Carmesy separó la mano que le ponía un frasco de sales debajo de la nariz y ocultó la rodilla bajándose la falda.

Delante de extraños volvía á tomar su aspecto de altiva dignidad y tenía vergüenza del desarreglo de su persona. Sacudió la pálida cara, contuvo sus lágrimas, ensombreció sus ojos y declaró:

—No es nada.

La de Reteuil no era de esta opinión.

—¡Cómo nada! ¿A eso llama usted nada?... De seguro no puede usted andar... Tiene usted para ocho días de cama. Por fortuna la Providencia me ha hecho pasar por aquí... Pedro va á llevar á usted al coche y vamos á conducirla á su casa.

Bella rehusó brutalmente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no la conozco á usted.

La anciana sonrió.

—¿Tendré que presentarme? Oiga usted, por el instante no tengo nombre; á pesar de todo su orgullo, no puede usted andar á pie los tres kilómetros que le separan todavía de su casa. Está usted obligada á aceptar mi ayuda y yo la dispenso de toda gratitud. ¿Quiere usted consentir ahora en que Pedro la lleve?

La muchacha era variable y cambiadiza y esta vez respondió:

—Sí.

—Enhorabuena—exclamó la de Reteuil.—Ya es usted más razonable.

Bella fué instalada en el coche y en el momento se arrellanó como en su casa; cuando los caballos volvieron á tomar su lenta marcha, la niña soñaba con los ojos entornados y la pierna extendida en la banqueta de delante.

Un indefinido bienestar invadía lentamente su frágil persona.

Aquella pobrecilla, descendiente de nobles afortunados, volvía á encontrar la riqueza con cándida voluptuosidad y se colocaba en ella graciosamente como en su marco natural.

Ablandada por estas impresiones felices, Bella se civilizaba; la de Reteuil la observaba en silencio con el corazón rebosando ya entusiasmo y una necesidad de abnegación por aquella hada vagabunda. Con resplandeciente sonrisa que deslumbró á la anciana, la joven se dignó hablar y hacer confidencias.

—Me he caído y he rodado desde lo alto del repecho; no sé cómo me ha faltado el pie, pues he dado ese salto más de veinte veces... Me he hecho daño, y, sabe usted, para que yo diga esto es preciso que sea verdad, pues tengo la piel dura y una voluntad...

La de Reteuil la admiró. ¡Qué energía!... ¡Qué bravura!... ¡Qué asombrosa niña!...

La anciana daba gracias al cielo por haberle proporcionado al fin el medio de entrar en relación con aquella ilustre familia y de merecer su preciosa amistad, ya que no su agradecimiento, por el interés que pensaba demostrarles en estas circunstancias y en otras después.

Bella, decididamente dulcificada y de buen humor por el sordo rodar del coche debajo de los árboles, olvidaba su herida y seguía hablando con su extraordinaria voz al mismo tiempo seca y cantante.

Le gustaban los bosques á causa de su silencio y de

su soledad; pero los de Francia eran bosques de juguete... Había ella visto otros en los que cabían países enteros y donde no se podía entrar sin armas ó en gran número... Había en ellos de todo, serpientes y tigres... En los de Francia no había más que conejos...

Y se reía con desprecio.

Pero más que nada le gustaba el mar. Ante esa evocación su mirada se puso lánguida y se prolongó hacia espacios sin límites; por sus grandes ojos verdes pasaron en un momento todo el Océano Indico y sus resacas de cobre.

Había vivido en los puertos y respirado el acre olor de la brea al lado de los pesados barcos amarrados al muelle, en las negras aguas; conservaba en el oído el silbido de los vapores dirigiéndose á alta mar y la llamada estridente de las sirenas desgarrando las nieblas.

Su corta vida, en la estela de sus padres, era ya una vida de aventuras. La muchacha decía con orgullo que había dado la vuelta al mundo ó poco menos.

En aquella alma naciente, ya confusa, acaso, de origen, todas esas visiones y recuerdos recientes, hervían en locura, se imponían en éxtasis ó rebosaban en una vibrante nostalgia.

Aquella niña no podía ser normal y equilibrada; no podía tener ni espíritu de ilación ni buen sentido; era fatalmente fantástica, caprichosa y sin duda, embustera, siendo imaginativa y viniendo de lejos... ¿Qué mujer debía salir de aquella niña?

Cuando el coche atravesó las aldeas, causó sensación; las comadres en las puertas no volvían de su asombro. Arabela se irguió orgullosamente, y, doblando su rodilla herida sin hacer caso del dolor, se sentó muy tiesa con su más insolente sonrisa.

No respondió á los saludos, que sabía bien que no

se dirigían á ella, miró á la gente desde lo alto de *su* carruaje y se divirtió mucho.

Le ocurrió la idea de que haciendo un poco la corte á su nueva amiga, obtendría, acaso, el acompañarla en sus paseos cotidianos.

Y esta perspectiva la sedujo.

Entonces, sin transición, se hizo zalamera, insinuante y flexible, resuelta á conquistar aquella posición, sin saber que la tenía conquistada hacía mucho tiempo.

La de Reteuil resultó así más estimulada en sus diversos sentimientos; su sed de intimidad se aumentó hasta más allá de toda moderación.

Cuando el coche se detuvo ante la especie de gran cabaña en que se albergaban los altivos descendientes de los reyes fabulosos de Irlanda, la puerta siguió cerrada; nadie se presentó.

—Hay que llamar—dijo la de Reteuil.

—No—respondió Bella,—es inútil; mi padre está en el río y mi madre en la huerta, detrás de la casa. Vamos allí.

Así lo hicieron. Arrastrando la pierna, pues la herida ya fría, le ocasionaba gran dolôr, la niña introdujo cortésmente, según sus nuevos proyectos, á aquella buena señora que tenía coche.

Y, de repente, al volver la esquina de la tapia, la de Reteuil vió á la que iba buscando, la marquesa Adelaida de Carmesy-Ollencourt. Estaba en enaguas y cuerpo de percal blanco é inclinada con atención hacia un cuadro de verduras, dando minuciosamente caza á los caracoles.

En las disposiciones en que se encontraba la castellana, decidida de antemano á admirarlo todo, aquella actitud le pareció grandiosa, y murmuró encantada:

—¡Qué sencillez!

La presentación fué rara. Levantándose con toda su

estatura, la marquesa Adelaida esperaba una explicación.

Arabela la dió á su modo, que era sumario:

—Mamá, esta señora me ha encontrado en el bosque, herida en la rodilla, y me ha traído en su coche.

La de Reteuil saludó y sonrió con una cara llena de promesas. Si el Marqués hubiera estado presente, se hubiera estremecido de satisfacción como cuando veía en el río, bajo el agua transparente, alguna gran tenca alrededor del anzuelo.

Adelaida se inclinó, no sin gracia.

—Gracias, señora.

En seguida, cogiendo á su hija por mitad del cuerpo, la echó en sus brazos y le levantó las faldas.

—¿Herida en la rodilla? A ver... á ver...

Examinó la herida y dijo después de un minuto:

—No es grave... con un poco de alcohol se cicatrizará en seguida.

Adelaida cantaba sus frases con un fuerte acento inglés que no dejaba de tener su encanto.

La señora de Reteuil quiso enviar su cochero al castillo á buscar árnica, vendas y todo lo necesario para una cura regular, pero la Marquesa rehusó con un ademán suave y casi tímido:

—Mil gracias, señora... es inútil... un poco de alcohol y estará curada.

—Pero al menos, ¿tiene usted alcohol?—preguntó ingenuamente la castellana.

Al oir esta pregunta, Adelaida volvió á sonreir, pero esta vez con una sonrisa de muchacho burlón, mientras Bella murmuraba con convicción sacudiendo sus bellos rizos:

—Lo que es eso de seguro...

Las dos mujeres y la niña entraron en la cabaña,

restaurada y bautizada con el nombre de Villa Rústica.

En el umbral, la de Reteuil respiró con delicia; en aquella inclasificable morada reinaba una atmósfera particular. Olía á tabaco de Oriente, á almizcle, á pimienta y á sándalo.

Mientras la madre lavaba la herida de su hija, la visitante por accidente pudo mirar á su alrededor. Unos cuantos muebles raros, más exóticos que antiguos, guarnecían insuficientemente las vastas paredes de una sala muy grande que servía de comedor y de salón, según la hora y las circunstancias.

También había, colgados aquí y allá, trofeos de armas indianas, tambores ó escudos tomados á las tribus negras, arcos, mazas y hachas, armas primitivas de todas las razas torpemente estancadas en la infancia de las edades; delante de las ventanas había tres *rocking-chairs* que habían viajado, dos grandes y uno pequeño. En medio una ancha y larga mesa de ébano macizo, groseramente trabajado, estorbaba la circulación; debía de proceder de una choza de rey negro.

Pero la señora de Reteuil no pudo continuar su examen.

La Marquesa había abierto un armario y sacado unas cuantas botellas, cuyas etiquetas estaban consultando. Se podía leer en ellas: Gin, Whisky, Schiedam, Marc de Borgoña, Calvados, Cognac y otros nombres elocuentes venerados por los borrachos.

Por fin, se decidió por la botella de aguardiente gascón; vertió un buen chorro en un platillo, desgarró un pañuelo de hilo muy usado, en tiras regulares, las empapó en el alcohol y curó la rodilla de la niña de un modo hábil y casi sabio. Aquella gente no ignoraba nada.

La de Reteuil se quedó aturdida; tantas botellas, to-

das empezadas, la sorprendían. Acaso eran la explicación del profundo silencio que reinaba en casa de los Carmesy después de la cena. Pero no se detuvo en tan poca cosa y, para alimentar su entusiasmo, se maravilló por la destreza de la Marquesa y manifestó sus sentimientos.

—¡ Bah!—dijo la extranjera,—en Australia y en América hemos hecho con frecuencia la guerra... Había que saber estas cosas y las sé.

Después de esto ¿cómo no extasiarse? ¿Dónde encontrar semejantes héroes y tales heroínas?

Había que confesar en conciencia que era una bendición para la provincia la presencia de personajes tan notables y tan preciosos. La anciana se congratuló una vez más del venturoso azar...

En este momento, volviendo á sus botellas, la marquesa Adelaida dijo:

—¿Quiere usted beber una copita?

La castellana protestó á pesar suyo con un gesto violento de repugnancia y de horror:

—No, no... jamás...

La descendiente de los reyes de Irlanda guardó sus botellas en el armario, no sin un suspiro de pesar. También miss Bella hizo un gesto al verlas desaparecer.

Era probable que, por las noches, la mujer y la hija acompañaban en sus libaciones al esposo y padre. A pesar de lo cual la de Reteuil se marchó encantada.

Adelaida y Arabela, que se tenía mejor con su pierna vendada, la acompañaron hasta el coche, en el que ella subió con ligereza en alas de la satisfacción.

Había invitado á todos los Carmesy á irla á ver, á usar de ella, á cazar en sus bosques, á pescar en sus estanques y á considerarla sobre todo como una amiga; y, aunque Adelaida reservó las decisiones del úni-

co amo, el Marqués, su esposa sumisa dejó entrever que eran posibles y hasta deseables las relaciones entre las dos casas.

Cuando el coche se alejó, se cruzaron todavía cordiales despedidas en el silencio del camino desierto.

Aquella misma tarde, no pudiendo guardar para ella sola tan grave noticia, la de Reteuil se fué á Valroy. Jacobo la recibió en la escalinata y aquel amable nieto la felicitó sin tardanza.

—¿Conque recoge usted los bohemios por los caminos, abuela?

Esta dió un salto, pálida de indignación y replicó duramente:

—Jacobo de Valroy: esa bohemia desciende, por su padre, de los Cruzados del año mil y, por su madre, de los primeros reyes de la Irlanda. No está bien que te burles de ellos.

Jacobo no cedió y dijo con guasa:

—La pequeña Carmesy... no está mal.

Y añadió repitiendo una expresión que había oído:

—Esa gente descenderá de donde quiera; pero lo que yo sé es que ha descendido demasiado.

—¡Qué sabes tú!—respondió la anciana decididamente encolerizada.—Cuando los encuentres en mi casa, lo que sucederá, de seguro, me harás el favor de saludarlos cortésmente. Si no tendré el sentimiento de decirte delante de ellos cuatro verdades. Ya lo sabes.

Para que la de Reteuil se atreviera á hablar de este modo á su señor nieto, era preciso que creyese tener mucha razón. Jacobo comprendió que el momento era malo, se encogió de hombros y se alejó.

Pero la nueva amiga de miss Bella pudo confiar sus entusiasmos á la condesa Antonieta, á quien todo interesaba lo mismo, es decir, nada. Pintó á la niña

como una aparición de leyenda ; y en cuanto á la Marquesa, su madre, dijo:

—¡ Ah ! Querida, si la hubieras visto en medio de sus ensaladas... Es bíblica, sí, «bíblica», es la palabra.

Antonieta no protestó. Con un frasquito debajo de la nariz, no pensaba en nada, ni escuchaba siquiera.

Cuando Juan de Valroy conoció esta aventura expresó su descontento, pues creía que aquello era abrir la puerta á la explotación y trató á su suegra de vieja loca ; pero esto era demasiado corriente para que se tuviera en cuenta.

En casa de los Carmesy también reinaba cierta emoción. El marqués Godofredo volvió de la pesca con una gran red al hombro ; el día había sido bueno y había una buena fritada en perspectiva. Estaba, pues, de bastante buen humor.

Al entrar en la casa, dejó la pesca en la mesa y dijo noblemente:

—Aquí está la comida.

El Marqués oyó con benevolencia el relato de aquella tarde llena de acontecimientos. El accidente ocurrido á su hija no le contristó gran cosa, pues no era hombre que se alarmaba fácilmente, pero las consecuencias que de él se deducían encendieron una corta llama en el fondo de sus ojos, de ordinario velados de misterio,

Al oir que la de Reteuil había venido y se había deshecho en amabilidades, se frotó las manos y murmuró varias veces:

—¡ Ya pican !

Pero, mientras estuvo en ayunas, no tradujo sus verdaderas impresiones.

Depués de comer, cuando tuvo delante de él formadas en batalla las seis botellas de elíxir reconfortan-

te, inspiradoras de esperanza y de grandes pensamientos, se puso elocuente al primer vaso.

Dirigiéndose á su hija lo mismo que á su mujer, pues comprendía que aquella niña, al crecer, se convertiría entre sus manos en un arma formidable, el objeto de una partida brillante, se explicó de este modo:

—Es evidente que esa buena señora se arroja á nuestro cuello y se apodera de nosotros á la fuerza... Dejémosla hacer... Conocéis, hijas mías, la situación tan bien como yo. Con lo poco que nos queda, dentro de un año no tendremos un céntimo. Se trata de rehacerse de aquí á entonces. En este país es posible y por eso hemos venido.

Hizo una pausa, bebió un trago y siguió diciendo con voz inflamada:

—En el suelo feudal, donde mis abuelos se establecieron por fuerza, hicieron justicia y ahorcaron tanta gente, es inadmisible que yo, su único retoño, llegue á carecer de pan. El pasado salvará el porvenir; cuento con ello; pero, no lo olvidéis, sed siempre O'Brien y siempre Carmesy. Es nuestra única potencia. Todos estos noblezuelos de los alrededores, por ricos que sean, tienen pergaminos de tres al cuarto. Los Valroy son nobles de negocios, los Reteuil de toga, hasta el Imperio, cuando se unieron al corso, lo que, dicho sea de paso, no les sirvió de mucho. La señora de Reteuil es de nacimiento burgués, y se casó por su dinero con aquel último Reteuil que se mató de aburrimiento. Todo esto no vale gran cosa en punto á antepasados. Sin discusión, valemos más que ellos: hagámoselo comprender. No nos entreguemos sin algunos remilgos, á fin de hacernos desear. Cuando las amistades sean estrechas, yo me encargo de sacar el partido que más convenga á nuestro provecho. He dicho, hijas mías...

Adelaida, una copita... Y tú, pequeña, toma tu gota.

Una hora después, el Marqués, completamente borracho, roncaba en su cama. La Marquesa, con los ojos brillantes, reflexionaba extendida en una de las mecedoras; y miss Bella, en pie sobre una pierna, como un ibis del Nilo, miraba por la ventana crecer lentamente las sombras sobre los árboles del bosque.

Unos días después, á las cuatro de la tarde, la de Reteuil vió llegar sola y á pie, cojeando todavía un poco, á la señorita Arabela de Carmesy-Ollencourt.

La anciana, pálida de emoción, dejó prontamente la ventana, desde donde contemplaba la extensión de su dominio, y se precipitó de sala en sala hasta la escalinata, á recibir á la noble visitante.

La encontró en el jardín en gran conversación con los perros, que le hicieron buena acogida, la llamó con los brazos abiertos y la recibió como una vasalla á su soberana. Bella aceptó gravemente los cumplimientos sin tratar de devolverlos.

Iba á dar las gracias á la de Reteuil por haberla recogido el otro día cuando estaba herida; era un deber que cumplía de buen grado, pero expresaba su gratitud con frialdad é indiferencia.

Traía la lección bien aprendida. Debía pensar continuamente en los abuelos de Francia y en los antepasados de Irlanda. Se dignó entrar en el gran salón, cuyas ventanas fueron abiertas para ella. El mueblaje era suntuoso, y había en las paredes cuadros antiguos de gran precio, pero Bella no vió nada ni pareció mirar nada. Es de gente de poco más ó menos el admirar las cosas en casa ajena.

Hundida en un gran sillón, con las manos juntas, su anciana amiga la escuchaba extasiada de tanta desenvoltura y de tanta juventud.

Preguntó por la Marquesa, y la muchacha le res-

pondió en seguida que su madre se encontraba bien, gracias al cielo, y seguía cultivando su jardín.

Miss Bella no pareció pensar que Adelaida hubiera, acaso, podido acompañarla en su visita, ó, si lo pensó, no lo dijo. Era ya mucho honor haberse presentado en aquel lugar y en ese instante, y así lo dió á entender.

Era aquella niña tan excepcional, impudente y cándida, orgullosa y sencilla, y tan raramente compuesta de elementos diversos, que era imposible, aun para el examen más minucioso, distinguir en ella el verdadero color de su naturaleza.

Lo mismo podía ser buena que diabólicamente perversa.

La de Reteuil no buscaba tan hondo; entregada á su capricho, se complacía en su propio asombro, y saludaba á aquel género de niña desconocido de ella y que la dejaba estupefacta y maravillada.

A pesar de las leyes de la etiqueta, la joven prolongaba la sesión y no se iba; sabía que á las cinco debía venir el coche á pararse en la puerta y, á pesar de sus desdeñosas altiveces, alimentaba la secreta esperanza de ser invitada á ocupar en él un puesto. Preocupada con este cálculo, hablaba distraídamente y volvía á cada momento la cabeza hacia el jardín, espiando los ruidos hacia el lado de las cocheras y de las cuadras.

Ahora bien, de repente vió aparecer lo que menos esperaba ni había previsto: al vizconde Jacobo de Valroy en persona, que entraba en casa de su abuela como en la suya propia.

Al ver la falda roja en una butaca del salón, el joven retrocedió al pronto, pero el orgullo le impulsó á avanzar impasible.

La de Reteuil, á pesar de su edad y la de los dos personajes, se levantó de repente y se puso solemne,

queriendo ser comprendida y obedecida. Una vez no hace costumbre.

La anciana presentó ceremoniosa y largamente al Vizconde la hija del Marqués, con títulos y cualidades, sin olvidar á los reyes de Irlanda.

Por una de esas salidas habituales de su caprichosa naturaleza, á Jacobo se le ocurrió encontrar á la pequeña Carmesy á su gusto y saludarla como á una princesa. Bella, halagada á pesar de todo, respondió graciosamente, y la señora de Reteuil se conmovió hasta llorar.

¡ Qué lindos niños, tan dignos el uno del otro ! Aquella gracia en el alba y aquella fuerza naciente se unían armónicamente. ¡ Qué hermosa pareja para representar la más alta categoría social en alguna alegoría !

Esto era lo que pensaba la buena señora.

Los dos héroes estaban ya hablando con toda cortesía y habían olvidado su encuentro y las injurias cambiadas por sus ojos.

En este momento, en efecto, se aproximó el coche por debajo de los árboles, describió un semicírculo regular y se paró delante de la escalinata. Entonces la de Reteuil se atrevió á proponer lo que en el día anterior hubiera considerado como un sueño imposible.

—Miss Arabela, ¿ quiere usted venir al bosque conmigo ?... Y tú, Jacobo, ¿ quieres acompañarnos ?

Y, para complemento de su alegría, ya grande, los dos jóvenes aceptaron sin hacerse rogar.

El coche echó á andar por la alameda, llevándose al trotecillo cochinero de sus caballejos á la de Reteuil y á Bella en la banqueta del fondo, y en la de delante á Jacobo de Valroy, que se dignaba sonreir. Los dos enemigos estaban reconciliados.

Entonces aquella niña extraordinaria desplegó de repente los inagotables recursos de su coquetería en

todas sus actitudes, en sus menores gestos y en sus menores palabras. Se complació en levantar de cascos á aquel muchacho de quince años y en conquistar aquel corazón nuevo. Le tenía bajo su mirada y no le soltaba; aquella mirada alternativamente aguda, incisiva, vaga, tan pronto tierna como seria, pero siempre llena de cosas, alucinaba é hipnotizaba á aquel pobre Vizconde, pálido y suspirante ante aquellas diversas influencias que le molestaban, á pesar de lo cual no hubiera cedido su puesto por un imperio.

Sentía á veces extrañas cortedades, cuya causa era, sin duda, su verdadero origen; el medio, la educación y la instrucción no le habían curado absolutamente.

Aquel día su enemiga del anterior, convertida en una hora en su más querida amiga, jugó con él, le revolvió el alma, le escamoteó la voluntad y le hizo su esclavo.

Permanecía ante ella entontecido y estúpido, sin atreverse á decir nada, mientras ella, apoyada en los almohadones del coche, contaba, con su voz cantante, excéntricas historias que, acaso, le habían sucedido. Jacobo, milagrosamente humilde, se juzgaba muy inferior á la que había visto la extensión de los mares bajo el sol y las estrellas, y había recorrido tres continentes entre el estrépito de los trenes, siempre escoltada por algún peligro, á través de lo desconocido.

El Vizconde volvió de aquel paseo pálido, preocupado y poseído. A pesar de sus razonamientos, no conseguía dominarse. No tenía más que un fin y una esperanza: el paseo del día siguiente, que miss Bella, en su generosidad y grandeza de alma, había prometido honrar con su presencia.

Se volvió á Valroy con el corazón hecho pedazos. La pequeña Carmesy había logrado un buen desquite. La joven comenzaba por él la conquista del país; el

genial Marqués, su noble padre, tenía razón contando con ella como con su más poderosa aliada.

Cuando Berta supo que Jacobo era el caballero de miss Arabela, sin hacer más averiguaciones, consagró á esa joven todo su corazón.

III

Jacobo dijo un día á miss Arabela:

—Oiga usted; la carretela no está mal... Pero yo tengo mi «charrette...» donde no hay sitio más que para dos, usted y yo... ¿No estaríamos mejor en ella?

La joven respondió sin ambajes:

—Incontestablemente.

Aquel día fué abandonada la señora de Reteuil y lo mismo ocurrió en los siguientes.

Los dos muchachos estaban libres; ella, abandonada en la vida, sin vigilancia, á la americana ó á la australiana; él, ya bastante mozuelo para no tener que pedir permisos. ¿A quién, por otra parte? Su madre estaba demente y moribunda hacía quince años. Su padre, ausente sin cesar, pues no pasaba tres días al mes en el castillo.

Su hijo grande no le atraía tanto como su hijo niño. Había habido ya entre ellos ciertos rozamientos ligeros y sin consecuencias, pero cuya vibración se prolongaba en vagos ecos.

Jacobo no bastaba ya para contener á Juan, y el muchacho, único dueño de todo, hacía la vida á su gusto.

—¿Eh? esto vale más que los jamelgos de la abuela

—decía Jacobo, mientras miss Bella, mordiéndose los labios y las cejas fruncidas, contenía con las dos manos á una robusta jaca para la cual la «charrette» y los dos niños pesaban como una pluma.

Porque era ella la que guiaba; Jacobo, desposeído, la dejaba hacer sin una observación. Con gran asombro suyo, hacía tiempo que había renunciado á defender su privilegio contra aquella invasión.

Ella guiaba, y lo hacía tan bien como él; se había acostumbrado en otro tiempo en los alrededores de Melbourne, como no hubiera sido en los de Chicago.

La velocidad la embriagaba; bajo las arboledas, en el obscuro silencio de los bosques, aflojaba las riendas y excitaba al caballo con un chasquido de los labios; y en el gran trote se fijaba en su boca una sonrisa.

Jacobo, ocioso á su lado, estaba tentado por cruzarse de brazos como un lacayo bien enseñado, y jugaba con el bastón para ocupar las manos.

A veces, una ráfaga de viento echaba hacia él la cabellera de la muchacha y le anegaba la cara en una oleada de oro pálido. Era aquello muy dulce y él no se apresuraba á apartar aquel velo viviente y tibio; pero ella, irritada y nerviosa, le decía:

—¿Cuándo va usted á acabar de lavarse la cara con mis cabellos? Eso es *improper*, querido.

Tenía pudores feroces y quería ser tratada como un muchacho y como un compañero; un instante después envolvía á su víctima con tal radiación magnética de las pupilas, desplegaba en su actitud tales recursos de coquetería y de arte encantador, que hacía olvidar su edad y pensar en los lazos fabulosos tendidos por las magas para realizar metamorfosis.

Era compleja, doble, triple y más aún.

Según los días, las horas, el sol, la lluvia ó los sueños de la noche precedente, estaba triste ó alegre, bue-

na ó mala, casta ó desvergonzada; y con ella no había término medio; era lo uno ó lo otro, y se hubiera perdido el tiempo queriéndola exorcizar cuando la dominaba su demonio. Ella lo confesaba al día siguiente, cuando había cambiado el viento:

—Ayer estuve insoportable.

Jacobo vacilaba en los primeros tiempos.

—Nada de eso; estaba usted nerviosa.

Pero ella se enfadaba.

—Es usted un embustero y un cobarde; se debe decir la verdad á todo el mundo; estuve insoportable.

Y se reía sin pesar y sin remordimientos. Ella no iba á buscar á nadie y había que tomarla como era ó dejarla. Con el tiempo, Jacobo se acostumbró y respondía con franqueza:

—¡Oh! sí, completamente insoportable.

La muchacha le llamaba *Djeck*, y él lo encontraba delicioso; en cambio él la llamaba, en vez de Bella, Bellísima, y ella lo encontraba tonto.

Los campesinos se admiraban á su paso, extrañados, á pesar de su rudeza, de tanta intimidad entre un joven y una señorita.

Sin embargo, cuando llegaban á la quinta Grivoize se les recibía con palmas. Esta quinta y sus dependencias eran importantes; suelo robado cuando los acontecimientos de 1793.

Los Grivoize de la primera República tenían ya los dientes largos, ambición y sagacidad. Se habían adjudicado en el reparto, contra asignados de bienes nacionales, los confiscados á una familia guillotinada.

Desde entonces venían prosperando de padres á hijos. Los Grivoize actuales continuaban agrandándose sordamente, hectárea por hectárea.

Eran dos hermanos y su cuñado Piscop, el más há-

bil, acaso, y el más duro, á pesar de ser el más joven y el que había llegado el último.

Cuando los herederos de Carmesy y de Valroy entraban en coche en la quinta, todos corrían solícitos á su alrededor.

«La mejor leche y la mejor manteca para don Jacobo... La mejor crema y el pan más blanco para la señorita Bella.»

Ellos daban las gracias desdeñosamente, como personas acostumbradas al homenaje, y se paseaban por el patio, las cuadras y el establo, envueltos por la admiración salvaje y envidiosa de cinco chicos y tres chicas, Piscop ó Grivoize, que se metían los dedos en la nariz olfateando, y de obsequiosas criadas, que descubrían para ellos negras encías en horribles sonrisas.

Los tres hombres y los criados seguían en sus tareas después de excusarse. Pero, de vez en cuando, echaban de reojo una mirada á los nobles forasteros y esa mirada carecía de ternura.

La casa Grivoize y Piscop era un rincón temible, una amenaza en el corazón del país; aquellas honradas personas llenas de religión, de buen sentido y de moderación, soñaban por la noche que se comían la tierra y que el espacio les pertenecía. Eran capaces de todo por aumentar su haber. Piscop, particularmente, tenía un alma de bandido.

Djeck y Bellísima salían de allí arrojando una moneda de plata, pronto escamoteada por la más vieja de los Grivoize. No hay provechos pequeños.

Y mientras la «charrette» inglesa rodaba á lo lejos entre el polvo de los caminos, los dos hermanos y Piscop, dejando las herramientas, los seguían con los ojos y murmuraban vagas amenazas, ó, quién sabe, feroces maldiciones.

Una vez dijo Piscop:

—Trotad, reíd, decid ternezas... Eso durará lo que dure...

Movió la cabeza y siguió diciendo:

—El señor Conde hace locuras en París... Todo se sabe.

Los demás aprobaron en silencio, inclinados, encorvados, partidos en dos sobre su tarea.

Jacobo conoció al marqués Godofredo, pero no sin trabajo, pues este último se hizo rogar mucho tiempo antes de aceptar esa presentación; y como el joven, por su parte, fiel á sus antiguos prejuicios para todo lo que no fuera miss Bella en persona, no ponía en ello más que un empeño relativo, el suceso se hizo esperar.

Pero la Marquesa, instigada por la de Reteuil, intervino y preparó las cosas; no había medio de retroceder y se arregló una cita, en la que se encontraron las dos partes.

El anciano noble no se dignó cambiar de postura; pero, sin embargo, acogió al recién llegado con una inclinación amistosa de cabeza. Este, herido en su amor propio, estuvo parco en cumplimientos, lo que hizo que Carmesy le cobrara de repente estimación y rompiera á hablar.

—Señor de Valroy—dijo con voz seca y metálica,—celebro mucho ver á usted. Pertenece usted á una antigua familia del país; yo á una familia antiquísima. Nosotros ya no existíamos cuando ustedes empezaban. Es el destino de las razas; ustedes subían y nosotros bajábamos. He vuelto á esta comarca porque todo me atrae á ella, el recuerdo, la tradición, las ruinas... esas piedras esparcidas que fueron una orgullosa ciudadela donde mis abuelos, encaramados como águilas, desafiaban el odio de sus vecinos y la invasión del ex-

tranjero. Señor de Valroy, lo que hace la fuerza de un pueblo es la religión del recuerdo; la patria no es más que la tierra de las tumbas donde duermen los antepasados y el que las guarda bien es bien guardado... Es usted demasiado joven todavía para comprender estas gravedades morales, pero ya vendrá su día. Puesto que place á usted, sin tener en cuenta las injusticias de la fortuna, contarse en el número de nuestros amigos, sea bien venido entre nosotros.

Después de esta peroración, Godofredo de Carmesy ofreció la mano al joven, el cual, animado á su vez, la estrechó con perfecta cortesía.

Bueno es decir que el Marqués estaba desde por la mañana pescando en el río y que durante esta escena tenía la caña en la mano y la vista en las aguas.

Se quedaron en silencio porque un pez andaba en derredor del anzuelo, y el Marqués, con los dientes apretados, concentraba en él toda su atención. De repente levantó la caña y, en el extremo del hilo, como un relámpago de plata, se retorció convulsivamente en el aire un pececillo y fué metido en la red.

Después de esta hazaña, el hijo de los héroes respiró anchamente.

Como el sol traspasaba las ramas y hacía ya calor en aquella mañana de verano, Carmesy se quitó el ancho sombrero de paja y se enjugó la frente con el pañuelo. Aquella frente estaba desnuda; no tenía ni un cabello. Con el sombrero puesto, Godofredo representaba cincuenta años; con la cabeza desnuda parecía tener sesenta; hay detalles de nada que lo son todo.

Jacobo le contempló; nunca le había visto tan de cerca. ¿Qué edad tenía realmente? Problema difícil de resolver. Sus facciones cansadas y caídas, sus hinchadas orejas, las tres grandes arrugas entre las cejas, acusaban más bien una vida de disipación, de inquietud

y de aventuras que el peso de los años; el cutis, curtido y quemado por la acción de todos los climas, tenía durezas de bronce claro; en aquella cara morena y envilecida, pero enérgica todavía, los ojos, muy pálidos, relucían casi crueles y alarmantes; un bigote rojizo, sin una cana, ocultaba la boca de delgados labios y subrayaba una nariz en forma de pico.

El cuerpo se conservaba delgado y esbelto, á pesar de sus ropas destrozadas, y tenía cierta elegancia y nobleza de líneas; sus manos, sucias por el contacto viscoso de los peces moribundos, eran finas; y se adivinaba que sus pies, en los zuecos de campesinos, eran pequeños «y de raza,» como decía el mismo Marqués.

Extraño hombre, en verdad, que debía haberlas visto de todos los colores; para quien la palabra escrúpulo ó prejuicio debía sonar sin evocar un sentido; aventurero que había corrido todo el mundo; bandido, acaso, y estafador sin duda; arruinado y decaído como su raza; enigmático, sospechoso, equívoco, y, sin embargo, seduciendo á veces al modo de las fieras, encantador y simpático por su gracia altanera y por el atractivo del misterio. Un tipo.

De todo lo que decía se exhalaba un perfume de honradez; no hubiera cedido en honor á don Diego ni en caballerosidad á Bayardo. Nadie rindió homenaje á la virtud como él en sus palabras; en cuanto á sus actos, esto era negocio suyo.

Era evidente que con tal exterior y tal modo de hablar había debido engañar sin gran trabajo á las almas sencillas.

Tal como era, no desagradó al Vizconde, menos acostumbrado al mundo que la mayor parte de los muchachos de su edad educados en las ciudades. Su experiencia era nula y sus juicios no eran más que caprichos. Una persona le gustaba ó no le gustaba, sin más ra-

zón; y además no era, acaso, muy inteligente, es posible que á causa de su origen, y de aquí una cortedad inconsciente, pero real.

El Marqués, pues, tuvo la dicha de ser aceptado desde el principio. Su fácil victoria no le extrañó, pues contaba con ella como cuestión de amor propio. Todos sus enemigos, al aproximarse á él, se convertían en amigos; eso sí, ellos sabían lo que tal amistad les costaba.

La sesión se prolongó bajo los sauces, y fué un curso detallado y minucioso sobre las diversas maneras de pescar en un río. Jacobo le escuchaba religiosamente, aunque esta lección le hubiera hecho bostezar viniendo de otro cualquier personaje, pero en la boca del Marqués todas las palabras tenían valor.

A pesar de toda esta ciencia, aquella mañana la pesca fué mala; hacía demasiado calor, el aire era tempestuoso y los peces, nerviosos, saltaban y no mordían. El noble, cansado, recogió sus bártulos y renunció.

Se volvieron juntos hacia la villa rústica de los Carmesy y tuvieron que pasar por la parte oeste de la ruina; el heredero de los cruzados se exaltó de repente:

—Usted, que es hijo de esta tierra, ¿conoce usted lo que queda de nuestro antiguo castillo?

Jacobo respondió sin ambajes:

—Muy poco; sin embargo, cuando era niño cazaba lagartos en las grietas de los muros.

—Esos muros—interrumpió Carmesy—son los últimos testigos de una gran historia... Vea usted, allí estaba la poterna, de la que salían por la noche, para las sorpresas, los grupos silenciosos de nuestros hombres de armas; esas piedras desunidas eran el baluarte, con dos pisos de defensas provistos de parapetos.

Allí había un puente de madera por el que se llegaba al puente levadizo de la segunda poterna y después al patio de honor, entre la torre principal y la capilla... Vea usted más lejos; ese cuadrilátero, todavía vagamente dibujado entre los musgos y las hierbas, era el de las grandes lizas, y más lejos la gran torre, con su triple fila de troneras, sus barbacanas y sus almenas. Después la torre del vigía con la sala de guardias. El conjunto pasaba de tres mil toesas y podía alojar cuatrocientos habitantes, señores, escuderos, soldados y lacayos, con sus mujeres y sus proles. En las cuadras había sitio para cien caballos cómodamente, y los ganados pastaban en libertad la hierba de los fosos en las buenas estaciones. En la más alta torrecilla flotaba el estandarte rojo, el *carmesí* de los árabes, protección ó amenaza, manifestación de fuerza, símbolo y recuerdo... A su caída, el feudalismo que representaba sobrevivió mal para extinguirse muy pronto.

El anciano Marqués pronunció melancólicamente estas tristes palabras; dejó caer los brazos, que parecían envolver y abrazar aquella tierra, y volvió á echar á andar con la cabeza baja.

Djeck y Bellísima se miraban por detrás de él y se sonreían, con un completo olvido de los guerreros muertos, de los castillos derrumbados y de los tiempos desaparecidos.

Al llegar á la casa Jacobo quiso despedirse, pero Carmesy le cogió de un brazo.

—Entre usted, beberemos un grog para abrirnos el apetito.

El joven no dijo que no; aquella atmósfera le gustaba; saludó á la marquesa Adelaida y fué acogido cordialmente con un franco apretón de manos. La extraña característica de aquella mujer, joven todavía y todavía guapa, era prestarse á las peores farsas in-

ventadas ó exigidas por su ingenioso esposo y participar de los provechos, sin prescindir de su aspecto leal y de su alma honrada.

Miraba á la gente á los ojos con claras é intrépidas pupilas, detrás de las cuales el más suspicaz inquisidor no hubiera jamás pensado en descubrir vergonzosos misterios ni feos secretos.

Y, sin embargo, aquella mujer no era inconsciente; era particular, particular en todo.

Desde su infancia tenía la idea, inculcada por unos padres maniáticos de nobleza y rabiosos de miseria, de que ciertos nombres y ciertas familias gozaban de todas las inmunidades.

Según ella, lo que era criminal para un Benoit ó un Morin, no tenía importancia en un O'Brien ó en un Carmesy. Lo que éstos hacían no era robar, sino rectificar la suerte.

Las personas bien nacidas, también según ella, tenían derecho á decirlo y á hacerlo todo... y se puede añadir: á cogerlo todo. Era la última consecuencia de la antigua fórmula: «El Rey está en todas partes en su casa.» Como sus abuelos habían sido reyes, ella seguía estando en su casa.

Entretanto, el Marqués estaba arreglando en un rincón sus cañas, su red y sus diversos botes; después sacó un frasco del bolsillo y le dejó en la mesa medio vacío. Viendo la mirada interrogadora del joven, dijo alegremente:

—Es «whisky», Vizconde; excelente para combatir las nieblas al lado del agua, al amanecer...

El Marqués canturreaba de buen humor, á pesar de su mala pesca; por el momento tenía á la vista un pez más gordo y le veía dar vueltas alrededor del anzuelo.

—Por cambiar—dijo,—vamos á tomar una copita de

aguardiente... del viejo, del fuerte. En un poco de agua fresca es muy tónico.

Jacobo aceptó. Libre desde los doce años, no temía entrar en una taberna cuando tenía sed en el camino, y, ciertos días de condescendencia, brindar con los guardas del bosque ó con algún campesino acomodado.

El Marqués acercó una silla y cogió otra mientras la bíblica Adelaida iba á buscar el agua fresca anunciada, y Bella, sentada encima de la mesa, movía las piernas en todos sentidos con gran vivacidad.

Hubo un silencio que parecía sueño, pero la Marquesa reapareció trayendo en sus blancas manos una pesada botella de cristal.

La puso delante de los hombres y fué á recostarse en una de las grandes butacas de mimbre, abanicándose con el pañuelo.

Eran cerca de las doce. Fuera, las hojas se retorcían bajo un ardiente sol; sobre todos los seres pesaba un mudo sopor; era la canícula en su gloria excesiva.

Por esto, sin duda, el Marqués se bebió tres copas seguidas, castañeteando cada vez la lengua con satisfacción.

Jacobo no le siguió en sus reincidencias, pero tuvo que defenderse y que refutar el argumento pérfido con frecuencia empleado de que «las cosas buenas no hacen nunca daño.»

El joven salió de allí un poco aturdido y con el ánimo incierto; satisfecho de un lado y descontento del otro, y mientras detrás de él Adelaida, repentinamente activa, instalaba el almuerzo, es decir, tres tazas de té, un plato de jamón, pan, manteca, y las seis botellas de alcohol, el rico castellano recorría el camino buscando la sombra de la línea de árboles y sonreía ó fruncía las cejas al recordar los actos y las palabras de aquella mañana.

Ciertamente, la intensa pasión que creía alimentar en el fondo del alma por su amada Arabela le hacía complacerse en la sociedad de los Carmesy, hacia los cuales le atraía además un sentimiento de curiosidad; pero tenía que confesarse que, por primera vez en su vida y entre aquella gente, no era ya el principal personaje objeto de respeto y admiración.

Se había convertido en persona secundaria y satélite; era verdad que su astro se llamaba Arabela; pero ello era que Jacobo no se lanzaba ya libre y orgulloso en una carrera independiente y á su sola fantasía.

El Marqués le aplastaba también con la antigüedad de sus antepasados, perdidos en la noche de los tiempos.

No lo decía, pero se adivinaba al oirle qué poco pesaban los Valroy ante su alta nobleza. No parecía considerarlos mucho más que á los Piscop, á los Grivoize y á los mismos Garnache; Reteuil le merecía el mismo juicio.

Aquel antiguo feudal, extraviado en los siglos nuevos, se pasaba por debajo de la pierna á toda aquella gente.

Jacobo se sentía como disminuido, pero se consolaba pensando en la potencia del único agente moderno que gobierna el mundo: el oro y la fortuna, de la que él estaba colmado.

Los Carmesy podían decir lo que quisieran; la nobleza sin dinero es un soldado sin armas; y el joven, para apaciguar el escozor de los arañazos hechos á su amor propio, recapitulaba sus castillos, sus quintas, sus tierras y sus bosques.

Tranquilo entonces levantaba la cabeza y su movible pensamiento gozaba con la aventura; soñaba con el día en que ofrecería todos aquellos bienes y aque-

llas riquezas á la última heredera de dos razas decaídas, con un nombre, aunque fuera menos sonoro. Esto sucedería dentro de unos cuantos años, pero sucedería, de seguro, y tal perspectiva le embriagaba.

Iba cantando por el camino, pero una idea repentina cortó de repente su alegría. ¿Y si los Carmesy rechazaban su petición y no querían un Valroy descendiente del amigo de Law y de Ponchartrain?... ¿Y si, encastillados en su orgullo, oponían á sus deseos una negativa desdeñosa?

Jacobo se sintió angustiado, pero se encogió de hombros y murmuró:

—No hay más que el dinero. Bella debe ser rica, porque, si no, sería desgraciada, y sus padres lo sabían bien.

Así tranquilizado una vez más, cortó por el bosque, subió un escarpado sendero y se encontró detrás del castillo, en el que penetró por una puerta que daba entrada á los jardines.

Poco tiempo después su padre fué informado de aquellas nuevas relaciones cuya intimidad aumentaba todos los días.

—Tú también te pasas al enemigo—le dijo;—ya sé que te acompañas con la gente roja.

Jacobo hizo un gesto nervioso. A cualquiera otro que á su padre le hubiera respondido de un modo brutal; con él se contuvo, pero no pudo menos de replicar con una frase, justa en principio:

—Papá, conócelos antes de juzgarlos.

Juan de Valroy movió la cabeza: «No, no quería conocer ni juzgar, y le importaba poco aquel juego de niños.»

Aquel día Jacobo quiso menos á su padre.

Juan, por otra parte, cambiaba también y de todas maneras. Si no se notaba alrededor de él, era porque

su mujer, la doliente Antonieta, seguía indiferente, y su hijo, el egoísta Vizconde, no se ocupaba más que de sí mismo. Pero el hecho no dejaba de ser cierto.

Graves preocupaciones alteraban aquella cara en otro tiempo tranquila, y una perpetua inquietud ahondaba una profunda arruga entre las dos cejas del Conde. Su boca tenía una expresión amarga y desanimada y sus cuarenta años parecían cincuenta.

Estaba Juan demasiado acostumbrado á la hostilidad reinante en su casa y vivía en ella demasiado poco para que se pudieran buscar por ahí las causas de aquel nuevo estado de decadencia y de angustia que parecía acentuarse de año en año, de mes en mes, y de día en día. Había, pues, otra cosa. ¿Cuál?

El vizconde Jacobo se engañaba, acaso, cuando se creía poderosamente rico. Hacía algún tiempo, Valroy estaba amenazado. Nadie lo había sospechado al principio en el país, pero en París, entre los hombres de negocios, era cosa corriente.

El conde Juan llevaba años viviendo como un loco lúcido, gastando cuatro veces sus rentas y pidiendo á la Bolsa, al círculo ó á las carreras el medio de rehacerse; pero se hundía más cada vez y siempre soñaba con la gran combinación que debía arreglarlo todo de un golpe y poner á flote su barca.

¡Ah! eso sí, una vez reconstituida su fortuna, volvería prontamente á plantar sus repollos, á ocuparse un poco de su hijo, que parecía tomar malos vientos, y hasta á soportar á la pobre Antonieta, por la cual, á lo lejos y á medida que se sentía más culpable, se iba volviendo menos severo.

En sus horas de fiebre y en medio de la agitación de París, pensaba con enternecimiento en Valroy, en los bosques augustos llenos de silencio, en el inmenso descubrimiento de los prados después de los campos

y de los campos después de los prados, por los que pasaba la caricia murmuradora de las brisas que levanta la tarde.

¡Ah! cómo hablaba á su corazón aquel rincón de tierra del que conocía todos los árboles y todas las piedras...

Toda su vida estaba allí... el resto era mentira, disipación y demencia.

Pero después, de un empujón, echaba por tierra el fardo demasiado pesado de sus penas, que parecían remordimientos, y volvía á lanzarse en las diversiones y en los negocios.

Arrastrado por ese engranaje, no sabía cómo salir... y, además, era preciso á toda costa *recobrar su dinero*, mala gimnasia que conduce á la voltereta.

Había tenido aventuras. La triste Condesa no se engañaba por completo cuando lo suponía presidiendo orgías con una rubia á la derecha y una morena á la izquierda. Sin incurrir tanto en la «decadencia latina,» ello era que cultivaba diversas relaciones mujeriles en distintas clases sociales, y que por una rara mala suerte, que ciertamente no ocurre á nadie más que á él, ni una sola de ellas fué desinteresada.

Juan fué despojado por muy lindas manos y recogió ciertos provechos y pequeñas ventajas, pero siempre, cuando la ilusión se había pasado, encontró la cuenta exagerada.

El Conde no decía nada y su reputación de hombre galante seguía siendo legendaria, lo que hacía que, apenas acababa una aventura, era solicitado para otra.

¡Pobre Conde!... Provinciano recién llegado, sin haber estado en París más que con largos intervalos y cortas temporadas, al principio fué cándido; después, bueno es decirlo en su elogio, era realmente de na-

turaleza generosa, no sabía rehusar un servicio y tenía el billete de banco fácil.

Súpose aquello rápidamente y Juan fué muy buscado para aprovechar su candor y su prodigalidad.

Cuando la vida le instruyó, siguió siendo débil y vanidoso, que son dos brechas abiertas á la explotación.

Todos los días se acusaba á sí mismo y se juraba reformar su vida y separarse de los falsos amigos; pero siempre volvía á sus errores, buscaba á sus compañeros habituales, abría las manos y vaciaba los bolsillos.

Un rico americano de los que cuentan los millones por miles, hubiera, acaso, resistido este género de sport, pero Juan de Valroy era sencillamente millonario, contando con sus bienes raíces, se vió pronto reducido á las combinaciones.

Empezó entonces una defensa desesperada, que pronto se convirtió en derrota, y, de especulación en especulación, Valroy precipitó su ruina.

Al cabo de diez años, sin que se supiera en su provincia, y menos aún en el castillo, el dominio hereditario estaba hipotecado y comprometido de todos modos. El desgraciado Conde, que seguía la lucha por fuerza para que no se viniera todo abajo, no conoció ya una noche de sueño ni un instante de reposo.

Orgulloso en la derrota, no confiaba á nadie su secreto y lo llevaba consigo, haciéndolo así más punzante. ¿A quién se le había de confiar? Bajo el punto de vista de esposo y padre de familia, estaba solo en el mundo.

Durante dos años más, tapando un agujero y destapando otro, y gracias á los mil recursos de una mente en el último extremo, sostuvo tal cual las apariencias y fué salvando la situación.

Sin embargo, poco á poco, fueron llegando rumores á los alrededores del castillo. Los Piscop y los Grivoize apercibían el oído y abrían la nariz, oliendo la ocasión y la ganga. No se sabía aún nada preciso y sólo había insinuaciones demasiado repetidas para que no tuvieran algún fundamento.

El Conde había paseado varias veces por sus campos y sus arboledas á personas sospechosas que no se parecían á sus antiguos amigos y que miraban, apreciaban, parecían inventariar, tomaban notas y, á veces, disputaban entre sí duramente.

Era indudable que el Conde los sufría por necesidad. En fin, los Grivoize tenían el mismo notario que el Conde, y los pasantes, uno de ellos de doce años, no eran bastante discretos ni, acaso, incorruptibles.

En una palabra; se empezó á decir entre los bien enterados que «las cosas iban mal del lado del castillo.»

Curiosamente, y sabiendo bien lo que hacían, ciertos campesinos de repleta bolsa esperaban pacientemente disponiendo las mandíbulas.

Pero los que sabían se guardaban bien de advertir á los demás, lo que permitió á Juan sobrevivir á su fortuna y sostener mucho tiempo su lujo en la provincia. Pero tenía que llegar un día en que todo faltase, y entonces...

Ciertamente, la condesa Antonieta tenía bienes personales y un dote que estaba todavía intacto; pero todo eso hubiera sido un puñado de tierra para llenar una fosa, y, además, ¿consentiría la Condesa? Y su marido ante todo, ¿tendría valor para confesarlo todo y pedirle socorro?

Lo había pensado algunas veces y siempre había rechazado esa solución—la única práctica, sin embargo,—con cólera y repugnancia. ¡Jamás! ¡Jamás!

Preveía la escena y las humillaciones... ¡No!

Pero cuando se encontraba á su lado, en su atmósfera de silencio y de éter y en su eterna penumbra, pensaba tristemente que allí estaba acaso, la salvación... allí delante de él, en aquella mujer que llevaba su nombre y que le había amado... Y bien, no; la esperanza más lejana y más loca era más próxima y más razonable que aquella.

A todo esto, á pesar de su decadencia consumada, Valroy se negaba todavía á aceptar á Carmesy. Había conocido en París muchos de esos nobles desbancados, sin oficio y llenos de industria; y le parecía demasiado encontrarlos en su provincia y en su casa.

A Jacobo le contrarió esa actitud, y más aún porque el Conde, ya fuese en un momento de descanso, ya por desanimación, no se movía en aquella época del castillo.

Llegábanle, sin embargo, cartas que le hacían palidecer, y entonces se iba solo por los bosques, hablando en voz alta y haciendo gestos.

En una de estas escapatorias, se encontró á su hijo con miss Bella, y, á pesar de sus prevenciones, la gracia y la armonía de aquella pareja le conmovió y no pudo menos de sonreir, él, que sonreía tan penosamente.

Los muchachos venían á su encuentro, preocupados los dos por el efecto que iban á producir; ella, la niña seductora, sin admitir la posibilidad de una acogida que no fuese entusiasta; y él, el joven acostumbrado á disponer á su alrededor la lluvia y el buen tiempo y á imponer la ley, temiendo en aquel encuentro al único personaje cuya voluntad pudiera todavía vencer á la suya.

Jacobo hizo la presentación sin aparente embarazo, pero un poco pálido. El Conde saludó gravemente

y hasta con tristeza á aquella heroína de trece años que le miraba con ojos maliciosos, pues al clavar la mirada en la suya, entrevió abismos y previó claramente las nuevas ruinas que aquella descendiente de las ruinas antiguas iba á sembrar en la comarca.

Tuvo el instinto profético de que era aquella adorable y fantástica niña la que, con sus manos de mujer apenas formadas, acabaría el desastre de Valroy y amenazaría Retęuil para llevárselo después.

Dominado por estos pensamientos y prescindiendo de insignificantes historias, Juan se mostró benévolo con la hija de los rojos; y ella redobló sus lindas monadas, prodigó sus efluvios y envolvió en su encanto á aquel hombre casi joven todavía, gran aficionado á mujeres y que, poco á poco, sin darse cuenta de ello, sufrió su seducción.

Una vez más la encantadora había ganado su causa. Juan como Jacobo, el padre como el hijo, la admiraban ya y la escuchaban con la misma expresión y la misma atención embelesada, mientras ella, que lo veía muy bien, caminaba ligeramente entre los dos. Se hubiera dicho que se los llevaba cautivos.

Fué aquél uno de sus más hermosos éxitos; la conquista de un señor de París, de un hombre de círculo, de un *sportman*, amigo de los actores, amante de las actrices y que representaba para ella el colmo de la dificultad en la empresa, pero también un ideal de gloria si triunfaba. Bella se acordó siempre de aquel día.

Por la noche, cuando estuvieron solos, Jacobo dijo al Conde:

—Celebro mucho, papá, que hayas prescindido de tus prejuicios respecto de los Carmesy, que son...

Valroy, ofendido por el tono de la frase, le interrumpió:

—¿Quién te ha dicho que he prescindido?

El joven se encabritó.

—La acogida que has hecho á miss Arabela no ha sido de un enemigo... me parece; parecía que la encontrabas á tu gusto...

El Conde se enfadó por completo. Acaso se reprochaba secretamente de haberse dejado coger, en efecto, por las monadas de aquella diminuta encantadora... ¿Tenía él, pues, todavía tales extravíos de juventud?... Un niño, su hijo, los había notado... ¡Un niño!... Sí, eran dos niños, esta palabra cantaba en su cerebro, y el Conde se sirvió de ella para replicar con desdén:

—Yo no soy enemigo de *una criatura* y he podido encontrar graciosa á *esa niña*, sin que esto me comprometa á nada. Tampoco es ella responsable de las fechorías de su padre.

Jacobo se estremeció... «¡Criatura... niña!» términos injuriosos según él... Y, disipado su sueño de aproximación de las dos familias, le dominó la cólera y se atrevió á decir, olvidando quién estaba delante de él:

—Papá, por última vez, te ruego que hables de Arabela y de los suyos con el respeto que merecen, pues, de otro modo, tendré el dolor de evitar tu presencia. Elige.

Juan se esforzó por sonreir.

—¿De modo que es la paz ó la guerra lo que me traes en los pliegues de tu manto?

—Justamente.

—Pues bien, escucha: eres mi hijo; te he querido de niño, te he velado estando enfermo, te he cuidado y rodeado de cariño y no he vivido más que para ti, porque eras el único ser que me atraía en esta casa; empiezas á crecer y tratas de morderme... ¡Cállate y sigue escuchando! El haber adorado á un niño no es

una razón para que se adore también al hombre que debe salir de él. Me hablas de un modo odioso y yo debiera coger un látigo y responderte con ese argumento, para probarte que, á falta de otros derechos, tengo el de la fuerza... Pero no; acabo de echar de ver, en mi poca cólera, que tus ultrajes no hacen efecto... Prefiero esto... Ten cuidado... Eres todo orgullo y te crees muy fuerte en la vida, pero, te lo repito; ten cuidado... Puede que un día--muy próximo—te encuentres solo y desnudo en el camino... Veremos, entonces, si el señor de Carmesy-Ollencourt te abre su puerta. En cuanto á mí, un poco más desencantado de esta casa, en la que, decididamente, sólo el odio prospera, me vuelvo á París, á mis negocios, á mis hermosos negocios...

Se calló un momento, y añadió, dando un profundo suspiro:

—Acabas de librarme de un gran peso... Tú no puedes comprender... Sí, de un gran peso... Después de mí, el fin del mundo...

Y, después de estas palabras sibilíticas, el Conde se alejó, dejando á Jacobo entregado á sus reflexiones. El joven estaba más que asombrado, enteramente desconcertado.

—¡Bah!—pensó;—mañana lo habrá olvidado.

Al día siguiente, el Conde se marchó.

—Ya volverá—se dijo Jacobo, no queriendo cargarse con un remordimiento; y siguió su existencia sin cambiarla en nada.

La tal existencia era fácil; los estudios no le fatigaban. Salía de Valroy, donde los Carmesy no entraban todavía, para ir á Reteuil, donde empezaban á instalarse. Era una gran alegría para la castellana el ver llegar, uno tras otro ó todos juntos, á sus buenos amigos de la Villa Rústica.

El mismo marqués Godofredo se dejaba domar, sin prescindir por eso de hacer sentir, de vez en cuando, el precio de su condescendencia. Hacía poco había tomado la costumbre de pedir prestado un caballo en la cuadra de Reteuil, tres veces á la semana, para recorrer montado los alrededores, lo que le permitía ver el país.

Acaso sus expediciones, que sólo parecían guiadas por la aventura, tenían un fin más práctico y más interesado. Se le veía con frecuencia hacia la granja de los Grivoize, donde los dos hermanos y Piscop le mostraban ahora gran consideración.

Era aquel un buen cambio, pues un año antes, eran los primeros en calificarle de marqués del Pan Seco y conde de la Miseria. Pero todo varía, y, sin duda, aquellos tres compañeros, cuyas almas eran astutas, tenían sus razones para ello.

A veces se les veía pasear los cuatro delante de la granja ó sentarse en el interior ante una mesa con vasos y una botella de aguardiente, juego en el que Carmesy se sabe que no tenía rival.

La marquesa Adelaida, con gran descontento de las señoras de la vecindad, acompañaba casi todos los días á la señora de Reteuil en sus paseos en coche por el bosque.

Estaban en la más tierna intimidad, aunque había entre sus edades la diferencia de un cuarto de siglo; pero esas barreras no existen para los espíritus elevados.

Adelaida, con su aspecto de franqueza, contaba de buen grado su vida y sus desgracias, por lo menos las que podían contarse, y su amiga se indignaba al oir el relato de aquellos infortunios tan poco merecidos; acusaba á la suerte de injusticia y repetía con frecuencia:

—¡ Es para dudar de Dios!...

La madre de Arabela, entonces, con una de esas miradas envolventes y encantadoras que había transmitido con la vida á su querida hija, murmuraba con su voz singular acentuada de exotismo:

—No, querida amiga... puesto que hemos encontrado á usted...

Y la querida amiga, conmovida hasta llorar, pensaba en los medios de sacar de su inicua miseria á unas personas tan distinguidas y tan delicadas.

Y debió de encontrarlos, pues es de notar que, en aquella época, la existencia se mejoró en casa de aquellos replantados en el suelo de sus antepasados.

Arabela no variaba; con Jacobo cosido á sus faldillas cortas, perseveraba, para divertirse, en su idilio romántico y todos los días ensayaba un nuevo papel; tan pronto loca sentimental como camarada casi masculino y tan atrevido como otro cualquiera; ya reina de leyenda gobernando á su antojo; ya domadora de circo, haciendo pasar, á imaginarios latigazos, por los aros de su fantasía, á su único partidario *adicto hasta la muerte*, como él decía.

Era imposible saber lo que pensaba aquella extraña muchacha, que acaso no pensaba nada más que en reir y en respirar; es posible que aquellos ojos inmensos, de mil expresiones, no contuvieran más que el vacío; acaso en aquella cabeza de santa ó de gitana, según los días, no hubiera alma alguna. Con ella, todas las suposiciones eran permitidas. Pero Bella seguía misteriosa.

Su vanidad, sin embargo, no se desarmaba y se hacía ver en todas las ocasiones. Berta fué la primera en sufrir sus temibles efectos, á pesar de que se hubiera ofrecido á ella con los puños atados, como esclava, por haberla elegido Jacobo.

Los días eran desdichados hacía mucho tiempo para la mujer de Regino, y mucho más por lo mismo que, en apariencia, no tenía derecho á quejarse.

Todo parecía prosperar en el pabellón del guarda. Garnache seguía sus rondas metódicas por los bosques. Berta, con Sofía, se ocupaba en la casa sin cansancio. José, que se había quedado algo delicado después de su enfermedad, la gran fecha de su existencia, no inspiraba cuidado alguno y era dulce é iba con regularidad á la escuela, aunque sin gran curiosidad.

En aquella familia reinaba un ancho bienestar, pues el conde de Valroy, en otro tiempo, había colmado de bienes á la nodriza de su hijo, por agradecimiento—nadie veía otras razones para tal generosidad—y Berta había sido además dotada, al casarse, por la de Reteuil y por la nueva Condesa.

La vida hubiera debido ser apacible para ella, pero era en realidad un perpetuo suplicio.

Hacía años que Jacobo se había apartado de ella, fastidiado por sus demostraciones demasiado ruidosas. Cuando la veía, volvía la cabeza ó, cuando más, le hacía un ligero saludo con la mano. No le dejaba acercarse más que en el último extremo y, desde que tuvo diez años, se escapaba de sus caricias con aparente repugnancia.

Berta no le tocaba ya y le miraba de lejos, sobre todo desde que renunció á ser bella y se dejó llevar á los descuidos campesinos.

Tenía conciencia de que una paleta como ella, sin cuidados y hasta sin limpieza, invadida por la mugre en sus ropas y en su persona, no podía menos de repugnar al señor Vizconde, siempre exageradamente pulido y perfumado.

Se resignaba, puesto que el sacrificio había sido consentido de antemano, pero padecía horriblemente, aun-

que trataba de consolarse pensando que su fin estaba conseguido, que sucedía lo que ella había deseado y que todo aquello estaba previsto.

Pero lo conseguía mal. Las previsiones, por fúnebres que sean, resultan insignificantes en presencia de las realidades. Prever que se sufrirá no es sufrir, y así lo veía Berta. Pero tenía que disimular, puesto que no podía ser comprendida, y lo lograba á veces, para caer en seguida en sus tristes anonadamientos.

Entonces se estableció la leyenda de que estaba enferma, como su antigua señora Antonieta, de una de esas dolencias nuevas inventadas por los ociosos de las ciudades y perdidas, por azar, hasta el fondo de los campos. Un médico pronunció una palabra rara: neurastenia. ¿Por qué? ¿Qué era eso?... El médico movió la cabeza con aire de importancia. Nada de causa; nada de definición; un estado general morboso porque no era de otro modo. Con esto se podía ya saber á qué atenerse...

Los campesinos, fácilmente crédulos, se conformaron con esta explicación que no lo era. Berta tenía malos los nervios, y la compadecían aunque burlándose un poco. Esto era lo que se ganaba viviendo al lado de los ricos.

¡Bah! Todo lo que decían de ella le era indiferente. Su único cuidado era no faltar al paso del Vizconde; llenarse los ojos furtivamente con su vista y llevársela con ella para soñar por la noche.

Le espiaba oculta en las malezas sin dejar ver jamás su presencia, y le seguía por los bosques con precauciones de indio siguiendo una pista. Sabía que le desagradaba verla y quería evitarle esa contrariedad.

Pero cada día era mayor en ella aquel amor desmesurado por el hijo perdido, que era noble, rico y dicho-

so por la sola voluntad de su madre, pero que no le pertenecía ya y para el cual no era nada.

Cuando volvía á su casa y encontraba á José, se esforzaba por sonreirle, pero había llegado á temerle como á un remordimiento vivo.

El era el que hubiera debido ser legítimamente Vizconde, afortunado y lleno de orgullo y de alegría... y no era más que su hijo y el de Garnache. Y aquel niño, á quien había robado, desheredado y apartado de su sangre y de su raza, la quería, mientras que el otro... La quería á pesar de su dureza y de su indiferencia, y todo se lo perdonaba creyéndola desgraciada por falta de salud.

Tampoco José se aproximaba á ella, pero al revés que el otro, era por temor de ser rechazado; la quería de lejos, él también, como ella al otro...

Algunas veces le daba lástima José é intentaba ser tierna, ser madre con él... Pero, al verle de cerca, al oir su voz, se estremecía de repente y retrocedía con el espanto de un aprendiz de verdugo ante su primera víctima.

Y José, que no comprendía y se había acostumbrado con el tiempo, se refugiaba entre las piernas de su padre ó las faldas de Sofía.

Cuando creció, aumentó su compasión por aquella desequilibrada en la que veía á su madre. Por ella aprendió la dulzura, pues, para hablarla, atenuaba su voz, más bien dura, y dulcificaba su ademán, más bien breve. Berta no se lo agradeció, ni lo notó siquiera, pues no le veía más que á través de un velo de contrición.

Doble dolor: el uno siempre lejos y el otro demasiado cerca.

Hacía mucho tiempo que había cesado todo trato entre José y Jacobo. Se decía en el país que éste no se

parecía á su padre, el conde Juan, el cual no había sido nunca orgulloso ni duro con nadie.

El Vizconde sí lo era. José, de niño, no había recibido de él más que malos procederes y le evitó resueltamente. Jacobo tampoco le buscaba, y de este modo llegaron á ser totalmente extraños el uno al otro.

Apenas si, en el tumulto de los niños al salir de la escuela, el señor Vizconde, que pasaba por casualidad á caballo ó en coche, distinguía una cara que le parecía conocida. Jacobo no profundizaba el conocimiento y, de un latigazo, se iba lejos, pues no tenía nada común con aquella gentuza, con aquella simiente de labradores.

Por una irrisión mental, enteramente extraordinaria, Berta tenía rencor á José porque no admiraba y no quería á Jacobo. Era un sentimiento loco, pero exacto. Su depravación rayaba en la demencia.

En una mañana de julio, el cielo estaba salpicado de nubecillas de color de rosa, la Naturaleza parecía de buen humor y el viento era alegre. Jacobo y Bella atravesaban uno tras otro, el estrecho surco que dividía un campo de trigo alto y dorado.

Los jóvenes se perdían allí como en un mar y sólo veían á su alrededor una inmensa ondulación de espigas, en el extremo de la cual se distinguía en lontananza el campanario de una iglesia.

El Vizconde y la hija de Carmesy, contagiados por el alegre ambiente, andaban ligeramente y dichosos de vivir.

Hacía algún tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, que habían crecido simultáneamente. Los dieciséis años del joven representaban bien dieciocho, y los catorce de la muchacha parecían dieciséis. Se habían formado; ella había tomado anchura de cuerpo y él de hombros.

No eran ya niños, y con la mejor voluntad del mundo no era posible descuidarlos; se habían vuelto «personas», como decía la misma miss Bella, la cual, por fin, llevaba falda larga.

¿Habían las almas imitado á los cuerpos en aquella metamorfosis? Puede ser, pero en esa mañana no lo parecía; pues, en aquel campo de oro, los dos se divertían en coger amapolas entre los trigos, como dos muchachos despreocupados...

Iban lentamente, sin cuidarse de la hora, como quien no tiene más regla que su capricho. La masa de los trigos los aisló, y los dos sintieron á la vez una cortedad repentina... Ambos suspiraron, un poco encarnados y sin decir nada, mientras una vaga sonrisa les descubría los dientes.

Desde que era más alta, Bella se había hecho menos atrevida y menos hombruna, y tenía algunas veces ciertas veleidades de azoramiento. Y así le ocurrió en aquel instante.

Jacobo, también turbado, sin saber por qué, le tendió las manos en un ademán implorador, y la muchacha puso en ellas las suyas, pues, esta vez, era aquella muchacha enigmática la que estaba sugestionada.

Así permanecieron sin hablar, en una postura simbólica, y su acto irreflexivo tomó de la esplendidez de la decoración, de la grandeza de los horizontes y de la joven belleza de los personajes, gravedades y solemnidades de esponsales bíblicos...

De repente, se oyó detrás de ellos una respiración entrecortada y unos pesados pasos en los haces, y como un paquidermo que surge de los cañaverales, apareció Berta, triste, sudorosa, repugnante, sin verlos todavía.

Cuando echó de ver á aquellos dos amigos extraordinarios estorbados en su éxtasis y que la estaban ya maldiciendo con terrible fruncimiento de cejas, la vie-

ja—sí, vieja ya á los treinta y cinco años,—se quedó encantada y de su cara se escapó un reflejo de entusiasmo y de pasión ardiente.

Berta juntó las manos maravillada.

Estaba á dos pasos de la pareja, y los contemplaba radiante, enternecida, grotesca, sobre todo, y decididamente horrible.

—¿Qué hay, Berta?—dijo Jacobo muy seco.

La mujer rompió á llorar acentuando su actitud de adoración.

—¡Jacobo! ¡Jacobo! qué guapo eres... estás hecho un hombre... Hace tanto tiempo que no te he visto... de cerca, al menos, así, delante de mí... Sí, eres hermoso como el arcángel de los vidrios de la iglesia... Hermoso... hermoso... como... no sé de nada que lo sea tanto como tú... ¡Y la señorita! Tan bella, con esos ojos tan grandes... Estáis bien juntos... Sois la gloria de Dios.

La infeliz deliraba, loca de amor y de alegría. Pero su discurso disgustaba á Arabela, y Jacobo, que lo notó, le puso término.

—Sí, sí, nodriza, está convenido, somos dos maravillas; pero, sigue tu camino, y buen viaje... ¡Basta por hoy!

Berta bajó la cabeza y obedeció. No quería molestar á aquellos muchachos, que querían estar solos y tenían razón para despedirla.

Se alejaba, pues, pesada y palurda, volviendo la cabeza para verlos aún, cuando Bella dijo secamente al Vizconde:

—Djeck, no me gusta ver que esa mujer le tutee á usted... ¿Cómo es que usted lo permite? Es incorrecto y vulgar... ¡Una campesina, y tan sucia!... ¡Ah! no, evite usted esto...

Bella manifestaba una grande repugnancia, arru-

gaba la nariz y alargaba los labios. Jacobo se ruborizó como si recibiera un bofetón...

—Tiene usted razón, Bella.

Y llamó:

—¡ Berta !...

Estaba la nodriza á treinta pasos y se paró en seguida al oir aquella voz que la hubiera hecho arrojarse al fuego. El Vizconde dió unos pasos y dijo secamente:

—Berta, me harás el favor de no tutearme... Soy ya grande, y eso me fastidia.

La mujer no comprendió al principio el sentido de aquellas palabras. Cuando se dió cuenta de él, bajó la cabeza y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas; pero dominó su pena y balbució:

—Bien, como tú... como usted... como el señor quiera.

Le hablaba como una criada. ¿Qué otra cosa era para él? Jacobo acogió sus palabras con un signo de satisfacción, y la misma Bella pareció apaciguada...

Berta Garnache se fué por los trigos, con la cabeza más baja y el cuerpo más doblado que hacía un momento... Y aquel esqueleto era sacudido á cada paso por un sollozo:

—¡ Jacobo !

SEGUNDA PARTE

I

—Valroy—dijo Carmesy, cogiéndose familiarmente del brazo del Conde,—nuestras pipas hacen estornudar á estas señoras ...Vámonos más lejos.

Y ambos se marcharon apoyados el uno en el otro como dos buenos amigos.

—Eso es, déjennos ustedes solas; todos los pretextos son buenos—exclamó la condesa Antonieta, incorporándose en su butaca y con la cara casi animada.—Jacobo y Bella nos han dejado ya... Me parece bien.

—Un instante—respondió Valroy volviendo la cabeza;—nada más que un instante, querida amiga.

—Déjalos, hija mía—dijo dulcemente la de Reteuil, llena de beatitud;—tienen que hablar de sus negocios.

Pero la marquesa Adelaida apoyó á Antonieta y aprobó su reproche. Para todo había tiempo y no se debía dejar la mesa, así, inmediatamente después de

tomar el café... ¡Los negocios! Tiempo tenían durante todo el día...

Era aquella la táctica habitual de la Marquesa; no dar la menor importancia á esas cuestiones de dinero en que se ocupaban los hombres. Eso era vulgar é impropio de grandes señoras.

Con ese apoyo, Antonieta triunfaba de su madre, siempre débil, pero que dejaba decir, con las manos cruzadas en el vientre, contenta de vivir y de ver lo que veía.

Al que cuatro años antes le hubiera profetizado los sueños actuales, le hubiera tratado de loco incurable, y se hubiera encogido de hombros si alguien le hubiera dicho que un día vería reunidos en Valroy, alrededor de ella, en la misma mesa y en una misma intimidad, á su hija, casi curada por una serie de milagros, á su yerno, vuelto á una benevolencia general, á Jacobo, cada vez más tierno, y al marqués Godofredo, después de haber probado su lealtad, con su mujer Adelaida, aquel ángel, y su hija Arabela, aquella hada.

Era verdad que aquel resultado no se había obtenido de una vez; para llegar á él habían sido precisos una porción de hechos, peripecias y aventuras, en las que los Carmesy habían representado siempre el primer papel.

¡Cuánta razón había tenido ella, cuando acababan de llegar y todo el mundo les volvía la espalda, yendo hacia ellos á pesar de todo y procurando atraerlos y conquistarlos!

¡Qué bien había acertado cuando decía que la vuelta de aquellos nobles señores era una bendición para la comarca!

El Marqués (gran cabeza y hermoso corazón), había sabido desembrollar los negocios de Valroy... y á tiempo. Todavía le daba escalofríos el recordarlo... ¿Y

la Marquesa? No se podía olvidar que se le debía la resurrección de Antonieta, sencillamente. Parecía que la estaba oyendo decir á su hija la primera vez que las presentó mutuamente:

—¡Oh! señora, son todos estos olores los que ponen á usted enferma... Hay que tirar pronto todo esto y beber *grog* caliente...

¡Qué cara puso Antonieta!

—¿Y Bella? ¡Ah! ¡Bella!... Era la alegría de las tres casas. ¡Cómo había pesado, con ser tan frágil, en el destino de Jacobo! Su nieto se lo debía todo.

A su lado, en su culto, había aprendido todos los refinamientos y todas las delicadezas, educado sus propensiones violentas y corregido su naturaleza salvaje.

Por el camino del corazón, Bella había penetrado en su mente y la había iluminado con nueva luz. Un poco paleto, á pesar de sus pretensiones de elegancia, ella le había desbastado y, sobre todo, había vencido su egoísmo y despertado su sensibilidad.

Era una hermosa victoria, que se perfeccionaría á su tiempo con una brillante manifestación del poder adquirido. Bella obtenía de aquel muchacho de dieciséis años sin saber ni conocimientos de ninguna clase, que se expatriase diez meses del año, y que siguiese, primero, los cursos de una universidad inglesa, después los de una alemana, luego que descubriese la América, y, por último, que visitase la Australia, sólo para complacerla.

El marqués Godofredo era el que había establecido ese programa. Bella se encargó de hacérsele aceptar á Jacobo y el mismo Godofredo á la de Reteuil. Antonieta no puso obstáculo alguno y el conde Juan no se opuso; el proyecto no le desagradaba, pues su hijo tenía necesidad de cambiar de aires.

Jacobo se marchó sin sentir más que separarse de Bella, pero se escribían sin cesar, y el día en que el joven escribió á su amiga la primera carta en inglés, fué para él de los más memorables.

Todos los años, en el mes de julio, volvía á Valroy, y, el segundo, tuvo la feliz sorpresa de encontrar grandes cambios; en su ausencia, los intransigentes habían transigido, y los inconciliables se habían conciliado; Carmesy y Valroy se daban la mano; su padre parecía contento y su madre gozaba de mejor salud. ¿Cómo era esto?... El invierno anterior y en una mañana de terrible helada, la marquesa Adelaida llegó á Reteuil á pie, sola y envuelta en una gran piel natural, y se hizo anunciar.

—¿Usted, á esta hora y con este frío? ¿Qué hay?— exclamó la castellana, alarmada al verla,— pues, realmente, hacían falta causas graves para hacer salir á una mujer delicada con aquella nieve endurecida; pero Adelaida no era una mujer ordinaria. La Marquesa sacudió su abrigo de piel, en la que seguían agarrados los témpanos de hielo, y respondió:

—No hay nada... sino que hace fresco.

La de Reteuil, más tranquila, se echó á reir.

—¿Fresco, eh? Sí, con diez grados bajo cero... ¿De modo que es una simple visita de amistad?...

—De amistad, sí... Pero más que visita, es un paso que doy para serle á usted útil...

La buena señora se alarmó de nuevo.

—Hable usted pronto; ya ve que hay algo...

—Si se quiere; pues bien, yo no sé expresarme bien y digo las cosas de prisa. Mi marido tiene amigos en París que conocen al Conde... El señor Valroy está en camino de la ruina...

—¿Eh?... ¿Qué me está usted diciendo?... ¡Juan!...

Después de todo, es posible. El vivir en París cuesta caro, sobre todo de cierta manera... ¿Y, entonces?...

—Mi marido cree que podría ser útil á usted y á su yerno... si éste quiere. Si mi marido lo propone es por usted, que es una buena amiga, y no por él, que no es nada simpático.

La anciana reflexionaba y una serie de observaciones recientemente hechas corroboraban las afirmaciones de Adelaida. Al cabo de unos instantes, respondió:

—Hija mía, me alarma usted mucho y no sé qué hacer. Entre Juan y yo, sin haber enfado, reina cierta frialdad. No me hace confidencias y debo confesar que yo tampoco le consulto... ¿Tengo el derecho... el deber?... Voy á pensarlo.

—Piénselo usted—dijo la irlandesa de Australia.

Y, después de su vigoroso apretón de manos de costumbre, dejó á su anciana amiga.

La de Reteuil se quedó preocupada, pero profundamente agradecida por aquel paso en aquella mañana lúgubre, en la que los pájaros se morían de frío en los huecos de los árboles.

Unos días después, el conde Juan volvió á encerrarse en Valroy á pesar de la estación. Nunca su humor había sido más sombrío, y estaba abatido de tal modo, que todos á su alrededor tuvieron que echarlo de ver. La de Reteuil se atrevió á forzar la consigna que cerraba su puerta, y penetró en su cuarto.

Le encontró caído en un sillón, delante de una mesa cubierta de papeles, en los que había largas columnas de números. Era la confesión.

Vencido y agotado su orgullo, Juan recibió á aquella suegra intrépida, á pesar de la audacia de su entrada, con un gesto de quebrantada dulzura y una voz sin cólera y más bien dolorosa.

—¿Qué desea usted, señora?... Dispénseme usted... No estoy bueno... Una jaqueca persistente... desde hace tres días...

—Juan—respondió la de Reteuil,—aunque entre usted y mi hija se haya roto todo lazo desde hace mucho tiempo, y aunque usted no me haya tenido nunca gran cariño, no soy su enemiga. ¿Lo cree usted?

Juan hizo un gesto de afirmación indiferente, y dijo:

—Es usted demasiado buena para ser enemiga de nadie... acaso al contrario...

Se calló, no creyendo que tenía ya derecho para vituperar á nadie.

La anciana continuó, sin querer comprender:

—Voy á sorprenderle á usted, pero sé de dónde viene esa jaqueca de angustia y de preocupación... Juan, parece que ha hecho usted en París operaciones desastrosas y que se ha dejado engañar y hasta robar. En una palabra, á estas horas Valroy está en peligro y su fortuna de usted más que amenazada.

Juan se levantó bruscamente y la fiebre de sus ojos aumentó...

—¿Quién le ha dicho á usted?... ¿Quién la ha enterado tan bien?

—¿Qué importa, puesto que confiesa usted que es verdad? Ha debido usted decírmelo antes en confianza, y acaso se hubiera ahorrado la mitad del mal.

Juan la miró, sorprendido por aquella magnanimidad. La creía frívola y sin seriedad, siempre ocupada de sus placeres, ó de alguna chochez, y se revelaba buena, digna é indulgente y hablaba como amiga.

Y Juan, que hacía años guardaba secretos que le roían el corazón y se creía solo á la hora del naufragio, se conmovió hasta la médula de los huesos por aquella voz caritativa y aquellas palabras dulces.

Quiso darle las gracias, pero ella le contuvo con un ademán.

—No hablemos de eso... Hay alguien que cree poder serle á usted útil y que se ofrece. ¿Acepta usted ese concurso, sin saber de dónde viene y con toda confianza? El interés que yo le manifiesto debe ser su única garantía.

—¿Alguien se ofrece?—murmuró el Conde, que no era ya capaz de rebelión ni, siquiera, de resistencia.—¿Es Carmesy, verdad?

—El mismo.

Juan vacilaba, sin embargo.

—Señora, he visto mucha gente en estos últimos años y he encontrado pocas personas desinteresadas y muchos falsos amigos. ¿No cree usted que los suyos?...

La anciana le interrumpió:

—No, no temo nada. Esos son seguros. Se les calumnia porque son pobres, pero nadie ha podido nunca presentar una prueba. En fin, estando usted ahora cierto de mi ayuda efectiva, si hay necesidad—y recalcó esta última frase,—¿quiere usted aceptar que el marqués de Ollencourt le hable una hora?... Es hombre de buen consejo y que, según parece, conoce á las personas que le han engañado á usted. Su opinión debe ser oída; eso no compromete á nada.

Juan se entregó.

—Estoy en ese estado de desesperación en que el ahogado se agarraría á un clavo ardiendo. No discuto, pues... Que venga el Marqués; le recibiré, hablaremos y el porvenir dirá quién tenía razón.

—El Marqués fué, en efecto, y, en diez minutos, volvió al conde de Valroy como un guante.

Aquel diablo de hombre tenía realmente un encanto irresistible, cuando quería, y jugaba con las almas maravillosamente. En diez minutos, pues, conquistó á

Juan, el cual, sin saber por qué, á las cuatro frases cambiadas, no dudaba ya de él y le abría su corazón.

A todas sus confidencias, Godofredo, que le oía con atención, respondía moviendo la cabeza:

—Sí, ya sé, ya sé...

Y sabía, en efecto, como lo había probado desde el comienzo de la conversación citando nombres, fechas y hechos.

El Marqués salió del castillo acompañado hasta el camino por el conde Juan metamorfoseado y lleno de confianza. Las últimas palabras de Carmesy le tranquilizaron aún:

—Es claro que ha sido usted robado como se robaba en este bosque en los buenos tiempos de mis antepasados... pero todo puede arreglarse. Permita á un viejo camastrón decirle que no entiende usted nada de negocios. Se ve que han abusado... Pero, ahora que quiere usted encargarme su defensa, el juego va á cambiar.

Aquí Godofredo hizo una pausa, miró bien de frente á su interlocutor y añadió:

—Usted se pregunta, acaso, de dónde viene mi interés...

El Conde, á quien estas palabras hicieron caer en sus antiguas vacilaciones, hizo un gesto vago que no significaba nada; pero el Marqués continuó:

—Mi interés es muy natural. Nuestros hijos se aman; mi hija no tiene nada más que sus pergaminos, pero éstos valen tanto como sus dos castillos de usted y las propiedades que los rodean. ¿Estamos de acuerdo?

Juan dió las dos manos á Godofredo y respiró profundamente, como si le hubieran quitado un peso del pecho. Ahora podía creer y dejar mecer su descuido en una confianza sin límites; había una razón y era

plausible. Los Carmesy querían «encajar» su hija á Jacobo, el cual no pedía otra cosa. ¿Con qué derecho y por qué motivo iba él á rehusar?

En tales condiciones, era natural y explicable que el Marqués, ducho en los negocios, tratase de defender lo que consideraba como los futuros bienes de sus hijos. No había ya ni una nube.

A consecuencia de lo cual, se establecieron entre las dos casas unas relaciones, cordiales primero é íntimas en seguida. Hacía mucho tiempo que Reteuil estaba conquistado.

En verdad, el Marqués desplegó inmediatamente la mayor actividad en el servicio de su amigo. No se veía más que á él en el ferrocarril entre París y la estación de la comarca. Juan, dichoso de dejar hacer y de olvidar las cifras se dormía en su tierra, donde, por otra parte, ya no se aburría.

Después del Marqués había venido la Marquesa y había realizado por su parte un milagro más asombroso todavía. Había despertado á la condesa Antonieta de su eterno sopor y por un extraño caso de magnetismo ó de sugestión, la había obligado á vivir, á volver á la luz y al ruido, sin frasco en la mano ni jeringa de Pravaz en el bolsillo.

La había resucitado, galvanizado y, acaso, exorcizado; y aquella semidemente, convertida en lúcida, había vuelto á tomar contacto con los que la rodeaban y reconocido á los suyos.

La antigua criada, de dura fisonomía, guardadora de las tradiciones había querido protestar, pero Adelaida había obtenido que la pusieran en la puerta. Después de tal victoria, era evidente que lo podía intentar todo.

Por otra parte, la Condesa, como su madre, no po-

día ya pasarse sin Adelaida, y así lo confesaba. También había concebido una gran pasión por Bella.

Desde entonces, no se separaban, y como las reuniones eran en Valroy, pues Antonieta no podía aún andar por su pie, Juan, que seguía impresionable á pesar de sus cuarenta y dos años y se divertía con aquel roce continuo de faldas, cabelleras y mujeres excéntricas, empezó una nueva existencia entre Adelaida y Arabela, sin saber cuál de las dos le interesaba más.

La Condesa, rejuvenecida y vivificada, le mostraba una amabilidad desconocida hasta entonces. No sabía nada de aquellos apuros de dinero, pues, por un acuerdo tácito, le ahorraban una revelación que hubiera podido hacerle recaer en sus antiguos males.

Ya que renacía, había que dejarla renacer. Había rechazado sus visiones habituales y se dejaba llevar de sueños de un porvenir dichoso, olvidando el atavismo y sus amenazas y sin pensar ya en aquella muerte trágica que, por tanto tiempo, había creído suspendida sobre la cabeza de su hijo.

En otro tiempo le temía y le apartaba por esa causa; pero ahora que le veía de lejos surcando los mares y corriendo todos los días algún peligro, por un raro capricho mental y una extraña contradicción, tenía confianza en su destino y le consagraba, á través del espacio, un nuevo camino depurado de preocupaciones.

Arabela encarnaba la dicha futura de aquel hijo ausente; la Condesa la amaba por eso y porque veía en ella una especie de potencia caritativa que había llegado á tiempo para cambiar la faz de los acontecimientos y convertir en luz toda aquella sombra.

Estaba escrito que aquella muchacha sería acogi-

da en todas partes como mensajera de felices pensamientos.

Tales eran las metamorfosis que había observado Jacobo la segunda vez que volvió de su viaje. Desde entonces, siempre encontró la misma serenidad y la misma confianza establecida entre las dos casas.

Aquella tarde, su padre y el Marqués conversaban apaciblemente, apoyados de codos en la balaustrada del terrado, mientras la Marquesa, la Condesa y la de Reteuil permanecían de sobremesa. Jacobo, con su amiga Bella, cada día más amada y, al parecer más amante, cantaba la alegría de las reuniones estrechas después de largas y lejanas ausencias.

Estaba el Vizconde alto y grueso, en la gloria de los veinte años, era ancho de hombros, como el conde Juan ó como el guarda Garnache, y tenía, como ellos también, grandes bigotes rojizos.

El contacto de los diversos pueblos le había dado maneras rudas; la costumbre de vivir solo y de no estar más que consigo mismo, daba á sus ademanes cierta decisión y cierta seguridad á su mirada. Había sufrido, sin notarlo, una serie de transformaciones, el joven indeciso habíase convertido en hombre práctico, y al frecuentar hombres libres había perdido cierta tiesura aristocrática.

Tal como era, no carecía de severa belleza. Había traído de sus viajes esa aparente serenidad de los hombres que han visto demasiadas cosas para asombrarse de ninguna; pero seguía, sin embargo, exaltado de cerebro y de corazón.

Cada vez que volvía, mirábale Carmesy con cierta inquietud, preguntándose, sin duda, lo que pesaría aquel corpanchón en la balanza de los destinos comunes...

Después se tranquilizaba pensando que aquel hijo

no sería más listo que su padre, y que, en caso de violencia, tenía él aliados de buena talla. Al pensar esto sonreía.

Mientras tanto, Jacobo y Arabela, reunidos en un ángulo del terrado, hablaban lentamente, viendo caer en el bosque la ceniza morada del primer crepúsculo.

Bella, curiosa y sintiendo un placer con la turbación del joven, le decía:

—Vamos á ver, ¿cuáles son más guapas, según usted, las americanas ó las australianas? Cuénteme usted sus coqueteos.... Yo puedo oirlo todo, pues no he aprendido á leer en estos colegios de Francia. ¿Cuáles prefiere usted?

Jacobo se defendía, pero con cierta cortedad, como si no tuviera la conciencia muy limpia, y aseguraba que no sabía nada de eso y que, teniendo llenos los ojos con la imagen de Arabela, no había en ellos sitio para otras, aunque fueran fugitivas y efímeras.

Arabela movía la cabeza, riéndose y sin querer creerlo, y él, ante la mirada de aquella muchacha atrevida, se cortaba y balanceaba sobre los dos pies. Había afrontado peligros y desafiado intrépidamente á los hombres; y ante aquella debilidad insolente, á la que hubiera podido retorcer con dos dedos, abdicaba su voluntad, su independencia y su orgullo de hombre.

Arabela estaba alta, elegante, ondulante, envolvente, felina y formidable; y cumplía lo que había prometido, pues de aquella extraña niña había salido una mujer alarmante.

Aparentaba amar á Jacobo de Valroy, y eran oficialmente novios. Todo el mundo lo sabía en diez leguas á la redonda. Pero había veces que acechaba al Vizconde con ojos nada bondadosos, como una pantera á su presa.

Jacobo era todavía demasiado rústico para poner en claro aquellos matices; no comprendía el juego misterioso de una mirada de mujer, y, como él la adoraba, se creía muy amado.

Mientras aquella admirable muchacha arrollaba entre sus dedos, como un cigarrillo, el alma de ese robusto y cándido mozo, unos pasos más allá, su padre, el genial Marqués, escamoteaba la voluntad del conde Juan para substituirla con la suya. Era aquél un trabajo bien hecho. El noble señor decía:

—Valroy, es un negocio soberbio, ¿me entiende usted? La *Modern Ahorro* hará ruido en el mundo. *Modern*, sin *o*, en inglés, lo que seduce á las multitudes... Sí, así es, y conviene usar todos los medios. Todo sigue lo mismo desde que, en 1784, el duque de Orleans puso de moda la anglomanía, los *jockeys* y las carreras de caballos... El *Modern Ahorro*, con capital social de cinco millones y la cuarta parte realizada... La renta vitalicia accesible para todo el mundo... ¡Calcule usted! ¡Es una combinación asombrosa, querido!... Diez por ciento de dividendo en el primer año y quince en el segundo... ¿Qué dice usted? ¡Es increíble!... Los que no tienen costumbre de hacer negocios y los espíritus malévolos dirán—parece que los estoy oyendo,—que una cosa así no puede ser honrada... Déjelos usted decir. Ya conoce usted el Consejo de administración... Por algo es usted presidente, hombre de suerte... ¡Ah! Es un buen empleo de fondos para su mujer de usted y para la señora de Reteuil, sobre todo... sus sesenta mil pesos se reproducirán... Debía usted aconsejarle que nos llevase el resto de sus fondos líquidos... No puede encontrar cosa mejor; usted lo sabe, que ha estudiado las cifras y me ha dicho...

—Sí, sí—decía Juan, pero con acento poco convencido.

Todo aquello le aburría mortalmente. El Marqués, en efecto, le había sometido hacía tiempo un gran legajo lleno de números con totales locos; y él juró que se había enterado... ¡Ay! Si lo hubiera intentado, no hubiera comprendido ni jota, y, convencido de ello, no se había tomado tal trabajo, había declarado que todo estaba muy bien y aceptado una presidencia en la que no sospechaba que hubiese peligros... Como de costumbre, había dejado correr las cosas.

El Marqués continuó:

—Sé que no tiene usted más que decir una palabra, y la de Reteuil tendrá un placer en escucharle. Amigo mío, es un medio de salir de apuros el que le propongo á usted... Es usted presidente del Consejo de administración... Se le dan, á ese título, doce mil pesos al año; sus capitales y los de su suegra, que es lo mismo, le producirán ocho ó diez mil... ¿Eh?... La cosa sube pronto... Con eso se pueden pagar los intereses atrasados de las hipotecas, por grandes que sean, y aun redimir la prenda en poco tiempo... Piense usted eso.

—Ya lo pienso—respondió Juan ahogando un bostezo con la mano medio cerrada;—pero los negocios me fastidian, ya lo sabe usted, Carmesy; puesto que usted se ha encargado de los míos, ¿por qué diablo quiere meterme en nuevos cuidados?

—¿Por qué?—dijo Godofredo desempeñando su papel habitual;—¿por qué? porque quiero que mi hija sea rica cuando se case con Jacobo; porque deseo que nuestras casas sean grandes; porque—y perdone usted esta flaqueza á mi amistad,—considero un poco su fortuna de usted como mía, y quiero emplear todas mis fuerzas y toda mi inteligencia, no sólo en conser-

varla, sino en aumentarla, engrandecerla y duplicarla...

—¡Amigo querido! — exclamó el Conde dando la mano al Marqués, que la estrechó sin reparo.

¡Carmesy! De su entrada en Valroy databa la ruina definitiva del Conde. La maniobra, de una gran sencillez en su audacia, había sido magistralmente conducida y ejecutada. El Conde estaba en aquella época entre las manos de diez ó doce acreedores cansados de esperar.

Debía á los unos los intereses, capitalizados hacía años, de primeras y segundas hipotecas, y á los otros sumas de dinero prestadas sencillamente bajo su firma... ¡pero á qué precio!...

Había recurrido á usureros proveedores ordinarios de la nobleza desmantelada; y estaba próximo el momento en que todos los acreedores reunidos iban á exigir la liquidación y la venta de castillos, granjas, bosques y tierras y á arrojar de allí al Conde despojado.

Carmesy le dijo:

—¿Qué necesita usted? ganar tiempo. Mi adorable amiga, la de Reteuil, tiene sesenta y cinco años y, por desgracia, una salud delicada; su estado cardíaco nos preocupa mucho. Vendrá un día en que la heredará usted por su mujer, también, desgraciadamente, poco fuerte, y entonces podrá usted remediar el pasado. ¿Pero, hasta entonces?... Hasta entonces, conozco un grupo de hombres de negocios que le estiman y saben lo que valen, usted moralmente y sus haciendas financieramente; esos capitalistas se proponen comprar sus créditos y no exigen siquiera los intereses pasados, presentes y futuros, que se capitalizarán, sencillamente. Vendrán tiempos en que podrá usted pagar de una sola vez y quedar libre. Si esto conviene á usted,

déme una lista completa de acreedores y déjeme hacer.

Valroy vacilaba todavía, sintiendo cierto escrúpulo.

—¿Quiénes son esos capitalistas?

—Ya lo sabrá usted; por el momento, debo callar sus nombres; por otra parte, en la transmisión de las hipotecas podrá usted verlo si quiere; espere quince días. ¿Qué arriesga usted? Sus acreedores están resueltos á extrangularle mañana. Los que yo propongo —aun admitiendo que yo me engañe sobre sus sentimientos—no pueden hacerlo peor... Y gana usted tiempo.

—Es verdad—dijo el Conde.—Y dió la lista.

Cuando Godofredo la tuvo en el bolsillo, dijo aún:

—¿Tiene su mujer de usted algunos bienes?

—Su dote; cuarenta mil pesos... Pero nuestras relaciones me prohiben...

—¡Bah! Todo se arregla—dijo el Marqués dando media vuelta.

Vuelto á su casa, dijo á Adelaida:

—Es preciso absolutamente reconciliar á Valroy con su mujer... Hace falta para nuestras operaciones.

En seguida, con su paso ligero, se fué á la granja de los hermanos Grivoize y de Piscop. En aquella época fué cuando se le vió con frecuencia en conciliábulo con ellos en algún rincón del bosque; la decoración era á propósito.

Cuando el Conde supo que era aquella sórdida familia la que compraba sus créditos, se quedó sorprendido y descontento.

—¡Gente del país!... ¿Y cómo pueden?... ¿Tan ricos son esos miserables?

Carmesy movió la cabeza.

—Esté usted tranquilo; no se sabrá nada... Ellos son los primeros que no quieren que se sepa...Ocultan

su riqueza, y la prueba es que usted no la conocía. Es efectiva é inmensa. Hace cuatro generaciones que están acumulando, amontonando, enterrando, sin permitirse siquiera tocar su oro con la punta del dedo, por miedo de desgastar las monedas... Esos harapientos son consecuentes en sus ideas... Pero han conservado el respeto de sus padres á la nobleza y á sus señores. Lo que hacen por usted no lo harían por otro cualquiera; pero Valroy y Reteuil representan para ellos recuerdos hereditarios y son nombres sagrados. Tienen todavía almas de siervos, y la prueba es que me veneran, á mí, que no tengo más que mis títulos...

Valroy escuchaba y acogía todas estas frases, expresamente llenas de incoherencia, con el mismo gesto cansado; Carmesy le aturdía.

El pobre Conde, envejecido y agotado por quince años de vida airada, aspiraba al reposo y al silencio. Todo lo encontraba bueno con tal de que lo dejasen en paz aquel mismo día.

—Sí, amigo mío, me parece bien. Desde el momento en que usted lo cree así, está convenido.

Tales eran sus respuestas habituales. No había sido nunca de un carácter muy autoritario, y la conciencia de los errores cometidos en los últimos años acababa de deprimirle.

Presa fácil para las ambiciones que le rodeaban, aquel loco dormía tranquilo en la seguridad de que llegada á su término la hipoteca general en que se había convertido toda su deuda, sería renovada sin más que añadir los intereses atrasados.

Y, mientras tanto, acechando la tierra y las veletas del castillo y contando los días, el enemigo oculto velaba y preparaba su triunfo.

Si el Marqués insistía para que la de Reteuil entregase sus últimos fondos á aquella quimera fantasma-

górica bautizada por él de «Modern Ahorro», era porque quería que Reteuil, después de Valroy, fuese tomado por asalto con una compañía de alguaciles por vanguardia.

Era preciso que la anciana no estuviese en posesión de un dinero líquido que le permitiese intervenir en la ruina de su yerno, socorrerle y, acaso, salvarle. Inmovilizados y perdidos aquellos cien mil pesos que representaban próximamente la suma de sus valores negociables, la castellana estaba también desarmada y reducida á préstamos sobre sus tierras, como aquel á quien querría ayudar.

Los cálculos habían sido escrupulosamente hechos, las mallas se apretaban y el Conde tenía aún delante de él unos doce meses de estúpida seguridad.

La hipoteca terminaba á los cinco años y habían pasado cuatro. Tenía promesas de renovación y hasta palabras de honor, pero eran las de los Grivoize y los Piscop, á las cuales, para mayor garantía, se había añadido la de Carmesy. ¿Qué arriesgaba con todo esto?

¡Pobre castellano desposeído, que seguía soñando con un porvenir dichoso, cuando todo crujía ya bajo sus pasos de sonámbulo!

Juan dijo al Marqués:

—Aceptemos esa colocación, si usted cree que la operación es buena... Consiento en principio, pero hable usted mismo á mi suegra y decídala; en usted tiene más confianza que en mí...

Después de decir esto, el Marqués y el Conde volvieron á reunirse con las señoras en el gran comedor, que estaba al mismo nivel que el terrado.

Jacobo y Arabela, entonces, arrancándose también á su conferencia, se les reunieron silenciosamente.

Caía la noche, ya obscura, y borraba los horizontes próximos...

En torno de las lámparas, á las que iban á quemar sus alas las mariposillas reanimadas por la noche, se estableció una conversación llena de confianza é intimidad...

Jacobo se levantó lentamente, se acercó á la pared y descolgó una trompa de caza; después, acercándose en la sombra, con los carrillos inflados y el cuerpo echado hacia atrás, lanzó al espacio, con sus pulmones vigorosos, una ruidosa llamada que saludó á la luna.

Ahora tocaba mejor que su padre, cuya fuerza estaba cansada.

La tocata subió por bosques y colinas, y se extendió llenando con sus ecos las aldeas para advertirles que allá, en las alturas, los castellanos manifestaban, como en los antiguos tiempos, su presencia molesta y su orgullo de vivir.

Aquel toque de trompa tuvo dos resultados diversos: por una parte despertó el odio y por otra el amor.

En la granja de los Grivoize, alrededor de la larga mesa de un comedor bajo y ahumado, amos y criados acababan de cenar. Eran unos treinta, entre hombres y mujeres, aplastados en sus asientos por el cansancio de un largo día de trabajo: rudas caras de viejos, de mujeres mal alimentadas, de jóvenes de ojos duros; fauces de lobo, hocicos de zorro, cabezas acarneradas y perfiles de aves de rapiña; mezcla de humanidad y animalidad en unos cerebros astutos ú obtusos por las ambiciones, los rencores y la escala de pasiones naturales, cuya primera nota es el instinto del robo y la última el del homicidio.

También había niños, pero sucios, sin gracia, rabiosos y desmedrados, que se zurraban por los rincones.

Circuló por la mesa el aguardiente y las caras se

inflamaron. Los dos hermanos Grivoize, que se parecían hasta confundirse, bebían metódicamente y á traguitos, saboreando el alcohol y reteniendo el sorbo.

Piscop vaciaba su vaso de un trago.

Sus hijos y sus sobrinos le imitaban porque era el grande hombre de la familia, el más robusto, el más imperioso y el que siempre tenía razón.

Sus hijos eran Gervasio y Anselmo; sus sobrinos, Timoteo, Antonio é Hilario; los dos primeros por Grivoize el mayor, y el tercero por Grivoize el menor.

Todos aquellos mozos variaban entre quince y veinte años y eran ya temibles. Pero los Piscop, Gervasio y Anselmo, aventajaban á sus primos en estatura y en educación.

Estos dos eran caballeros, á pesar de su orígen, y tenían el uno y el otro un certificado de estudios en el cajón.

Con todo su saber y sus trajes de paño, los dos Piscop vigilaban ásperamente sus tierras y se les veía, á caballo, el sombrero sobre los ojos y látigo en mano, símbolo ya excesivo, pasar y repasar por los campos en que trabajaban los jornaleros en tiempo de la recolección.

Si un brazo flaqueaba, si la fatiga suspendía el trabajo de alguno, sus voces resonaban furiosas para amonestar á los trabajadores con chasquidos de látigo.

—¡Canalla! ¡Holgazán!... ¿Te pagan para no hacer nada?... ¡Espera un poco!...

El obrero, entonces, volvía á su labor sin decir nada y sudaba al sol, como el siervo de la gleba en los tiempos feudales.

Y, sin embargo, los Piscop y los Grivoize eran republicanos á su modo.

Fuera de Reteuil y de Valroy, eran dueños de todo el término.

Si algún obrero les desagradaba por sus opiniones liberales ó por algún vago intento de fugitiva rebelión, le echaban con una palabra ó con un gesto.

Y aquel hombre, que tenía su cabaña en el país y, dentro de ella, su mujer y sus hijos, no encontraba ya empleo para mantener á su gente.

Si intentaba emplearse más lejos, Grivoize ó Piscop, al firmarle su cartilla, ponían en ella sin decir nada un signo masónico, y los Piscop y los Grivoize de las granjas lejanas, fuera del término, al ver aquella señal, rehusaban al obrero.

Este, entonces, no tenía más que vender su pedazo de tierra, que Piscop ó Grivoize compraban en seguida, y expatriarse hacia las aventuras indefinidas.

De este modo eran marcados los trabajadores insumisos, los enemigos de la Iglesia, los habladores sospechosos de socialismo y los poco ó demasiado republicanos, según la medida.

Porque los ricos labradores de aquel rincón de provincia detestaban á los nobles, pero también á los harapientos, y encontraban de buen tono invitar al cura los domingos.

Mezcla obscura y criminal de los más bajos instintos y de las más audaces ambiciones, aquellos campesinos enriquecidos hacían excusable con su insolencia el orgullo de los nobles, más accesibles al menos á la piedad de los seres y muchas veces exentos de aspereza en sus transacciones, cuando no demasiado, como el conde Juan.

La tocata lejana salida de Valroy, fué á interrumpir bruscamente y á cubrir el ruido de aquellas voces groseras, que se callaron. Todos apercibieron el oído con las cejas fruncidas.

—Escuchad—dijo Piscop con horrible sonrisa,—escuchad: los niños se divierten.

Grivoize, el viejo, movió su cabeza gris y dijo haciendo á su vez un gesto:

—Dejadlos cantar... Hoy es la trompa; mañana recibirán la trompada...

—¡Bravo!—exclamó el hermano menor.—Eso está bien dicho.

Piscop se dignó aprobar, lo que era raro, y aquella aprobación envalentonó al chistoso, que siguió diciendo, cada vez con más ingenio:

—Es la trompeta del juicio final.

Sonó una carcajada general. Aquel viejo zorro tenía buenos golpes y sus ocurrencias se celebraban en el pueblo.

Pero Gervasio, repentinamente encolerizado, dió en la mesa un formidable puñetazo y gritó con la cara roja:

—¡Ya le oís!... Nos desafía delante de ella... Esto no puede durar; yo os lo digo...

—Hijo—advirtió Piscop con severidad,—muy alto hablas.

El joven se inflamaba más y más.

—Hablo alto, padre, es verdad, pero es que me falta la paciencia. No creo, además, desagradar á usted maldiciendo al castillo... Esa gente hace demasiado ruido... y eso estaba bien en otro tiempo... pero ahora... Además, no están siquiera en su casa, sino en la nuestra... y si quisiéramos...

—Paciencia—dijo Grivoize el menor,—todo llega á su tiempo; hay que esperar.

Se quedaron callados, pero Gervasio volvió á decir:

—¡Esperar!... Y mientras tanto él le hace el amor; ya ha vuelto de su viaje, y el mismo Carmesy confiesa

que no sabe cómo alejarle... Lo tratado es lo tratado, y es muy natural que todo esto me ponga rabioso...

Piscop, que era débil con Gervasio porque le recordaba su juventud, le habló de nuevo con voz menos ruda:

—Puede que tengas razón; pero piensa que cada día que pasa aumenta su deuda y los arruina un poco más... Luego, hay los plazos legales... Dentro de un año serás satisfecho.

—De modo que tengo que sufrir durante un año... ¿Sé yo lo que hacen allá arriba? No estoy seguro de ella... Me desprecia en sus adentros como os desprecia á todos... Después tendremos nuestro desquite... si no se escapa con él.

—No—dijo Piscop;—son míos. Además, si esa joven no te ama, tampoco á él. No ama á nadie más que á sí misma. Quiere ser rica. Tú tienes dinero porque eres mi hijo.

—Ya puedes correr detrás de ella—dijo Anselmo, el más celoso y envidioso de todos.—Si la atrapas éstarás arreglado. A pesar de tus humos, te llevará con un látigo, amigo.

Gervasio miró á su hermano de reojo.

—Eso ya lo veremos; ya sé que deseas mi desgracia, porque querrías mi puesto á pesar de tus dieciocho años.

—Ya creceré — respondió Anselmo en tono tranquilo.

—Haya paz, hijos—exclamó Piscop, que no permitía las querellas.

La tocata se prolongaba, unas veces triunfante y otras triste, por los bosques taciturnos.

Gervasio rompió entre los dientes el tubo de su pipa de barro, escupió los pedazos en las losas y salió furioso. Los viejos se encogieron de hombros; Anselmo,

Antonín, Timoteo é Hilario se rieron astutamente; la cólera de su hermano y de su primo les regocijaba el alma. En aquella feroz familia no había más que disentimientos.

Piscop dijo, en medio de la atención aprobatoria de la asistencia:

—Está loco; la australiana se ha apoderado de él. Y, sin embargo, no es digno de lástima. La tendrá, y, con ella, la tierra y los pergaminos, lo que es un lindo sueño para el nieto de mi padre. Hemos trabajado para él...

Las mujeres quitaban la mesa en silencio y los chicos se dormían en los bancos.

Por las diversas frases cambiadas en aquella mesa de campesinos, que seguían grasientos á pesar de ser ricos, se deducía de nuevo en todo su esplendor el plan de Carmesy.

Siguiendo su consejo, habían comprado los créditos de Valroy, reunido en sus manos todas las hipotecas y dejado correr los intereses: al cabo de cinco años no tenían más que reclamar su dinero ó el embargo del objeto empeñado, es decir: del castillo y de sus dependencias. Estrangulado de una sola vez el Conde estaba perdido.

Mientras tanto, el Marqués se estaba ingeniando por despojar todavía á su buena amiga la de Reteuil, pues los Carmesy, Grivoize y Compañía tenían el apetito bastante abierto para comerse dos propiedades.

¿Pero cuál debía ser la parte del instigador, del director de escena, del inventor, en una palabra, de la combinación?

Nada ó casi nada: en primer lugar el dominio de Valroy para su hija, que iba á casarse con Gervasio Piscop.

A los ojos de Godofredo, en punto á casamiento des-

igual, un Piscop valía tanto como un Valroy, y un Piscop rico valía más que un Valroy pobre. Transmitiría á Gervasio legalmente su título y sus armas; Gervasio Piscop se convertiría, gracias á él, en marqués Piscop de Carmesy-Ollencourt; la descendencia olvidaría á Piscop y se restablecería la raza.

Ese título y esa nobleza antigua debían pagarse muy caras, y aquellos paletos republicanos, que así lo reconocían, no habían regateado; Carmesy viviría en Valroy con su hija, y, además de su parte líquida considerable, se reconocía á Arabela un importante dote. Adelaida había exigido regalos que valían una pequeña fortuna.

Todo estaba convenido y arreglado entre las dos familias; lo que no impedía que los nobles herederos de los cruzados de Antioquía y de los reyes de Irlanda continuasen sus papeles de amor y de amistad con las víctimas designadas que no podían comprender ni defenderse.

Arabela se obstinaba en representar su personaje de enamorada llena de caprichos; Adelaida siempre franca y leal conservaba sus ojos claros é ignorantes de malos pensamientos.

El secreto estaba bien guardado y la conspiración seguía circunscrita á la granja y la Villa Rústica, entre las cuales eran muy raras las relaciones para no dar pretexto á la más ligera sospecha.

Gervasio, pues, tenía derecho á considerarse el prometido de Bella, y soñaba con ello día y noche, pero no debía buscarla, y si la encontraba, debía pasar de largo después de un saludo tieso.

Pero aquella noche, mientras la trompa de Jacobo llenaba de graves armonías ó de cantos de victoria el silencio y la paz de las llanuras dormidas, aquel paleto tan poco desbastado, aquel mocetón rudo y feroz,

loco de amor por la joven de los ojos verdes, apretaba los puños con la cara vuelta hacia aquel castillo que iba á ser suyo y en el cual el enemigo de su raza, convertido en su enemigo personal, envolvía en ternura inefable á la futura esposa del hijo de los harapientos.

A la misma hora, en el pabellón del guarda la escena era diferente.

La casita estaba lo mismo que en los tiempos ya lejanos, en que el conde de Valroy llevó á ella con gran ceremonia al heredero de su raza para ponerle en los brazos abiertos de la fiel nodriza Berta Garnache, joven en aquellos tiempos de una gran belleza.

Pero sólo la casa no había cambiado.

Regino más seco y más curtido que nunca, tenía ya las sienes muy canosas. Berta no era más que una masa movible, que no recordaba nada el pasado. Sofía estaba todavía más fea que en otro tiempo; y José era un hombre tranquilo, silencioso, resignado y muy dulce.

Un día le dijo su padre:

—Y bien, muchacho, ¿has conservado tu amor al bosque? ¿Quieres ser guarda como tu padre, tu abuelo y todos los Garnache conocidos en lo que alcanza la memoria?

José dijo que no tres veces con la cabeza.

—No, padre, podrá ser bueno estar al servicio del conde Juan, pero el vizconde Jacobo será un mal amo. He renunciado.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—No lo sé... Quisiera estar aquí con los que quiero; pero no veo en qué voy á trabajar. Si tuviera un pedazo de tierra, la cultivaría sin buscar cosa mejor... Pero usted está demasiado ocupado en proteger la tierra de los demás para haber pensado en tener una.

—Verdad—dijo Garnache;—no tenemos nada más que un poco de dinero que es de tu madre.

—Entonces — respondió José, — me iré á la ciudad para aprender un oficio.

—Harás bien—dijo Berta;—no tienes nada que hacer aquí.

—Hará mal—replicó Sofía;—cada cual debe vivir y morir donde ha nacido. Y, además, nos quedaremos sin hijo.

Esta vez Berta no respondió.

A un kilómetro del pabellón, había una cabaña de techo de paja y rodeada de jardines, cuyas flores eran cultivadas por un buen hombre, el tío Balvet. Había sido en su juventud jardinero de los castillos y ahora, en su casita, llamada el *Vivero*, era horticultor y seguía plantando esquejes y casando plantas.

Tenía un hijo casado en la ciudad, que iba á verle de vez en cuando con su mujer y su hija Clara, y cuando esa familia pasaba en su carricoche por delante de los Garnache, cambiaban un saludo.

Cuando Clara tenía quince años, perdió en un mes á sus padres, que murieron de la misma enfermedad. Y entonces el abuelo Balvet fué á buscar á su nieta y se la trajo al *Vivero*, triste, con los ojos enrojecidos y vestida de luto.

Clara vivió allí dichosa y, poco á poco, sintió endulzarse su pena, ya que no se consolase. Por aquellos días iba á cumplir José dieciocho años.

Era Clara poco bonita de cara y más bien melancólica de aspecto; sus duelos repetidos aumentaban aún su melancolía. Su cutis pálido y sus facciones irregulares no atraían las miradas; pero tenía unos ojos de tal dulzura y de tal caridad, que solamente con mirarlos había que ser bueno. Eran ojos de santa y Juan se enamoró de aquellos ojos.

Hay que añadir que la joven era seductora de cuerpo, alta y noblemente formada. El trato diario entre aquel vecino y aquella vecina tomó un encanto dormido.

El pabellón y el *Vivero* eran los dos únicos techos visibles en un trayecto de un kilómetro; el bosque los rodeaba y los enterraba en su verdor. Desde los jardines del horticultor se veía levantarse como una barrera en el horizonte la espesura de los grandes árboles, encinas y olmos de grises troncos, y, detrás de ellos, como un resplandor rojizo, los pinos de troncos delgados semejantes á cañones de órgano.

Los conejos del bosque hacían incursiones en los cuadros de flores del viejo, que se desesperaba. Pero no ponía lazos por respeto á la vida.

Todo alrededor no había más que la agreste profundidad en la que el hombre no es más que un pasajero.

En la carretera no había ninguna taberna, ninguna rama colgando sobre una puerta abierta para detener al viajero, que pasaba por aquellos retiros sin verlos siquiera.

Reducidos así á ellos mismos y sin distracción alguna, los jóvenes, taciturnos por naturaleza, meditabundos y sin gran ocupación, pasaban los largos días en silenciosas entrevistas al azar de sus encuentros, al lado del pozo ó en el borde del camino, ó pensaban silenciosamente el uno en el otro con la misma dulzura de sentimientos.

Eran tan sencillos, que no se reparaba en ellos, y á nadie se le ocurría sonreir al ver aquel mocetón eternamente parado delante de aquella muchacha.

Ahora bien, cuando se trató de que José dejase el país para ir á buscar fortuna en otra parte, tuvo necesidad de advertírselo á su amiga.

Y lo hizo una mañana, con algún embarazo y buscando las palabras, pues temía disgustarla.

—Clara — le dijo, — las contrariedades empiezan... Eramos camaradas y teníamos costumbre de vernos todos los días á todas horas, lo que era para mí una gran alegría... Pero la vida es la vida y hay que saber ganar el pan. Estoy obligado á dejar la comarca, pues no sé qué hacer de mis dos brazos, teniendo, como tengo, veinte años.

La chica le dejó hablar sin interrumpirle y sin que pareciera alterarse su placidez habitual. Acaso, sin embargo, palideció bajo la capa de sol que obscurecía su cutis.

Cuando José se calló, Clara bajó la cabeza y miró maquinalmente al suelo. Por fin hizo un esfuerzo ; su dura garganta se levantó con un gran suspiro, y pudo hablar :

—He perdido mi padre y mi madre ; era preciso que tú te fueses sin saber siquiera si vas á volver... Debe ser que he venido al mundo para ser desgraciada, pues tú eres mi único amigo... ¿Cuándo te vas?

—Puede ser que á fin de este mes.

—Bien... de aquí á entonces, tratemos de vernos más á menudo.

Clara, razonable, se resignaba, encontrando justo, en efecto, que José trabajase ; pero cuando le dejó aquel día, sus ojos inmensamente dulces, estaban también inmensamente tristes.

La joven se volvió á su casita enterrada en rosas ; los vidrios de las estufas brillaban al sol hasta deslumbrar la vista ; en los cuadros de flores, en los espaldares y en los arbustos, la flora cantaba en mil colores en medio de los verdes y de los rojos morados ; una bandada de pájaros se perseguía con ruido por las ramas ; todo respiraba alegría.

Clara entró consternada. Su abuelo la miró y dijo en seguida:

—¿Qué hay? ¿qué pasa? No tienes tu cara ordinaria.

Clara respondió, sin pensar un instante en ocultar sus pensamientos:

—José se va...

El anciano no se asombró tampoco de aquella confesión ni de aquella pena que revelaba el amor.

—¿Por qué se va?—preguntó.

—Porque no encuentra aquí trabajo y ya tiene edad de ganarse la vida.

El viejo reflexionó y dijo después de un rato:

—¿Le quieres mucho?

Clara se ruborizó, y, confiando en que aquel buen anciano la adoraba, se atrevió á decir:

—Le amo.

—¿Hace mucho tiempo?

—No lo sé; lo he descubierto hace un momento, cuando me ha dicho que se iba.

—¿Y él?

—Creo que también me ama.

—Bien... bien... Es un buen muchacho... El padre es un hombre honrado; la madre un poco chiflada... pero son buena gente... y tienen dinero ahorrado... Garnache me lo ha dicho... La cosa se puede arreglar, y dentro de dos ó tres años... Sí, vamos á ver eso...

Se levantó de su asiento apoyándose en la mesa, y un poco encorvado, se fué hacia la puerta arrastrando los zuecos.

—¿Adónde va usted, padre?—dijo Clara asombrada.

—Tengo mi idea; déjame hacer... Espérame, hija mía; dentro de media hora estaré de vuelta.

El buen Balvet, arrastrando las piernas, se fué al pabellón.

Por una dichosa casualidad, Regino estaba allí en aquel momento, y el viejo dijo:

—Oiga usted lo que traigo; hablemos poco y bueno. Su hijo de usted busca un empleo; yo le tomo si quiere. Gustándole los árboles, le gustarán las flores, y mi hija por añadidura. ¿Eh, José?

José soltó una carcajada para ocultar su emoción.

Pero Regino pedía explicaciones y Balvet las dió con prolija benevolencia.

—¿Qué tendrá que hacer?... Pues lo que yo; ¿cree usted que yo holgazaneo?... No vaya usted á figurarse que se trata de un oficio de perezosos. Se trabaja y se gana el dinero, mucho dinero. Tengo algún capital, pero soy viejo y estoy para retirarme. Cuando José sepa manejarse (hace falta un año), me reemplazará, bajo mi dirección todavía, porque hay ciertos secretos... Proveo de plantas raras y de arbustos de lujo á todos los castillos de los alrededores... y á fin de año esto acaba por un buen saco... Su hijo de usted ganará jornales de un peso y veinte centavos por mi cuenta, hasta que sea dueño de la casa y se case con la heredera, con el permiso de usted y el de Dios.

Garnache se convenció pronto, y José, por otra parte, aceptó sin pedirle su opinión. Berta, por casualidad, encontró buena la idea; Sofía se puso á palmotear.

Sacaron dos botellas de la bodega, mientras José iba á buscar á Clara. En el camino le contó las decisiones tomadas y ella sonrió. Sus ojos, libres ya de tristeza, se iluminaron de amor, y, como estaban solos, en medio del camino desierto, ante los árboles y los pájaros, se besaron por primera vez.

Desde entonces trabajaba José desde la mañana hasta la noche en casa del tío Balvet, y no volvía al pabellón más que á la hora de cenar; y había veces que el

viejo, después de cenar, venía conducido por su hija á sentarse á la mesa del guarda, á charlar con él y con las mujeres, mientras que en un rincón, los dos amantes rústicos, siempre taciturnos hasta en la dicha, y sentados el uno al lado del otro, se cogían las dos manos y se miraban en silencio con ojos encantados y cándida sonrisa.

Así sucedía en la noche en que el viento Oeste trajo de Valroy la brillante tocata en el puro silencio de la noche. Todos levantaron la cabeza, pero Berta se irguió bruscamente con las manos temblorosas.

Escuchó las primeras notas con la cara á la vez ansiosa é iluminada... y se le oyó exclamar de repente con voz de delirio:

—¡Es Jacobo, es Jacobo que toca!...

—Sí—dijo Regino,—es Jacobo el que toca; su padre no es ya capaz de semejante resoplido; y, sin embargo, en otro tiempo tocaba todavía más fuerte.

Berta exclamó sordamente:

—Jamás... Nadie ha tocado nunca como Jacobo; todo el mundo lo dice...

—Está bien—dijo Regino encogiéndose de hombros.

Y al ver que su mujer, inclinada en el umbral con el cuerpo casi fuera, permanecía en éxtasis bebiendo la tocata, que á todos se dirigía menos á ella, el guarda continuó:

—Es su chifladura... Sueña con él y todo lo que hace ó dice es maravilla y milagro. No hay más que él; ¿qué quiere usted? le ha criado, y parece que se dan casos como éste. Lo que no impide que el joven tenga sus defectillos...

Berta volvió á entrar; la trompa se había callado un instante en lo alto de la colina. Balvet tomó un polvo de rapé, le saboreó un momento, y se puso á decir cosas graves.

—Parece que las cosas no van bien allá arriba.

—¿Dónde es allá arriba?—preguntó Berta con voz temblorosa, como siempre que se aludía á los castellanos.

—En Valroy—respondió tranquilamente el viejo.—Se dice...

Se detuvo, dudando hablar, prudente como todos los aldeanos.

—¿Qué se dice?

Berta estaba en pie delante de él aplastándole con su masa y clavándole una mirada aguda é intensa.

—Se dice que el Conde, en París, ha hecho una vida alegre sin calcular, y que bien podría suceder que todo esto acabase feamente...

Berta se encogió de hombros con un perfecto desprecio de tales chismes. No sabían lo que se decían. Ella conocía la cifra de la fortuna y el valor de las tierras, granjas, bosques y hasta del castillo. El Conde no había tenido jamás los dientes bastante largos para comérselo todo. Sus rentas bastaban para una vida de gran señor... Y, por otra parte, hacía años que se había retirado de la vida parisiense. Todo aquello no era más que dicharachos de los envidiosos.

—Dios le oiga á usted—contestó el horticultor.—Yo no quiero mal á nadie y prefiero saber la felicidad de los demás que su aflicción.

Aquella fué la primera advertencia que recibió Berta, pero esta vez se negó resueltamente á creerlo. Las vagas y tímidas insinuaciones de un viejo crédulo no alteraron en nada su soberbia confianza en la inmutable fortuna de los opulentos Valroy.

Cuando el tío Balvet y Clara se retiraron, á eso de las diez, la tocata había vuelto á empezar y llenaba de nuevo el espacio. Con el único objeto de encantar á Arabela, á quien el sonido de las trompas enloquecía y

embriagaba, como á un ser semisalvaje que era Jacobo, sin orden y al azar de la inspiración, producía brutales armonías en aquel cobre recalentado.

Cuando entonó el San Huberto, le respondió una trompa lejana.

Y fué aquello tan melancólico, que la misma gente sencilla se quedó suspensa y conmovida. El abuelo y la nieta estaban dando la mano á José que los había acompañado hasta la puerta de su casa.

—Es triste esa música—dijo Clara.

—Sí—respondió José;—parece un adiós.

José se volvió á paso largo hacia el pabellón; y en medio del camino encontró á su madre extática, con los ojos cerrados, los brazos caídos y el cuerpo vibrante y sacudido por los escalofríos, al oir aquel ruido que venía del otro, de él...

De este modo, en las dos vertientes de la colina, la tocata del castellano hacía salir á la gente de sus casas, pero si de un lado se tendían los brazos, del otro se apretaban los puños...

Las dos trompas continuaron su diálogo de cobre á través del espacio.

II

Un día estaba Antonieta mirando á su hijo. Hacía algún tiempo que se sumía con frecuencia en profundas reflexiones de las cuales era él el objeto.

Jacobo echó de ver aquel examen y se aproximó sonriente.

—Y bien, mamá, ¿qué hay en mí de nuevo?

La madre movió la cabeza y sonrió á su vez...

—Nada desde ayer ni desde hace meses. ¡ Pero hay tanto nuevo en mí, respecto de ti, hace años !

Jacobo acercó una silla y se sentó á su lado.

—Otra vez tus frases enigmáticas... Nunca quieres responder á mis preguntas ; ¿ lo harás hoy ?... ¡ Ea ! ya te estás negando... Y, sin embargo, tengo derecho á saber. Es verdad que hay una gran diferencia entre la madre que eras y la que eres hoy. Cuando era yo niño, no me gustaba mucho la atmósfera de tu cuarto. Pero entonces estabas mala y ahora estás curada. No veo en todo eso nada que no sea físico...

Antonieta puso en el brazo robusto de su hijo su mano fina, larga, blanca y surcada de venas de un azul pálido.

—Oye ; todo lo que dices está bien y estoy contenta de oirte. Disculpas mi pasado, tan triste para mí y tan triste para los demás... Pero tú no sabes, no puedes saber...

Se calló, como si de nuevo hubiera caído en el misterio. Jacobo hizo un gesto de desaliento que quería decir :

—Puesto que no hay medio de hacerte hablar...

La hora era tranquila ; una mañana de otoño muy dulce ; una ligera bruma empenachaba los árboles del bosque y algunos tonos de precoz rojizo cantaban aquí y allá en el espesor de los verdes obscuros. De la tierra húmeda de la llanura subía un aliento tibio. El viento era suave ; nada había excesivo, ni brisa, ni lluvia, ni frío ; daba gusto vivir.

La de Valroy, después de un largo silencio de recogimiento, siguió diciendo con su voz siempre lenta :

—Acaso hiciera mejor diciéndotelo todo, porque debes guardarme rencor...

Jacobo protestó con una exclamación :

—¡ Oh !

El joven se había hecho más sensible y mejor en el curso de sus viajes, durante los cuales había podido echar de menos su casa y juzgar así su verdadero precio.

—Sí, debes de guardarme rencor, porque he sido una mala madre... así como una mala esposa ; pero en esto había dos razones.

Se volvió á callar con la cara doliente y un poco contraída.

—¡ Bah !—dijo Jacobo levantándose ;—quédese esto aquí. Se ve que este asunto te es penoso y te fatiga ; bastante hemos hablado hoy ; más adelante, si quieres, trataremos este asunto.

La madre le retuvo :

—No, quédate... Es preciso. Hace mucho tiempo que vacilo, pero es verdad que tienes derecho de saber... porque ahora eres un hombre. Cuando naciste, tu vida estuvo á punto de costarme la mía ; tu nacimiento me ha dejado enferma por el resto de mis días. ¿ Pero acaso una madre cuenta sus sufrimientos ?... Si no hubiera habido más que esto, hubieras sido el niño más querido de Francia. Lejos de eso te he separado... ¿ Por qué ?

Jacobo la miró y repitió como un eco :

—¿ Por qué ?

—Ahora puedo decírtelo, puesto que los sucesos desmienten todas las estúpidas imaginaciones de mi juventud preocupada ; porque la dicha entra ahora aquí á raudales, como el sol, por todas las puertas y por todas las ventanas. Porque serás amado—ya lo eres— y vivirás largos días rodeado de ternura y en la prosperidad. Esto es lo que te espera ; lo demás es locura...

Antonieta se exaltaba demasiado ; en el momento en que arrojaba el pasado al olvido con un movimiento

voluntario, volvía á caer un poco en su antigua fiebre de los malos días.

—Gracias, madre mía—dijo el joven ;—esas son hermosas profecías...

Antonieta se estremeció al oir esta palabra.

—Profecías... Justamente hace todavía diez años hacía otras. Entonces te consideraba como un ser destinado de antemano á los destinos trágicos, un objeto de horror para los tuyos ; y por eso te tenía miedo, por eso te alejaba... ¿ Comprendes ?

Le atrajo hacia ella y le contempló de cerca repitiendo :

—¿ Comprendes ?

—No muy bien, lo confieso—respondió el joven dejándose atraer ;—¿ por qué estaba así destinado á las Furias ?

Antonieta se volvió á recostar en su butaca.

—¿ No sabes, pues, la historia de tu familia ?

—Sí, los Valroy, en 1415...

—Deja eso. Los Reteuil...

—Perfectamente ; los Reteuil, en 1623. .

Jacobo bromeaba y ella le interrumpió :

—Eres insoportable. Esos están muy lejos... Más cerca, más cerca...

Bajó la voz y dijo muy bajito :

—Mi padre, por ejemplo...

—Tu padre—dijo Jacobo sin la menor aprensión,—era un original que se aburrió de vivir. Hizo mal, pues no tenía, al menos según se dice, ningún disgusto serio.

—¡ Ah !—murmuró la Condesa ;—¿ y su padre, tu abuelo ?

Jacobo no vaciló para responder á esta pregunta más que para la primera.

—Su padre valía más. Un valiente soldado que

conspira por su Emperador, que ve que todo se viene abajo y que se mata ó se hace matar... Eso es glorioso. ¿Te avergüenzas de ello?

—Se mató...

—Hizo bien; en aquel tiempo la vida no tenía importancia.

—¿Entonces no ves nada?

—Nada, lo confieso; nada que pueda indicar que el descendiente de este hombre está fatalmente designado á la mala suerte.

—¿No crees en la herencia, en el atavismo, según se dice?

Antonieta se animaba.

—¿No crees que he podido, que he debido, transmitirte su sangre con la mía? Existen todas las razones para creerlo; y con su sangre van su manía y su locura de suicidio.

Jacobo se quedó como asombrado.

—¡Ah! ¿Es eso?

Reflexionó un momento y decidió en conciencia:

—No, madre. En primer lugar, ¿por qué he de tener más de Reteuil que de Valroy? Y entre éstos, ¿por qué de los últimos y no de los primeros, que eran buenos vividores á quienes gustaba comer caliente y beber frío? No creo en nada de eso, te lo juro, y vuelvo á decirte que has estado enferma y que la enfermedad ha sido la que ha creado esos malos sueños. Sin la enfermedad, no los hubieras tenido. Te curas y desaparecen. Es lo lógico y lo razonable.

Antonieta no insistió, muy feliz al estar aún más convencida y confirmada en sus nuevas creencias en un porvenir de felicidad; hubiera podido decir, sin embargo, que sus temores databan de mucho más lejos de lo que él creía, de su primera juventud. Pero ¿para que? Antonieta cedió.

Por otra parte, el joven acabó de entusiasmarla con otra canción triunfal:

—No, madre mía; á pesar de los abuelos, no se piensa en el suicidio, y, por el contrario, se ama la vida y se agarra uno á ella, cuando se tienen, como yo, veinte años, padres muy queridos, tierras al sol, oro en los bancos, castillos, granjas, campos y bosques, un hermoso nombre, fuerza, salud y, ante todo, el amor de Arabela... Ahí la tiene usted, madre, que viene á reir con nosotros...

Como se vé, Jacobo estaba cambiado.

La encantadora apareció, radiante con todas las admiraciones recogidas en el camino; su encanto inefable y su gran belleza habían vencido la malevolencia y la maledicencia; ahora todo el mundo la festejaba y los niños y los animales iban á ella. Bella estaba rodeada de simpatía, de elogios y de cariño.

Estaba radiante.

¿Cómo no iba á ser buena, no recibiendo de todos más que homenajes y cumplimientos? ¿Era buena?

Entraba en su casa libre y sabiendo que tenía todos los derechos y ningún deber. Ciertamente, era una gracia viviente, una emanación de la bondad celestial, ó bien una criatura diabólica, espléndidamente nefasta; y aún así, era natural que se la amase todavía.

Hay mujeres de esas, que arrebatan los corazones, vuelven las cabezas, hacen el vacío, acaparan, devoran, arruinan... y pasan. El único consuelo del hombre que las contempla es pensar que el tiempo vengará á las víctimas. Las horas del encanto son breves, pero el relámpago es también rápido, y ha lucido, brillado y abrasado.

Arabela jugaba con Jacobo; ese era su placer.

Algunas veces se callaba en medio de una frase pa-

ra considerarle como un fenómeno grotesco, con despreciativa piedad; ó bien se le reía en sus barbas; y era que en aquellos momentos pensaba sencillamente con qué candor se dejaba engañar por ella aquel mocetón sanguíneo, de largos bigotes, que la hubiera matado de un papirotazo; era que se admiraba á sí misma en su doblez y se aplaudía por desempeñar tan bien su papel de perfidia.

Era preciso que embrujase á toda aquella familia hasta el punto de volverla ciega, sorda é indiferente á todo lo que no fuese miss Bella. La hija de Godofredo lo lograba maravillosamente y sin ningún esfuerzo.

¿La señora de Reteuil? Pobre alma de anciana, siempre enamorada de cualquier cosa, ¿no era ella la que había inventado y descubierto á los Carmesy? La buena señora seguía gloriándose de ello de la mañana á la noche.

¿El conde Juan?... Al pensar en este nombre aumentaba el regocijo de Arabela. El Conde estaba un poco turbado; la prometida del tonto de su hijo le gustaba á él más de lo regular... Sí, acaso...

Cuando la perversa, la cruel, se divertía en tratarle como suegro, las finas facciones de aquel antiguo aficionado á mujeres, que se suponía cansado de todo, se torcían á veces con una expresión de despecho que llegaba hasta el sufrimiento.

No tenía cincuenta años, estaba más envejecido que era viejo, y, en ciertos días, cuando ella le rozaba de cerca, sus ojos se ponían extraños... En todo caso le era adicto hasta la muerte... Eso, sin discusión.

¿La condesa Antonieta? Muñeca descompuesta, cuyos muelles habían sido arreglados por la Marquesa, quería entrañablemente á Ollencourt, y sobre todo á

su futura nuera, cuya presencia, decía, le iluminaba el alma.

¿Quién, todavía? ¡Ah! Jacobo... El Vizconde estaba anulado. No era ya un hombre; no era un ser pensante y activo, sino un autómata del que ella era el resorte, un reflejo del que ella era la llama.

Durante sus largos viajes por los países extranjeros, ella le había seguido, siempre presente. Era aquella la toma de posesión más completa que se pudiera imaginar. Esta naturaleza de niño más bien brutal y, sobre todo, egoísta, había sido modificada de arriba á abajo y cambiada fundamentalmente.

Si no hubiera encontrado en su camino á Arabela, es de suponer que hubiera sido él también un noblezuelo de provincia que se hubiera comido sus bienes en París ó hubiera vivido lastimosamente en su tierra entre una botella de vino y las faldas de una criada, hasta tomar mujer para perpetuar, como era necesario, su augusta estirpe.

Por orden de una muchacha se había marchado á la conquista de los mundos y se había instruido en el camino. Era posible que los que así le expedían al cabo del mundo tuvieran malos designios, pero el resultado inmediato y práctico había sido bueno.

El que se marchó era un niño nervioso, voluntarioso y rebelde, y el que volvió era un hombre reflexivo y ponderado.

En un solo punto no había variado; el único equipaje que se llevó y trajo á su vuelta en el corazón fué el amor inmutable á Arabela.

El Marqués podía dormir tranquilo; sus planes estaban bien guardados... Nadie hubiera pensado en Valroy en dudar de un Carmesy.

Aunque las apariencias hubieran sido menos dichosas, el deslumbramiento causado por la gran heroína

hubiera impedido distinguir bien á los comparsas. Pero esos comparsas, particularmente, eran irreprochables.

—Jacobo—dijo Arabela; no le llamaba ya Djeck, pues había renunciado hacía mucho tiempo á sus entonaciones exóticas.—Jacobo, hoy es la peregrinación á Santa Margarita... ¿Vamos?

El joven se entusiasmó. Solamente ella podía tener esos lindos pensamientos y esas atenciones delicadas.

Era una capilla abandonada en el bosque y muy antigua, á la que iban una vez al año los mozos y las mozas en procesión; los que allí se prometían estaban siempre unidos, y, por consiguiente, eran dichosos.

Aquella costumbre antigua seguía existiendo; pero los fieles iban siendo cada vez menos numerosos.

—¡Que si vamos! ¿Adónde no iría yo con usted?

Arabela sonrió y le interrumpió con un ademán...

—Sí, sí, ya sé.

Y añadió después:

—¿Cómo, á caballo ó en coche?

—En coche es más cómodo; el lacayo nos guardará allí más fácilmente un caballo que tres.

—Como usted quiera...

La joven era todo dulzura y todo amenidad; Antonieta los admiraba y los animaba.

—Id, hijos míos, id; no tengáis reparo.

Pero ellos no la oían y estaban ya en las cuadras. En diez minutos estuvo pronto el coche.

—¿Guía usted, Bella?

—No, usted.

La joven renunciaba ya á usurpar las funciones masculinas y no era más que mujer, pero deliciosamente.

Tomaron por la avenida y salieron al camino y al

bosque. Las ruedas marchaban sin ruido por los musgos, hundiéndose un poco. Un cuervo graznó en un árbol; un conejo cruzó por un claro.

—Se está bien—dijo Jacobo, respirando á plenos pulmones.

Era la confesión de una dicha perfecta. El Vizconde dejaba las riendas flojas y el caballo al paso, para ir lentamente, como si hubiera dependido de la suya la rapidez del tiempo.

Bella, burlona, estuvo conforme como siempre.

—Sí, no está mal... Hay personas que son más de compadecer que nosotros.

El Vizconde se volvió hacia ella. Su ancho cuerpo parecía enorme al lado de aquel fino talle; su fuerza le inspiraba cierta necesidad de protección.

—Querida Bella—murmuró,—¿qué dice usted? Nosotros somos los privilegiados, los dichosos de la vida... Algunas veces esta idea me da miedo y me pregunto por qué he nacido, qué he hecho yo para nacer en medio de fortuna, de distinción y de elegancia...

¡Si Berta hubiera podido oirle!

—¿Con qué derecho lo tengo todo, y sobre todo su amor de usted, no habiendo hecho nada para merecer esa dicha y cuando, tantos otros, que valen más que yo, no recogen en su camino más que miseria, humillaciones, eternos sufrimientos y eternos rencores?

Bella se puso alegre.

—Eso, querido, es filosofía ó algo que se le parece. Si me trae usted al bosque para tratar los grandes problemas, confieso que estoy mal preparada. Deme usted tiempo para reflexionar si quiere que le conteste.

Jacobo se encogió de hombros, tocó al caballo con la punta del látigo y el coche salió al trote. Medio risueño y medio ofendido, replicó:

—Siempre la misma...

—¿Le desagrado á usted?

—¡Oh! no.

Salieron de la arboleda para entrar en la llanura. El camino atravesaba tres kilómetros de campos antes de volver á entrar en el bosque; á los dos lados la tierra gris estaba erizada de duros barbechos; acabado su trabajo de la estación, la tierra estaba reposando.

Al ruido del coche se levantaban pesadamente bandadas de cornejas, y, algunas veces, una perdiz iba á refugiarse á cincuenta pasos más allá, después de haber saltado de un surco.

De repente, á lo lejos del camino, se interpuso una masa, primero confusa, y después más distinta; un grupo de jinetes venía en sentido contrario.

A pesar de su imperturbable serenidad acostumbrada, miss Bella palideció ligeramente bajo su velo: había reconocido á los que llegaban.

Era la cuadrilla de los jóvenes granjeros, Piscop y Grivoize, Gervasio, Anselmo, Timoteo, Antonín é Hilario, que á cien pasos ya se burlaban, la mirada de reojo, todos iguales con su expresión de enfado y sus anchas mandíbulas salientes en una mueca bestial.

Lentamente y como obrando en virtud de un derecho inconcuso, Gervasio Piscop se puso á la cabeza del pelotón. Los otros cuatro alinearon detrás de él los caballos en filas cerradas. Y en este orden miraron venir. El Vizconde, erguido en su asiento, olió al enemigo. Sin saber por qué, aquellos mozos crecidos, que seguían chicos en su carácter, le atacaban los nervios; su saludo hipócrita, iniciado de mala gana, le ponía rabioso. Tenía la certeza de que aquella familia odiaba á la suya y á él muy particularmente, y los despreciaba por completo. Para él seguían siendo unos paletos á pesar de su disfraz de caballeros campesi-

nos, y olían á estiércol y á cuadra. Si tenían tierras y dinero, mejor para ellos... Era verdad que sus caballos eran más hermosos y, acaso, mejor cuidados que los del castellano; ¿qué tenía de particular puesto que los cuidaban ellos mismos? Eran palafreneros en el alma, y bueno era que sirviesen para algo.

El coche pasó por delante de los jinetes, los cuales, con el mismo movimiento automático, se acercaron el látigo de caza, aquel látigo que no les abandonaba, al ala del sombrero, mirando única y fijamente á la señorita de Carmesy, para indicar que era á ella sola á la que saludaban y que sólo á ella se dignaban conocer.

Jacobo comprendió; sus ojos echaron chispas, su cara se inflamó, y el joven, restañando el látigo, dijo en las barbas de aquellos brutos una sola palabra:

—¡Paletos!

Entonces les tocó á ellos ruborizarse; sus caballos piafaron asustados por el látigo del Vizconde, y el ruido cubrió la respuesta que debieron de darle.

—Compadre—dijo Anselmo á su hermano,—tu dulce amiga corre por los campos con tu señor... Decididamente no tendrás más que sus restos.

—Cállate dijo Gervasio,—no es éste el momento de hacerme cosquillas...

Pero Hilario no quiso dejar tan pronto su broma, y siguió diciendo:

—¡Bah! ¿Sabes adónde van? A Santa Margarita á poner un cirio cándidamente... Ya ves que Dios está con ellos.

Gervasio envió una bofetada á su primito; pero éste, listo como un mono, esquivó el golpe echándose rápidamente sobre el cuello del caballo, y siguió riéndose á carcajadas mientras ponía tierra por medio.

—Sí, es verdad—afirmó Antonín,—es el camino de Santa Margarita.

Pero Timoteo, que veía palidecer á su primo, pensó que la broma había durado bastante y dijo en tono de conciliación:

—¿Qué prueba eso? Nada. Aunque fueran á la capilla y pusieran tres cirios, ya nos ha dicho Godofredo que su hija tenía que representar la comedia. No es cosa de quererla mal porque la representa á lo vivo. Todo eso lo hace por vuestro interés; hay que engañar á la gente sin dejarla abrir los ojos. Nos los comeremos, y nuestra mejor aliada es la pequeña Carmesy... Sin ella, se vería mejor en el castillo...

Y mostró los tejados de Valroy entre una masa de árboles.

—Gracias, Timoteo—dijo Gervasio.—Tú eres razonable y dices la verdad. Déjalo; que ya vendrá mi día...

Se animó y añadió con los dientes apretados:

—Los *paletos* tendrán su desquite... Señor Vizconde, nos veremos.

Soltó entonces las riendas, dió un espolazo y salió al trote largo; los demás le siguieron.

El diálogo entre Arabela y Jacobo se resintió también del incidente y se hizo más vivo que de ordinario. El joven, por excepción, emitió algunas opiniones personales y contradictorias. Primero, dijo:

—Es intolerable... Esos harapientos, que hace quince años corrían descalzos detrás de nuestros coches para mendigar un centavo, nos desafían ahora y hasta nos insultan, pues hay miradas que son ultrajes... Todo esto acabará mal... Si hubiera estado solo...

Bella le interrumpió:

—Acaso no esté usted en lo cierto, Jacobo. ¿No tienen derecho todos los hombres á pasar por el camino,

á edificar una casa, á vivir en ella y á tratar de mejorar su porvenir?

—Es posible—dijo el joven sordamente;—pero éstos no han hecho nada; sus padres han trabajado y siguen humildes, pero la simiente crece insolente, lo invade todo como la mala hierba, y habrá que segarla.

Bella se encogió de hombros.

—Esos tiempos se acabaron, señor de Valroy; esa gente vale tanto como usted.

—¿Es usted la que dice eso?

—Yo misma. Son lo que eran, sin duda, sus padres de usted hace trescientos años.

—Y los de usted hace mil.

—Ya es más lejos, después de todo... No se puede saber...

—El tiempo importa poco en este asunto, y con tanto remontar se dicen tonterías. Lo que hay que considerar es la hora presente. Doy á usted las gracias por sus apreciaciones.

Bella sostuvo su opinión, obstinada, á pesar de la amargura de las palabras de Jacobo y á pesar de verle irritado, acaso por primera vez; la sostuvo en toda conciencia y en toda libertad de pensamiento, pues en este instante preparaba el porvenir; estaba excusando sus actos futuros ante aquel que, más adelante, se creería con derecho á juzgarla y á condenarla.

—Vamos á ver, Jacobo, ¿qué diferencia notable encuentra usted, excepto una que se puede subsanar, que es la educación?... Son unos jóvenes sanos, robustos, un poco huraños, pero le aseguro á usted que nada feos; usted no los ha mirado bien.

—Muchas gracias... Todo lo contrario.

—Se lo aseguro á usted... Han ido á la escuela y han aprendido lo que han podido. Son groseros, es cierto; pero concédales usted cinco años de permanencia

en París, en Londres, en Berlín ó en Viena, deles usted un amigo, una mujer si usted quiere, que hable bien, que sepa un poco, que les vigile y les advierta cuando sea necesario, y al cabo de esos cinco años serán perfectos caballeros que volverán aquí, y usted será el primero en acogerlos.

—¿Yo? No, por cierto... Además, esa proposición cae por sí misma, puesto que esos cinco brutos no aprenderán en cinco años ni cinco palabras, y seguirán siendo cinco asnos como hasta aquí. A esa especie hay que tratarla con látigo.

La joven se volvió vivamente; aquellas palabras la herían, ella sabía por qué. Murmuró, sin embargo, pérfida y dulce:

—Son robustos... El mayor de los Piscop...

El vizconde de Valroy dió un salto de cólera é imprimió al mismo tiempo tal sacudida al freno del caballo, que éste dió una brusca huída, pronto reducida de un latigazo.

—Son robustos... para partir terrones ó para llevar sacos. ¿Qué es lo que ha hecho el mayor de los Piscop, puesto que los conoce usted tan bien?

Bella tomó un aire indiferente, advertida por esta última frase de que era imprudente ó, por lo menos, inútil insistir.

—Yo no sé... Se dice (yo no lo he visto), que derriba un toro de tres años por los cuernos...

Jacobo se echó á reir, pero con una risa forzada.

—¿Usted cree eso? Los únicos que lo han visto han sido unos borrachos, á no ser que lo estuviera también el toro... ¡Disparates!... Que tengan cuidado todos ellos, porque si los encuentro un día estando solo, les paso revista y le garantizo á usted que ninguno hace un gesto.

—Puede ser—dijo la joven mirando á las nubes y con cara enigmática.

Jacobo se incomodó más aún.

—¿Cómo que puede ser? He aprendido el «box» en Londres, el palo en Nueva York, el sable en Berlín y la espada en Francia; creo que basta.

Entonces, sencillamente y por el solo placer de la impertinencia, Bella replicó sin alzar la voz y como cosa natural:

—Ellos tienen su látigo.

Jacobo la miró de reojo y no supo qué responder; estaba estupefacto. Por fin balbució:

—Vamos á ver, Arabela, ¿qué tiene usted hoy? ¿Es conmigo con quien está hablando?

Bella, nerviosa, le cortó la palabra; todo aquello la molestaba.

—Jacobo, bastante hemos hablado de esto; es usted el dueño del país, está convenido; maltrate usted á sus siervos, pero déjeme á mí en paz; yo soy hija de noble.

El joven se resignó, temiendo ante todo el descontento de su prometida.

—Como usted quiera...

El camino continuó en silencio. La discusión no había probado nada.

A derecha y á izquierda, por los senderos de travesía, desembocaban grupos de mozos y mozas que iban también á la peregrinación; algunas veces pasaban parejas solitarias más graves, más humanas y más enamoradas, hablándose muy bajo con gran fe en la vida, en su amor y en Santa Margarita.

Oíanse canciones y no cánticos, pues era la fiesta un poco pagana, y esas canciones jalonaban el camino repartiéndose por el bosque.

El coche rodaba de nuevo bajo la arboleda, y por

una tierra húmeda, llena de profundas rodadas. Jacobo sostenía el caballo, pero á cada instante una rueda se metía en el surco y la sacudida arrojaba á los dos viajeros el uno sobre el otro. Los dos se reían, y este incidente les devolvió la tranquilidad.

Cuando llegaban á la colina en que estaba situada la capilla, se cruzaron con una pareja que volvía; los dos tenían los ojos brillantes y la cara satisfecha y avanzaban en silencio cogidos de la mano.

Saludaron al pasar y les fué devuelto el saludo.

Eran Clara y José.

Los dos hermanos de leche se habían encontrado y no habían cambiado ni una palabra.

Una vez más, la justicia clamó al cielo ante aquel contraste monstruoso. Pero el cielo es muy grande y la justicia no grita fuerte. Además, se reservaba para otra ocasión.

Acaso Jacobo no había conocido siquiera á José... ¿Qué importaba, por otra parte?

Clara dijo al ver la brillante pareja:

—También ellos van como nosotros...

—¿Por qué no?—respondió José;—pero es más por diversión que por creencia. Conozco á Jacobo, y no cree más que en sí mismo. En cuanto á la señorita, habla más á menudo con el diablo que con los ángeles.

Clara, muy cándida y un poco simple, se quedó asombrada.

—Es muy linda, sin embargo...

—No importa; si todos los malos fuesen feos sería preciso que los buenos tuviesen lindas caras... Y sería demasiado fácil el conocerlos.

Clara murmuró:

—Es verdad.

Todo lo que José decía le parecía á ella el Evange-

lio. Le admiraba en todo y él no se enorgullecía ni aprovechaba esa superioridad para establecer su dominación. La amaba más al verla tan confiada y reconocía en sus adentros que su novia le estimaba en más de lo que valía.

José se juzgaba bastante justamente: educado en la soledad y en la majestad de los bosques, gustábanle los ensueños y el silencio, pero esos ensueños no se elevaban nunca mucho. En su carácter taciturno había un poco de pereza de alma. Su espíritu era lento en moverse y temía tener que tomar una decisión; pero una vez tomada no desistía de ella. Era obstinado como buen campesino.

Lo era, sí; lo era fundamentalmente, á despecho de la herencia y del atavismo. Aquel retoño real y auténtico de los Valroy-Reteuil, se lo debía todo al ambiente y nada á sus antepasados. Se había hecho el medio en que había vivido, y no conservaba del pasado ninguna manifestación ni ninguna influencia.

Aquel campesino andaba meciendo el cuerpo; tenía las manos anchas y callosas de los trabajadores de la tierra: sus cabellos mal cortados, alteraban la armonía de una cara cuya regularidad había que adivinar; su bigote rojizo, cortado al rape del labio, carecía de elegancia; era el hijo de Garnache tanto mejor que el otro era Vizconde. Acaso es más fácil al hombre descender que subir, si se admite que existe alguna escala.

Entretanto Arabela, cuyos ojos perspicaces lo distinguían todo, dijo de pronto al vizconde de Valroy que volvió á dar un salto:

—Diga usted, Jacobo, esa pareja que hemos encontrado...

—¿Qué, amiga querida?

—No sé; es una idea, pero encuentro que él se parece á usted...

El Vizconde puso mal gesto.

—Decididamente, Bella, está usted hoy de vena... Todos los desdichados del camino son mis iguales ó mis semejantes... Dios mío, ¿qué es lo que me va usted á servir á la vuelta?

Se callaron; estaban entrando en la capilla.

A la misma hora, en el otro lado del país, dos hombres se encontraron de manos á boca en un recodo del camino y se dieron la mano con evidente satisfacción.

—¡Garnache!

—¡Grivoize!

—¿Cómo va, amigo?

—No mal; en tu casa...

—Va bien; todos andan derechos.

Entre el guarda y Grivoize el menor, existía una amistad de larga fecha. Habían nacido en el mismo día del mismo mes y del mismo año, lo que después los aproximó. Habían gastado lo menos posible los bancos de la escuela, y habían servido juntos en el mismo regimiento y hecho juntos la guerra.

De vuelta al país, habían seguido siendo compañeros, deteniéndose al pasar el uno en casa del otro y sin dejar de ofrecerse una copa, cuando se encontraban en la más próxima taberna.

Ciertamente, Grivoize el menor era treinta veces más rico que Regino ó, más bien, poseía mucho cuando éste no tenía nada; pero un Grivoize ó un Piscop no hablan jamás de su fortuna, y además, aquellos labradores, que trabajaban con sus brazos y eran miserables, al menos de aspecto y de modales, tenían mucha consideración á la persona casi militar de un guar-

da de monte, juramentado, con su placa en el pecho y su escopeta debajo del brazo.

Con esto y con los recuerdos y el compañerismo, resultaban dos hombres perfectamente iguales los que se daban la mano en la linde de Taillefontaine. Esta vez, como tantas otras, se dirigieron por un convenio tácito á la posada del pueblo.

Instalados delante de un jarro de vino en una sala desierta, hablaron primero en voz baja en gran amistad; pero al tercer vaso y al segundo jarro, el tono se levantó y creció la confianza. Grivoize, un poco chispo, contestó á preguntas cordiales con ciertas confidencias y dijo:

—Entonces, tu hijo está en casa de Balvet... ¿Está bien allí? El oficio no es duro y se dice que produce.

Regino, todavía grave, movió la cabeza. Sí, el muchacho había ido por el camino que le convenía; tenía edad de elegir por sí mismo. Balvet era un buen hombre y un honrado anciano... Su hija una buena chica, y todos se entendían.

—Sí—le interrumpió el otro,—ya sé que se van á casar.

—Dentro de un año: está decidido. Harán una pareja sólida y trabajarán en buena armonía; con eso todo irá bien.

Garnache suspiró al pensar que él lo sabía bien, por la experiencia contraria.

—Sí—dijo Grivoize, que estaba enterado;—Berta... siempre con sus lunas.

—Más que nunca...

Pero, ahí está, había cometido el error de casarse con una especie de señorita, educada en el castillo y acostumbrada á los amos... Esas mujeres hacen malas compañeras para un hombre sencillo como él, y

no siempre excelentes madres, sin que los hijos tengan la culpa.

—Sí, sí—repetía Grivoize.

Conocía todo eso, que corría por el país hacía veinte años. Berta había seguido demasiado adicta á los señores... Había hecho muy mal. Ahora, sin embargo, vivía separada de ellos.

—Por fuerza—dijo Garnache,—Jacobo no nos conoce ya... Juzga, sin duda, que una nodriza es una criada como otra cualquiera, y acaso tenga razón. La Condesa está mejor, según se dice; pero no ha sido nunca muy amable y ahora no lo es nada. Hay que olvidar todo eso. Hasta el conde Juan... En otro tiempo era un buen corazón, con franqueza y con las manos tendidas... pero hace quince años parece que evita el pabellón y que allí le quema el suelo... Si se cruza conmigo en el camino, nos saludamos, y nada más ni mejor. Sí, en otro tiempo cazábamos juntos, comíamos en el campo y cada cual bebía en su botella, al aire libre, sin distancia y sin orgullo. Todo aquello se acabó... Y el amo que viene será más duro todavía y más señor en sus tierras... Jacobo... Ese tiene una piedra en el pecho, y ésta es una razón para que José haya tomado otro camino. No sería cómodo ser guarda del tal Jacobo.

Grivoize el menor escuchaba en silencio, pero sonreía para sus adentros. Cuando Regino acabó de hablar, movió la cabeza y dijo, poniendo las manazas en la mesa:

—Oye, amigo, no debemos arreglar el porvenir á nuestro gusto, porque nos exponemos á equivocarnos... Todos tus condes y vizcondes flaquean por la base y nadie sabe dónde estarán mañana. Eres un amigo sólido y se te pueden decir cosas... Pues bien, todo eso no es más que farándulas y embusterías... y la cosa no

se tiene en pie. Los castillos serán comidos por las granjas, soy yo quien te lo dice. Tu vizconde Jacobo, no tendrá cazas, ni bosque, ni siquiera un conejo... Todo eso está podrido y se cae por sí solo... Amigo, se sabe lo que se sabe; pero, á fe de camarada, toma tus precauciones y, sobre todo, no hagas planes sobre Valroy, porque tanto valdría apuntar á la luna. Dentro de un año habrá por aquí novedades; si hemos trabajado toda la vida, sudado y echado sangre, no ha sido para nada. Piscop, mi hermano y yo tenemos las manos largas, tú verás. Y, ahora, queda convenido que morirás guarda en el pabellón, si se te antoja, y que podrás—yo te invito—cazar otra vez con tu amo, que será tu amigo, y comer y beber al aire libre, á no ser que prefieras tu mesa, pues ese amo seré yo, compañero, yo mismo. Cuando venga el reparto se me adjudicarán los bosques de Valroy; son mi lote.

Garnache le escuchaba aturdido, sin pensar en decir palabra. Pero cuando el otro vaciaba el cuarto vaso, le interrogó, sin embargo:

—Vamos á ver, compañero: yo sé bien que no te burlarías de un antiguo amigo, pero no comprendo. ¿Qué estás ahí diciendo? El conde Juan arruinado... la propiedad repartida... Valroy en venta...

—Tú lo has dicho; y después de Valroy vendrá Reteuil muy de cerca, te lo juro. En dos palabras, el conde Juan, arruinado, ha empeñado sus bienes, nosotros hemos comprado sus créditos y está en nuestras manos. Dentro de ocho meses tendrá que pagar ó las granjas, tierras y castillos serán embargados á nuestro provecho, como puedes comprender. Y, ahora, guarda todo esto para ti. Te pido el secreto por ocho meses todavía... Después reventará el petardo. Me he es-

currido y te lo he dicho todo, pero no lo siento porque estoy seguro de tu silencio y de tu discreción.

Garnache le dió la mano.

—Puedes estar tranquilo; no diré palabra á nadie... Pero todo esto es muy raro... Berta es capaz de morirse...

Grivoize, entonces, mirándole con el rabillo del ojo, gruñó:

—Berta, Berta... Cuando era joven y guapa valía la pena, y se sabe... en fin, basta. Ahora que es vieja y fea, si canta, que cante... no te preocupes. Y bien, *mi* guarda, á tu salud.

Brindaron, y Garnache, aturdido, no encontraba las palabras, pues, además, aquel vinillo blanco era un poco traidor.

Los dos se levantaron algo chispos y se separaron en el umbral de la posada con un apretón de manos. Grivoize volvió á decir:

—Ni una palabra á nadie, sobre todo á tu mujer.

—Está jurado; duerme tranquilo. Hasta la vista, amo.

Y los dos hombres siguieron su camino volviéndose la espalda.

En el curso de su ronda, el pobre guarda, conmovido en sus más antiguas certezas, no conseguía sacudir el estupor en que le habían sumido las confidencias de Grivoize.

—¡Cómo! ¿No había ya nada sólido ni estable en el mundo? Aquellos Valroy, á quienes sus padres habían seguido, de generación en generación, iban á ser arrojados de sus muros y del país como pordioseros sin asilo... ¿Dónde íbamos á parar?

Y aquel Grivoize, ¡cómo se le iba la lengua y qué tupé tenía!...

Los pequeños se comen á los grandes, entonces, y

no parece que eso les atasca... Sí, diga lo que quiera el camarada y sea el que quiera el porvenir que presenta, José había hecho bien de no querer ser guarda como su padre. Los Grivoize y hasta Piscop podían aún pasar; se conocían y podrían entenderse. Pero todos ellos tenían también hijos que no valían más que el Vizconde y con menos urbanidad acaso. La vida no hubiera sido cómoda con aquella simiente.

En fin, él mismo no estaba amenazado; tenía tiempo de ver venir los sucesos. A los cincuenta años se retiraría; tenía algún dinero ahorrado para el caso probable de que le faltara la pensión. Además, José recogería á sus padres y á Sofía, aunque, á la verdad, eran mucha gente. ¡Bah! El no sería manco en aquella época, y sabría bien hacerse útil y ganarse el pan...

¡Pero, cuántos sucesos para ponerlo todo patas arriba! Garnache se proponía pensar en ello el día siguiente, con la cabeza fresca, pues reconocía con vergüenza que siempre que encontraba á aquel maldito Grivoize bebía un poco más de lo razonable. Era posible que una vez disipado el vinillo blanco, se le ocurriese alguna medida para poner á salvo sus intereses.

Y se metía entre los árboles para ocultarse, pues el pobre hombre, que era sincero, comprendía que no andaba derecho por los paseos y prefería no ser visto en semejante estado.

Pero mientras se metía en lo más intrincado de la selva, no podía menos de dar vueltas en la cabeza á todas aquellas novedades, y, parándose de repente, exclamaba:

—¡Demonio, demonio!...

Por fin, dominado por la emoción, el cansancio, el calor y el vino, se echó á la sombra y se durmió.

Al día siguiente hubo en la granja una violenta consecuencia de todos estos incidentes. Por la mañana,

muy temprano, Arabela de Carmesy se presentó inopinadamente en los patios.

Como no era esperada, los sorprendió á todos en traje descuidado y entregados á las ocupaciones más humildes. El feroz Gervasio estaba almohazando su caballo, cuidado que no confiaba á nadie y que él desempeñaba concienzudamente. Sus hermanos, sus tíos y sus padres no estaban entregados á trabajos más nobles; los unos estaban descargando carretas de hierba; los otros, llenando cubos de agua para las cuadras y los establos.

Amos y criados, estrechamente unidos, trabajaban juntos y del mismo modo. Las mujeres circulaban muy lentamente, pero también ocupadas y dirigidas hacia un fin y por una causa.

Arabela la divina entró con las cejas fruncidas y con la cara de los malos días. Hilario exclamó al verla:—«¡Firmes!»—y presentó armas con la escoba que tenía en la mano.

Le encantaba pensar que su primo Gervasio había sido sorprendido en flagrante delito de falta de nobleza.

Pero Arabela no se dignó reparar en las maneras de aquel mono, y se fué derecha al hijo de Piscop, el cual, al verla venir, soltó su almohaza y contempló lastimosamente la heroica sencillez de su traje. Hubiera dado un mundo por encontrarse vestido, por arte de encantamiento, con su terno de paño y sus polainas, y látigo en mano, pues necesitaba todavía pedir el aplomo á la decoración y á los accesorios. Vestido de lienzo, volvía pronto á caer en la rusticidad.

La saludó, sin embargo, con toda su gracia, pero ella hizo un ademán enérgico con la mano, como si rehusase aquella atención, y, en el silencio atento y curioso de los otros, le interpeló en seguida:

—Gervasio Piscop: cuando usted y los suyos me encuentren en un camino, les ruego que me saluden, á mí y al que me acompañe, sea quien sea, de otro modo que con la punta de los látigos, es decir, quitándose el sombrero mientras paso y hasta después que haya pasado. Tomen ustedes nota, ó, de otro modo, renuncien á sus sueños... Tendría que estar loca una mujer para confiar sus destinos á semejantes salvajes. He dicho; no necesito respuesta. Buenos días.

Volvió la espalda y se fué como había venido. Gervasio, confuso y con la vista en el suelo, daba vueltas á la gorra entre los dedos y, estorbado por su traje de cuadra—¡lo que son las cosas!—no encontró nada que responder.

Sus hermanos y sus primos, aunque la lección se dirigía también á ellos, se divertían con su confusión. Pero Piscop padre y los dos Grivoize preguntaban la causa primera de aquel enfado y exigían explicaciones y detalles.

Gervasio, para colmo de contrariedad, tuvo que sufrir el regaño de su padre y la desaprobación violenta de sus tíos. Piscop gritó muy fuerte:

—Tiene razón la señorita... ¡Cómo! los cinco... Sí, sí, ya comprendo: es á causa del Vizconde... Pues bien, ha sido grosero, estúpido y torpe. Os he dicho mil veces que era preciso no inspirar desconfianza á esa gente, sino dejarlos dormir en su seguridad, aunque haga falta para ello soportar sus insolencias. ¿Y sois vosotros los que los buscáis, los desafiáis y los provocáis? Sois unos imbéciles, y tú, Gervasio, más que ninguno, porque eres el más interesado. Si os importa mi opinión, ya la tenéis.

Los cinco mozos bajaron la cabeza. Anselmo, sin embargo, dió un codazo á su hermano mayor y le dijo:

—Es la ley del embudo; á ti la parte estrecha.

Y se apartó para evitar una respuesta sin frases.

Bella estaba ya lejos y se iba apaciblemente por los campos, satisfecha en su orgullo de mujer y en su altivez de raza.

¡Extraña muchacha! con Jacobo defendía á los Piscop, y con éstos se erguía con la cabeza alta y exigía el respeto legítimo y el homenaje debido al Vizconde.

Pero su alma, su alma... ¿de qué color era su alma?

En el mismo día y pocas horas después se trató el mismo asunto entre el conde Juan y su hijo Jacobo. Este último contó con indignación la imprudencia de aquella gente de baja estofa, abundó en recriminaciones y pintó la escena con grandes ademanes y voces descompasadas.

Su padre, al escucharle, movió la cabeza sin convicción y murmuró en tono de duda:

—¡Gente de baja estofa!...

El joven se calló de pronto muy asombrado.

—¿Tú también?...

—¿Que yo también?...

—Sí, como Bella... ¿Vas á defenderlos y á abogar por ellos?

El Conde, con voz grave, respondió sencillamente, mientras sus ojos claros se cubrían con un velo de tristeza:

—No defiendo ni abogo, pero escucha bien: tienes el defecto de tu edad, que es juzgar demasiado de prisa. Esa gente es más digna de consideración de lo que tú piensas. Mientras tú te convertías de niño en hombre, ellos, de campesinos llegaban á burgueses; y son ricos, ¿comprendes? Sabes, sin embargo, lo que es el dinero y no ignoras ese valor. Son ricos, poderosa y pesadamente ricos; si quieres darme gusto, déjalos tal como son, evita los choques y sigue tu camino... Tenemos en muchos puntos intereses comunes y si no

estuviéramos de acuerdo, podrían venir pleitos muy desagradables.

—Entonces—dijo Jacobo contrariado,—son ellos los dueños del país...

El conde Juan vaciló un segundo y murmuró:

—Puede ser... seguramente más que nosotros...

Después, viendo el estupor de su hijo, añadió muy de prisa:

—Jacobo, dejemos esto; un día, cuando sea útil, hablaremos de ello seriamente. Ya no eres un niño y pronto habré de darte cuentas. De aquí á entonces, como tu madre, conténtate con tener confianza en mí y déjame hacer. A Dios gracias, nada está verdaderamente comprometido... pero no te metas con Piscop ni con Grivoize. Acuérdate de América y de los americanos y procura ser menos sangre azul de Francia... ó de Irlanda.

El Conde se marchó dejando á Jacobo con la cabeza baja.

Aquello era nuevo. El joven miró alrededor de sí, y, de repente, por una inducción profética y una advertencia del misterio, la decoración se ensombreció á sus ojos y se desnaturalizó. Aquellos bosques, aquellos campos, aquellas llanuras que creía suyas, le aparecieron de repente con aspectos extraños, distintas, alejadas y casi hostiles. Apoderóse de él un secreto terror al pensar que un día, mañana acaso, podía ser desposeído, dejado solo y abandonado á sí mismo. Le pareció que allá, á lo lejos, por el camino, huía una mujer sin mirar hacia atrás... Y en aquella visión reconoció á Bella.

III

Aquél fué un trueno en pleno cielo azul.

Una mañana corrió la noticia por la aldea de que el castillo y sus dependencias estaban á la venta; todos se precipitaron.

Era verdad.

En la verja del parque y en los muros había pegados unos carteles amarillos.

Un mes antes, Piscop, Grivoize y Compañía habían exigido al conde Juan capital é intereses de sus hipotecas ó el embargo de los bienes.

Aplastado y aniquilado, el Conde recordó las antiguas promesas y se le rieron en las barbas. Las palabras y los escritos son dos cosas distintas; lo que estaba firmado, estaba firmado.

El Conde buscó á Carmesy.

El Marqués se había ido á Londres hacía tres días, para sus negocios; Adelaida no sabía nada, y Arabela abrió unos ojos enormes.

La ejecución fué rápida y completa. El papel sellado llovía sin cesar; cuando salía un alguacil, entraba otro. El Conde perdió la cabeza, y Jacobo, ignorante de todo procedimiento, trató de comprender sin conseguirlo.

La condesa Antonieta, forzosamente advertida del drama, no hizo ni un reproche; pero aquella misma

tarde recurrió á su antigua consoladora, la morfina, dispensadora de olvido, y volvió á sumirse con delicia y sin vacilar en los vapores de éter.

Lá señora de Reteuil la tomó de muy alto y gritaba:

—Pagaremos: vamos á pagar.

En la comarca no se sabía ya qué creer, y fuera de algunos iniciados, como Garnache y el tío Balvet, todos estaban confundidos.

Berta aullaba enseñando los puños á la granja; para ella estaban robando y despojando á Jacobo. La campesina se llenaba de un inmenso terror al pensar que aquél á quien ella había hecho rico, iba, acaso, á quedarse pobre; y que el sacrificio de su carne y de su corazón, así como todas sus renuncias y sus abnegaciones, iban, por un soplo de la suerte, á volverse contra ella y contra él...

A este terror se unía una cólera tan intensa como loca; no quería que aquello sucediese así y prodigaba las amenazas á los cuatro lados del horizonte.

El horticultor, su hija, Regino y José se esforzaban en vano para calmarla y hacerle entrar en razón; pero perdían el tiempo, pues ella no quería oir nada. Había carteles en el castillo; iban á venderle, y era de Jacobo...

—Es posible—decía Balvet,—pero le queda Reteuil.

—Evidentemente—añadía Garnache sin convicción pues recordaba que todo lo que le había dicho Grivoize el menor se había realizado, y éste afirmaba que después de Valroy no tardaría en seguir Reteuil en el desfile de los bienes perdidos.

Pero Berta, con los puños en las caderas, los insultaba por atreverse á hablar así.

—Reteuil... Eso no basta... Entonces no será ya dueño del país ni podrá andar todo un día en línea recta sin salir de sus tierras... Habrá extraños en Valroy,

donde ha nacido, en su cuarto... ¡ Y que extraños si es verdad lo que se dice; esos boyeros, esos tratantes en cerdos, esos Grivoize y esos Piscop!... No habría Dios si el cielo alumbrase tal cosa...

—También tiene un poco de culpa el conde Juan— se aventuró á decir el razonable José.

Berta le miró á los ojos y exclamó con una loca ironía que podía perderla:

—¿Eres tú el que dice eso?—¡ Qué bien te está!...

Pero se corrigió, más prudente:

—¿Qué sabes tú? Tú no conoces esos negocios y lo mejor que puedes hacer es callarte.

José no insistió, siempre indulgente con ella. Clara, aterrorizada, no decía palabra. Sofía pensaba en cosas lejanas; y solamente el tío Balvet se arriesgó á seguir hablando, autorizado por su mucha edad.

—Vamos á ver, Berta; eso es tomarse mucho disgusto por gente muy lejana... ¿Tanto la quiere á usted el castillo para que tome su defensa de ese modo?... Sus antiguos amos y hasta su mismo hijo de leche pasan á su lado sin decirle jamás buenos días... ¿En qué piensa usted entonces?

Al hablarla así la exasperaban; pero ella no podía demostrarlo. Muy tiesa y con la vista en el suelo, repetía sordamente:

—Se lo debo todo...

Al evocar el pasado, aludía á su infancia, sin duda. Garnache, que se expresaba ya libremente delante de esta gruesa y fea comadre, la interrumpió con mal humor:

—Puedes hablar de eso... Con lo feliz que eras al lado de la Condesa cuando era soltera... Te daban de comer y te vestían, pero era con los restos y los desechos de tus amos... Más vale ahora, créeme.

Pero Berta no le escuchaba, absorbida por el úni-

co pensamiento importante, que era el desastre, no pudiendo acostumbrarse á la perspectiva del vizconde de Valroy fuera de Valroy, de Jacobo echado de su casa... y después, ¿quién sabía si, tras de tales vergüenzas, la familia dejaría el país? Entonces no le vería más, ni aun de lejos, y sería el fin, el golpe de gracia.

Y presa de una suprema rebelión, levantó los puños, balbució unas sílabas inarticuladas, con los labios llenos de espuma, y se desplomó en una cama, las facciones torcidas y los ojos convulsos. En todas aquellas caras de campesinos se pintaba un indecible asombro y un tremendo espanto. Para todos ellos, aquella criatura estaba endemoniada.

El drama, por otra parte, aumentaba por todos lados.

Cuando Juan, desengañado y desesperado, comprendió ya tarde que le habían burlado como á un niño, convocó en el castillo á sus tres acreedores, en otro tiempo amables y cautelosos, y hoy arrogantes é implacables. Solamente los dos Grivoize acudieron á la cita. Piscop se abstuvo.

Los dos hermanos achacaron al ausente todas las responsabilidades. Todo era Piscop, siempre Piscop.

Ahora bien, éste, como un ídolo chino en el misterio de las silenciosas pagodas, hacía consistir su poder en la invisibilidad.

Se le podía cargar con todo; tenía buena espalda y no estaba allí, para que no se le interpelase directamente. Los otros se aprovechaban de ello.

Por fin, el conde Juan, renunciando á toda dignidad, resolvió ir él mismo á la granja y sorprender en su guarida á aquel enemigo tan determinado como incoercible.

Y así lo hizo,

La cena de los labradores acababa á eso de las ocho y media. Una noche, á esa hora, cuando todo el mundo estaba todavía á la mesa, el conde Valroy, con estupefacción general, empujó la puerta y entró.

Al principio no le conocieron en la penumbra; habían oído el ruido de un caballo que entraba al trote largo en los patios; pero aquel noble señor era el último á quien se podía esperar en tales lugares. Juan se anunció á sí mismo con voz breve:

—El conde de Valroy.

Hubo una conmoción en la asistencia; algunos cuerpos se levantaron de bancos y sillas. El Conde añadió:—«seguid sentados.»

Mandaba todavía á pesar suyo; pero las circunstancias le inducían á la cólera, y las inflexiones de su voz tradujeron ese sentimiento. Después de un instante de silencio, continuó:

—Piscop, tengo que hablar con usted, quiero hablarle... hace un mes que usted me rehuye. No se digna usted responder á mi llamada... pues bien, vengo yo mismo... sus cuñados me dicen que es usted el que lo dirige todo y quiere mi ruina. Va usted á decirme por qué. Esta vez le tengo y no se me escapará.

Piscop, sintiéndose observado por toda la familia, se afirmó en su papel, aunque un poco de emoción hiciese temblar sus primeras palabras.

—Señor Conde, no trato de escaparme y estoy á su disposición. Después de todo, vale más que se digan estas cosas de una vez para siempre.

Se volvió hacia el extremo de la mesa y dijo:

—¡Eh! las mujeres, los chicos y los mozos, fuera... Vosotros, mis hermanos, mis hijos y mis sobrinos, quedaos... estáis interesados y sois del consejo.

El labrador se tomaba tiempo para reflexionar y calcular lo que iba á decir.

Cuando, con gran ruido de zuecos, la sala quedó vacía de faldas, criados y chiquillería, Piscop se levantó, cogió en un aparador una botella de aguardiente, puso nueve vasos delante de las nueve personas presentes y los llenó con lentitud. Juan rechazó su vaso.

—No, yo no bebo...

—Pero, señor Conde, es del bueno, del añejo...

—Bueno, añejo, me es indiferente... No he venido á buscar urbanidades sino explicaciones.

—Puede que haga usted mal, señor Conde, á veces las explicaciones se modifican después de beber un trago juntos; pero, en fin, sea como usted quiera.

El campesino levantó el vaso á la altura de la vista, le miró, saludó con un gesto y se lo bebió de un trago. Los demás le imitaron puntualmente.

Ninguno decía palabra. Tiesos en sus sillas, dejaban hablar á aquel á quien aceptaban como amo. Gervasio, sin embargo, rojo como una escarlata, se comía los labios y se desgarraba con las uñas las palmas de las manos.

Juan de Valroy, sentado en un sillón de madera, esperaba que el labrador hablase.

Este cruzó los brazos sobre la mesa y con la cabeza baja inició las cuestiones.

—Señor Conde, parece que se queja usted muy alto de haber sido engañado y hasta robado por nosotros en las operaciones realizadas hace cinco años. ¿Puede usted decirnos cómo?

Juan se irritó en seguida.

—De modo que es usted quien interroga...Palabra de honor, es el mundo al revés... No parece sino que constituís los ocho una especie de tribunal, ante el cual no tengo yo más que inclinarme. Nada de eso; Piscop y todos vosotros, sabed que vengo á acusaros

y á convenceros; falta saber si estáis bastante endurecidos en el crimen para perseverar en él, ó si la voz de la justicia y de la razón puede todavía traeros á caminos más rectos y á resoluciones mejores...

—Ande usted, señor Conde—dijo Piscop recostándose en su silla con los brazos todavía cruzados; después, cerrando los ojos, añadió:—Acúsenos usted y convénzanos; le escuchamos.

El Conde se levantó no pudiendo estarse quieto, é inclinado sobre la mesa, vagamente iluminada por dos lámparas de estilo antiguo, empezó:

—Hace cinco años, cuando os sustituisteis á mis diversos acreedores y os consentí hipotecas sobre mis edificios, mis bosques y otras garantías además, se convino que después de estos cinco años el contrato sería renovado por sí mismo y que nuestros convenios volverían á tomar fuerza y derecho para otro plazo de igual duración...

Piscop le interrumpió:

—¿Tiene usted un papel y firmas que establezcan lo que afirma?

—No—dijo el Conde,—tengo su palabra de usted y la de Carmesy.

Piscop movió la cabeza.

—No veo qué tiene que ver Carmesy con todo esto; nunca ha sido portador ó concesionario de ninguno de sus créditos de usted. Era un amigo que le aconsejaba...

Al decir esto no pudo menos de sonreir y miró de reojo á sus hermanos.

—En cuanto á nuestra palabra no recuerdo haberla dado... ¿Os acordáis vosotros?

Los dos Grivoize negaron todo recuerdo con un enérgico movimiento de cabeza. El Conde murmuró entre dientes:

—¡Canallas!

Ninguno quiso oir, pero Gervasio se puso lívido.

Piscop, muy tranquilo, siguió diciendo:

—Ya ve usted, señor Conde, que se puede tener educación é instrucción y ser de gran familia, é ignorar los negocios. Usted lo prueba una vez más. No hay más promesas ó palabras válidas que las palabras y las promesas escritas. Las otras serían demasiado discutibles para darles fe. Es muy posible que uno de nosotros, un día cualquiera, en el aire y respondiendo á una petición entre otras mil, le haya prometido á usted, en efecto, una renovación; pero si lo ha hecho no ha podido hacerlo seriamente, y usted lo sabía bien, pues no tenía autoridad para comprometer al grupo; solamente nuestros compromisos firmados y colectivos podían asegurar á usted la ejecución de un verdadero contrato...

Juan miraba á aquel hombre mientras hablaba.

Su cara, que parecía tallada en dura madera, se iluminaba de contento al ver delante de él á aquel noble señor del país, humillado de tal mödo y vacilando entre un movimiento de cólera y una petición de gracia.

Fué aquella una dura lección para el pobre Conde; para los demás fué un nuevo desquite de un pasado de diez siglos; todos gozaron de él en silencio, astuta y maliciosamente.

Piscop continuó:

—Si fuera usted justo, ya que habla de justicia, y razonable, ya que habla de razón, recordaría cuál era su situación hace cinco años, cuando nos sustituimos á sus primeros acreedores. Aquellos eran usureros, judíos y árabes, que le habían trasquilado hasta el pellejo; en aquella época pagaba usted, sin pestañear ni gritar, intereses de treinta y cuarenta por ciento. Con nosotros no ha habido nada de eso; hemos venido, le

hemos ofrecido cinco años de plazo para rehacerse, para prever y remediar el mal, y cinco años son tiempo... Si no sale uno de apuros en cinco años, no sale nunca... ¿Qué hemos pedido en cambio? Seis por ciento, nada más, con una pequeña comisión para los intermediarios. ¿Somos unos ogros?

La pregunta quedó sin respuesta; y el labrador siguió diciendo lentamente:

—Durante cinco años, ha dormido usted á pierna suelta, ha vivido usted bien, dado fiestas, gozado del presente y olvidado el porvenir, es decir, el vencimiento. ¿Debíamos nosotros ir á su casa, á turbar la fiesta, para advertirle que los días se iban y, con ellos, los meses y los años?... ¿Cómo nos hubiera usted recibido?... Y, pasados los cinco años, se despierta usted y grita: ¡Fuego!... No comprendo; no comprendemos.

El Conde escuchaba impasible y con los brazos cruzados. Por un momento estaba reconquistado y se esforzaba por estar tranquilo. Con voz reposada, replicó:

—Habla usted como un libro, son ustedes unos santos; pero lo que los pierde es el orgullo. Tienen la pretensión de burlarse del mundo, y olvidan que todo el mundo tiene más talento que ustedes. A pesar de sus órdenes de bolsa y de sus operaciones de banca, siguen ustedes siendo gentecilla de cerebro obscuro, de espinazo encorvado y de mirada bizca por herencia. Sus abuelos han arañado demasiado la tierra, temiendo recibir golpes, y á ustedes les queda algo. Esto en cuanto á su moralidad, y para probarles que no me engañan sus hermosas frases y que si quieren quedarse conmigo, después de quedarse con mis bienes, la cosa no es posible... Llegan ustedes cien años tarde; el Terror ha pasado...

Al oir aquellas impertinencias dichas sin prisa, la cuadrilla de los harapientos agrupada en torno de la

mesa, se estremeció primero; después se produjo un sordo rumor; y por fin estalló un clamor de odio en la sala baja y ahumada.

Todos se pusieron en pie gesticulando; Gervasio aullaba:

—Basta, basta: está usted aquí en nuestra casa... ¡Cuidado!

Se adelantó amenazador, pero Piscop le cogió por un brazo y le obligó á volver á la sombra. Grivoize el mayor, rodeado de sus hijos, vociferaba amenazas:

—¡Enhorabuena! mejor es así... Si había algún escrúpulo, ya no le hay... Le estragularemos á usted como á un conejo, sí, como á un conejo.

Grivoize el menor é Hilario también rabiaban:

—¿Le oís? no se anda con rodeos; somos unos harapientos unos destripaterrones, unos descamisados... ¡Y quiere que le tengamos consideraciones!...

Pero, Juan de Valroy, dominando el tumulto, siguió diciendo:

—Ladrad, pero no morderéis... ¿Queréis la guerra? La tendréis; vuestras transacciones no pueden ser honradas y hay tribunales en Francia. Ya veremos. Os creéis muy fuertes, como todos los brutos, pero entre un procurador y un juez, cambiaréis de color y de tono.

Todos se quedaron callados.

Aquellos campesinos, á pesar de su confianza en su causa y de su certeza de tener el derecho de su parte, estaban confusos. No les gustaba aquella especie de evocaciones, pues conservaban todavía, por atavismo, miedo á una justicia poco clemente con los pobres.

Por fin, Piscop, mirando al suelo, dijo con indiferencia:

—Como usted quiera.

Pero Gervasio avanzó de nuevo y habló; su padre, cansado de ser prudente, le dejó hacer.

—Señor Conde, tiene usted razón, somos unos brutos y gente de poco más ó menos; pero entonces, ¿por qué está usted aquí? No se va á implorar caridad y á mendigar tiempo, que es dinero, á casa de los brutos cuando se es como usted un magnífico señor cuyos abuelos zurraban á los nuestros... Por esto está usted perdido y todos los discursos son inútiles. Cuando un villano tiene en la mano la garganta de un noble, el villano aprieta los dedos si no está loco. Vengamos á los viejos del tiempo de los reyes; á los que no comían para que ustedes engordasen; á los que sufrían, trabajaban, lloraban y deseaban la muerte como único descanso... Ahora somos los más fuertes y debemos aprovecharnos. ¿Qué almas serían las nuestras si no? No somos tan cristianos...

Gervasio tomó aliento para la peroración:

—Lo que pasa se dice en pocas palabras. Del lado de usted orgullo, locura y desidia; del nuestro odio, envidia y voluntad. Hace cien años que los Grivoize y los Piscop trabajan para conseguir lo que hoy sucede, que la granja se coma al castillo, para que el castellano venga á la granja á implorar al villano; y para que el villano responda á ese señor vacío: «Siga usted su camino, buen hombre, no tenemos nada para usted.»

El conde Juan, lívido bajo aquel chaparrón de insultos, trataba de protestar; pero siempre su voz había sido cubierta por un rumor creciente, que se apaciguaba al instante cuando era Gervasio el que hablaba.

Cuando éste se calló, se manifestó en los presentes cierto asombro. Aquellas frases excedían á todo lo que se había previsto como réplicas violentas. Los jóvenes estaban satisfechos; los viejos movían la cabeza. Todos contemplaban al enemigo, el señor conde Juan de

Valroy-Reteuil, esperando y temiendo lo que iba á decir ó á hacer.

El Conde, viendo que su ruina era definitiva, sentía ganas de matar.

Si en aquel momento hubiera tenido un arma en la mano, la sangre hubiera acaso corrido.

Perdió la cabeza, opuso la injuria al insulto y se dirigió con los puños cerrados hacia aquellos brutos, que retrocedían á pesar de todo.

—¡ Canallas ! Los salteadores de caminos valen más que vosotros, porque al menos arriesgan el pellejo. Y tú, hijo de tu padre, miserable, hijo de miserable, que vomitas tu odio delante de mí, paleto de manos sucias, que te crees mi igual porque tu saco está lleno y mi bolsa vacía : escucha y comprende. No, no serás nunca delante de mí más que un triste pelagatos... Soy y seré siempre tu amo. Y la prueba es ésta : si te hubieras atrevido á decirme una sola palabra más alta que otra en el castillo, que es todavía mío, te hubiera hecho arrojar á la calle por mis lacayos, mientras que yo, en tu casa á ti, á tu padre y á toda tu familia de bandidos, os escupo á la cara cuatro verdades que no pueden ser más que cuatro ultrajes, y ni uno de vosotro, viejo ó joven, pequeño ó grande, se atreve á hacer el gesto de mostrarme la puerta... Esta es la diferencia. Tú eres Piscop y yo Valroy ; yo te tuteo y tú me llamas señor Conde ; cuando yo levanto la mano, tú preparas la espalda ; es cuestión de costumbre y está muy bien así. Sí, ya lo ves, gran imbécil : orgulloso de tu fuerza, te mueves de un pie al otro y no sabes dónde meterte... Tus padres y tus tíos bajan la nariz y sienten cosquilleo en las piernas... ¡ Paletos ! como los perros de traílla, habéis conocido la voz del dueño y os corre el escalofrío por el pelo. Aquí estoy delante de vosotros, en vuestra casa, y ninguno se mueve. Si me voy es porque

quiero y porque me da asco respirar vuestro aire y mirar de cerca vuestras caras de estúpidos lavadas en sudor... Adiós.

Y considerándose por fin superior en el insulto y contento de sí mismo, Juan de Valroy salió de la casa y se marchó.

Detrás de él se levantó de nuevo un griterío. Pero todos los Piscop y todos los Grivoize se quedaron cabizbajos y humillados.

—Ya nos desquitaremos en el arreglo de cuentas—dijo el mayor ;—se le apretarán los tornillos una vuelta más y se irá en cueros, yo os lo digo.

Pero por más que hacía, la broma sonaba á hueco. Cada uno en su rincón pensaba en algo y se rascaba la oreja. El Conde había dejado rencores ardientes.

—¡ Bah !—dijo Piscop, afectando desenvoltura,—hay que bajarse para recoger.

El conde Juan volvió al castillo de una galopada; tenía necesidad de movimiento y de velocidad ; el viento que le azotaba en su carrera activaba todavía el vértigo de sus reflexiones.

La noche había cerrado llena de estrellas en un cielo radiante ; una noche hecha para los paseos furtivos de tímidos amantes.

Juan se apeó delante de su puerta y confió el caballo á un lacayo que le salió al encuentro.

—¿ El señor Vizconde ?

—El señor Vizconde está en el salón.

—Bien.

Juan entró ; su hijo, en efecto, estaba sentado en un sillón y reflexionando profundamente en la obscuridad. El Conde no le distinguió, pero el joven se levantó y salió á recibirle.

—Vengo de allí—dijo el Conde.

—¿ De dónde ?

—De casa de los Piscop y los Grivoize.

—¿Tú, mi padre?...

—Yo, tu padre... Tienes razón; son unos bandidos. Es maquiavélico, inconcebible. Hemos sido minados silenciosamente durante años y hoy es la explosión de un odio secular; si no pagamos estamos perdidos.

—Lo sospechaba—respondió el Vizconde;—había olido el enemigo.

El Conde no le escuchaba y le interrogó brevemente.

—¿Qué pasa aquí? Tu madre...

Jacobo hizo un gesto de aburrimiento y de tristeza.

—Está durmiendo; ya sabes, esta era la respuesta acostumbrada en otro tiempo... Está durmiendo, es decir, que una vez más se encuentra en el sopor de la morfina. He querido verla hace un momento y me ha rechazado con un grito y ojos de espanto... Tiene otra vez miedo de mí, del heredero de los Reteuil que se matan.

Juan se estremeció y miró á su hijo con el corazón oprimido por una nueva angustia; después replicó encogiéndose de hombros:

—Dejemos estas tonterías; tenemos demasiados motivos serios de disgusto para ocuparnos en vanos sueños... ¿Ha venido la de Reteuil?

—Hoy no.

—Vén entonces; vamos á su casa.

El padre y el hijo se fueron á pie, cortando por los atajos del bosque. Por el camino preguntó el Conde:

—¿Has visto á Arabela?

El joven respondió dando un suspiro:

—Sí, esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no comprende... Ha escrito á su padre que venga en seguida.

—¿Es verdad?

—¡Quién sabe!...

—¿No está cambiada contigo?

—No parece... Además, es impenetrable. Miss Bella es una esfinge.

—¿Su madre?...

—No ha venido; parece que está muy enferma en la cama.

—¡Inoportuna enfermedad!... En fin, todo esto se va á poner en claro muy pronto... ¡Pobre hijo mío! Temo que no estemos más que á la mitad del camino del sufrimiento... He sido muy culpable.

—No te acuses, padre mío.

—Tienes razón, no es éste el momento. No hay que quejarse, sino que defenderse y luchar palmo á palmo contra la invasión de los bárbaros... Si los hubieras visto...

—Supongo que los has tratado...

—Puedes estar tranquilo; iba á conciliarlo todo y á pedir tiempo... Pero me hervía la sangre delante de aquellos brutos y lo he echado todo á rodar... Los he azotado como negros. Pero no me arrepiento, pues el resultado hubiera sido el mismo aunque les hubiera suplicado de rodillas. Esos bandidos premeditaban el robo hace mucho tiempo.

—Por fin—dijo Jacobo,—me consuelas un poco; tus consideraciones me atacaban los nervios... ¿Gervasio?...

—Tiene lo que necesitaba. El es, en verdad, el único que me ha hecho frente un minuto, pero le he destrozado particularmente... Ahora vendrá su venganza... ¡Si yo tuviera dinero!

Llegaron al castillo de Reteuil y la anciana amiga de los Carmesy los recibió en bata, *papillotes* y gorro de dormir.

—Buenas tardes, hijos míos... ¿Qué nueva desgracia?...

—Tranquilícese usted—dijo Juan;—no hay nada nuevo; la cosa no puede ir peor; pero tenemos que hablar. Tengo dudas ó, más bien, temores. ¿Cómo está usted con el Marqués? ¿Qué fondos ha colocado usted por su consejo en el famoso *Modern Ahorro?*

La de Reteuil abrió las dos manos en un sencillo ademán:

—Es fácil de saber; todo lo que tenía. Dinero y valores negociables por más de cien mil pesos.

Valroy apretó los puños.

—Está bien—dijo;—con el dote de Antonieta son ciento cuarenta mil arrojados á ese abismo, porque es un abismo, señora, un abismo sin fondo... Tengo ahora casi la certeza. ¡Ah! los Carmesy nos cuestan caros...

—Papá...

—Juan...

Jacobo y la anciana se referían cada uno á un pensamiento distinto. El Conde siguió diciendo:

—No acuso á usted ni á nadie; no tengo ese derecho porque soy el primer culpable. Si no hubiera disipado mis bienes, no hubiera tenido necesidad de dinero, Godofredo no me lo hubiera ofrecido y no nos hubiera arrastrado á todos al abismo en que nos agitamos. Mañana iré á París al *Modern Ahorro,* y veré lo que vale esa extraña compañía financiera. ¡Cuántos reproches tengo que hacerme en esta ocasión! Lo he aceptado todo con los ojos cerrados, después de haber tenido tantas prevenciones... Mi estupidez no tiene igual y he merecido lo que sucede; pero ustedes... ustedes...

La anciana gimió á su vez y confesó sus errores...

—Sí, todo eso es verdad, ¡ Dios mío ! ¿ en quién creer ! Yo soy, mi pobre Juan, quien le llevó á usted el Marqués y le suplicó que confiase en él... Lo recuerdo. Yo también confieso mis culpas, y no son menores...

Pero se irguió queriendo cobrar valor.

—Pero no ; no es posible ; Carmesy va á venir y á arreglar todo esto... Seremos dichosos todavía... Yo creo...

—Dios oiga á usted, señora, pero yo no creo ya nada—interrumpió el Conde con voz sorda.

La anciana se levantó y tomó por testigo á su nieto, que triste y con la cabeza baja, escuchaba sin decir nada.

—Vamos á ver, tú, Jacobo, habla ; ¿ sospechas de Carmesy, de Adelaida y de Arabela ?

El joven sonrió tristemente :

—Yo... yo no sé nada... Defenderé á Arabela mientras me quede aliento. La creo inocente de estas maniobras ; es tan joven... y, además, los negocios de dinero no atañen á las muchachas. La Marquesa... tenía yo gran fe en ella... pero esa fe ha disminuido acaso. En cuanto al Marqués, su partida precipitada, sin advertirnos y su ausencia en estos días, me parecen inexplicables ó de una explicación terrible... Tengo miedo, sí, mucho miedo, la verdad.

Se calló porque su voz era temblorosa y tenía vergüenza de su emoción.

El padre y el hijo volvieron á Valroy por la carretera discutiendo las probabilidades buenas ó malas ; pero hablaban, sobre todo, por hacer ruido y aturdirse, pues ni el uno ni el otro creía en lo que decía ni en lo que decía su compañero. Era aquello el cataclismo. El Conde estaba seguro de que el día siguiente iba á saber en el *Modern Ahorro* algún nuevo desastre. Jacobo tampoco lo dudaba. Carmesy de viaje era Car-

mesy en fuga; era la confesión; todo lo que él había edificado debía derrumbarse.

Jacobo, sin embargo, se agarraba á una última esperanza. Si el Marqués pensase alejarse para mucho tiempo, no hubiera dejado á su mujer y á su hija detrás de él. Pero el joven refutó él mismo esta afirmación. ¿Por qué no, después de todo? Adelaida y Arabela no arriesgaban nada permaneciendo solas en la Villa Rústica. Aun cuando estuviese probado y averiguado que el Marqués había conseguido arruinar á Valroy y Reteuil juntos, nadie pensaría en hacer responsables de sus actos á aquellas dos mujeres, que podían quedarse en el país sin tener nada que temer. ¿No sería él el primero en protegerlas?

Al pensar en esto embotó su cólera un sentimiento de infinita dulzura.

Los dos hombres de la misma estatura, andaban rápidamente por la carretera; la luna proyectaba delante de ellos, como vanguardia, sus dos inmensas sombras; la noche era clara y un poco fría.

En un repliegue del terreno dormía el caserío de Taillefontaine, con sus cabañas diseminadas y su pobre iglesia, sin una luz detrás de sus vidrios muertos; un perro ladró y rompió el silencio.

Padre é hijo llevaban el mismo pensamiento. ¡Era verdad, Dios mío! Mañana, acaso, aquellos paisajes familiares, aquella tierra abuela, todo lo que formaba sus propiedades, sería dividido y despedazado por una cuadrilla de ávidos bandidos. Les quitarían sus bienes, delante de ellos, por la fuerza, y no tendrían más que cruzarse de brazos y dejar hacer, para volver después la espalda á los antiguos muros amigos y partir sin objeto hacia cosas nuevas.

Ante esta perspectiva, sus corazones se oprimieron; los dos sintieron por adelantado la amargura y la

áspera nostalgia de los desterrados errantes, sintiéndose ya extranjeros en aquella atmósfera y con vergüenza de que así fuese.

De repente sonaron detrás de ellos unos pasos precipitados y poco seguros, el ruido de un galope de bestia perseguida; después una voz sin aliento gritó:

—¡Jacobo!

El Conde y el joven se detuvieron bruscamente: hasta tal punto resultaba siniestra en el silencio de la noche aquella llamada ronca y casi desesperada.

Vueltos hacia Reteuil, esperaron ansiosos; poco después, una forma, ó, más bien una masa, rodó hasta ellos con un ruido de fuelle roto y un lastimoso anhelo. Y aquello hablaba:

—Señores... perdón si he dicho «Jacobo...» pero era preciso para llamar á ustedes... ¡Señores, «ella» se va... «ellas» se van... ocultamente, sin decir nada... sí, en la «villa»...

Habían reconocido á Berta y la escuchaban horrorizados, pues se estaba ahogando con el pecho levantado por el hipo, la cara lívida y los ojos saltones; y las palabras que decía la estrangulaban al salir.

Al oir la advertencia los dos se estremecieron; Jacobo dió un salto:

—¿Qué dices?... ¿Se van los de la *Villa Rústica*?

La mujer, comprimiéndose con ambas manos las agitadas caderas, hizo con la cabeza una señal enérgica.

—¡Sí!

Y por retazos, por sílabas, trató de precisar.

—Esta tarde ha venido un coche... de la villa... el tren... las once... son las diez... Se van... cargan las maletas... Entonces he corrido... aquí estoy.

No lo decía todo. Advertida por casualidad de que la Marquesa había encargado un coche, había adivi-

nado en seguida alguna fuga fraudulenta, contraria á los intereses de Jacobo y por la que éste sufriría.

Entonces había acechado y espiado como ella sabía hacerlo, sin que se sospechase su presencia, oculta entre la espesura.

Jacobo ni siquiera le dió las gracias, estaba ya lejos, corriendo hacia la *Villa Rústica.* Cuando Jacobo no estuvo ya allí, Berta se dejó caer como un montón en la cuneta del camino, siempre anhelosa.

El conde Juan la miró y sintió á la vez una inmensa piedad y una inmensa repugnancia; piedad hacia aquel pobre ser caído, pero fiel, sin embargo, á sus primeros cariños, pues el Conde no dudaba de que Berta le adoraba todavía; repugnancia por la criatura deforme que había llegado á ser. Juan se estremecía recordando el pasado de la hermosa Berta y pensando que había amado la juventud de aquella cosa decrépita.

Berta estaba delante de él derrumbada, casi asfixiada, trágica, con las piernas abiertas y las manos crispadas en la hierba. Por fin, dijo todavía:

—Señor Conde, sígale usted; no se sabe lo que va á hacer.

—Es verdad—murmuró Juan pensativo.—Gracias, Berta. Adiós.

A los trescientos metros se detuvo, sin embargo, vaciló, estuvo unos minutos pensativo en medio del sendero, y, por último, volvió pies atrás.

—No—dijo en voz alta,—no voy á hacer más que importunarle... Es negocio de amor.

Y siguió de nuevo el camino de Valroy. Berta había desaparecido.

Jacobo seguía corriendo. Cortó por una antigua cantera, cuyos agujeros y sinuosidades conocía, tomó por un campo de zanahorias, que pasó á saltos, y vió,

por fin, reluciendo con la luna, el tejado de pizarra de la *Villa*. Estaba cerca. Delante de la puerta, vió parado un ómnibus de ferrocarril con imperial para los equipajes; los faroles arrojaban fulgores rojizos en la noche.

Cuando Jacobo apareció, dos hombres estaban cargando penosamente un baúl muy pesado que estaba apoyado por una esquina en la rueda de delante; el cochero, en pie sobre el techo, tiraba de él con una cuerda, y un campesino, vecino sin duda, hacía mil esfuerzos para levantarle.

Al ver á un hombre en la noche, el cochero se alegró:

—Eche usted una mano, compañero—gritó.

Arabela, que salía de la casa, repitió la invitación, pero en otra forma:

—¿Quiere usted ayudar? Se le dará propina.

Pero retrocedió de repente dando un grito ahogado; á la luz amarilla había conocido á Jacobo. Por muy dueña que fuese de sí misma, se quedó sorprendida; y como estaba inquieta, se puso insolente.

—¡Usted!

Y esta palabra sonó seca, hostil, amenazadora. Jacobo comprendió por aquellas dos sílabas que su causa estaba perdida y que también ella era cómplice de la ruina de Valroy; se contuvo, sin embargo, y con voz fría respondió:

—Yo.

Después preguntó:

—¿Deserta usted?

Bella palideció y dijo sordamente:

—No comprendo; cualquiera diría que no somos libres...

—No—gritó violentamente el Vizconde,—usted no

lo es... ¿Luego mentía usted? ¿Luego hace cinco años que está usted mintiendo?

Bella buscaba todavía pretextos y excusas. Con los ojos fijos en el suelo, declaró:

—Juzga usted demasiado de prisa y me condena sin oirme. Esta partida repentina tiene sus razones. Mi padre está muy enfermo y nos llama á su lado. ¿Qué tiene esto de extraño?

El joven se encogió de hombros.

—Nada, en efecto, nada tiene de extraño... todo es muy natural; tan natural, que no ha pensado usted siquiera en prevenirme y esta tarde todavía me ha dejado usted soñar con un amor eterno y me lo ha jurado por centésima vez...

—El telegrama ha llegado hace dos horas.

Jacobo le miró bien de frente, y ella evitó esa mirada; entonces el joven respondió brutalmente:

—No creo ni una palabra. No hay tal telegrama ni su padre de usted está enfermo. Huye usted porque nos amenaza la ruina, que es su obra de usted y de sus padres, sí, de todos los Carmesy...

Bella se irguió, herida en su orgullo.

—Es usted absurdo; no hay nada de eso. Si el conde de Valroy ha disipado su fortuna, la culpa no es de nadie más que suya. Esto es lo que se gana esforzándose por salvar á los que se ahogan: ese es el agradecimiento.

Jacobo recogió la palabra y respondió en tono amargo:

—¡El agradecimiento!... Está completo; más aún, esto excede á todo... Oiga usted, Arabela; hace apenas una hora la defendía á usted y no quería creer en su complicidad en tal aventura. Pero su fuga me prueba que me equivocaba una vez más; es usted un instrumento en la mano de su padre. Es usted una ad-

mirable comedianta, pero bueno es que sepa que sus gaterías no engañan ya á nadie... ni á mí... no, ni siquiera á mí... Y, sin embargo...

Se calló porque su voz no era ya segura; y ella cobró audacia al verle flaquear. Era preciso aprovechar aquella pequeña ventaja:

—Gracias, señor de Valroy, esas son buenas palabras; si tuviese alguna pena, bastarían para disiparla.

—¿No tiene usted pena?

—No; no puedo tenerla por un viaje de ocho días acaso.

Todavía trataba de ilusionarle y él comprendió la mentira, pero se dejó coger todavía un minuto: tanto deseaba ser tranquilizado.

—¿Ocho días?

—Sin duda; aunque sean quince... Cuando vuelva, Valroy estará todavía en su sitio.

—¿Quién sabe?...

Se quedó pensativo; y después, cogiéndole las dos manos y atrayéndola hacia él, le dijo:

—Arabela, júreme usted que su corazón no ha cambiado desde los primeros días en que decía que me amaba; que la mujer que es usted hoy tiene los mismos sentimientos para mí que aquella niña.

Por los ojos de miss Bella pasó un breve fulgor burlón; bajó la cabeza y respondió con una voz que quería ser franca:

—Eso se lo juro á usted.

No se comprometía á mucho, y él debió de comprenderlo, pero esta vez todavía prefirió ser engañado.

Sin embargo, la luz iba entrando poco á poco en su pobre alma espantada; empezaba á ver claro, á sospechar de aquella muchacha singular, á penetrar aquel enigma viviente cuyo secreto pesaba sobre toda su

vida. Después de un momento de silencio, añadió con ironía:

—¿Quiere eso decir que no me ha amado usted nunca?

Bella se impacientó. Dos veces ya la marquesa Adelaida se había asomado á la puerta y le había hecho seña de que rompiera la conversación, en la que ella no quería mezclarse. La hora pasaba, los equipajes estaban al fin cargados. Jacobo iba á hacerles perder el tren.

—Estamos diciendo siempre lo mismo y así no adelantamos nada. Además, esto es desagradable. Tengo derecho á tener una voluntad; cualquiera que sea, respételа; abur.

Bella trataba de desprenderse, pero él la retuvo.

—No, así no, sería demasiado cómodo y se reiría usted dentro de un momento cuando el coche se hubiera marchado. Por mucho que usted diga, veo que huye para no volver. Huyen ustedes después de dar el golpe, como dos criminales cuyo jefe se ha escapado el primero. Dice usted que se va por ocho días, y hay en el ómnibus cuatro grandes baúles y dos cestos de mimbre. Se llevan ustedes todo menos los cuatro muebles que no quieren conservar... Es una mudanza sin propósito de regreso... No hay en ustedes más que cobardía y traición... Pues bien, tenga al menos el valor de sus actos y confiéselo... eso será más limpio. Reivindiquen ustedes sus derechos de mujeres libres y terminemos todo esto con una carcajada. Reconozcamos que la farsa ha estado bien representada.

Se calló y esperó; pero ella siguió muda. Entonces Jacobo continuó diciendo:

—No responde usted, y yo lo haré en su nombre. He aquí lo que debía usted decir: «Sí, durante cinco años me he burlado de usted y de los suyos; he ayudado á

mi padre á entrar en sus casas; cuando el agujero es estrecho, los niños pasan los primeros... y esto es lo que he hecho; estaba amaestrada para agradar y he agradado, á los viejos, á los jóvenes, á los hombres, á las mujeres, á todos. He prodigado miradas, hecho gestos y afirmado mis caprichos, pues parece que para ser tan voluntariosa hay que estar segura de sí misma... He vuelto todas las cabezas y escamoteado todos los corazones, mientras mi madre estaba en acecho y mi padre forzaba las cerraduras y registraba los cajones. Todo ha resultado maravillosamente; las buenas personas que nos habían recogido con los brazos abiertos y los ojos cerrados, están en peligro y su casa se inclina. Entonces abrimos la puerta á los bandidos del exterior para que acaben de consumar la ruina, y nos escapamos sin volver la cabeza, llevándonos, sin duda, en el bolsillo el precio de nuestras sonrisas y de nuestras traiciones.» Sí, esto es lo que usted diría si tuviera sencillamente la más fácil valentía... Pero no... en vez de eso, niega la evidencia y se esquiva como un chiquillo mal criado, gritando: «¡No es verdad!»

Jacobo, en la prueba, volvía á ser él mismo, lo que era en otro tiempo, un joven violento y pronto al ultraje, que se embriagaba con las palabras y lo echaba todo á rodar, sin cuidarse de causar así males irreparables.

La señorita de Carmesy-Ollencourt creyó perder el aliento y la razón bajo aquel chaparrón de insultos. Los sacudimientos hacíanla retroceder como automáticamente, para erguirse de nuevo bajo la granizada de injurias. El furor la ahogaba.

Por fin volvió de un salto hasta Jacobo, y le devolvió golpe por golpe.

—¡Cállese usted, yo se lo mando! ¿Usted?... ¿A mí?... ¡Pobre muchacho! Espere usted...

Estaba sofocada y trataba de recobrar el aliento por profundas aspiraciones. Por fin lo consiguió.

—¡Oiga usted la verdad!... Hace cinco años, era yo una niña, y no sabía nada... Hemos venido á este país, á esta tierra que debía ser nuestra, porque en ella dormían nuestros antepasados... Mis padres no querían ver á nadie; éramos orgullosos dos veces, porque éramos muy nobles y porque éramos pobres... no poseíamos, como usted dice, más que cuatro muebles de tres al cuarto... Así, pues, evitábamos á la gente. La señora de Reteuil vino entonces...

—¿Va usted á acusarla también?

—No; déjeme usted hablar... ya le llegará la vez. Vino, y fué absolutamente preciso aceptar sus servicios y sus ofrecimientos... Insistía tanto, que mis padres cedieron por mí.

Miss Bella, al contrario que el Vizconde, se calmaba poco á poco hablando; aspiraba á más que á fáciles injurias; quería herir mortalmente; y hablaba sin apresurarse, buscando las palabras y eligiendo el sitio vulnerable.

—Sí, sí, es sabido—dijo Jacobo con ironía;—sus padres de usted son admirables, su padre sobre todo...

Bella continuó, resuelta á no conmoverse más:

—Hemos aceptado invitaciones á paseos primero y á comidas después, sin sospechar que un día los que nos las ofrecían, reducidos á nada, sentirían sus larguezas y nos las echarían en cara.

Jacobo saludó, pero no respondió; todavía era suya la ventaja. Bella continuó, preparando los efectos, produciéndolos gradualmente en una escala ascendente, desde el burlón á lo trágico.

—Yo particularmente fuí atraída á vuestros casti-

llos, no porque esto lo desease al principio; lejos de eso, recuerde usted que ya hemos sido enemigos...

Al decir esta frase, se encendió en sus ojos una chispa de cólera; su voz era más baja y más sorda, como una amenaza. Pero tomó de nuevo el tono de una conversación ordinaria.

—Sí, se me invitaba todos los días á volver el siguiente. Decían que yo llevaba la alegría y la luz. La realidad era que sus quince años de usted se habían enamorado de mis trece, y que siendo el amo en Valroy como en Reteuil, exigía usted mi presencia. Consentí, porque no sospechaba que en pocos días le convertiría á usted de tirano que era en esclavo estilo noble, que fué lo que ocurrió en estilo vulgar. Me ha hecho usted la corte infatigablemente. ¿Le he alentado yo á usted nunca? Sea usted sincero. Jamás... Tenía yo demasiado orgullo por ser usted rico y yo pobre por ser yo demasiado noble y no serlo usted bastante...

El Vizconde se ruborizó:

—¡Ah! eso sí que es nuevo...

—No; es muy antiguo. Mis padres, previendo en seguida una demanda de matrimonio, habían resuelto responder con una negativa pura y simple, sin más explicaciones. Pero el diablo tomó cartas en el asunto. Al conocerse mejor, vino la estimación y el cariño; esto era al menos lo que se decía entonces. Y yo la primera, encontré que si la fortuna no podía colmar las barreras que existían entre nosotros, el amor tenía alas y podía saltar por encima.

—¡Arabela!

—¡Cállese usted! no he acabado... Era aquél el tiempo en que el marqués de Carmesy era el amigo, el confidente, el hombre necesario, del conde de Valroy; la condesa Antonieta no podía pasarse un día sin su

querida Adelaida, que la había arrancado á las drogas narcóticas y devuelto á la vida; la señora de Reteuil adoraba á todo el mundo; y Arabela era idolatrada por los suyos primero y después por los vuestros, y principalmente por su señor padre de usted... sí, querido, así es. Si Juan de Valroy, con diez años menos, hubiera sido simplemente el hermano mayor de Jacobo, creo que hubiera habido alguna rivalidad. Pasemos adelante; el Conde se aburría en la paz de los campos y una falda que pasa es siempre una diversión.

—Bella, si va usted ahora á recurrir á los venenos...

—Nada de eso; hago la historia de tres familias en provincia durante estos últimos años.—Continuó: —Todo iba bien, cuando empezaron á circular feos rumores. El conde de Valroy había disipado parte de su fortuna, y lo que quedaba estaba muy comprometido por la imprudencia y hasta la locura de sus operaciones. Mi padre, que lo sabía, pero no hablaba jamás de ello, trató con toda su alma de evitar el desastre, y trabajó para ello durante años. Por la noche, cuando estábamos solos, nos decía muchas veces: «No sé cómo acabará todo esto... tengo mucho miedo.» A pesar de todo, no habían cambiado nuestros proyectos, sobre todo los míos. No me disgustaba que fuese usted menos rico, pues esa riqueza le hacía tener el orgullo de creerse igual á las personas mejor nacidas, lo que es un error lamentable; y puesta á hacer sacrificios, poco me costaba uno más. Soy valiente, usted lo sabe... Pero un día...

Se calló para ganar tiempo. El Vizconde comprendió que iba á oir algo enorme, é instintivamente afirmó su posición y aumentó su aplomo en el suelo.

Bella continuó:

—Pero un día, mi madre volvió preocupada de una

visita á Valroy, y cuando le preguntábamos el por qué de su tristeza, nos dijo bajando la cabeza, después de hacerse rogar algún tiempo: «Hay una mancha en esta familia.»

Ante este golpe inesperado, Jacobo retrocedió á su vez y también él rugió de cólera.

—¡ Señorita !

—Espere usted... Mi madre, viendo á la condesa Antonieta curada de sus antiguas manías, le había preguntado la causa de aquel mal sin nombre y su madre de usted le confesó esto...

La voz de Arabela silbó; llegada al fin de su discurso soltó las riendas á su odio con salvaje alegría, porque iba á herirle y á pisotearle. En sus labios se veía una ligera espuma...

—Su madre de usted confesaba: que su nacimiento de usted la había herido para siempre y había estado á punto de costarle la vida. Pero esto no era nada, y sólo lo mencionó por incidente. Su madre de usted confesó también que sus ascendientes, por parte de Reteuil, eran unos maníacos peligrosos, poseídos por la locura del suicidio; que su padre se había matado sin saber por qué, por pura demencia; que su abuelo se había matado sin que nada le obligase á ello; que su raza estaba condenada y maldita; que ella misma llevaba en sí el germen de esta locura, lo que era su mal; y que temía haberle á usted transmitido ese germen con la vida. Por eso le había á usted alejado de ella, por el terror del hombre fatal que debía usted ser, y por el remordimiento de haberse casado y dado á usted una existencia condenada al drama, siendo así que ya conocía la historia de su familia. Guardaba rencor á su marido por haberla amado y héchose amar, amor funesto, que á pesar de sus escrúpulos había decidido su unión. Durante años le había á us-

ted considerado como marcado y poseído, y más aún al ver que sus cóleras, sus furores infantiles, sus caprichos y sus inconstancias, anunciaban ya un cerebro sin equilibrio y un alma preparada á hundirse en la nada. Añadió, sin embargo, que hacía algún tiempo había recobrado el valor al verle á usted dichoso; esperaba que estando bien rodeado, escaparía usted á la mala suerte, y contaba conmigo para defenderle si llegaba la ocasión. Ahora bien, mi padre concluyó brevemente: «No se casa uno con esa gente.»

—¡Ah!—dijo Jacobo,—muy bien... ya veo... siga usted...

Bella continuó:

—En aquella época estaba usted en América. Esperábamos que los viajes y sus aventuras traerían el olvido de sus afecciones... y, con este fin también, mi padre le aconsejó á usted el año siguiente, que explorase la Australia... Volvió usted de uno y otro continente en las mismas disposiciones y siempre tan tierno... Entonces mis padres han decidido marcharse, para probar el efecto de la distancia y del alejamiento. Pero no se arreglan estos asuntos en un día; ha habido dificultades y retrasos... yo misma me he negado mucho tiempo queriendo consagrar á usted mi vida... Sólo al ver la desesperación de los míos, he aceptado esta prueba del tiempo... Ha querido usted una explicación franca, y aquí la tiene. He aquí por qué nos vamos esta noche, y por qué no ha sido usted prevenido...

La cabeza del Vizconde era un torbellino de ideas. Hubiera querido responder á aquella muchacha de ojos verdes, que le sacrificaba sin una lágrima y adoptando modulaciones de burla, con un bofetón que la marcase para siempre. Pero no encontraba nada; tantas mentiras é infamias dichas al principio en tono

tranquilo, tantas burlas crueles en seguida, tanto odio por fin, saliendo de aquella boca, de la que tenía derecho á esperar una canción de amor, aumentaban su confusión.

En este momento apareció por cuarta vez la marquesa Adelaida. El cochero, en el pescante, restañaba el látigo para advertir que los minutos pasaban. La Marquesa gritó:

—¡ Arabela!

Y se dirigió al coche.

Entonces, por un recuerdo repentino del pasado y una reproducción de las primeras impresiones, ocurrió una escena rápida y violenta, que terminó con dos palabras, ya dichas en otro tiempo. El destino quiso que se separasen con las mismas palabras con que se habían saludado hacía cinco años en su primer encuentro.

Arabela, al oir á su madre, se dirigió al coche. Jacobo, perdiendo la cabeza, la cogió brutalmente por un brazo y la retuvo. Bella se desprendió dando un grito de dolor y exclamó:

—¡ Grosero!

Y él respondió, rechazándola:

—¡ Saltimbanqui!

Bella saltó al coche y la Marquesa cerró violentamente la portezuela. Aquella mujer de ojos puros y mirada leal, no había juzgado á propósito intervenir... Conocía á su hija y sabía bien que ella bastaba.

El cochero arreó á los caballos, que salieron al trote largo; estaban retrasados.

Jacobo, con los brazos cruzados delante de aquella casa ya abandonada, donde había vislumbrado la dicha, miró huir en la sombra todo lo que había amado.

El ómnibus, mal equilibrado bajo la masa de equi-

pajes, avanzaba con un ruido de hierro viejo y de vidrios sacudidos.

De repente, cuando atravesaba una plazoleta inundada de luna, salió de la cuneta del camino una granizada de piedras que dió en el coche y rompió un vidrio. Arabela resultó herida en una oreja. Las pie dras fueron acompañadas de imprecaciones. «¡ Canallas ¡ Harapientas !» pronunciadas por la ruda voz de una campesina vieja y encolerizada.

El cochero, no sabiendo lo que significaba aquel ataque imprevisto, tomó el partido de huir á toda prisa, y los caballos, envueltos en un doble latigazo, salieron á galope tendido en la obscuridad.

En el interior, la Marquesa y miss Bella, muy pálidas, no estaban tranquilas. Un poco más lejos se calmaron y comentaron el incidente.

—¿Has visto?

—Sí... una mujer, creo... muy gruesa y muy alta...

—Alguna loca, entonces...

—Puede ser.

Y añadió después de un rato de silencio:

—No hay más locos en este país.

—No digas eso, mamá; antes de seis meses habremos vuelto.

La dulce Marquesa entornó los ojos y replicó:

—Sí, pero dentro de seis meses muchos locos se habrán marchado.

Tras de estas buenas palabras de esperanza, las dos mujeres se sonrieron.

Arabela, sin embargo, tenía el pañuelo apretado contra la mejilla, que sangraba un poco.

Uu cuarto de hora después vieron los faroles de la estación; la Marquesa, decididamente pensativa y preocupada, dijo entonces:

—¿Qué es lo que gritaron al arrojar las piedras?

—¿Qué puede importarnos?... gritaron: «¡Harapientas! ¡Canallas!...» ¿Estás contenta?

—¡Bah!—dijo Adelaida—no ha podido ser por nosotras.

Arabela estaba menos convencida.

En los mismos momentos Jacobo se volvía á Valroy. Maquinalmente y sin tener conciencia del camino que seguía, se metió por el bosque; el ancho camino que le atravesaba se desarrollaba recto y blanco bajo una luna muy alta.

El Vizconde caminaba por en medio, perdido en sus horribles pensamientos. Todo se derrumbaba: amor, orgullo y fortuna. Valroy no era ya Valroy; los ricos eran pobres; Arabela le había renegado. Sí, la ruina era cierta, evidente. La fuga de Carmesy anunciaba seguramente el desastre de las empresas financieras que había aconsejado y dirigido sin intervención.

¡Qué tristeza hoy! ¿Qué se sabría mañana? En ninguna parte se veía un resplandor de salvación; estaban rodeados de tinieblas. Pero lo que más profundamente le hacía sufrir era la última metamorfosis de la compleja Arabela. Esta vez se había desenmascarado á pesar de sus ironías, de sus pretextos y de sus insinuaciones.

Así, pues, durante tantos años, desde su primera juventud, casi desde su infancia, Arabela estaba mintiendo y sabía hacerlo; se burlaba de él y no le había amado ni un día ni una hora. Lo que hacía era envolverle, cegarle, para que no viese nada y consintiese en todo.

¡Ah! si, para colmo de dolor, hubiera sabido que aquella misma Arabela, al prometerse á él, se prometía también á otros y era el objeto definitivo de la partida jugada; que Gervasio Piscop, aquel tunante, tenía

los mismos derechos que él sobre la heredera de los Carmesy de Francia y de los O'Brien de Irlanda, la misma que no encontraba bastante noble para ella á un conde de Valroy... acaso entonces, en un momento de demencia, hubiera buscado el crimen y le hubiera pronto encontrado.

Por el momento, no podía tratarse de venganza, puesto que no tenía delante de él más que un viejo y dos mujeres; era una fuerza más de aquel terceto tenebroso la de oponer tanta debilidad á toda explicación...

Después se cambió su pensamiento y volvió á ver á Arabela paseando con él en su *charrette* inglesa por aquel mismo bosque. Bella, que guiaba con mano nerviosa y firme, tenía catorce años y él dieciséis; sus largos cabellos de un rubio pálido le cegaban á veces y le ahogaban la cara en un tibio raudal. Jacobo creía sentirlos todavía en la mejilla.

Su recuerdo quedaba inscripto en todas partes; aquellos árboles la habían visto; había hollado aquellos musgos con su ligero pie de sílfide; todo aquel paisaje se había pintado en sus profundas pupilas.

Jacobo tendió los brazos á la noche, oprimió el pasado en su corazón y, presa de un desfallecimiento, se dejó caer al pie de un olmo sin edad, y lloró.

El vizconde Jacobo no era ya más que un desdichado.

La flora y la fauna, en la quietud de las sombras adormecedoras, se callaban alrededor de él para escuchar los sordos sollozos escapados de aquel pecho de hombre...

Y las encinas casi eternas, expertas en el dolor por haber visto tanto, y bajo cuyas ramas habían dormido en otro tiempo las druidas y los reyes merovin-

gios, le abanicaban con sus hojas en el blando viento de la noche.

Toda la selva compasiva exageró su dulzura para mecer y dormir aquella desesperación sin límites. El alma de las cosas cantó en un murmullo y le dijo: «¡Espera!» Los antiguos dioses que permanecen fieles á los bosques, vertieron sobre su cabeza el perfume de las resinas y de las hierbas. La tierra le manifestó su ternura.

Pero él, aplastado en el suelo, en una postura de agonía, continuó su angustia hasta los límites humanos. Ahora se acordaba de ciertas palabras: «Hay una mancha en esa familia; no se casa uno con esa gente.» ¿Qué gente? Los hijos de los maníacos, de los locos dominados por ideas de muerte, de los sangrientos suicidas...

Una cierva atravesó lentamente el camino, escuchando curiosa los gritos sordos de aquel hombre. En otro tiempo, á falta de escopeta, Jacobo se hubiera armado de una piedra para herir á aquel animal confiado. Entonces la miró con amor durante un segundo porque no tenía pensamiento para mentir. La cierva se metió tranquila en la espesura. Y él reanudó sus reflexiones desoladas.

—«Hijo de locos, predestinado él mismo y habiendo probado ya que era de su raza por delirios de infancia;» esto era lo que se decía de él. Estaba fatalmente condenado al último acto del jugador vencido y del amante engañado. Podía elegir entre la ventana del bisabuelo y la pistola del abuelo; era siempre el mismo salto en lo desconocido, en la nada...

¡La nada; no sufrir!... Volver libremente á esa tierra que ahora le parecía amiga, mezclar sus cenizas con las raíces y con los gérmenes y florecer en ellos... ¿Por qué no, después de todo? ¿Era la locura que se

apoderaba de él á su vez? Ello es que Jacobo no juzgaba ya ese acto tan difícil ni tan doloroso.

Ahora que estaba solo en la tierra, porque el mundo estaba vacío para él sin Arabela, ¿no era la muerte el refugio supremo y el remedio absoluto?

Entonces, más y más tentado por aquella visión deslumbradora de un próximo aniquilamiento, en el silencio del bosque paternal, entre las quejas del viento y la calma imponente del universo nocturno, Jacobo repitió en voz alta y solemne, como un proyecto, casi como un juramento:

—¿Por qué no?

IV

—¿Berta, no está aquí?—preguntó Garnache empujando la puerta.

—No—respondieron á la vez el tío Balvet, José y Clara. Los dos niños, unos chicos de cuatro y tres años, acudieron con los brazos abiertos al ver al guarda y se le arrojaron á las piernas. Y él, con cara preocupada y la vista fija en el exterior, murmuró mientras acariciaba la cabeza de los niños:

—¿Dónde puede estar esta vez?... No ha vuelto á casa y no se la ha visto desde esta mañana.

Los otros dos movieron la cabeza en silencio. José, dijo:

—No os alarméis; está rondando por Reteuil... Y además, ya sabéis que no tiene bien la cabeza.

—Justamente—respondió Regino,—por eso temo siempre algo... No sabe lo que hace...

—Vamos, entre usted, Garnache—dijo el horticul-

tor,—y siéntese... Bastante ha andado usted hoy sin correr todavía detrás de ella.

—Sí—suspiró el guarda,—el día ha sido duro. Hay que trabajar ahora.

Se produjo un silencio, durante el cual todos meditaban. Regino siguió diciendo:

—No es tanto por Grivoize el menor como por Hilario... Grivoize tiene sus días; cuando está de buen humor se pone como otras veces; pero Hilario, *el señor Hilario*, es siempre el mismo... Puede que Jacobo hubiera valido más... En fin, dentro de un año, suceda lo que quiera, me retiro; sin la pensión que me han prometido para aquella época, ya lo hubiera hecho.

Se volvió hacia su hijo y añadió:

—Tú has hecho bien; tu oficio es mejor. Al menos no tienes amo.

José asintió; no había para qué compadecerle, entre el anciano Balvet, su mujer, la dulce Clara y los pequeños que iban creciendo, su vida era posible. José sonreía con gran contento.

El tío Balvet habló á su vez, muy lentamente, por que tenía ya mucha edad y sus palabras, como sus acciones, se hacían difíciles.

—Sí, José ha hecho bien. Hoy es el amo y sabe tanto como yo, que no sirvo para nada más que para regocijarme con la dicha de los demás. Este muchacho había nacido para ese oficio, pues le gustaba todo lo que vive: los animales, los árboles, las flores y las plantas... Por eso ha tomado gusto al cultivo; se cuida mejor lo que se quiere... Sin embargo, las flores han bajado desde hace cinco años, desde la ruina de Valroy y de Reteuil, dos castillos menos para la provisión de jardines y estufas... No serán los Piscop los que hagan pedidos, de seguro. Y Reteuil está desierto, esperando la venta que no tardará.

Regino continuó:

—Y entonces será Grivoize el mayor quien se instale allí con su prole, y tampoco serán buenos clientes.

Balvet hizo un gesto.

—¡Oh! no.

Se quedaron de nuevo en silencio, sólo turbado por las voces un poco lejanas de los niños en el jardín. Era una noche, después de cenar, una de esas noches de verano en las que la luz no quiere marcharse. El abuelo de Clara habló otra vez:

—La verdad es que en otros tiempos nos quejábamos de los condes y vizcondes... y hemos cambiado un caballo tuerto por uno ciego; por mucho que se diga, más vale ser mandado por un capitán que por un sargento... es más fácil de soportar... Pero, á nosotros, salvo los negocios, eso no nos importa.

—Tienen ustedes suerte—dijo Garnache.

Clara estaba en la puerta observando el camino. Al volver de Reteuil, Berta tenía que pasar forzosamente por el Vivero.

—¿No ves nada?—preguntó otra vez el guarda.

—Nada—dijo Clara,—pero ya sabe usted, padre, que el lunes no volvió hasta muy tarde...

—Sí, demasiado lo sé; esto no es vivir...

Y volviéndose hacia Balvet y José, habló de nuevo de su eterno asunto de preocupación:

—Vosotros tenéis suerte... En otro tiempo no tenía yo más que un amo, el conde Juan; dos si queréis, con Jacobo, pero á éste le había criado mi mujer, había comido la primera sopa, echado los primeros dientes y dado los primeros pasos en mi casa, y teníamos por él cierta indulgencia, aunque se había hecho muy orgulloso... El conde Juan también había cambiado al hacerse viejo, pero yo recordaba su juventud... Teníamos la misma edad...

Garnache se calló, con la garganta un poco temblorosa, se quitó el kepis y murmuró:

—¿Dónde estará ahora?

Balvet bajó la cabeza; José se torció los dedos por hacer algo, mientras Clara, que seguía observando en la puerta, sintió que sus ojos se enrojecían en la luz indecisa del crepúsculo. El recuerdo del drama y de los muertos estaba todavía vivo.

Y Regino añadió:

El conde Juan tenía cosas buenas... era generoso, caritativo, alegre... recuerdo estas cosas aunque ya están lejos; en fin, lo repito, no tenía más que á él como amo, mientras que hoy tengo siete ú ocho, diez ó doce con las mujeres; habría que contarlos; el señor marqués Piscop de Carmesy á la cabeza... porque éste se mete en todo, hasta en los intereses de Grivoize y de Hilario... No puedo pararme un minuto en una taberna sin que uno de ellos me vea al pasar por el camino y me pregunte delante de todo el mundo si me pagan para empinar el codo... Otro día, si echo la siesta al mediodía en la espesura, el diablo me trae á Hilario, que me despierta y me ruega políticamente que haga mi servicio... A veces es Timoteo ó Antonio, que aseguran que han oído tiros por la noche. Dicen que duermo demasiado... Grivoize el pequeño no se atrevía conmigo al principio, pero poco á poco ha tomado la costumbre y dentro de seis meses será como los otros. Aquí tenéis cómo estoy, yo, Regino Garnache, descendiente de seis Garnaches, que fueron todos guardas en estos bosques desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días de República... ¿Quiénes son más felices, los padres ó los hijos?

Regino, lleno de amargura, terminó sus quejas con esa pregunta. Balvet á quien los años habían hecho prudente, respondió con sencillez.

—Ninguno ha sido feliz; todos se han quejado, puede usted estar seguro... No hay buenos amos, sino menos malos. En esas condiciones es cómo hay que echar de menos á Valroy.

El guarda se levantó y se ató una correa de la polaina derecha, mientras decía:

—Sí, se le echa de menos... No tanto como Berta... pero con todo...

José dijo sentenciosamente, con su voz tranquila:

—Mi madre ha perdido la razón en la ruina de sus amos porque los quería demasiado... sobre todo á Jacobo.

—No la acuses, hijo, porque, al cabo, es tu madre.

José no se quedó convencido:

—Padre; una madre quiere á sus hijos, y ella no me ha querido nunca, y tampoco á usted; no quería más que á sus amos... De niño me separaba de ella y me rechazaba siempre, ya lo sabe usted. ¿Me he quejado jamás? no, todo lo he sufrido en silencio conservándole mi cariño. Pero desde hace algún tiempo, es verdad, le tengo rencor... No lo puedo remediar.

Los dos hombres que le oían no protestaron, sabiendo, sin duda por qué. Balvet murmuró sencillamente:

—Hay que olvidar eso.

Y Regino:

—Ya sabes que no es responsable.

José dijo en seguida:

—Se dice eso muy pronto. Ahora puede que sea verdad, pero no lo era hace unos años, y mi queja no viene de ayer. Estoy seguro de que no sabe si Clara es rubia ó morena; no la ha mirado nunca un minuto, ni el día de nuestra boda... Clara no es más que mi mujer y le es á ella indiferente. Recuerden ustedes, en el tiempo en que miss Bella debía casarse con Jacobo,

cómo hablaba mi madre de ella, la detallaba y se la sabía de memoria... Pero, hay más, los chicos: y eso es un agujero en el corazón... No los conoce ni los ha cogido nunca en brazos, ella, la abuela... Cuando usted ha entrado, padre, han corrido hacia usted; que venga ella, y se irán á esconderse en el fondo del jardín, por instinto... Los niños, como los animales, saben bien quién los quiere y quién... no los quiere.

Regino interrumpió á su hijo, cuya voz iba subiendo á impulso de la cólera y del resentimiento:

—Muchacho, no aumentes mi pena... Ya sabes que yo tampoco tengo el corazón contento...

—Bien—dijo José,—no hablemos más de esto; pero que nadie se extrañe si yo también me aparto; no lo puedo remediar.

Clara, que era parca en palabras, se inclinó hacia su marido y le dijo al oído:

—No te apures... hay otras personas...

—Sí, estáis, por fortuna, tú, los dos papás y los chicos.

Volvió la cabeza y sonrió largamente á aquella cara tan tranquila, tan confiada y tan adicta de mujer siempre amante.

La noche se hacía obscura. Clara llamó á los niños, varón y hembra, Víctor y Flavia, de cuatro y tres años. Tenían dos caritas redondas, muy morenas, con cabellos rubios y ojos límpidos; ella los encontraba sublimes; José hablaba de ellos con satisfacción.

—Me voy—dijo Regino cogiendo la escopeta de un rincón;—esa mujer no vuelve; bonita noche nos espera á Sofía y á mí.

¡Sofía!... Al oir ese nombre los dos niños palmotearon. La tía Sofía los quería y los mimaba; más madre que tía, era su gran amiga.

—¿Pero, qué espera Berta?—preguntó Balvet.

—A Jacobo—respondió brevemente el guarda.—Hace cinco años, desde que se vendió Valroy y Reteuil está amenazado, espera ella que vuelva. Y no le diga usted que no volverá jamás; ella sabe que sí.

Dicho esto, se aseguró la escopeta en el hombro empujando la correa, y se marchó.

—Buenas noches, Balvet, y vosotros, muchachos.

Estaba ya lejos, y la voz risueña de los niños le perseguía aún con sus despedidas y caldeaba un poco su alma obscura embotada por la pena.

Al llegar al pabellón, encontró á Sofía en la puerta.

—¿Y bien?

—Nada, no ha vuelto.

— Me lo figuraba; se ha vigilado el camino. Es verdad, que no se sabe dónde está.

—¡Bah!—dijo Sofía,—siempre en el mismo sitio; en Reteuil, puesto que Valroy no es ya Valroy.

Y á la pobre mujer tan sencilla, se le ocurrió una frase casi bonita:

—Ya no tiene recuerdo; va á la esperanza.

—Y á nosotros nos espera una noche sin sueño...

—Acuéstate, Regino—aconsejó Sofía,—yo me basto para velar.

El guarda montó en cólera.

—Eso es; tú harás todo el trabajo; cavarás el jardín, lavarás la casa, harás la comida, y, por la noche, te estarás en pie paseándote.

—Tú también trabajas.

—Yo soy un hombre.

—¿Soy yo una mujer?—dijo Sofía dulcemente, en su humildad de muchacha fea.

Regino no respondió en seguida; pero dijo después de un momento:

—Ojalá tuvieran todas tu corazón.

Aquello no era directo, pero correspondía al estado

de cosas y á los pensamientos que estaban en el aire. De repente, rechinó la arena del jardín bajo unos pasos pesados, y apareció Berta. El que no la hubiera visto en aquellos cinco años, no la hubiera conocido. La desesperación había desgastado la grasa y era ahora una mujer flaca y descarnada; sus cabellos blancos enmarañados y sus ojos asustados explicaban la acusación de locura que todo el país lanzaba contra ella.

Entró, y en el umbral gritó con voz vibrante y exaltada, en una superabundancia de alegría:

—¡Ha vuelto!

Regino y Sofía no necesitaron explicaciones; en el momento comprendieron que se trataba de Jacobo.

—¿Ha vuelto?—repitió el guarda.

—Sí—dijo Berta,—le he visto, de lejos, pero le he visto.

—¡Ah!—exclamó Sofía sin satisfacción, porque preveía nuevas locuras.

Pero la poseída continuaba su canción; acaso no se dirigía á los demás y hablaba sola, en una necesidad de expansión.

—Está allí, errando por el parque, solo, con la cabeza baja, las manos en la espalda y con una expresión tan triste, que me ha hecho llorar. Sin duda veía los fantasmas. ¡Ay! es loco todo esto...

Cuando hablaba de locura, resultaba siniestra. Su marido y su hermana se estremecieron.

—Pues bien, ahora que sabes que está ahí, descansa, come y duerme.

—¿Y si se fuese?...

—No se irá—respondió Regino en el tono que se emplea para hablar á los niños.

—¿Es verdad?... ¿Es seguro?...

Preguntaba, queriendo creer:

—Ciertamente—confirmó Sofía;—cuando vuelve hoy, no será para irse mañana.

—Puede ser—murmuró Berta.

Y dejándose caer en un escabel, gimió:

—¡Tengo hambre!

Pasaba así días enteros fuera, errando continuamente y sin cuidarse del alimento, del sol, del viento ni de la lluvia; algunas veces, en invierno, había vuelto con las manos rígidas y la cara azulada de frío.

La sirvieron y comió glotonamente, como una bestia; bebió, sin saber qué, vaso tras vaso. Estaba inconsciente, de seguro, y no se daba cuenta de la necesidad de alimentos más que delante de la comida.

Apenas hubo comido, se durmió con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos inertes á lo largo del cuerpo. La llevaron á la cama y se quedó insensible; dormía rendida.

Era verdad, Jacobo de Valroy, después de cinco años de ausencia, estaba aquel día en el castillo de Reteuil. Había venido á pie de la estación tomando caminos de travesía, para no ser encontrado ni conocido. Su historia y la de su familia en aquel tiempo, era lúgubre. Ningún derrumbamiento había sido más completo, más desastroso ni más irremediable. Primero, el negocio del *Modern Ahorro*, aquella tenebrosa estafa.

Cuando el conde Juan entró en las oficinas de aquella empresa, sus temores se confirmaron en seguida. Un director sospechoso contestó á sus primeras preguntas que el dinero colocado no se retiraba, y que, puesto que los accionistas cobraban sus dividendos, no tenían nada que reclamar.

El Conde insistió y reclamó cuentas, y se las rehusaron, á él, presidente del Consejo, con mil pretextos.

Se dirigió entonces á los tribunales, y en el momento se vino á bajo toda la superficie de aquel gran edificio de fabulosas estafas. Los famosos dividendos eran pagados con los fondos mismos de los suscriptores y los inventores de aquella explotación no esperaban más que un resultado, es decir, que las sumas estafadas fuesen bastante considerables para valer la pena del escamoteo final y de la fuga de los interesados dejando la llave en la puerta, que fué lo que hicieron al primer viento de alarma.

Carmesy había sido seguramente el alma creadora de la empresa, pero su nombre no figuraba en ninguna parte. Era el dios invisible y estaba libre de toda persecución y de toda alarma.

No sucedió lo mismo con el señor de Valroy; aquel despojado fué comprometido. ¿No era presidente de un consejo ficticio, compuesto de testaferros pagados y perfectamente insolventes?

Su denuncia á la justicia dió la señal de alarma á los que habían sido engañados como él; llovieron las reclamaciones, los reproches y las amenazas. Y sucedió que Valroy perdió el dote de su mujer, la fortuna de su suegra y fué condenado á pagar á las víctimas de cuya suerte participaba.

Protestó y alegó su buena fe; pero le respondieron que le creían de buen grado, pero que la ley era la ley, y que él había aceptado cargos y responsabilidades sin estar obligado á ello y por un entero y perfecto consentimiento.

Peor para él si garantizaba con su nombre un negocio, sin estudiarlo previamente. No tenía más que pagar, sin lo cual sería condenado por sus jueces y habría, acaso, consecuencias infamantes.

Al mismo tiempo, el castillo y las tierras de Valroy

iban á ser vendidos á instancia de Piscop y Grivoize, portadores de créditos en regla.

Entonces aquel hombre, arrojado de su tierra, arruinado por él mismo y en vísperas de ser cubierto de infamia siendo el primer robado en aquel negocio; aquel hombre, cansado y descorazonado, sin grandes lazos que le uniesen á su país desapareció una mañana sin decir nada á nadie.

El escándalo estalló en seguida. Valroy, en fuga, fué condenado por quiebra fraudulenta y estafa, á pesar de las pruebas contrarias, á indemnizar á los diversos acreedores del *Modern Ahorro*, á los gastos del proceso y á seiscientos pesos de multa. Aunque contumaz, aprovechó todavía circunstancias atenuantes.

Solamente los suyos supieron vagamente lo que había sido de él. Jacobo recibió una carta que decía:

«Hijo mío: bien lo sabes, soy una víctima, pero viviría deshonrado y me voy, llevándome unos cuantos billetes de cien pesos. A los cincuenta años voy á tratar de rehacer mi vida y mi fortuna. Si dentro de cinco años no he vuelto ni has recibido noticias mías, considérame como muerto, que es, acaso, lo mejor que me pudiera suceder. Te escribo á ti porque en los días de tu infancia nos hemos querido profundamente. Pide perdón en mi nombre á tu madre y á tu abuela por haberlas arruinado ó poco menos. Tratad de vivir con ese poco y desconfiad de los bandidos que exhiben sus falsas amistades. Hasta la vista, acaso; adiós, más bien.»

Todos estos sucesos tuvieron un resultado inmediato. La víspera del día en que la condesa Antonieta debía salir de Valroy para ceder el puesto á los Piscop, tomó por inadvertencia, para obtener un olvido momentáneo ó con un objeto definitivo (nunca se supo

la verdad), una dosis cuádruple de morfina y se durmió para no despertarse más.

Fué su ataúd el que salió de Valroy en el momento en que entraban los Piscop. La enterraron en el cementerio del pueblo, y ella, al menos, no salió del país.

Jacobo, pobre y llevando un nombre envilecido, fué á habitar en París con la señora de Reteuil; vivieron de pequeñas rentas y su existencia fué sencillamente lamentable.

Al cabo de un año supieron por un periódico la boda de Arabela con Gervasio.

Y, aquel día, Jacobo deseó morir.

Pero tenía aún un deber y un fin en la vida, porque ya Jacobo reconocía deberes y se imponía fines.

La desgracia había elevado aquella alma, en otro tiempo tan pequeña y ahora casi grande.

El deber era permanecer al lado de su abuela mientras viviese y protegerla y consolarla en lo posible.

El fin era lejano; cuando muriese la abuela, estaba resuelto á vender el castillo y las tierras de Reteuil para reembolsar á los acreedores del *Modern Ahorro*. De este modo pensaba rehabilitar á su padre, ó su memoria, y el nombre de Valroy.

La anciana, que no se atrevía á presentarse en el país, arrastró sus penas y sus recuerdos de la cama á la butaca durante tres años.

La muerte de su hija había quebrantado aquella alma, demasiado ligera para no ser frágil; estaba, además, llena de remordimientos y acusándose, sin cesar, de haber causado la catástrofe al atraer tan inconsideradamente á los Carmesy después de los informes, más que dudosos, obtenidos acerca del Marqués.

Como decía este último en otro tiempo, la pobre

mujer estaba atacada de una afección cardíaca, y en aquel régimen de pesares y remordimientos, el mal creció rápidamente.

Vivió, sin embargo, cuatro años.

Y después murió á su vez dejando al vizconde Jacobo solo en el mundo y libre de pagar con su herencia las deudas ficticias y morales de su padre desaparerecido.

Durante un año, Jacobo, convertido en hombre de negocios por la fuerza de las circunstancias, buscó sin ruido compradores para su castillo y sus tierras, pues no quería de ningún modo venderlos sencillamente por subasta, seguro de que los Grivoize los comprarían á cualquier precio.

Había calculado que una venta razonable le produciría la suma necesaria para liquidar lo que él consideba como su pasivo personal, con algunos miles de pesos además. Esto le bastaba y dejaba para aquel momento el resolver sobre su porvenir.

Cinco años habían pasado desde la fuga del conde Juan y jamás había llegado á su hijo una palabra suya. Jacobo le consideró como muerto y le lloró. Todos los recuerdos lejanos vinieron á su memoria. Vió á su padre, joven y encantador, que no volvía á Valroy más que por cariño á su hijo. Pensó que los únicos disentimientos que después los alejaron al uno del otro, al menos moralmente, habían sido por su pasión á Arabela.

Al hacer esta evocación le rechinaban los dientes.

Por fin, encontró el comprador que buscaba. Este, enteramente extraño al país de los Grivoize, visitó solo y secretamente el castillo y las tierras y se declaró satisfecho.

El contrato de compra-venta fué hecho legalmente, estipulando que el comprador pagaría los fondos el 15

de septiembre y tomaría posesión á principios de octubre, en la época de la caza. Hasta entonces Jacobo conservaba el libre uso de sus bienes.

Ahora bien, en el mes de junio volvió á aquel castillo que ya no era suyo, sin duda para vivir allí todavía unas semanas, reunir sus recuerdos, evocar los espectros y decir adiós á todo.

Pero estaba resuelto á no salir de sus muros y de sus arboledas y á permanecer invisible para las curiosidades malévolas y para los odios de los alrededores.

Tenía, por otra parte, miedo de sí mismo y quería evitar los encuentros, pues si alguna vez el azar le presentaba á aquel bandido de Gervasio Piscop, que ya se hacía llamar Piscop de Carmesy, con su mujer la nueva castellana de Valroy, no estaba seguro de evitar un homicidio, perdonable después de todo.

Se encerró, pues, con un solo criado llevado de París, que profesaba el más profundo desprecio á los paletos y no quería revelar los secretos de su amo.

A pesar de esta precaución, Berta, que hacía cinco años acechaba ansiosamente aquella vuelta tan deseada, descubrió su presencia, ó más bien, la adivinó.

Había contemplado de lejos á aquel hijo encontrado por milagro y se volvió á su casa sin dejarse ver y no sabiendo ya si era feliz ó desgraciada; mezclaba el pasado con el presente y los remordimientos y desesperaciones con las vagas esperanzas, sin llegar á distinguir, por falta de razón acaso, el verdadero color de sus pensamientos.

Eran éstos complejos. Desde hacía veinticinco años la vida de esta miserable mujer no había sido, en suma, más que una perpetua mentira y una continua angustia, y, después de la ruina de Valroy, un eterno martirio.

Todo lo que había esperado, previsto y querido se

había vuelto contra ella; por una terrible ironía del destino, la preciosa existencia de Jacobo, que ella había preparado para las más grandes felicidades, iba á parar á las peores catástrofes.

Había cometido un crimen y separádose de un hijo para llegar á edificar su doble infortunio. Le había cogido pobre y desnudo de su cuna de mimbre, y, con un simple ademán, creía haberle ennoblecido y privilegiado en la escala social...

Y en esto estaba la irrisión.

Aquella nobleza se hundía en la infamia; el nombre estaba deshonrado; la riqueza ya no existía; Jacobo, sin haber contraído deudas personales, luchaba desesperadamente contra cien acreedores.

Había querido que fuese hermoso, alegre y amado, y estaba envejecido y tan pálido, á pesar de su juventud, que le quedaba muy poco de su hermosura de otro tiempo. Lejos de estar alegre, estaba desesperado.

Amado... A este recuerdo, á la madre le rechinaban los dientes. Todo su odio era para la nueva castellana de Valroy, la mujer de ojos verdes que siempre había mentido.

Así, pues, en lugar del orgullo, de la opulencia y del amor, le había dado la vergüenza, el rebajamiento. peor que la miseria, y el amor vendido, peor que la indiferencia.

Esto era lo que había hecho con su hijo; para esto había consentido que viviese lejos de ella, sin conocerla, peor aún, rechazándola y despreciándola.

No podía menos de pensar que, acaso, el destino de José, del dichoso marido de Clara, del padre feliz de Víctor y de Flavia, fuese más envidiable por lo mismo que era más tranquilo... Mejor que el del vizconde de Valroy, seguramente; entonces...

En fin, le quedaba Reteuil y era una hermosa finca.

Si podía olvidar á la mujer de los ojos verdes, acaso su vida se arreglase todavía.

También la exasperaban otros pensamientos ; la idea, por ejemplo, de que Jacobo estaba desesperado por la muerte de su madre y acaso se reprochaba el no haberla querido bastante en otro tiempo.

¡ Su madre !... Su madre estaba allí, bien viva. Era por una extraña, por quien lloraba.

Extraña también aquella señora de Reteuil á la que Jacobo se había consagrado hasta su muerte... Era verdad que la había heredado. La campesina tenía atenuaciones sutiles.

¡ Ah ! si hubiera sabido á lo que su hijo destinaba esa herencia... Si hubiera sabido que las sumas considerables que Jacobo iba á recibir por la venta de Reteuil, servirían para rehabilitar la memoria del Conde... Entonces hubiera gritado ante la demencia de semejante acto :—« ¿ A ti qué te importa ? Esa gente no es nada tuyo ; su nombre no es tu nombre... »—sin pensar siquiera que destruía de ese modo el derecho á la herencia. Pero ella no sabía sino que había sufrido y que seguiría sufriendo. El misterio de que era depositaria la espantaba. Le parecía que hubiera aliviado su cuerpo y su alma confesando su falta. ¿ Pero, á quién ? Además, retrocedía ante ciertas revelaciones.

El punto maravilloso de la aventura era que tenía rencor á José porque vivía sin grandes cuidados, rodeado de afecciones, con su mujer al lado y sus hijos sobre las piernas.

Si era feliz, se lo había robado á aquel cuyo nombre llevaba. Encontraba esto injusto, extraviada al fin en un dédalo de razonamientos contradictorios.

Y lo que ella pensaba no era gran paradoja y podía aceptarse en cierto modo. Era evidente que, al sustituir á su hijo con otro, no había pensado entregarle

á la adversidad, así, como no había querido que el otro, la víctima, fuese á recoger por este cambio un porvenir de goces.

Se había, pues, engañado en todas sus voluntades y en todas sus esperanzas como en todas las verosimilitudes... Tenía derecho á indignarse, á rebelarse y á acusar á la suerte.

Esto era lo que afirmaba para sí misma en las horas más lúcidas. En las demás deliraba simplemente, sin el menor cuidado del buen sentido, y se deshacía en amenazas con los puños cerrados á los cuatro puntos cardinales y sobre todo hacia Valroy, aquel castillo tan familiar en otro tiempo y hoy residencia de sus más negros enemigos.

Ahora bien, aquellos enemigos que triunfaban en apariencia, estaban, sin embargo, muy lejos de la serenidad.

Aquella noche, en el mismo momento, acababa la comida en el vasto comedor, á cuya mesa podían caber treinta personas; donde en otro tiempo se había sentado tantas veces la niña Arabela, entre su Djeck y el conde Juan, hoy en fuga, y enfrente de la condesa Antonieta y de la señora de Reteuil, ambas difuntas. Era preciso que la nueva castellana no tuviese miedo á los fantasmas.

Arabela estaba allí sola con su esposo, Gervasio Piscop. El se atracaba de fruta sin decir palabra y bebía enormes tragos; ella, con los ojos fijos, miraba sin duda el porvenir, á no ser que estuviese dando una vuelta al pasado.

Sus veintitrés años brillaban en todo su esplendor. Estaba magnífica; pero si alguien se lo hubiera dicho, se hubiera encogido de hombros y hubiera respondido: «¿Para qué?»

Para ella también era la vida una larga decepción;

también ella merecía las amarguras con que la atormentaban; pero ella, al menos, podía hablar y hacer frente á su verdugo, el cual, por el instante, no notaba siquiera su presencia.

Antes del matrimonio, Bella había puesto sus condiciones fuera de la cuestión de dinero. Habitarían en París en invierno y en Valroy en verano, con sus padres, el noble Marqués y la dama de las miradas francas. En los primeros meses, sin embargo, debían hacer un viaje á Italia.

Bella tendría la dirección absoluta de la casa y de los domésticos, y fijaba la suma que quería recibir para eso todos los trimestres. El precio de sus cuidados particulares, coches, caballos, trajes y gastos corrientes, subiría á tanto... y otras cosas además.

Todo lo había arreglado y calculado en su cabecita, y su presupuesto estaba establecido con una seguridad de viejo hacendista.

Gervasio, embriagado de amor, al parecer, había respondido á cada una de esas peticiones con una aceptación completa. Bella le decía, desconfiando todavía:

—Júrelo usted.

—Lo juro.

—¿Por el Cristo?

—Por el Cristo.

Una vez, por un inoportuno recuerdo de su infancia vagabunda y sin distinción, Gervasio añadió á sus juramentos el acto ritual del chulo que toma un compromiso, y escupió en el suelo. Bella se estremeció de horror y retrocedió pálida y temblorosa, alarmada por tales modales. Durante ocho días le evitó, y, para volver á su gracia, tuvo él que humillarse, repetir mil excusas, prometer que no se permitiría más semejante

inconveniencia y ponerse á sus pies. Bella, por fin, le perdonó.

Pero él, con los dientes apretados, después que se separó de ella, se alivió la bilis llamándola gazmoña. Ya vería más adelante cuando le llegase la suya.

Se casaron en invierno, casi vergonzosamente. El pueblo se burlaba de los labradores advenedizos, y, por una repentina vuelta á los pasados sentimientos, compadecía á los Valroy y maldecía á los Carmesy.

Los esposos pudieron recoger desde sus carrozas algunas impresiones populares, y no fueron halagüeñas.

Hacía entonces un año que Valroy estaba vendido, y seis meses que el Marqués, su mujer y su hija habían vuelto de Inglaterra.

Aquellos seis meses se habían empleado en restaurar el castillo, en amueblarle y en darle un aspecto nuevo y diferente, no por sentimiento, sino por vanidad.

Cuando los esposos tomaron posesión, la morada era seguramente más rica que en otro tiempo, más lujosa y de un decorado más artístico. El Marqués era un hombre de buen gusto, y, como pensaba vivir allí, había cuidado los departamentos que se destinaba.

Por fin podía anclar en el puerto. Tenía dinero, mucho dinero, y buenos valores en su arca, muchos más de los que él sospechaba, pues el *Modern Ahorro* había sido verdaderamente una especulación genial, y sus provechos en el último momento habían excedido á sus esperanzas. El Marqués se reía solo y se frotaba las manos. Sí, sería delicioso vivir con Adelaida, á la que conservaba una ternura inimitable, en aquel lugar cómodo, sin cuidados y sin inquietudes de ninguna clase. Aquello los descansaría y sería para ellos una novedad.

Carmesy pensaba poéticamente que su estrella se ponía brillante hacia el fin de la noche, y se consolaba

de la melancolía de ver que era su felicidad breve y tardía, pensando que más vale tarde que nunca.

Durante los tres primeros días que siguieron á la boda, los padres de la esposa se estuvieron discretamente en la Villa Rústica para no ser importunos.

Por fin, una mañana se dejaron ver.

A la primera ojeada echaron de ver que su hija no estaba alegre. Gervasio los recibió, medio burlón, medio agresivo, con las manos en los bolsillos, el sombrero puesto y la pipa en la boca, por añadidura.

Godofredo hizo un gesto, y Adelaida dijo:

—¡Oh!

Aquello se anunciaba mal. Sin embargo, aquel yerno sin cortesía tuvo á bien dejar un momento á aquella niña con su madre y se marchó sin decir adónde iba.

—¿Y bien?—dijo la Marquesa, curiosa é inquieta.

Arabela, con los labios contraídos, vacilaba para responder.

—¿Qué hay, pequeña?—añadió el Marqués, animándola,—¿estás contenta?

La joven no pudo contenerse más tiempo y estalló:

—¡Ah! sí, puedo estarlo...

Y en seguida, en un raudal de amargura, confesó sus rencores y sus decepciones.

—Nos han engañado á nuestra vez... á la mía, por lo menos. ¡Bonito negocio he hecho! No os podéis figurar lo que es este hombre... Con él se gastarán mis uñas y seré vencida, porque es de piedra.

Tales palabras en boca de Arabela eran graves. Aquella heroína, orgullosa de su belleza y de su raza y segura de su poder, no había nunca dudado de sí misma ni siquiera una hora. Era preciso que estuviese verdaderamente dolorida para expresarse de aquel modo.

Los dos Carmesy bajaron la cabeza. ¿Sería que se les cambiaba ya la suerte?

—Pero, en fin—dijo Adelaida,—¿qué hay? ¿De qué te quejas?

—De todo; me he casado con un bruto, con un tirano; habrá que plegarse ó romperse... yo no me plegaré, pero el porvenir es bonito... Hay que, por añadidura, se burla de mí. Escuchad esto. Al día siguiente de la boda (la cosa no se ha hecho esperar), se ha mostrado tal cual es, un bruto tozudo é irreducible... Y no hay nada que hacer; no hay medio de cogerle; una obstinación obtusa de paleto hinchado; una resolución tomada hace mucho tiempo; se está vengando, es seguro... Esperaba, y ha llegado su día. ¡Ah! sí...

Bella estaba anhelosa y palpitante al exponer sus vergüenzas y sus rabias imprevistas. En el mismo tono continuó:

—Nuestro viaje... ¿sabéis? Le he preguntado si íbamos á marcharnos pronto... El invierno es tan rudo (le he dicho), y me atrae el cielo azul... El me ha respondido, todo asombrado: «¿Qué viaje?... Es verdad que hace frío... ¿Qué cielo azul?»

Yo le respondí:

—«Bien lo sabe usted... nos vamos á Italia.»

Y él contestó con mucha calma:

—«¿Sí? pues yo no tengo semejante intención.»

Confieso que me quedé estupefacta, pero insistí, sin embargo:

—«Me había usted prometido...»

El se echó á reir:

—Esta gente de partícula es siempre lo mismo; siempre se les ha prometido algo... El conde de Valroy aseguraba también que se le había prometido la renovación de sus créditos... ¿He prometido eso? Pues no me acuerdo.

Y añadió triunfante (porque conmigo las echa de ingenioso), esta frase que ha debido oir al maestro de escuela:

—«El rey de Francia no se acuerda de las injurias del duque de Orleans... Gervasio, casado, no se acuerda de las promesas de Gervasio soltero.»

Le hubiera abofeteado... Pero hay algo mejor. Yo debía gobernar la casa á mi gusto y recibir dinero por trimestres, sin tener que dar cuentas. Suprimido todo eso, él es quien tiene la caja día por día, y hace el gasto moneda por moneda... Mi presupuesto personal, suprimido antes de haber existido.

—«Si tiene usted necesidad de algo, ya me lo dirá; y si es razonable, tendré mucho gusto en satisfacerla.»

Esto es lo que me espera.

Otra cosa que os concierne á vosotros. Le he recordado que ibais á instalaros aquí, con nosotros, dentro de unos días, como estaba convenido; y, sin turbarse tampoco, ha respondido:

—«No, querida, he cambiado de opinión. Sus padres de usted están muy bien en la *Villa Rústica* y no hay que cambiar sus costumbres... Además, los mejores padres son siempre molestos para unos recién casados...»

¿Qué decís de esto? Se os despide.

—Eso es lo más serio—dijo el Marqués ofendido.

—Me contraría mucho, mucho...

Adelaida no encontró más que una palabra:

—*Shocking.*

Una vez más era aquello *improper.*

—Vamos á ver—dijo Godofredo.—Lo que no se obtiene directamente, se gana por rodeos... ¿No habría un medio?...

Su hija le interrumpió con áspera convicción:

—No hay ninguno, lo repito; es una resolución to-

mada. Para las cuestiones de dinero he vuelto muchas veces á la carga, y en fin de cuenta he aquí lo que me ha dicho con su risita disimulada:

—«No insista usted, Bella; se ha casado usted conmigo por amor, ¿no es cierto? Pues bien, no puede usted querer mi ruina como la de Jacobo...»

¿Es posible burlarse así del mundo?... Que me he casado con él por amor... ¡Un pastor, un palafrenero!... Ayer tarde fué más franco por casualidad; después de yo no sé qué querella, me dijo bruscamente:

—«Cállese usted, ya estoy harto... Si cree usted que no sé lo que pasa en su cabeza, se engaña. Por muy bestia que yo sea, no llego hasta ese punto. Sé que me desprecia usted porque no tengo nacimiento y soy un paleto indigno de usted, mi noble dama; pero yo me río de todo eso. Echa usted de menos á los condes de Valroy, porque la nobleza va siempre á la nobleza... Siéntalos usted, pero hágalo de modo que yo no lo vea, porque si no, se verá usted obligada á echar de ver que, á falta de pergaminos, tengo la fuerza.»

Es amable, ¿verdad? Por mucho que le dije que ante la antigüedad de nuestras razas un Valroy no valía más que un Piscop...

—¡Muy bien!—exclamó el Marqués.

—Enteramente justo—confirmó la Marquesa.

—No quiso oir nada... Es ya la guerra declarada. Así estamos después de tres días de matrimonio.

—Y bien, está bonito—confesó Godofredo.—Ya no hay respeto en la época en que vivimos...

—Es un palurdo—dijo Adelaida.

—Ciertamente—respondió la joven,—pero es un poco tarde para reconocerlo; ese palurdo es mi marido.

—¡Bah!—dijo Carmesy siempre ligero,—todo eso se arreglará al primer hijo.

—¡Gracias!—respondió Bella;—la perspectiva es alegre...

En este momento apareció Gervasio sonriendo astutamente.

—Y bien—dijo al entrar,—¿me han quitado ustedes bastante el pellejo?... ¿Sí?... Pues hablemos de otra cosa... Si el invierno continúa así, se van á helar las patatas...

Gervasio exageraba su grosería con un gozo de desquite. Tenía en su poder á toda aquella gente.

Tales eran las relaciones de Piscop y Carmesy tres días después de la boda de los dos herederos de aquellas razas tan distintas.

Con el tiempo la diferencia, la división y la aversión no hicieron más que crecer. Las familias Grivoize y Piscop se aliaban á Gervasio, le sostenían y le animaban en sus venganzas brutales contra los Carmesy y, sobre todo, contra Arabela.

Hombres y mujeres la detestaban. Los hombres porque envidiaban á su marido; las mujeres porque la envidiaban á ella, por espíritu de origen y por ese sentimiento, natural en la fealdad, de odiar á la belleza.

Además, las familias se aumentaron pronto con nuevas reclutas que no fueron las menos activas en la animosidad. Anselmo, Timoteo y Antonín se casaron también, pero, con mejor sentido, eligieron campesinas ricas, cuyos padres, gente de zuecos, amontonaban los pesos. Venidas de los cuatro lados del departamento, aquellas mocetonas de apariencia regocijada fueron las más rabiosas para morder á aquella cuñada delicada y pálida, que descendía de reyes y no se dignaba conocerlas.

Todas ellas en dos años tuvieron dos hijos. Arabela, en cambio, no fué madre; y éste fué el golpe de gracia para aquel matrimonio ya desavenido.

Piscop echaba en cara todos los días á su mujer el dejarle sin sucesión. Gervasio estaba seguro de que no era culpa suya.

Y, al decirlo, hacía tal gesto, que eran fáciles de adivinar otros sufrimientos de aquella pobre mujer, más intensos acaso; las repugnancias nocturnas de los deberes impuestos.

¡No tener hijos! Gervasio no cesaba en su amarga elocuencia sobre este punto.

—No valía la pena de haber comprado muy caro un nombre como el tuyo para no tener nadie á quien transmitírselo después... La nobleza... ya sabes que me burlo de ella. Era por mis hijos.

¡Sin hijos! Casa vacía, silenciosa ó llena de voces furiosas y de vergonzosas querellas, en las que el soprano agudo de la mujer respondía, sin bajar el tono, al bajo sobriamente amenazador del marido.

Fué aquella una trágica lección y un primer castigo para la orgullosa que había aceptado semejante boda contando con ser una reina rodeada de vasallos.

En otro tiempo, cuando preparaba el porvenir, había visto á todos aquellos aldeanos á sus pies, su marido el primero, en una especie de adoración, con los ojos siempre fijos en ella, esperando una señal para tomarla por una orden.

Había creído que los sacos de dinero llenos durante cuatro generaciones por aquellos rudos trabajadores, reventarían por sí solos ante su fantasía, y que no tendría más que alargar las manos para tenerlas en seguida llenas, pues se le evitaría hasta el trabajo de bajarse.

Había esperado súbditos y esclavos, y tenía un dueño y perseguidores. Sus padres disgustados, según decían, se alejaban de ella y la dejaban sola y entregada á las fieras, decía ella. Se habían ido á vivir á la

ciudad próxima en una hermosa casa, comprada y pagada al contado.

Y Bella, sola con Gervasio y con la recova de sus parientes, sentía que su indomable valor la iba poco á poco abandonando.

A los tres ó cuatro años de matrimonio, recobró la memoria como por encanto, y vió en el pasado á aquel Jacobo que tanto la amaba y que la servía de rodillas, con todas las galanterías y todas las delicadezas de una pasión juvenil.

Le echó de menos, y por odio á su marido más que por un tierno remordimiento, se puso á amarle á su vez. Encontraba en su propia casa huellas suyas y la historia de su infancia. En su misma alcoba—su alcoba conyugal—había nacido Jacobo.

Parecíale, á veces, que del suelo, del techo y de las paredes salían olores de opio y perfumes de éter, como en el tiempo de la pobre Condesa; volvía á ver á Jacobo saludándola de lejos con el sombrero, cuando ella llegaba por el camino.

Pero donde la tristeza del recuerdo la angustió más profundamente fué en el cuarto que había sido de Jacobo durante su existencia de niño y de joven.

Aquella pieza estaba casi vacía desde la partida de sus antiguos dueños. Bella hizo instalar allí unos cuantos muebles y la transformó en saloncillo, para aprender en él, no sin dificultad, la ciencia sobrehumana de tener un corazón y de sufrir.

No hay que pensar, sin embargo, que Arabela había llegado sinceramente al remordimiento y al pesar de los actos de otro tiempo. No, era más bien lástima de sí misma por comparación con aquel antiguo tiempo; si su nueva vida hubiera sido dichosa, jamás hubiera echado de menos á Jacobo ni hubiera pensado en él, como no fuera por casualidad.

Pero, ultrajada, humillada y oprimida, se escapaba del presente por los caminos del pasado, sin atreverse á aventurarse en los del porvenir. Y en esos caminos encontraba forzosamente al que la había acompañado en ellos, á su Djeck.

¡Pobre muchacho!... ¿Dónde le habría arrastrado la desdicha?... ¡Pensar que sus dos dolores hubieran podido sumar una felicidad!

El abandono en que la dejaban sus padres era también para ella una fuente de cólera y de rencor. Había servido de objeto en una tenebrosa partida y de cebo á todos los apetitos; y ella sola era desgraciada.

Como Berta, llegaba á acusar á la suerte de injusticia, sin ver, también como Berta, que ella misma había edificado su destino. Adiestrada en la astucia desde la infancia, le había tomado el gusto, y, cuando mentía, encontraba en ello un encanto. En sus exámenes de conciencia, dudaba á veces para definirse y reconocía lo complejo de su naturaleza y lo pérfido de su vocación.

Pero se absolvía muy de prisa. ¿Era culpa suya? De ningún modo. Debía lo que era á sus múltiples orígenes, á todas las sangres mezcladas en sus frágiles venas, sin contar la influencia de las aventuras, de los viajes incesantes y de los países diversos atravesados, por lo menos.

¿Acaso estas neurosis de raza y estas emociones de la vida errante no podían depravar inicialmente un alma y suprimir su responsabilidad? Así lo admitía ella.

Pero con más frecuencia volvía á Jacobo y á todos los Valroy: al conde Juan, su primera víctima, y á la pobre Condesa. Y su memoria se enternecía ante el fantasma, que seguía benévolo, de la señora de Reteuil.

Tales eran sus distracciones más habituales; otras veces hacía ensillar un caballo y salía á galope tendido por el bosque ó á través de prados y campos sin cuidarse de los sembrados... Pero allí también encontraba sus espectros.

Cuando pasaba así, á una velocidad loca, los campesinos que no eran aliados de los Grivoize, se encogían de hombros y no se descubrían. A veces un insulto la seguía con el viento. Se sentía rodeada de odio. Berta se erguía á su paso y le prodigaba las injurias.

Cuando encontraba en el camino gente de la granja, criados de Piscop, también ellos se burlaban por lo bajo, si no manifestaban abiertamente su poca estimación.

En aquella atmósfera hostil, la joven seguía siendo intrépida; levantaba la cabeza, manejaba el látigo y cuando se presentaba un obstáculo, como un seto ó una cerca, empujaba al caballo y pasaba de un salto, dejando detrás de ella á los campesinos asombrados y obligados á confesar que no tenía miedo.

Pero, cuando volvía, acabábase su fiebre al apearse, y Bella se encerraba de nuevo con la cabeza baja en el saloncillo que había sido el cuarto de Jacobo.

Piscop, que ignoraba la antigua distribución del castillo, supo por un criado cuál era en otro tiempo el destino de aquella pieza transformada.

Y su furor fué grande; pues comprendió, al fin, por qué á su mujer le gustaba estarse allí tan largo tiempo. Fué para él una ofensa más de la que juró vengarse un poco mejor.

A todo esto, tuvo una satisfacción: después de años, de pasos é instancias, á petición de Carmesy, último de este nombre, Gervasio Piscop fué autorizado para

usar los títulos y las armas de aquella familia á punto de extinguirse.

Era, al fin, Piscop de Carmesy... A la muerte del Marqués él también lo sería. Y una de las formas de su agradecimiento fué desear la muerte de su suegro.

Pero pronto olvidó esta satisfacción, y, con una obstinación de bruto, se sumió más y más en los odiosos celos de aquella mujer, á la que no amaba, á propósito del pobre vizconde Jacobo, desaparecido del país para siempre, según se creía.

Para siempre, pues era evidente que Reteuil se vendería también. Los Grivoize esperaban con la mano en los cordones de su bolsa para ser á su vez castellanos.

Sin embargo, habían pasado años sin que por aquel lado ocurriese nada nuevo.

Ahora bien, aquella tarde, Gervasio y Arabela, marido y mujer sin hijos, están solos como de ordinario en aquel inmenso comedor, cuyas dimensiones disminuyen aún la importancia de los dos silenciosos personajes.

Han comido tarde, pues Gervasio ha vuelto retrasado. No tienen horas; cuando él está allí, se come; cuando no está, se espera.

Poco importa que Arabela tenga apetito; no es más que la segunda en la casa.

Gervasio ha vuelto sin decir una palabra de excusa ni de explicación. Ha devorado tres platos según su costumbre, se ha bebido dos botellas, ha encendido su pipa y se está sirviendo una copa de aguardiente. Físicamente, está satisfechísimo.

Arabela le contempla fijamente con sus ojos verdes en los que se leen pensamientos de asesinato. Aque-

lla mirada acaba por llamar la atención de Gervasio, el cual levanta la cabeza á su vez, y dice brutalmente:

—¿Cuándo vas á acabar de mirarme?... ¿Me vas á aprender de memoria?

—No, te sé demasiado.

Gervasio rechaza la silla de un empujón, y sale á la terraza para tomar el fresco. Bella le imita, pero se dirige hacia el lado opuesto. La noche estaba obscura y muy cálida, con una amenaza de tempestad que viene del lado del bosque.

Ambos están perdidos en las tinieblas; á ella se la adivina por la blancura de su bata, que forma como una mancha de luz confusa en su fondo de obscuridad; él se revela por la lumbre de la pipa, que se enciende á cada chupada y alumbra una parte de su dura fisonomía, su fuerte bigote y su nariz carnosa, como una aparición vaga y sin gracia, más bien siniestra. Pero él deseaba muy poco agradar y hasta ha olvidado, sin duda, que su mujer está á dos pasos de él. Piensa en los trigos que se anuncian mal, en los árboles frutales que no han dado nada y en la fiebre que diezma los ganados. Parece que por todas partes reina la mala suerte, y todo aquello le irrita profundamente.

Mientras remueve todo esto en su espeso cerebro, escupe de vez en cuando con afectación la saliva de la pipa.

Es uno de sus placeres; ciertamente es palurdo y grosero, pero él se llena de gusto exagerando esa grosería y apareciendo todavía más palurdo de lo que es.

La señora de Piscop—¡oh, rabia!—siente profundamente aquellas injurias tácitas.

En aquel momento se estremece cada vez que el hombre expectora, y se aleja unos pasos más. El lo

ve y lo comprende y se ríe silenciosamente en la sombra.

Bella piensa que pasarán años y años sin que cambie en nada aquel estado de cosas... Tal es la existencia á que está condenada. Se hará vieja y fea, y su vida se habrá pasado sin dejar de ser desgraciada.

Arabela mira maquinalmente hacia el lado de Reteuil. La luna, que acaba de salir, proyecta un reflejo en los vidrios de una ventana del piso alto, al lado del tejado; desde aquella ventana, hace cuarenta años, se tiró de cabeza un Reteuil, por odio á la condición humana... ¡Cómo le aprueba ahora!

Y esas previsiones de un dolor monótono aumentan todavía su postración. Apoyada en la balaustrada de piedra, con la cabeza entre las manos, Bella se entrega á una inmensa desolación, segura de no ser sorprendida en aquel estado de desarreglo.

Pero, de repente, los dos se estremecen á la vez; á lo lejos, del lado de Reteuil, las notas graves de una trompa preludian en la noche; y, á poco, se oye la tocata, potente, imperiosa, queriendo ser oída.

Es la diana, que empuja á los ecos y espanta á los bosques; es un cobre rabioso, soplado por robustos pulmones, que llena el espacio con sus sonoras llamadas y arroja un «alerta» á las conciencias turbadas.

Un solo hombre, en la comarca, ha tocado nunca con aquella enérgica ciencia. Gervasio exclama:

—¡Es él!

Arabela grita:

—¡Jacobo!

Y espontáneamente, en un ademán involuntario, tiende hacia allí los brazos.

Pero ya Gervasio se dirige hacia ella con los puños levantados.

—¡ Ha vuelto!...¿Lo sabías, verdad?...Entra, entra, lo quiero, lo ordeno...

Bella retrocede delante de él, pero no puede resignarse á huir de aquellos acentos metálicos que cantan para su corazón el despertar del pasado. La joven escucha y bebe la armonía ancha y agreste que resuena en los alrededores.

Gervasio, entonces, loco de cólera, la coge por un brazo y la arrastra hacia la casa. Ella se resiste y grita, mientras á lo lejos la trompa frenética de Jacobo canta la *Cita*...

Piscop masculla sílabas incoherentes y grita en su furor:

—¡ Si tu embocadura estuviera á tiro de fusil!...

Encierra á Arabela en el comedor y cierra la puerta; pero todas las ventanas del edificio están abiertas en las cuatro fachadas, y Gervasio sabe bien que ella oye y que el otro le dice desde lejos cosas que él no entiende.

Después le ocurre una idea; entra, descuelga una trompa, se la pone en la boca y sopla en ella hasta reventarse las sienes, como el paladín Rolando en el paso de Roncesvalles.

Entonces se entabla un duelo entre las dos trompas obstinadas; pero la superioridad del primero es pronto evidente y se afirma cada vez más, mientras el otro se va debilitando.

Gervasio tiene conciencia de que está tocando como un vaquero que llama á sus vacas; el Vizconde, en cambio, da al cobre un alma que habla á todos los espíritus. Gervasio, desanimado, deja caer los brazos y renuncia, mientras la trompa de Jacobo toma á lo lejos un acento burlón.

En todas las cabañas, en la granja, en el Vivero, en el pabellón, la tocata ha sonado como una adver-

tencia. El antiguo amo ha vuelto. Los Grivoize dejan ver malas sonrisas un poco inquietas; los campesinos neutros mueven la cabeza con tristes previsiones; en el Vivero, Balvet, que es sordo, pregunta qué es lo que pasa. José lo explica por él y por Clara, que es simple.

— Es Jacobo... Parece que está de vuelta en el país... Vamos allá; la madre se va á volver enteramente loca...

Pero Berta, á la primera nota de la trompa, se ha levantado de un salto de la cama en que la tenía postrada el cansancio; se ha presentado desgreñada, espantosa, radiante, y ha gritado á Sofía y á Regino:

—¡Escuchad!... Bien os lo decía...

Pero es en Valroy, sin duda, por efecto de la sorpresa, donde el efecto producido es más violento. Gervasio Piscop, en su inútil furor, se deshace en injurias que no alcanzan á nadie, amenaza al vacío y se bate con las sombras.

En el primer piso, Arabela, encerrada en su cuarto, un poco retirada de la ventana para no ser vista por su feroz esposo, que le tiraría piedras, escucha la canción con los ojos cerrados.

Aquella tocata evoca en su mente enferma una visión de caza vertiginosa que pasa ante sus ojos; una brillante tropa de jinetes con casacas rojas y de señoras con tricornio y faldas de amazona; otros van en coche, y todos tienen caras conocidas. Allí el conde Juan, allí Jacobo; más allá su padre, el Marqués, y ella misma, Arabela, cabalgando al lado de su madre, también á caballo. En una elegante carretela ve á la condesa Antonieta al lado de la señora de Reteuil.

Cosa rara; los picadores y los ojeadores tienen las cabezas de Piscop y de Grivoize, y la librea les sienta

muy bien. Toda aquella gente se apresura y se empuja entre los gritos de los cazadores y los ladridos de la recova, y pasa al galope arrastrada por un viento de locura.

¿Qué bestia fantástica persiguen así esos cazadores desatentados? ¿Para qué aquel ataque? Bella no lo sabe, y, curiosa, sigue á la multitud por los paseos familiares del bosque.

Pero de pronto, delante de los caballeros y de las amazonas falta la tierra y se descubre un abismo profundo é insondable; nadie parece verle siquiera... Toda la tropa se dirige hacia allí, caballos, coches, picadores y perros, hombres y mujeres, y todos se precipitan en el abismo tumultuosamente y con descuido.

Arabela, á la cabeza de su cuadrilla, va como los demás, sin volver la vista; y, en su sueño, creyendo estar despierta y lúcida, ve distintamente aquella demente cabalgata precipitarse en el abismo, rodar por el barranco y repartirse en el vacío, mientras la armonía belicosa que viene de Reteuil (era un símbolo) con nuevo vigor y casi enfado, activa su estrépito y prodiga su amplitud y sus sonoridades en un *hurra* supremo...

En este momento, con el alma vencida, la mujer de los ojos verdes, que siempre ha mentido, se plantea una pregunta:

«¿Le he amado?»

V

El día de su vuelta á Reteuil fué lúgubre para Jacobo.

En vano su criado, llegado el día anterior, había sacudido el polvo de los años y abierto las ventanas;

la atmósfera seguía pesada como en un palacio encantado; los objetos abandonados tomaban formas extrañas; con más razón aún porque en las antesalas y vestíbulos estaban amontonados en desorden los raros objetos que habían escapado al desastre de Valroy. El retrato del primer antepasado ilustre, el amigo de Law y Pontchartrain, estaba tirado boca abajo en un cesto lleno de libros.

En un cajón cerrado dormían los pergaminos, los títulos y los privilegios, tan irónicos en aquella ocasión.

Estuches olvidados contenían alhajas sin gran valor, como copas y cubiletes de plata, á veces de estilo antiguo y marcadas con una cifra; pesados muebles estaban puestos al azar junto á las paredes de un antiguo salón de honor, ya vacío en tiempo del primer Imperio; la pieza, muy alta, era sonora; y, con la humedad, la madera de los veladores y de las consolas crujía y gemía lastimosamente.

El conjunto recordaba una prendería; pero, para Jacobo, era melancólico. El joven no encontró recuerdos precisos ni el antiguo estado de cosas, familiar hasta el primer piso.

Allí no había cambiado nada desde el tiempo en que la señora de Reteuil habitaba el castillo. Al entrar en una pieza, toda su infancia se le presentó ante los ojos, y lloró; era su rincón cuando tenía doce años, pues era entonces tan dueño de Reteuil como de Valroy, y su abuela, á veces, le tenía á su lado cuando el Conde estaba ausente.

Quiso vivir allí de nuevo, y dió sus órdenes para ello. En los corredores desiertos, aquellos en que el conde Juan besó al pasar á la linda Berta, sus pasos resonaban siniestros y tomaban una importancia angustiosa.

A pesar del verano y del sol del exterior, hacía frío. Jacobo se estremeció diciendo:

«Esto es sepulcral.»

No: la tristeza venía de él y no de las cosas; eran sus ojos los que veían negro.

Comió en un extremo de la mesa, atestada de vajilla, resto de la casa perdida. Al levantarse, tropezó con un objeto que brillaba en la sombra á pesar del polvo que le cubría; era una trompa de caza, aquella con que en otro tiempo exasperaba los instintos guerreros de Bella, que le escuchaba entonces con las narices dilatadas.

La tenía con las puntas de los dedos é iba á arrojarla al olvido, cuando, ante aquel recuerdo, hizo un movimiento brusco, impulsado por una decisión repentina.

Volvió á la mesa, cogió una servilleta y limpió á golpes el polvo del cobre, que reapareció brillante por ciertos sitios. Frotó entonces la embocadura, raspó el moho y trabajó con ardor hasta que el instrumento estuvo en buen estado.

Salió y se adelantó por la pradera; allá, hacia el Oeste, entre las arboledas, divisó las veletas de Valroy y murmuró:

—«Espera un poco...»

Y lanzó su tocata como una llamada, como un desafío; enviaba su tarjeta ó su cartel á sus vecinos los castellanos. Pero no esperaba ser tan bien oído y comprendido.

Al día siguiente estaba en pie muy temprano. La noche había sido mala; había soñado sin dormir.

Anduvo errante por el parque, sin salir de sus límites; de lejos, oculto entre la espesura, vió pasar por el camino personas que conocía, y tuvo un triste placer recordando por lo bajo sus nombres.

Pero pasó un Grivoize, fámulo á caballo, látigo en mano, detalle por el que le conoció Jacobo, demasiado lejos para conocer cuál de ellos era ; y, á su vista, Jacobo se retiró.

El país ofrecía para él sentimientos diversos y opuestos ; le amaba porque había sido testigo y decoración de su vida cuando era dichosa ; le detestaba porque seguía siendo el mismo, después de arruinado Valroy, y sirviendo de marco á la alegría de los demás.

Guardaba rencor al cielo por seguir siendo azul, al viento por ser todavía tibio, al bosque por ser aún verde y al campo por ser dorado, cuando un Piscop tenía á Arabela por mujer en el castillo de Valroy. Y todo lo que le rodeaba le parecía hostil.

Trataba de consolarse pensando que valía más que fuera así, puesto que debía dejar pronto aquel rincón de tierra, sin esperanza de volver, y era mejor no llevarse buenos recuerdos ; pero, en otros momentos, esta idea le partía el corazón ; el joven dirigía entonces una mirada desesperada á todo aquel paisaje que era ya el pasado, y se llenaba de él los ojos para no olvidarle.

Alma contradictoria, ficticia y fabricada por los medios en que había vivido, no debía nada á sus orígenes, que hasta ignoraba, y no sabía nada de la vida más que aquellos asombros...

Los días fueron tristes. Jacobo inventarió los retazos de herencia que le quedaban después de la catástrofe de las dos familias de que creía descender, interrogó los papeles, visitó los archivos, abrió los cajones y los armarios y sacudió de nuevo los polvos de antaño.

En el curso de sus investigaciones y de sus descubrimientos, aprendió á conocer mejor la historia y las

manchas de los Reteuil, que apenas sospechaba. Siempre se las habían ocultado con cuidado, pensando, sin duda, que era inútil profundizar tal materia.

Pasó días enteros frente á frente con los que le habían precedido en la existencia, y cuya sangre, creía él, corría por sus venas. Y se asombró muchas veces de la intensidad de vida que revelan las cosas muertas.

Su abuelo, coronel en tiempo de Bonaparte, le sedujo por sus boletines de victoria y por la brevedad de su brillante carrera. Jacobo le veneró.

Manejó con mano respetuosa, como santas reliquias, la espada, las cruces, las charreteras, las espuelas de aquel caballero del Imperio; desdobló sus diplomas y leyó sus cartas intrépidas, en las que las frases entusiastas sonaban como músicas.

Llegó así hasta las horas supremas: 1816-1820; el coronel á medio sueldo, retirado de oficio, se aburría y viajaba, para «distraerse,» decía, pero en realidad para hacer propaganda, como primer obrero de una vasta conspiración.

De repente, volvía al castillo y se hacía el muerto; la policía de los Borbones miraba hacia él.

Por fin, el joven recordó aquel fin digno de la antigüedad; el tiro que todo lo arregla; el cuerpo del coronel tendido y con la cabeza deshecha en medio de los gendarmes que saludaban aquel cadáver y hacían á aquel soldado los honores militares.

Jacobo se ponía febril con aquellas evocaciones, y después de aquellos días se quedaba pálido y con una arruga en la frente... ¡ Cáspita ! había hecho bien el coronel; para lo que valía la vida... Y, después, un Reteuil no se rinde. Jacobo cobraba orgullo y aquello le hacía bien.

Pero la idea de la fuga espontánea de los tormen-

tos humanos se establecía, pérfida y peligrosa, cada vez más autoritaria, en aquel cerebro fácil á las malas persuasiones.

Y siempre dejaba para más tarde el decidir cuál sería su destino cuando hubiera dejado el país para no volver. El mal se agravó. «Hay una mancha en esa gente,» había dicho Adelaida.

Poseído por la admiración de un suicidio épico, quiso conocer también cuáles habían sido los motivos del segundo Reteuil para desprenderse voluntariamente de la vida tirándose por la ventana.

Y buscó la crónica de aquel abuelo tan cerca de él; del marido de aquella pobre anciana, muerta en sus brazos pocos meses antes.

La viuda había conservado todo lo que venía de él; no por cariño póstumo ni por la religión del recuerdo, sino porque después de aquella muerte lamentable, había encerrado en un cofre, para no abrirlo más, todos los papeles y los menudos objetos que podían recordar á aquel desertor cansado de la batalla humana.

A los cuarenta años, fué el nieto quien levantó el primero la tapa de aquel segundo ataúd, y trató de percibir un alma en aquellas hojas amarillentas. Jacobo lo logró ó creyó lograrlo.

El hijo del soldado del Imperio no se parecía á su padre; ningún entusiasmo; de su correspondencia y de sus notas se desprendía desde la juventud un profundo aburrimiento y una sorda impaciencia contra la vida.

Hasta cuando se dirigía á la joven que debía ser su mujer, el tono no variaba y seguía sin creencias y sin gustos.

Aquel Reteuil debía padecer lo que se llamaba entonces la enfermedad del siglo; había llegado dema-

siado tarde á un mundo demasiado viejo. Nada le interesaba y todo lo veía negro, pero sin causa real para tanta melancolía.

Parecía que, aparte algunos viajes rápidos, había vivido en sus tierras y había vegetado encerrado en su castillo. Ninguna curiosidad, ninguna ambición; ninguna esperanza; un *spleen* inglés á lo Chatterton; una niebla alemana á lo Werther; una desanimación antes de hacer nada mucho más francesa, como Escousse y Lebras, debieron de ser la característica de aquel espíritu apenado.

Era de su tiempo con exageración; la inutilidad de todo le cansaba de antemano y se cruzaba de brazos. De todas las filosofías, interrogadas sin duda, pues aquel desocupado había leído, no había recogido más que la negación en una época en que el nihilismo estaba todavía sin inventar.

Su mismo ocio y la pereza que le estaba permitida fueron sus peores consejeros; buscó demasiado y muy lejos, y no encontrando nada, dedujo el vacío.

Mal de rico; mal de ocioso; si hubiera tenido que trabajar la tierra, ararla, sembrarla, segar su trigo y cocer su pan, no hubiera tenido tiempo ni gusto para criticar el Universo ni para desesperarse.

Se había dejado casar por desidia, por no discutir, por falta de valor ante todo acto voluntario; pero era de presumir que nunca amó á su mujer, la cual, por su parte, se casó con él sin gran convicción.

Debieron de formar una pareja poco unida, por ser ella dada al placer y él á la amargura. Al cabo de un año cada uno se fué por su lado sin cuidarse gran cosa del otro. Hacia aquella época fué cuando viajó más aquel extraño marido.

Sus cartas daban fe; fechadas en países diversos,

todas contaban, sin embargo, un incurable aburrimiento.

Jacobo se deleitó con aquella prosa falaz, y aquel abuelo que afirmaba tan bien que todo hombre era un imbécil y toda mujer una infame, le pareció un sabio y pensador sin igual.

Aquél había contemplado la verdad cara á cara, discernido la fragilidad de los sentimientos humanos y demostrado la vanidad del esfuerzo y la estupidez de todas las creencias. Para el joven, cuya inteligencia era más bien sorda, aquellas frases amargas de un misántropo aburrido resonaron como palabras de oráculo.

Y aquel segundo Reteuil participó en su corazón, aunque en forma diferente, de la admiración filial que ya había dedicado al primero. Sí, tenía mil veces razón aquel desilusionado que había huído de la vida en un acceso de repugnancia un poco más violento que los otros...

Jacobo hizo una peregrinación solemne á aquel cuarto junto al tejado donde su héroe vivió los últimos minutos y se precipitó por la ventana hacia aquel vacío que le atraía como expresión definitiva de la fórmula humana universal.

Apoyado en el alféizar, abrazó de una ojeada aquella decoración en anfiteatro, en la que se había fijado la última mirada del otro; midió la altura, y se retiró espantado al echar de ver qué fuerte era la tentación.

¡Ay! con los días, la idea perseveró, creció y se exasperó. Jacobo marchaba ya entre dos espectros, que le hablaban en voz baja alternativamente.

Abandonó todo proyecto para el porvenir, sin querer precisar nada consigo mismo. Le parecía que llegaba al fin de un largo viaje y que iba á descansar al cabo. Y esta perspectiva le llenaba de dulzura.

Una noche en que el habitual insomnio le tenía los ojos abiertos, echó de ver con sorpresa que sus odios eran menos violentos; buscó la causa y se dijo, después de reflexionar, que también aquello era indiferente, como todo lo demás. Empezaba á aprovechar las lecciones del abuelo.

Otra vez ocupó su memoria la muerte de su madre; pensaba en ella con frecuencia, pero de ordinario afirmaba que su fin no había sido más que un acto de imprudencia. Aquella vez prescindió de sus antiguas ideas y dijo en voz alta:

—¡También ella se mató!

Era natural; su madre era una Reteuil y la mancha persistía.

Quedaba él; Valroy sin duda, pero también Reteuil.

Ahora se creía unido con preferencia á aquella familia trágica.

Recordaba, como si tuviera necesidad de convencerse mejor, los terrores y los remordimientos que su madre le confesó en un día de esperanza; terrores por haberle transmitido la siniestra herencia; remordimientos por haberse casado sabiendo que llevaba en ella una gangrena capaz de envenenar dos razas.

La pobre condesa Antonieta no estaba tan loca como parecía por sus aprensiones; sus tardías penas podían justificarse.

Así lo deducía Jacobo, impulsado hacia su destino.

Sintiéndose entonces mejor y más ligero, como si sus penas se hiciesen menos pesadas ante la certeza de la curación próxima, amplió su averiguación sobre las cosas pasadas y buscó en aquella morada que había sido suya y en medio de aquellos muebles y de aquellos objetos por ella tocados, la presencia de la señora de Reteuil, aquella admirable abuela que tanto le había querido. Juzgó que aquella señora había

sido siempre y en todo esencialmente buena, y la quiso más. Trató otra vez de reconstituir la personalidad de su madre en aquel marco en que había vivido de soltera, y reconoció que había sufrido siempre, por lo que la quiso más también.

Un soplo de libertad refrescaba sus pensamientos, antes de confundirse con el gran Todo; se sentía el corazón anegado de ternura por el ambiente impersonal y de caridad solidaria por unos seres arrojados como él en lo desconocido.

Llegó á encontrar la serenidad y se aproximó á la razón pura, pero pensó cada vez menos en preparar sus días.

—¡Qué bueno será--pensaba,—formar parte del pasado; dormir debajo de tierra, ese rinconcito en la inmensidad; dormir para siempre, aproximado—por la grandeza misma del espacio y del infinito—á todo lo que se ha conocido y amado!

La amplitud de sus pensamientos le admiró; era otro hombre y sonrió al echar de ver que ese hombre acababa de nacer en el momento de morir.

El castillo entero llegó á ser un recuerdo y un motivo de recogimiento; el medio le envolvía y le ahogaba; la locura que había quedado en los rincones obscuros le penetró.

Aquella educación desarrollada todos los días y favorecida por la soledad y la vida de las horas; aquella instrucción de los hechos y de los seres desaparecidos produjeron lo que debían producir: un razonamiento loco, una imaginación alucinada, la descomposición completa de un cerebro extenuado por los ensueños.

Jacobo tenía conciencia de ello y saludaba el fin como una aurora. Aquella hiperestesia no dejaba de tener su encanto. En aquel corazón dilatado, los lati-

dos rítmicos respondían á veces á sensaciones dichosas y á impresiones de gozos negativos; nada había ya, ni bueno ni malo, y todo resultaba beneficioso, pues la suma del mal es la más grande.

Un día vió pasar por el camino á Gervasio Piscop de Carmesy con una escopeta debajo del brazo. Piscop no salía ya sin armas, alarmado por aquella presencia no lejos de él; aquel duro campesino tenía sus flaquezas.

Le vió pasar sin cólera... Arabela se alejaba como todo lo demás.

A veces se sonreía y hablaba solo, como las personas que han perdido la costumbre de toda vecindad. Un día dijo en alta voz:

—Pero ese 15 de septiembre no llega nunca...

Era la fecha en que debía ser pagado su último dominio. ¿Preocupación muy humana?... no, porque ocultaba otra.

Por fin llegó aquel día tan deseado. El vizconde de Valroy recibió un aviso de su notario; los fondos estaban á su disposición.

En el momento respondió por una larga carta recordando el destino de las sumas recibidas y el nombre de los acreedores del *Modern Ahorro*, á quienes había que pagar contra recibo en regla.

Aquella mañana el huésped errante de Reteuil volvió á ser hombre de negocios.

El dinero que quedase estaba destinado á procurar la rehabilitación, después de lo cual, si había todavía algún resto, sería para el Ayuntamiento en que había nacido.

Rogaba á su notario que considerase aquella carta como la expresión de su última voluntad, como un testamento, pues se sentía muy enfermo y estaba seguro de su próximo fin.

De todos modos, el castillo de Reteuil sería evacuado y estaría á la disposición de su nuevo dueño en la fecha indicada en el contrato.

Tomadas estas disposiciones, Jacobo suspiró como quien se siente aliviado de un gran peso.

Ya no tenía más que hacer que ocuparse de sí mismo.

Después de su testamento legal, imaginó un instante hacer uno sentimental. Aquél sería más complejo y exigiría más estudio y cuidado. El joven murmuró un nombre: «Arabela...»

Este era todavía el punto sensible.

Hacía tres meses que estaba respirando su aire y no la había visto ni una vez ni sabía de ella. Su criado no era hablador y atravesaba el país para hacer sus compras sin detenerse en las puertas.

El primer pensamiento de Gervasio al saber la vuelta de Jacobo, fué alejar á su mujer y hasta viajar con ella; pero después pensó que si viajaba sola podría el otro reunirse con ella y que si él la acompañaba sería mucho gasto y mucha molestia. Lo mejor era quedarse como estaba y vigilar á la gente.

No estaba solo para esta tarea; su hermano, sus primos y sus mujeres tenían todos buenos ojos, sin contar los criados que veían bastante claro cuando el juego les gustaba; y todos los campesinos, que no se engañan ordinariamente.

Arabela quedó, pues, si no prisionera, por lo menos con guardias de vista, y Jacobo no pudo verla ni siquiera de lejos. El, por otra parte, no lo procuró.

Lógico consigo mismo, se consideraba ya fuera de la tierra y no tenía para qué perseguir su amor ni su odio hacia los que le sobrevivían; pronto renunció al fugitivo pensamiento de imponer su memoria como un remordimiento y como un castigo.

Poco á poco se apoderó de él el deseo irresistible de ver por última vez, si no el castillo de Valroy, al que su orgullo le impedía aproximarse, aquel bosque que encerraba un mundo, aquella selva encantada, que había abrigado tantas escenas y cuyas tres mil hectáreas pertenecían ahora á Grivoize el menor y á su hijo Hilario...

Y una noche, él, antiguo dueño, se metió en el bosque furtivamente.

Acusado por la mañana de pereza por Grivoize el menor en persona, que decididamente olvidaba el pasado, Garnache se salió aquella noche gruñendo y con la escopeta al hombro.

Le reprochaban no hacer ya rondas de noche, como si no fueran bastante las de día... Si su trabajo no les gustaba, no tenían más que buscar otro guarda... A los cincuenta años las piernas flaquean y hace falta reposo...

¿Y todo para qué? para contemplar la luna; no había un cazador furtivo en todo el término desde que Grivoize había comprado el bosque; se sabía que con él el negocio sería serio y nadie se aventuraba.

En fin, la orden era andar y andaba... no por mucho tiempo, sin embargo. Una mañana de éstas les tiraría el kepis á la cabeza á modo de despedida, y se iría á otra parte á plantar sus coles.

Ciertamente, le daría pena dejar el pabellón donde había nacido, donde se había casado, donde había nacido José á su vez, y donde todos habían crecido y héchose viejos; pero había que conformarse y no inclinar la espalda continuamente...

Así monologaba Regino mientras daba zancadas por las malezas.

Una intención le seducía; la de tenderse tranquila-

mente debajo de un árbol y dormir como un justo hasta el alba...

Pero se rehusaba este gusto por diversos motivos: en primer lugar, un Grivoize ó un Piscop (los había por todas partes, como si brotasen de la tierra), podía tropezar con él; además, cogería frío y humedad y podría atrapar un reuma; en fin, la consigna era la consigna y el deber era el deber.

Y después de esta conclusión estoica, siguió su ronda y llegó á los matorrales.

El bosque era allí espeso.

Los juegos de sombra creaban fantasmagorías en las escasas plazoletas; por entre las altas ramas de los olmos y de los fresnos deslizaba la luna sus rayos hasta producir manchas claras en los musgos, en las hierbas bajas ó en los detritus de estaciones muertas.

De las espesuras salía un dulce suspiro de gran animal dormido; era la respiración de la selva, formada de los cien mil alientos de los seres nacidos en ella y refugiados en el suelo; el bosque los ocultaba, los defendía y los alimentaba, y se perdían en él como en un todo misterioso.

El guarda no estaba penetrado de estas caridades ambientes, demasiado acostumbrado á ese espectáculo para reparar en él; cargó una pipa, golpeó con lentitud el eslabón y encendió metódicamente. Después de unas chupadas, se sentó en el suelo diciendo en voz alta, por el solo placer de romper aquel profundo silencio:

—Supongo que puede uno sentarse; no se pagan las sillas.

Se quedó inmóvil, con la barba en las rodillas y las manos cruzadas en las piernas... Pasaron unos minutos, durante los cuales se veía la lumbre de la pipa como un punto rojo en la vaga obscuridad. La sorda

manifestación de las existencias dormidas siguió solamente produciendo un rumor junto al suelo; el silencio era profundo como una nada.

De pronto, Garnache se estremeció y apercibió el oído; bastóle un segundo para formarse una opinión, y vació despacio la pipa, la metió en el morral, se aseguró las polainas y, con la escopeta en la mano, se escondió entre las malezas; una culebra hubiera hecho más ruido.

—¿Eh? ¿Tendrán razón los piojosos de mis amos?... Alguien anda por ahí, algún pordiosero, sin duda; pero esos son justamente los que mejor saben poner lazos. Hay que ver...

Regino seguía avanzando á paso de lobo; sus ojos, experimentados desde la infancia, distinguían todos los movimientos de la sombra. De pronto vió una forma negra en medio de una calle.

Jacobo se creía solo á aquella hora de la noche y, sin ocultarse, erraba á la ventura entre los árboles; con gran sorpresa suya, veía sin mucha emoción aquellos mil testigos de su infancia.

Con la costumbre que había tomado desde que la vecindad de la locura le había afinado la inteligencia, trató de buscar la causa de aquella indiferencia, y se la explicó.

Decididamente, nada terrenal, pasado ó presente, podía atraerle ni interesarle una hora.

Los tiempos habían llegado; estaba maduro.

Recordaba, es cierto, mil cosas de su infancia y de su juventud; pero todo aquello estaba tan lejos como la toma de Troya.

Sí, siendo muchacho, se había revolcado en aquellos musgos y escondídose entre aquellas hierbas; el cuerpo de aquel muchacho había cambiado y más todavía el alma. Allí había soñado con grandes cace-

rías ó guerras indianas, á los doce años, siguiendo las veredas; tenía en aquel tiempo pocas ideas.

Un recuerdo le preocupó más tiempo.

En aquella plazoleta con tanta tierra, le había dado su padre las primeras lecciones de equitación... ¡Su padre!... Era el único ser que le preocupaba todavía á causa de su fin misterioso y de la posibilidad de que viviese todavía.

Pero no; Juan de Valroy estaba también muerto y bien muerto.

Ni una carta, ni una noticia en cinco años; él mismo había dicho que en este caso se le debía considerar como difunto...

Y en esto estaba pensando cuando le vió Garnache sin conocerle al pronto.

Jacobo atravesaba en aquel momento un rayo de luna; Garnache, á tres pasos de él, salió de la sombra y exclamó:

—¡Señor Vizconde!

El joven, al oir aquella voz inesperada, dió un salto que decía bien el estado de sus nervios; y, después de reponerse, respondió:

—¡Ah! eres tú, Garnache...

—Sí, señor Vizconde.

El guarda tenía la mano en el kepis, lleno de respeto, y, sin embargo, era un vagabundo, un merodeador nocturno el que tenía delante.

—Garnache—dijo Jacobo,—la casualidad hace bien las cosas y celebro encontrarte; pero, ante todo, ¿me vas á denunciar?

—Eso sí que tendría que ver, señor Vizconde.

—Sois personas honradas, tú y los tuyos—respondió el joven pensativo,—y algunas veces tengo pesares por vuestra causa... Regino, tu mujer me ha criado, la pobre Berta... Me quería mucho, y tú también,

lo sé, pero ella demasiado, acaso... puede que más que á su hijo...

El guarda aprobó con la cabeza.

—Es exacto, señor Vizconde; le quería á usted más que á nuestro José y no se podía remediar; era así.

—Sí—continuó el heredero sin patrimonio,—lo sé... pero cuando se es niño se ignoran muchas cosas, sobre todo cuando se está mimado por todo el mundo... Regino, dí á Berta, y repítete tú mismo, que no hay que guardar rencor á vuestros antiguos amos. Mi madre era una enferma sin responsabilidad; no quería ver á nadie, ni á mi padre ni á mí mismo, y mucho menos á los demás, como á Berta, por ejemplo. Mi padre ha estado preocupado y triste durante los diez últimos años; había planteado mal sus negocios y, aburrido de sí mismo, se apartaba de todo el mundo, como tú, Garnache.

Su voz se debilitaba y tomaba una expresión de angustia.

El guarda le contemplaba á la luz de la luna con una expresión de cándida sorpresa, que ni siquiera pensaba en disimular.

¿Era aquél el tiranuelo del país, que no se dignaba responder á los saludos desde lo alto de sus carruajes y llevaba el orgullo hasta la ferocidad?

¡Bien cambiado estaba!

El infortunio le había convertido en otro hombre; tanto mejor: y el marido de Berta se sintió conmovido.

—No, nunca he pensado que el señor Conde hacía mal cuando nos olvidaba; ya sabía yo que tendría sus motivos, y no conservaba de él más que buenos recuerdos. ¡Qué buen muchacho cuando tenía su edad de usted! Tan poco orgulloso, tan alegre... Salíamos los dos al amanecer, con la escopeta debajo del brazo

y el saco á la espalda, y así estábamos hasta la noche. Comíamos al aire libre, sin observar las distancias, pues él no lo toleraba. Cuando avergonzado, á pesar de todo, ponía yo reparos, él se enfadaba y me decía: «No seas imbécil. Hace doscientos años que los Garnache sirven á los de Valroy y la fidelidad equivale al título; si me fastidias, te ennoblezco y te llamo señor de Garnache... Ahora cállate y echa un trago...» Esas palabras se oyen siempre, aun después de veinte años. Decían que nos parecíamos y la verdad es que, á lo lejos y con la niebla, nos tomaban á veces al uno por el otro, y esto me halagaba. Por mucho que se diga, cuando el corazón está lleno de tales recuerdos hay para toda la vida...

—Gracias, Regino—dijo Jacobo con la voz cada vez menos firme,—gracias, por hablarme así...

—Y á usted también le queríamos, á pesar de todo —respondió el guarda con su brutal franqueza.—Es verdad que usted no nos miraba, pero nosotros le veíamos bien y estábamos contentos cuando usted era dichoso.

—¡ Regino!...

Jacobo casi lloraba.

Y entonces, en medio de la plazoleta, los dos hombres se dieron la mano por un impulso espontáneo.

El apretón fué vigoroso por ambas partes. Garnache, á su vez, sintió que un sordo sollozo se le atravesaba en la garganta.

—Señor Vizconde... aunque tuviera usted todas las culpas, lo que no es verdad, este minuto las borraría para mí... ¡ Dios mío! es preciso que los buenos se vayan y padezcan, cuando los malos se quedan y rebosan de alegría... El conde Juan y usted mismo... al lado de un Piscop ó de un Grivoize... Los tiempos son

duros también para nosotros, sin contar que Berta está casi sin razón.

—¡ Pobre mujer !—interrumpió el joven ;—¡ pobre corazón demasiado fiel ! la he apartado de mí por un orgullo estúpido, del que ahora tengo remordimientos... pero en aquel tiempo no pensaba yo solo, pues tenía alguien que me apuntaba sus malas voluntades... ¡ Pobre Berta ! cuánto tiempo hace que no la veo... Sí, desde aquella famosa noche en que vino á advertirme la fuga de Arabela... pero no hablemos de esto.

—Pues bien—dijo Garnache sonriendo á pesar de su tristeza ;—yo puedo decir á usted la verdad ; si usted no la ve, ella le ve todos los días.

—¿ Cómo es eso ?—dijo Jacobo asombrado.

— Lo más sencillamente del mundo. Durante los cinco años de su ausencia de usted, no ha cesado de rondar por Reteuil, convencida de que un día ú otro iba usted á presentarse. Estaba aferrada á esa idea y es obstinada. El día en que usted volvió estaba allí y le vió pasear por el parque. Desde entonces se pasa la vida en el bosquecillo sin apartar de usted los ojos. Ahí tiene usted lo que es Berta.

—¡ Ah !—exclamó el joven sorprendido y encantado, pues para aquel aislado de la vida toda prueba de cariño era preciosa ;—entonces soy todavía más culpable. Díle que tendré gusto en que vaya á Reteuil, contigo... y con José á quien tanto he despreciado... pero daos prisa...

Dijo estas últimas palabras en un tono tan plenamente triste, que el guarda se estremeció á pesar de su poca inteligencia.

—¿ Por qué, señor Vizconde ? ¡ Cómo dice usted eso !...

—Porque dentro de quince días, Reteuil estará vendido y tendrá otro dueño... Preciso era pagar las deudas de mi padre y lavar el nombre de Valroy de una

mancha que no ha merecido, pero que existe. Ya está hecho. Pero, después, todo habrá acabado para nosotros en la comarca.

—Entonces—dijo Garnache con la cabeza baja,—siento haber encontrado á usted... como es, para perderle... ¿Pero qué va á ser de usted? Es un antiguo servidor el que se atreve á preguntárselo.

—Tú lo sabrás, Regino—dijo lentamente Jacobo,—y por eso te repito que os despachéis.

—Señor Vizconde—murmuró el guarda,—tiene usted todo el aspecto de pensar malas cosas; á los veinticinco años se puede rehacer la vida.

—¡Bah! no vale la pena—exclamó el último Valroy-Reteuil con un ademán de cansancio.

Y dijo en seguida, pasando á otro orden de ideas:

—Esta noche tenía gana y necesidad de volver á ver la selva que también ha sido mi nodriza... Hace tres horas que ando por aquí rodeado de fantasmas...

Con un poco de extravío, añadió:

—Tu presencia los ha ahuyentado, pero dentro de un momento, cuando esté solo, volverán á venir... Créeme, antiguo amigo de los Valroy: éste es el fin de nuestra raza...

Y, dicha esta frase, cuyo lúgubre sentido confirmaba las precedentes, Jacobo se separó bruscamente y emprendió el camino, haciendo un gesto con la mano que era un adiós y una prohibición de seguirle.

Garnache se quedó vacilante en la plazoleta, pero su respeto al amo le impidió correr detrás de él.

El guarda, una vez solo, encontró que la noche era más sombría y la selva más huraña; había luto en el aire y Regino sentía el corazón oprimido y el alma desamparada... Por fin, murmuró: «No puedo hacer nada» y siguió su ronda por los bosques silenciosos.

¿Qué hacer? ¿Y Berta? estas preguntas quedaban

sin respuesta. El guarda, taciturno, meditaba andando.

Ahora bien, en realidad, para demostrar la locura de las apariencias y probar una vez más que la idea es más real que el hecho, los que acababan de encontrarse y de hablar así eran padre é hijo...

Al día siguiente, Regino se fué á ver al anciano Balvet para pedirle consejo; no había dicho nada á Berta, temiendo causarle una alegría de un día precediendo á una eterna desesperación.

Contó la aventura al anciano y á José y les confió sus temores... «Jacobo parecía resuelto á morir.» Los otros le escuchaban indecisos y asombrados de que el antiguo amo se hubiese metamorfoseado hasta ese punto.

—Y bien—dijo el guarda como peroración;—¿debo decírselo á Berta?

—No—dijo Balvet.

—No—dijo José.

Habían respondido á la vez y sonriendo al ver que también entonces eran de la misma opinión.

—No, mil veces no—repitió José;—no hay más que penas que recoger por ese lado... Que deje el país para siempre ó que muera, será para nosotros el mismo dolor, puesto que no le veremos más. Pues bien: mi madre está acostumbrada hace años á esa idea y resignada á su modo. Si le vuelve á ver, si él le dice sobre todo buenas palabras como á usted, llorará de alegría; pero después, cuando suceda lo que deba suceder, llorará sangre y estoy seguro de que morirá... Preparada como está, sufrirá menos. Dejémosla tranquila.

—Creo que José tiene razón—dijo Balvet;—hay que cuidar á Berta y evitarle las emociones. Si realmente Jacobo debe morir, es preferible que no le haya visto,

al menos de cerca, y sobre todo convertido en bueno. Le querría aún más, si es posible, y después sería horroroso...

—Esa es también mi opinión—afirmó Garnache;—no le diré nada. Y, aun así, estoy bastante inquieto.

Berta no fué advertida y continuó en su puesto de observación contemplando á Jacobo, sin sospechar que le era permitido acercarse á él.

Con frecuencia el ver al joven la llenaba de curiosidad y no comprendía sus actitudes. ¿En qué pensaba? Así, cuando retrocedía en la pradera, tenía la vista fija durante largo rato en una ventana, la más alta, al lado del tejado.

Berta levantaba los ojos y examinaba á su vez el sitio, sin descubrir nada que mereciese tanta atención.

Otras veces el joven iba y venía con las manos en la espalda delante de la fachada principal, se paraba cada vez que pasaba por la escalinata y parecía que contaba los escalones con la cabeza baja.

Berta no sabía que fué en aquel sitio donde el conspirador bonapartista cayó con la frente agujereada con una bala; si lo hubiera sabido, hubiera comprendido.

Otros días y otras horas el pobre Vizconde se sentaba en un banco de madera al lado de un castaño gigantesco, y allí, bajo la bóveda de la arboleda, permanecía con los ojos cerrados. Berta le distinguía apenas, más bien le adivinaba; y para no turbar lo que ella creía sueño, la infeliz mujer, aunque estaba muy lejos, retenía el aliento y le mecía en su mente.

Aquel amor maternal al que nunca se había permitido una libre expresión y desnaturalizado desde el principio, se convertía á la larga en una temerosa idolatría. A fuerza de desempeñar ante aquel falso Viz-

conde papeles de sirvienta, había contraído una indestructible humildad y una habitual sumisión.

Y, ciertamente, si por un milagro se le hubiera devuelto aquel hijo con todas las pruebas de su verdadero origen y reconociendo él mismo que aquella era su madre, Berta no hubiera podido hablarle de otro modo que como una esclava.

Era ella, sin embargo, la que le había puesto donde estaba; pero las circunstancias le habían levantado todavía, y el joven se perdía en unas cimas de gloria.

Algunas veces, en un corto instante de lucidez, se comparaba con él: ella mujer de los bosques, casi salvaje y con un aspecto impropio todavía de la mujer de un guarda, á pesar de haberse criado en un castillo para servir los monótonos caprichos de una noble dichosa.

Y él—su mirada aumentaba de intensidad,—un hombre robusto, elegante, refinado, con el bigote largo, como Juan (Juan, ¡ qué recuerdo !...) Y, en seguida, se decía para sus adentros que era dichoso que el amo y el guarda, hijos de la misma tierra, hubieran tenido entre sí grandes puntos de semejanza.

Después pensaba que siendo ella vieja, fea y repugnante, valía más que Jacobo no pudiese verla, puesto que ella le veía.

Pero al día siguiente del encuentro de Jacobo y el guarda en el bosque, le pareció que varias veces el joven levantaba la cabeza hacia ella y detenía la vista en su escondite, como si esperase ó viese algo.

Berta se escondió y se aplastó un poco más, temblando haber sido sorprendida... Después el joven dejó de mirar.

Al otro lado del valle, en la vertiente Oeste y en medio de la espesa arboleda, también acechaba Arabela.

Por rebeldía, por espíritu de oposición, hacía pro-

fesión de amar á Jacobo. El día en que echó de ver que cada uno de sus pasos era medido y que un ojo la seguía detrás de cada mata; que el más palurdo de los campesinos, cómplice de sus enemigos naturales, entornaba los ojos á su paso y la observaba mientras era visible; cuando comprendió que todo el país se declaraba contra ella y se aliaba con Piscop y con Grivoize; cuando vió que estaba sola y abandonada, hasta por sus padres, que querían vivir bien, Arabela aceptó la lucha y emprendió la batalla.

Las escaramuzas no cesaron ya entre ella y Gervasio, y como él no estaba en el castillo más que á las horas de comer, á esas horas era, sobre todo, cuando se empeñaba la acción, especialmente por la noche, que era cuando había tiempo.

¿Pero en qué emplear el día, tan largo y vacío? Arabela vigilaba el camino desde el terrado, como Jacobo cuando era niño, siempre con la esperanza de ver pasar á aquel que ahora le complacía llevar en su corazón, únicamente por odio á otro más cercano.

Durante tres meses aquella esperanza no se realizó. Arabela se admiró al ver que Jacobo no la buscaba. ¿La habría olvidado? No, el joven no poseía ese temple de carácter. Huía de ella más bien porque la temía, por no sufrir al ver á aquella mujer que era de otro.

Ante esta idea se encogía de hombros; su moral fácil no hubiera retrocedido ante ciertos acomodamientos. Era la mujer de un Piscop porque éste era muy rico, aunque ella no lo había notado hasta entonces; pero esto no era una razón para no ser amada por un caballero sin fortuna y distinguido por sí mismo, papel honroso para ella.

No sospechaba el estado de eterno extravío ni la monomanía creciente en que vivía su antiguo enamorado.

Ella misma, con todas sus seducciones y todo su encanto, si se hubiera ofrecido estando libre y con un completo olvido del pasado, hubiera sido, sin duda, impotente para retener aquella alma que quería escaparse; aquella alma penetrada por el contagio de la muerte voluntaria, latente en los muros de Reteuil, y que agitaba las alas en su cráneo, demasiado estrecho, como un pájaro en su jaula.

Si Bella hubiera venido á él con las manos tendidas, ella, la amada de los quince años, Jacobo la hubiera rechazado exclamando: «¡Es tarde!» y hubiera vuelto á su sueño que ya no acababa.

Pero ella no sabía y creía que seguía siendo soberana y que él no se atrevía.

No le costó trabajo á Piscop adivinar la causa de aquellas estaciones prolongadas; y se reía de ellas, ahora que sus espías le habían enterado. Era sabido que el vizconde de Valroy no salía de sus muros ni quería ser visto. La señora de Piscop podía, pues, esperarle cuanto quisiera; él no tenía más que divertirse con ella, y esto era lo que hacía.

Todas las tardes reanudaba la misma guasa en el punto en que la había dejado la víspera y preguntaba con solicitud si había pasado bien la tarde y si el punto de vista del terrado seguía siendo tan encantador... Después le decía:

—¿A quién has visto pasar por el camino? ¿Al cura?... ¿Al notario? ¿Tampoco?... Entonces has visto al cartero; no me lo niegues, has visto al cartero... ¡Bah! no dirás que te faltan distracciones.

Arabela hervía y palidecía de cólera al oirle, y su delicada mano se crispaba en el mango de un cuchillo de plata. El lo veía y gozaba extraordinariamente. Ante el desdén de su mujer hubiera desistido sin du-

da; pero Bella vibraba y era demasiado violenta para disimular.

Soñaba con la venganza y hasta con la fuga... Pero ¿dónde y con qué dinero? Sus padres la acogerían acaso, pero sería con el único objeto de traérsela sumisa y arrepentida al soberbio esposo que la reclamaría. No había que esperar ayuda por ese lado.

Pensaba á veces marcharse sola llevándose un buen fajo de billetes de banco; pero Gervasio no era hombre de dejar á la vista papeles de ese género.

Por fin, en los últimos tiempos, Bella creyó que había sufrido bastante para afrontar el escándalo; se persuadió de que su amor á Jacobo podía salvar todos los obstáculos y decidió ir á él ya que él no venía.

Gervasio seguía riendo y preguntando noticias del cartero, del notario y del cura. Ella, entretanto, buscaba los medios.

Un día vió pasar á Berta y se le ocurrieron ideas que creyó ingeniosas.

Era legendario que aquella mujer se arrojaría al fuego por Jacobo, y con más razón se encargaría de todas las misiones que pudieran agradarle y de darle las cartas que hubieran de causarle placer.

Era aquél un mensajero seguro y confidencial, y Arabela se prometió bajar al camino y detenerla la primera vez que la viera pasar. Tanto peor si alguien sorprendía la conversación... En primer lugar no tenía en sí nada de sospechosa, y, además, estaba decidida á todas las audacias...

Berta no volvió á aparecer durante tres días.

Por fin el cuarto, á eso de las cinco, la miserable, con el cabello lleno de hierba y arrastrando los zuecos, se presentó junto á los muros de Valroy, que seguían sagrados para ella. Allí vivía un fantasma, la infancia de Jacobo.

Levantó la cabeza y vió á Arabela; su negra cara se contrajo al ver á su peor enemiga, y cerró los puños, pero con gran sorpresa suya, la joven se inclinó sobre la barandilla y le gritó:

—Espere usted, tengo que hablarla; ya bajo.

La anciana campesina, intimidada á pesar de todo por aquella orden, se quedó inmóvil.

Berta esperó; pero mascullando por lo bajo vagas amenazas hacia la mujer de los ojos verdes. Bella se acercó rápidamente, escondiéndose con la muralla para no ser vista, é hizo seña á Berta para que se acercase; después inspeccionó el camino de una ojeada.

La joven tomaba precauciones á pesar de su aspecto de bravura, no enteramente exenta de temor por el salvaje de su esposo. Por fin dijo muy de prisa:

—Berta, ¿quiere usted complacer á Jacobo?

Al oir este nombre, á pesar de su desconfianza, la cara de la vieja se iluminó de ardiente pasión, y dijo: «sí» con la cabeza, sin hablar.

—¿Quiere usted llevarle una carta mía?

Berta retrocedió y, también por señas, sin una palabra, dijo: «¡No!». Había tenido tiempo de reflexionar.

Arabela, despechada, preguntó:

—¿Por qué?

Y la vieja con los labios babosos, la mandíbula contraída y el cuerpo inclinado como si quisiera morderla, le dijo en la cara, con voz ronca y furibunda, que se oía de lejos:

—¿Por qué? Porque eres el diablo y no sabes más que mentir y hacer daño, porque bastante ha sufrido por tu causa sin que la cosa siga adelante. Una carta tuya es un papel que apesta á traición. ¿Qué más quieres cogerle? Tienes su castillo, el cuarto en que ha

nacido, sus tierras, sus bosques, todo su patrimonio; tienes su corazón, que has hecho pedazos; ¿quieres su cerebro?... No es seguro que sea suyo todavía. Pero no cuentes conmigo para entrar en su casa; la puerta está guardada; hay un perro, que soy yo.

Y dejando á la señora de Piscop-Carmesy estupefacta y aturdida por tal recepción, la mujer de Garnache se fué gesticulando y dando zancadas por el camino. Berta gruñía:

—Hubiera debido tirarle piedras, como hace cinco años...

Arabela subió los escalones lentamente y muy pensativa. Decididamente, no era querida; por una vez que quería vengarse, la cosa le salía mal. Los dioses protegían á Piscop.

Pero por muy poco tiempo que había pasado en el camino recibiendo los piropos de aquella vieja, había sido vista, y aquella intentona abortada, iba á tener consecuencias como si fuera un crimen realizado.

Serían las seis y ya caía la noche, cuando Gervasio volvió al castillo con su caballo negro y látigo en mano, después de haber pasado la tarde inspeccionando sus tierras.

Ya llegaba, cuando se cruzó en el camino con un campesino que iba con su horquilla al hombro hacia la aldea. Aquel hombre dijo al pasar:

—Buenas tardes, señor Gervasio.

—Buenas tardes.

Pero el aldeano insistió:

—Buen día hemos tenido... Ya he visto á la señora.

Piscop tiró de las riendas, y, sospechando que debajo de aquella política podía haber alguna guasa, preguntó:

—¿Qué señora?

—La de usted.

—¿Dónde?

—Allí, en el camino... estaba hablando con la Garnache.

—¿Berta?

—Sí, Berta.

Gervasio soltó un sordo juramento, pero después, aparentando calma, respondió:

—Buen provecho les haga. Buenas tardes.

Gervasio volvió las riendas y se alejó. El espía voluntario se quedó riéndose silenciosamente. Piscop pensaba:

—Ahora habla con Berta esa loca... ¿Qué estarán fraguando las dos? Esto es nuevo... hay que ver.

Trescientos metros más allá, una criada de la granja desembocó por una senda conduciendo las vacas; el caballo de Gervasio se asustó en la penumbra, sorprendido por aquel rebaño, y su dueño le sujetó vivamente; después interpeló á la muchacha:

—No sabes siquiera conducir las vacas... ten cuidado, idiota.

Pero la idiota, mientras reunía su ganado, murmuraba palabras confusas:

—Se conduce como se puede... No haría usted mal de guardar mejor á su gente...

—¿Qué estás diciendo? — respondió Gervasio, deteniéndose por segunda vez.

—Nada... se ve lo que se ve, se sabe lo que se sabe...

Y cambiando de tono, como si sus nuevas palabras no tuviesen relación con las precedentes, añadió:

—He visto á su señora de usted hace un momento...

—¿Tú también?

—Se ha estado cerca de una hora hablando con la mujer del guarda... Parece que tenían muchas cosas que decirse...

—Sí, ya lo sé—respondió Gervasio; no quería confesarlo, pero la cólera le ahogaba. Siguió andando.

No hacía cinco minutos que trotaba por el camino, cuando oyó detrás de él el paso de otro caballo. Una voz que le llamaba le hizo volver la cabeza, y reconoció á su hermano Anselmo.

—Gervasio...

—¿Qué quieres?

—Te andaba buscando.

Cuando estuvieron juntos, Anselmo explicó en voz baja:

—Escucha: no me gustan estas comisiones, pero el honor de la familia ante todo. Me acaban de decir que Arabela ha hablado largo rato, hace un momento, con Berta, ya sabes, la nodriza del Vizconde y su sirviente adicta. Parece que no es la primera vez que lo hace. Ten cuidado, porque eso no me huele bien. Presumo que hay más correspondencia de la que tú crees entre Valroy y Reteuil. Mucho ojo...

—Gracias—dijo Gervasio, que esta vez sentía impulsos sanguinarios;—lo sabía ya, pero, gracias, de todos modos.

—No hay de qué—respondió el hermano;—es un servicio que te hago.

Volvió las riendas y se fué satisfecho.

Una vez solo, Gervasio puso el caballo al paso y reflexionó. Así, pues, gracias á Arabela, se burlaban de él en el país; todo el mundo, su familia, sus criados y los campesinos se guaseaban con él y bromeaban sobre su aventura.

En efecto, la cosa debía ser cierta; Bella estaba demasiado tranquila para no maquinar algo. Y él, el imbécil, que se creía tan seguro y no sospechaba nada... Pues bien, su mujer iba á ver quién era él.

—¡Ah, señora Marquesa! se cree usted demasiado

gran dama para tener nada que temer... ¿Sí? Pues vamos á ver eso.

Dió un espolazo, soltó las riendas y salió á galope tendido, impaciente por presentarse como un vengador ante aquella culpable.

La culpable no sospechaba nada; su conversación, si así podía llamarse, con Berta Garnache, había sido tan rápida, que no podía figurarse que nadie la hubiera sorprendido.

Bella vió llegar á su amable esposo sin la menor aprensión. Traía un aspecto agresivo y furioso, pero como era lo habitual, no hizo ningún caso.

Al echar pie á tierra, Gervasio se preguntaba cómo iba á proceder en sus acusaciones, y creyó de buen tono empezar por la ironía, en la que se creía una especialidad, lo que era una de sus debilidades.

Se mostró descuidado y tranquilo, papel en el que resultaba todavía más irritante. Arabela se puso pronto nerviosa y frunció las cejas. El marido dijo:

—¿Cómo va, hermosa mía? Veo que te brillan los ojos... ¿Has pasado un día feliz?... ¿Has visto pasar al?...

—¡Déjame en paz!—dijo Bella con impaciencia;—eres insoportable con tus estribillos; se te debía ocurrir otra cosa.

—Espera, espera; hoy tengo novedades.

Bella, ya inquieta, se estremeció.

—¡Qué casualidad! ¿Cuáles son?

—Mucha prisa tienes...

Pasaba un criado y Gervasio se calló. Cuando estuvieron solos, se plantó delante de ella y le preguntó, mirándola á los ojos:

—¿Qué has hecho esta tarde?

—¿Yo? nada, como de costumbre. Ya sabes que no

salgo de aquí. ¿Para qué?... Además, no quiero cansar á tus espías.

Gervasio, entonces, estalló.

—Pues bien, mis espías aseguran que has salido esta tarde; no muy lejos, al camino, al lado del terrado.

Arabela palideció al ver venir el drama.

—Es posible... pero no se trata de un acto tan importante que te dé derecho á pedirme cuentas.

—Eso depende de las apreciaciones. ¿Qué tenías que decir á Berta?

Sintiéndose cogida, furiosa por estarlo y cansada de sumisión, aun fingida, Bella, á su vez, se puso violenta.

—Si trata usted, señor mío, de buscarme una querella más, no le responderé. Esto es completamente estúpido... Si no puedo siquiera decir dos palabras á una mujer del país...

—¿No me respondes? ¡Cuidado! Esa mujer del país es la nodriza de Jacobo; vas á decírmelo todo, lo quiero... ó si no...

—¿Si no, qué?

Bella le desafiaba frenética y tan hermosa en su enfado, que Gervasio se quedó deslumbrado y lleno de amarga pena por no ser amado por tal mujer; al pensar que amaba á otro, una furiosa rabia de celos le mordió en el corazón y le volvió loco.

—Si no, te aplastaré con estos dos puños y pisotearé tu linda persona con mis zapatos de campesino... Pero vas á responderme, y ahora mismo...

La cogió del brazo y la levantó del suelo: tan grande era su fuerza. Ella le insultó, convulsa y retorcida:

—¡Bruto, cobarde, bandido!... Sería una delicia engañarte, patán...

Todas sus palabras eran bofetones que él recibía en plena cara.

Gervasio le puso la mano en la boca para cortar los insultos, pero ella le dió tal bocado, que el hombre soltó su presa y retrocedió dando un grito de dolor.

—¡Buscona!

Levantó el brazo y ella vió venir la muerte, pero no se movió. Aquel brazo, sin embargo, cayó sin tocarla; Gervasio, con la cara morada, se ahogaba. Se arrancó el cuello y la corbata, y, anheloso y grotesco, se quedó mirándola con expresión estúpida. Bella se aprovechó de aquella impotencia momentánea.

—¡Cuidado, señor mío!... Hay gendarmes... No se mata á la gente sin ser molestado... Creo que para los dos se ha llenado la medida. Lo mejor y lo más digno es separarnos. Se lo propongo á usted; acepte pronto.

Gervasio volvía en sí y recobraba el aliento, todavía hiposo, pero su cólera se calmaba. El marido murmuró:

—¡Me estás matando!...

Bella se echó á reir, juzgándole vencido y ya sin cólera. La tempestad se alejaba y con ella el peligro.

Aquella risa le dejó estupefacto; no comprendía á las mujeres y encontró superior y admirable á la suya. Además, recordaba una frase de su serie de ultrajes: «Sería una alegría engañarte,» y aquel condicional le tranquilizaba. En su furia, Bella no podía haber mentido; luego no había nada todavía...

Arabela seguía riendo con una risa aguda que hacía daño y que él, que jamás la había comprendido, creía sincera. Gervasio balbució:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que quieres?

Bella triunfó; los papeles se cambiaban.

—Es muy sencillo: divorciarme.

Gervasio se encogió de hombros.

—Tú dices eso...

—Lo digo porque lo pienso. Escucha: me he casado contigo, bien lo sabes, para ser rica. Me habías prometido de lejos mil ventajas y no has cumplido ninguna de tus palabras. Soy más pobre que nunca y estoy, además, sujeta, prisionera y rodeada de espías, lo repito. ¿Cuál es mi vida? ¿Es esto existir? Como, bebo y duermo, es verdad... ¿Pero, qué más? Estoy enclaustrada en este castillo, en el fondo de esta provincia, sin afecciones, sola conmigo misma y sin esperanza de cambio.

Gervasio murmuró:

—Exageras...

—No, por cierto. Puesto que se me rehusa todo lo que había creído obtener por mi matrimonio, tengo el derecho moral de romper la alianza, y, desde hace un instante, tengo el derecho legal. Acabas de pegarme.

Con aspecto de enfado, frotándose el dedo como un niño rencoroso, Gervasio replicó:

—Tú me has mordido... estamos en paz.

—Ha sido después, para defenderme... Ahora bien, las vías de hecho legitiman el divorcio; y las ha habido.

—Nadie lo ha visto—objetó Gervasio con astucia.

—¿Estás seguro? Hace un momento he dicho tres palabras á Berta, y una hora después lo sabías, porque me habían visto... No dudes que alguien ha visto la naturaleza de nuestra conversación... Yo me encargo de buscar los testigos...

Piscop miró alrededor, investigando las sombras. Tenía un aspecto tan lastimosamente grotesco, que Bella estaba encantada. Gervasio preguntó por fin:

—¿Cómo vivirás divorciada?

—En primer lugar, tengo la casa de mi padre...

Piscop movió la cabeza:

—Lo que es ese...

Pero ella le interrumpió resuelta:

—Y después no importa cómo...

Y añadió resplandeciente de orgullo:

—Una mujer como yo, encuentra siempre un asilo.

Los dientes de Gervasio rechinaron y exclamó:

—Cállate; todavía eres mi mujer...

—Bueno—respondió Bella,—no vayamos á volver á empezar. Esos modales pueden pasar una vez. Está dicho; nos divorciamos.

Y respiró violentamente, como aliviada de un gran peso. Gervasio vaciló, y después se negó, descubriendo cándidamente su alma:

—No, no quiero; habría que devolverte tu nombre, y eso jamás. Soy Carmesy, y seguiré siéndolo.

—Eso es todo lo que te detiene...—dijo Bella admirada al ver que la tenía tan poco en cuenta.

Gervasio replicó:

—No, hay otra cosa...

—¿Qué? Anda, puedes decirlo todo...

—Tengo miedo de que te vayas á buscar á Jacobo.

—¿No hay nada más?

Gervasio se quedó pensativo y dijo muy bajo:

—Puede que no sea todo...

—¿Qué hay más?

Piscop la miró con fijeza y respondió:

—Nada... te pondrías demasiado contenta...

Bella vió la victoria é insistió con su encanto diabólico y sus maneras de los grandes días, cuando quería seducir. Gervasio, vencido, bajó la cabeza y confesó:

—Hay tu persona... puesto que estamos dándonos explicaciones, ¿crees que no sufro yo también un poco?... Si hubieras querido, la casa sería tuya... Pero

desde el primer día, y aun antes, he comprendido que no te casabas conmigo más que por el interés. No tenías inconveniente en decírmelo. Por eso no he cumplido mis promesas y he sido muchas veces duro contigo. Si hubieras aparentado un poco de amistad por mí, no hubieras tenido más que hablar para ser servida, á pesar de mi familia, de mis padres y todo lo demás... Pero me has tratado como un lacayo, como un Piscop... Y te he devuelto golpe por golpe, maldad por maldad, desdén por desdén. Esta es toda la historia... Acuérdate de nuestra primera noche de boda.

Bella se sonrojó é hizo un gesto para rechazar aquel recuerdo.

Gervasio continuó:

—Trata una vez de ser menos gran dama... un poco menos altanera conmigo, y creo que ganaremos los dos.

Bella le escuchaba encantada y sin pensar ya en Jacobo, puesto que el déspota abdicaba... Su respuesta fué más condescendiente:

—Confieso que me asombra ese nuevo tono en tu boca. ¿Por qué has esperado tanto tiempo para hablarme así?

—¿Qué sé yo?... Mi naturaleza, en primer lugar, después los consejos... Creía en la fuerza, y ya no creo.

Bella contestó entusiasmada:

—Entonces, hacemos las paces...

Y una vez más se puso tentadora, linda y sonriente, con los blancos dientes á flor de los labios y dejando filtrar de sus ojos á través de las pestañas un rayo incendiario.

—Sí—repitió Gervasio,—las paces, á despecho del mundo entero.

Después, cogiéndole la mano, añadió mirándola de frente:

—¿Entonces, Jacobo?...

Bella prorrumpió en una risita seca y, esta vez, despreciativa.

—¿Jacobo? Puedes estar tranquilo por ese lado. Le amo enteramente igual que en otro tiempo...

Gervasio, á su vez, respiró con satisfacción.

En este momento apareció un criado en la escalinata y anunció:

—La señora está servida.

Piscop, convertido en galante, ofreció el brazo á su mujer, muy divertida, y entraron en la casa. La comida fué muy alegre... Piscop habló de numerosos proyectos é hizo nuevas promesas. Pero esta vez debía cumplirlas, y las cumplió.

De este modo, Jacobo, hasta en sus últimos días hacía la felicidad de Arabela.

VI

Aquella mañana corrió la noticia por la aldea, sin que se supiera su origen, de que el castillo de Reteuil y sus tierras estaban vendidos.

El nuevo propietario, un señor de París, un barón, según se decía, debía instalarse allí la semana siguiente, á principios de octubre.

Formáronse grupos en la plaza de la iglesia, y comentaron el suceso. Los unos negaban sin saber por qué; los otros afirmaban con empeño, sin estar mejor enterados.

—Se hubiera sabido... Hay periódicos que anuncian las ventas.

—¿Los ha leído usted?

—No.

—Entonces...

Pero Regino Garnache se acercó al grupo, se enteró del sentido de la discusión y los sacó de dudas:

—Sí—dijo,—es verdad; lo sabía.

Los que negaban protestaron ofendidos, y uno de ellos dijo:

—¿Y cómo lo sabías?

Se oyeron tantas voces que también pedían explicaciones:

—¿Quién te lo había dicho?

—¿Por qué no se lo has contado á nadie?

Garnache se encogió de hombros y respondió desdeñosamente:

—Alguien me lo había dicho.

Pero los campesinos, obstinados, no se contentaban con tan poco, y por todas partes contestaban en tono de burla:

—¿Quién es ese alguien?

Entonces, para cerrar el pico á todas aquellas comadres y desembarazarse de ellas, el guarda contestó claramente:

—Ese alguien, puesto que queréis saberlo, es el vizconde Jacobo de Valroy en persona; creo que él debía saberlo.

Garnache, después de soltar estas palabras, sintió haberlas dicho. ¿Quién le metía á él?... En esas historias más vale callarse... Y siguió su ronda vagamente inquieto.

No se equivocaba. Pasó un criado del castillo, recogió los rumores, preguntó detalles y se fué con gran prisa á llevárselos á su amo, el señor Piscop de Carmesy.

Este, al oirle, se asombró á su vez; ¿cómo no se le había advertido?

La cosa había estado bien hecha; Jacobo no había querido de ningún modo que su última tierra pasase á los Piscop ó á los Grivoize; y lo había logrado...

Gervasio se reía solo, al pensar en la cara que iban á poner su buen hermano Anselmo, sus queridos primos Antonín y Timoteo y, principalmente, el joven Hilario.

Este muchacho de veinte años, vanidoso como un pavo real, había heredado de un hermano de su madre una fortuna particular, y no ocultaba la intención de comprar Reteuil aunque tuviese que aplastar á sus concurrentes pagando aquella finca tres veces más de lo que valía.

Hilario confesaba ingenuamente las causas de esta aparente prodigalidad.

Como Gervasio, se ennoblecería á su vez, pues no habiendo ningún Reteuil, á los tres años de ser dueño de aquella tierra se llamaría Hilario Grivoize de Reteuil.

Al cabo de cinco años suprimiría el Grivoize y sería Hilario de Reteuil, noble si los hay para su gloria y la de su posteridad.

Tal era de ordinario su razonamiento, al que sus primos respondían con burlas y amenazas de no soltar prenda, cualquiera que fuese el precio; pero él sabía que eran demasiado avaros y prudentes para así arriesgarse.

Había, pues, disputa acerca de Reteuil y la buena armonía de aquellas familias, en otro tiempo unidas para su bien y el mal ajeno, estaba rota por nuevas ambiciones y rivalidades.

—Y bien—pensaba Gervasio,—esto lo arregla todo; aparece un tercer ladrón que pone á todo el mundo de acuerdo... Ese Hilario es capaz de coger una enfermedad.

Después, siguiendo sus reflexiones, frunció las cejas descontento y murmuró:

—La verdad es que ese Garnache es más adicto á sus antiguos amos que á los nuevos... Puesto que Jacobo se lo había dicho todo, hubiera podido advertir á mi padre ó á mis tíos cuando acaso era tiempo... Como Berta, Regino tenía demasiada memoria.

El nombre de Berta, por una natural asociación de ideas, le recordó á su mujer, la divina Arabela, y sonrió... Aquello era el cielo... Sin embargo, escamón por naturaleza, pensó que la venta de Reteuil le proporcionaba una prueba que era preciso poner en práctica.

Se dirigió á la habitación de su mujer, llamó y entró con el aspecto de un marido que sabe que se le recibirá bien. Bella se estaba peinando, con los brazos y los hombros desnudos, delante de un espejo muy alto.

—¿Eres tú, querido? ¿Qué hay?

Gervasio contestó sin transición·

—Hay que el castillo de Reteuil está vendido á un barón parisiense.

En pie, detrás de ella, el marido espiaba su fisonomía en el espejo.

Bella, impasible y rectificando un rizo rebelde, contestó:

—¿Sí?

Su tono era de una indiferencia tan glacial, que Gervasio tuvo que contenerse para no abrazarla, y añadió:

—De este modo, Jacobo deja el país para no volver más.

Siempre tranquila, Bella dejó caer lentamente de sus labios:

—Y bien, buen viaje... que sea feliz en otra parte.

Esta vez, en su alegría, Gervasio no se contuvo...

Aquel matrimonio se iba haciendo ideal; Arabela tenía tres sortijas en cada dedo.

Satisfecho en su casa, el caritativo Gervasio pensó que era tiempo de ir á gozar un poco de la confusión de los demás. Un cuarto de hora después entraba en la inmensa granja donde seguían viviendo, menos dichosos que él, los Piscop y los Grivoize á secas.

Los encontró reunidos en el comedor y en plena excitación. Acababan de saber la noticia, pero por una boca vacilante y mal enterada.

Gervasio tuvo el placer de sacarlos de su incertidumbre.

—Sí, es cosa definitiva; el famoso barón llega dentro de ocho días (Gervasio inventaba para divertirse)... Un gran señor inmensamente rico, muy noble y muy orgulloso de su nobleza, que trae carruajes, caballos y grandes recovas para revolucionar el país... Hay que resignarse á ocupar el segundo puesto; es un nuevo amo que se nos viene encima.

Anselmo reflexionaba; Antonín gruñía; Timoteo dejaba ver una sonrisa forzada; Hilario echaba espuma por la boca.

Pero los viejos, Piscop padre y los dos Grivoize, sentados en sus bancos, mirando al suelo y con las manos juntas, no manifestaban ni pesar ni despecho.

—Acaso sea mejor así—dijo Grivoize el menor en tono reflexivo.—¿Dónde íbamos á parar?... ¡Cuánto dinero enterrado!...

—Usted habla bien, padre—exclamó Hilario dando un salto,—pero yo no pienso lo mismo. Tengo derecho á hablar, pues mi dinero no le debe nada á nadie. Quería Reteuil y lo hubiera comprado si hubiera sabido...

—¡Bah!—dijo Anselmo;—eso hubiera sido si nosotros queríamos.

—Hubiera sido de todos modos, porque yo podía comprar solo y vosotros con el dinero de vuestro padre.

—¡So mocoso!—exclamó Anselmo adelantándose con la mano levantada.

Gervasio se interpuso.

—Vamos, nada de tonterías... No vais á pegaros por cosas ilusorias. El que tiene Reteuil es el Barón... y esto debe reconciliaros.

Los dos primos retrocedieron gruñendo todavía. Gervasio continuó:

—Pero hay en este negocio un personaje que ha desempeñado un papel extraño; el guarda Garnache.

—¿Qué es lo que ha hecho?—preguntó Hilario pronto á desahogar su cólera con alguien á quien juzgaba inferior.

Gervasio siguió diciendo:

—Yo no sé dónde se ven, pero Jacobo había advertido á Regino, hace meses, que quería vender sus propiedades...Garnache no ha dicho nada y, sin embargo, sabía bien vuestro deseo...

Hilario le interrumpió, rebosando furor:

—¿Oye usted, padre? ¿Qué le decía yo á usted? Toda esa gente es una canalla. Es preciso que esta misma tarde estén fuera... Ya tomará usted otro guarda.. ¿Conque lo sabía y no ha dicho nada?... Espera un poco. Supongo que no va usted á tolerar eso.

Grivoize el menor movió su cabeza calva.

—¿Tolerar qué?

—Que se nos haga traición—gritó Hilario empleando las grandes palabras.

—Sí—replicó el padre,—puede que tengas razón... pero yo, en este caso, no la tendría.

—No comprendo...

—Pues yo sí—dijo Grivoize el mayor;—lo hace por sentimiento, y con eso se va á la ruina.

Con el apoyo de su tío, Hilario insistió:

—¿Qué más quiere usted que hagan?

—Nada—dijo Grivoize el menor sin gran decisión.—Pero Regino ha nacido el mismo día que yo; hemos ido juntos á la escuela; después hemos servido siete años en el mismo batallón y hecho la guerra juntos; esos son recuerdos. Habíamos seguido siendo amigos, aunque confieso que hace algún tiempo, para complaceros, había marcado las distancias y echádolas de gran señor... Además, hace doscientos años que los Garnache son guardas en el bosque... y no me atrevo á tocarlos, aunque fuese para bien.

Piscop padre tomó la palabra en medio del silencio general, pues su opinión era respetable.

—Grivoize—dijo,—reflexiona un poco; no me gusta dar la razón á los hijos contra sus padres; pero este muchacho, por malos motivos, pide una cosa justa. Oye la verdad: Garnache tiene cincuenta años y, falto de fuerzas, descuida su servicio; en otro tiempo los antiguos Garnache, al llegar á esa edad, entregaban la escopeta á su hijo. José no la ha querido y esto es cuenta suya. Pero no estando él para reemplazar á su padre, no podemos conservar á éste eternamente. Además, está averiguado que Berta está loca y es causa de disgustos. Y puesto que, por añadidura, Regino nos oculta lo que debiera decirnos, soy de opinión yo también de que, todo bien pensado, debemos renunciar á sus servicios. Por otra parte, no es ningún desgraciado... Tienen bienes.

—¿Y la pensión?—preguntó Grivoize medio convencido.

—Es un pretexto para no dársela—dijo tranquilamente el mayor, siempre práctico y de buen sentido.

—Está bien—dijo por fin el padre de Hilario;—pero tú te encargarás de la comisión, muchacho.

—Con gusto, y ahora mismo—respondió aquel joven de gran corazón; y salió del comedor con aspecto radiante.

Gervasio se marchó también entonces; se había divertido bastante.

Hilario iba casi corriendo por el bosque: tal prisa tenía por llegar al pabellón. Mientras andaba iba dando vueltas en la cabeza al texto del discurso que iba á pronunciar.

Hacía años que detestaba á Regino, recordando que no pocas veces le había levantado de una oreja ó por el fondillo de los calzones, en los tiempos del merodeo, siendo chico, cuando no sospechaba que vendría un día en que podría comprar castillos.

Tampoco José le era simpático; su gravedad y su indiferencia molestaban á aquel señorito que soñaba sencillamente con que todo el Universo tuviese los ojos fijos en él. Sentía bien que por aquel lado no gozaba de ninguna estima y odiaba por eso á aquella familia.

¡Qué voluptuosidad la de humillarles y ponerlos él mismo en la puerta, sin más razón que porque ese era su gusto!

A quinientos pasos del pabellón disminuyó la velocidad; su dignidad le prohibía los movimientos desordenados y las palabras anhelosas.

Cuando recobró el aliento y una apariencia de calma, abrió la valla, atravesó el jardinillo, empujó la puerta, y entró en casa del guarda.

Sofía, que estaba delante del fogón agitando una marmita, le miró con ojos admirados, pero él no se detuvo y entró en el comedor.

Berta, sentada al lado de una ventana, miraba hacia fuera sin ver nada; Regino, en pie al lado de la mesa, estaba limpiando su placa de cobre con un pedazo

de franela empapado en greda mojada. Levantó la cabeza, vió á Hilario y pensó: «La cosa no va buena.» Pero no demostró sus aprensiones.

—Buenas tarde, Hi... señor Hilario, es usted amable por venir á vernos...

Le presentó una silla, pero Hilario le detuvo con un ademán.

—No vale la pena... no se moleste usted; me voy en seguida.

Examinó á Berta, que no se había movido; pero, sin embargo, fué por ella por quien empezó:

—Regino, mi primo Gervasio se queja de su mujer de usted.

—¿Por qué?

—Dice que se ha ofrecido como intermediaria entre Jacobo de Valroy y Arabela... y supone...

El guarda se encogió de hombros:

—Mírela usted—dijo simplemente.—¿De qué es capaz la pobre?

— Bien—dijo Grivoize aceptando;—pero hay otra cosa.

Garnache movió la cabeza y le interrumpió:

—Señor Hilario, creo que viene usted con ideas de querella. Si es así, más vale que empiece usted por el fin y diga lo que quiere.

Hilario se irritó:

—Empiezo como quiero... pero tiene usted razón, no hay que tomar precauciones ni andarse en remilgos con usted. Es usted un mal servidor que hace traición á la confianza de los que le emplean...

—¿Qué? ¿Qué?—exclamó Regino estupefacto.

Pero el otro, una vez lanzado, continuó, sin querer oir nada:

—Perfectamente... Ha seguido usted siendo el hombre de confianza del vizconde Jacobo; tiene usted con

él citas sospechosas y ocultas en las que le cuenta sus negocios y le hace sus confidencias...

—Todo eso es falso; para una vez que le he encontrado de noche y por casualidad...

—El fué, sin embargo, el que dijo á usted que Reteuil estaba vendido...

—Sí, él fué.

En éste momento, Berta, al oir el nombre de Jacobo y de Reteuil, volvió la cabeza y escuchó con los ojos dilatados y tratando de comprender.

Hilario dijo triunfante:

—¿Confiesa usted que lo sabía?... Y nos lo ha ocultado, sabiendo cuánto deseábamos esa tierra...

—El negocio estaba concluido.

—Es usted quien lo dice.

—Porque es verdad.

—No lo creo.

—Como usted quiera.

El guarda se cruzó de brazos y se apoyó en la pared golpeando el suelo con su ancho pie. Hilario volvió á la carga.

—Es una traición. Reteuil vendido, pasa á manos extrañas...

Pero su frase fué cortada por un grito terrible. Berta se había levantado é iba hacia él con ojos locos y un aspecto horroroso.

—¿Qué es lo que dices? ¿Reteuil vendido?

Humillado al ver que le tuteaba é impacientado por el incidente, Hilario rechazó á aquella bruja y le gritó en su cara:

—Sí, sí, Reteuil está vendido y Jacobo arruinado, sin un centavo... Va á dejar el país y á dejarnos en paz, de paso. ¿No lo sabía usted? ¿Su marido no le cuenta sus asuntos? Hace mal, porque sería usted de buen consejo...

Hilario bromeaba y se divertía en ver á Berta palidecer á cada palabra que él pronunciaba.

La mujer le escuchaba muy atenta haciendo esfuerzos por comprenderle; de pronto debió de conseguirlo, pues dió otro grito más agudo, levantó los brazos y echó á correr.

La vieron atravesar el jardín y llegar al camino antes de que Sofía hubiera podido contenerla.

—Buen viaje—dijo Hilario.

Y añadió, volviéndose hacia Regino:

—Acabemos; nos disgusta á mi padre y á mí tener en el pabellón una loca y un guarda adicto á los demás; todo esto produce escándalo y mala administración. Hemos decidido pasarnos sin usted, le damos las gracias por sus servicios y deseamos que esta casa esté libre dentro de tres días. En cuanto á lo que se le debe, presente usted su cuenta y se le aprobará.

Esta vez, Regino se quedó anonadado. Había previsto una escena de acusaciones y hasta de palabras duras; pero ser arrojado fuera, como un lacayo que ha robado, él, cuya honrada vida había transcurrido bajo aquel techo; él, cuyos seis antepasados habían habitado aquella morada, en otro tiempo cabaña cubierta de paja y transformada poco á poco, era una idea que le partía el corazón. Bajó la cabeza con el bigote tembloroso y por fin murmuró:

—Me extraña, después de todo, en Grivoize el pequeño.

El joven, ofendido por aquellas palabras familiares, aumentó su impertinencia:

—Regino: mi padre se llama el señor Grivoize. Pero, en realidad, esto no tiene ya importancia, puesto que no es usted de los nuestros. Conque, está dicho; dentro de tres días la casa libre y la llave en la puerta. Es dinero perdido pagar guardas como usted.

Hubiera acaso desenvuelto más abundantemente sus apreciaciones personales, pero alguien se lo impidió. José acababa de entrar en casa de su padre y se había detenido un momento á escuchar en el corredor.

De pronto entró, muy pacífico y con aspecto adormilado. Hilario, al verle, retrocedió imperceptiblemente. José se acercó á Regino y dijo con su voz sombría:

—¿Sufre usted esto, á su edad?... ¿Permite usted á este canalla que le insulte en su casa, pues aquí está usted en su casa, diga él lo que quiera? No tiene usted sangre en las venas...

Hilario palideció y apretó los puños, pero no dijo palabra. Si él era robusto, José, de cinco años más que él, más alto y más ancho de hombros, era realmente temible. El hijo del guarda siguió hablando:

—¿No le ha conocido usted, padre? Es el chico de Grivoize, el mocoso de la granja; no hay más que darle un puntapié, va usted á ver.

—¡José!—gritó Hilario,—cuidado...

—¿De qué?—dijo José acercándose á él.—¿Crees que te tengo miedo? Eres rico, pero yo no dependo de ti y no por eso dejas de ser un campesino; tratas de rasparte la grasa, pero no puedes y se te queda en la cara.

Y, con el revés de la mano, le rozó la mejilla. Hilario dió un sordo rugido y se registró el bolsillo buscando, sin duda, un arma; pero José le cogió por un brazo, le empujó hasta el jardín y allí, con un nuevo impulso, le envió al camino.

—¿Lo ves? A ti es á quien se arroja fuera... Lárgate y cuidado con el trasero.

El hijo de Grivoize recogió el sombrero, que había rodado por el barro, y se marchó á buen paso; si hu-

biera tenido su escopeta, José hubiera muerto. Pero lo dejó para otra ocasión.

José volvió hacia su padre, que le dió la mano.

—Gracias... pero no soy ya joven y tengo miedo de los disgustos... Y después, dejar esta casa dentro de tres días...

—¿Cree usted que le hubiera hecho gracia ni de una hora si yo no le hubiera echado?

—No.

—Entonces...

—Entonces, todo se va; la comarca ya no existe.

—¿Dónde está mi madre?—dijo José;—la he visto pasar corriendo hace un momento, más loca que nunca...

—Sí—dijo Garnache,—es también por culpa de ese buen corazón. Le ha contado, á propósito, que Reteuil está vendido y que Jacobo se marcha.

José meditó unos instantes y dijo:

—Hay personas que hacen daño por el gusto de hacerlo.

Berta seguía corriendo. Una vez más pasó por los campos cuya hierba habían desgastado sus pies, se metió por aquellas espesuras, en las que estaba marcada la huella de su cuerpo, y recorrió su camino de todos los días, desde que el alma de Valroy habitaba en Reteuil.

Al pasar por el puente, miró al agua. El río estaba amarillento y revuelto; aquel fin de septiembre era húmedo, y, sin embargo, templado todavía. Aquella agua le interesaba.

Pero tenía un fin y siguió su carrera. Entró en el bosquecillo que dominaba á Reteuil, se metió por la enramada en su observatorio, se echó en su montón de hojas secas y miró.

Al principio no vió á Jacobo, pero oyó su voz; el

criado le respondía desde el jardín. Estaba, pues, allí, y Berta reflexionó entonces.

No veía ningún preparativo de viaje. La calma de las costumbres no se había alterado y esto la tranquilizó. En todo caso, no era para hoy.

Aquel plazo le pareció de una gran importancia y disminuyó su pena. Para los simples lo que no es inmediato, casi no es real y puede no suceder.

Berta alimentaba así una esperanza, la de tener tiempo de ver á Jacobo, de presentarse á él... Puesto que no debía volver, no podría rehusarle esta suprema entrevista. Aquella perspectiva hubiera debido anonadarla y arrancarle las últimas lágrimas; y, á pesar de eso, hizo proyectos.

Aquel día peinaría sus pobres cabellos y se pondría su traje de los domingos, abandonado desde sabe Dios cuándo. Le estaría un poco ancho, sin duda, pero Sofía le pondría alfileres. Llevaría su gran cruz de oro, regalo del conde Juan, y, así, adornada, le daría menos vergüenza. Además, no era más que su nodriza después de todo.

Y con los dientes apretados, repetía mil veces:

—Su nodriza... su nodriza...

Berta manifestaba en su mímica una superior ironía.

El tiempo pasó sin que Berta se diese cuenta. Dos ó tres veces vió á Jacobo, que abrió una ventana, miró al cielo, que estaba nublado, y se retiró, dejando la ventana abierta.

Otra vez salió á la escalinata sin nada en la cabeza, raspó la losa con la punta de la bota y pareció discutir consigo mismo. Pero nada de aquello era para asustarla.

Jacobo se entró, para almorzar, sin duda; Berta

oyó un ruido de vajilla, pero no pensó que ella misma podría tener hambre.

A eso de las cuatro, Berta volvió á alarmarse; algo ocurría anormal. Jacobo bajó al jardín con su criado, el cual iba vestido como un caballero, según pensó Berta. Su amo le enviaba, sin duda, lejos para su servicio, acaso á París.

Y Berta repitió:

—Sí, á París.

Aquello era nuevo. Desde su observatorio oyó á Jacobo dar las últimas órdenes.

—¿Tiene usted las cartas?... Las llevará usted esta misma noche; á las seis estará usted en París y tendrá tiempo... Es preciso que así sea, porque son urgentes.

—Sí, señor; y mañana, á las nueve de la mañana, estaré de vuelta.

El amo no pareció hacer caso de esta última afirmación.

Despidió con un ademán al criado y se creyó solo. Entonces se frotó las manos mirando alrededor de él.

Los campos, á lo lejos, se borraban en las flotantes brumas impulsadas por un blando viento de otoño; los bosques se afirmaban sin detalles por su masa violada; pero el aire era suave y la vida resultaba todavía soportable.

Por el camino circular, del lado de Taillefontaine, avanzaban grandes carretas cargadas de hierbas y lentamente tiradas por bueyes blancos ayuntados de dos en dos; se veía salir humo de los tejados de la aldea; el gallo de la iglesia presentaba un punto brillante. Todo aquello era amistoso y pacífico.

Pero él veía aquella naturaleza y aquel paisaje huraños, hostiles y amenazadores; había galopadas de espectros á través de los prados, recuerdos amenaza-

dores colgados de cada rama, una orden de destierro y una sentencia de muerte en cada poste del camino y en cada tapia blanca.

Jacobo los miraba todavía para recoger mejor la extraña impresión que creía obtener de ellos. El no era ya nada en el mundo, estaba borrado y olvidado. Los seres y las cosas rechazaban su memoria, había pasado.

Su boca se crispó é hizo un gesto como si hubiera probado alguna cosa amarga.

—¡ Puah !—dijo.

Todas las decepciones, todas las mentiras y todas las traiciones que componían la historia de su vida le acudían á la garganta y le producían aquella náusea.

Le quedaba, sin embargo, algo que hacer.

Entró en la casa y, en la chimenea de una sala del piso bajo, encendió un gran fuego, que ardió en seguida chisporroteando ; las paredes se tiñeron de rosa, y por los vidrios, incendiados á su vez, Berta vió aquel resplandor que la llenó de curiosidad.

Jacobo puso en medio de la pieza un cofre en el que hacía tres días estaba amontonando papeles y objetos sin fin determinado.

Primero fueron arrojados á las llamas los pergaminos de las dos antiguas familias cuyo último heredero iba á desaparecer ; Valroy, Reteuil, los títulos, los contratos, los privilegios, se abarquillaban, se ennegrecieron y se redujeron á polvo rojo.

Su último propietario los vió desaparecer con la vista fija y sin emoción ; después vinieron los papeles íntimos, las cartas, los testimonios de los antepasados, del coronel de Bonaparte, de los suyos, del gran melancólico del segundo Imperio, de su mujer ; y todo esto subsistía en el fuego un segundo para volar en humo. Pasado destruido.

En un rincón del cofre y envueltos en un pedazo de seda gris, había aún unos papeles que Jacobo sacó con precaución ; esta vez, su mano tembló ; era su vida lo que estaba allí dentro: cartas de sus padres, recibidas en el curso de sus viajes ; cartas de Arabela, conservadas piadosamente.

Antes de desdoblar aquellos papeles por última vez, dudó si sumirse de nuevo en la horrible novela de perpetua mentira.

Pero su voluntad triunfó de esta última tentación, y las cartas de Arabela fueron á las llamas ; en el momento se avivaron, danzaron alegres y la pieza entera se iluminó magníficamente.

—¿ Está todo ?—preguntó con voz sorda.

Movió la cabeza y se respondió :

—No.

Lentamente, y esta vez como á pesar suyo, buscó en su bolsillo una carterita usada, sacó tres fotografías : una de niña con las piernas desnudas. otra de una joven más grave y un grupo : *Ella* y *El* apoyados en la tapia del terrado.

Las contempló un momento con los ojos turbados y murmuró :

—¿ Para qué ?

Aquella interrogación lanzada al vacío tenía muchos sentidos, pero podía resumirse en una fórmula única :

—¿ Para qué he existido ?

¡ Ay ! ¿ Qué hubiera añadido si hubiera sabido la verdad ?

Impaciente por acabar, arrojó bruscamente las tres fotografías á reunirse en las cenizas calientes con las cartas de la que le mataba, porque era ella y no otra cosa.

Los cartones se retorcieron, y Jacobo vió subsistir

un momento unas caras siniestramente alteradas que se resquebrajaron y desaparecieron también aniquiladas.

En un último impulso, arrojó á la chimenea una porción de objetos distintos: cruces militares, flores secas, cintas descoloridas: estaba liquidando el pasado y el presente, su alma orgullosa y su corazón despedazado. Y todo aquello no fué más que polvo ó restos informes.

Miró alrededor de él en un supremo inventario.

Nada había escapado de lo que tenía condenado.

Entonces respiró. Lo más duro estaba hecho.

Le pareció que estaba más solo, más desprendido y más alejado. En aquel retroceso juzgó al mundo con una gran dulzura.

Se dejó caer en una silla y reflexionó; el fuego seguía ardiendo y devorando los leños. Jacobo recapituló sus faltas, con gran pesar de haber herido corazones; su infancia había sido arrogante, imperiosa y sin caridad; su juventud egoísta y poseída de un solo deseo: Arabela. Fuera de ella nada había existido.

Su indiferencia por el resto de los seres había sido prodigiosa; lo reconocía. Hubiera visto morir sin pena real á todos los que le rodeaban con tal de que quedase Arabela.

Aquella era la venganza de la suerte, la justicia inmanente. Su amada le había abandonado, pero él no tenía ya valor, ni fuerza, ni siquiera deseo de maldecirla. Como á todos los humanos, la perdonaba. Aquella mujer era, acaso, inconsciente é irresponsable, y, desde luego, de una mentalidad dudosa...

A sí mismo no se perdonaba. ¡Qué camino tan seco el suyo! No recordaba en sus primeros años ni un movimiento de efusión, ni una impresión de sensibilidad.

Su recuerdo se detuvo en Berta. ¡Pobre nodriza!

Adicta hasta lo extraordinario, su ternura le molestaba en otro tiempo y la encontraba humillante por venir de tan bajo... La había apartado de su camino y rechazado duramente, hasta el punto de que había desaparecido y héchose invisible para seguirle con los ojos.

¿Por qué no habría venido como se lo pidió á Garnache? No se había atrevido, sin duda, temiendo todavía algún sofión del orgulloso señor... Había hecho mal. La hubiera acogido dulcemente y le hubiera dado las gracias por sus constantes afecciones y por su fidelidad, pagada con ingratitudes.

Remontó hasta su infancia y recordó el pabellón del guarda y, después, su enfermedad... Ya en aquella epoca, Berta...

En este momento se creyó juguete de una alucinación, sin poder conocer si era evocación del pasado ó visión real lo que tenía ante él...

Maquinalmente, sus miradas se habían dirigido á la ventana, cuyos vidrios ensombrecía ya el crepúsculo.

En aquella pieza, desocupada hacía años, no había visillos ni cortinas. De pronto, vió detrás de los vidrios, como en los días febriles de su enfermedad, una cara siniestra y lívida, cuyos ojos ardientes y locos estaban fijos en él y le devoraban á distancia.

Corrió entonces á la puerta, la abrió y salió gritando:

—¡Berta!

La mujer trató de huir, pero él la volvió á llamar:

—¡Berta!

La loca se detuvo indecisa, y, después, volvió pies atrás, como un niño cogido en falta que teme que le regañen, y se quedó temblando á dos pasos.

Jacobo la miró.

Tenía cien años; era una salvaje ó una depravada, dominada por la idea fija. Su persona contaba su historia.

Ante aquel desarreglo y aquella decrepitud, Jacobo se conmovió á su vez, y la vaga lástima que sentía por aquella mujer, se agrandó y se coloreó.

—¿Qué hacías ahí?

Como su voz era dulce y sin cólera, Berta sonrió, y aquella sonrisa fué horrible; quiso responder, y no encontró las palabras:

—El fuego... las llamas... he tenido miedo... y he venido.

Jacobo comprendió que los resplandores del incendio la habían atraído é infundido temor; y aquel miedo era una de las formas de su amor.

Estaba asombrado.

Ella, mientras tanto, le contemplaba en aquel crepúsculo, le detallaba de alto á bajo y se llenaba de él los ojos.

Aquel examen le hubiera irritado profundamente en otro tiempo; pero, curado de las vanidades terrenales, se prestó á él con tristeza. Berta murmuró:

—¡Jacobo!

Y él respondió:

—¿Por qué no has venido?

La mujer le miró con sorpresa, sin comprenderle. El siguió diciendo con paciencia:

—Sí, había encargado á Regino que te dijese que vinieras.

Berta dijo: «¡Ah!» y abrió las manos para manifestar su ignorancia.

—¿No te lo ha dicho?

—No.

En aquella negación había gran energía.

Después de un momento de silencio, Berta añadió:

—Hubiera venido, pero más maja que ahora... con mi traje azul.

Y con dos dedos desdeñosos se cogía los harapos, sintiendo seguramente haber sido sorprendida con tan mala ropa. Aquellas preocupaciones infantiles denunciaban una vez más la pobreza de su alma.

De pronto se aproximó.

—¿Es verdad?—dijo tímidamente.

—¿Qué?

—Que Reteuil está vendido, que se va usted á marchar, que ya no le veré más.

Aquellas frases, largo tiempo comprimidas, se le escapaban. Jacobo vaciló... ¿Lo diría todo? ¿No valía más despedirla con buenas palabras que serían otras tantas mentiras? Pero hacía años que Jacobo tenía horror á la mentira; y, además, á medida que hablaba olvidaba aquella presencia y hablaba una vez más consigo mismo.

—Sí—respondió,—es verdad... ¿Qué quieres?... Es preciso. Había que pagar las deudas de mi padre y no dejar una mancha en un nombre hasta hoy intacto... y que va á acabar.

Berta comprendía confusamente, pues estaba poco al corriente de las historias financieras; pero se sublevó ante la idea de que Jacobo pagase las deudas de un Valroy y se privase de todo por el honor de aquella familia. Aquello le parecía injusto, grotesco y desesperante.

Sin pensar más en ella, Jacobo continuó diciendo con las pupilas en la línea del horizonte:

—Vendido Reteuil, no queda nada... adiós todo... ¿Se puede vivir después de lo que he sufrido y cuando allá, al otro lado de la vega, vive en la casa que fué mía la mujer á quien he amado, casada con uno de mis verdugos? No tengo ya más que recuerdos que

hacen gritar... Estoy solo, pobre y maldito... Agarrarme á la existencia sería una cobardía... Nodriza, tú, que has vivido en estos muros y formado parte de esta familia, debes saber que fué en esa escalinata donde mi bisabuelo se pegó un tiro antes que rendirse; debes saber que fué por aquella ventana por la que mi abuelo se arrojó, por repugnancia de una vida demasiado monótona... Lo que no sabes es que mi misma madre se mató; he adquirido la certeza... Ya ves que es un mal hereditario y contagioso; es el consejo de los que se han marchado á los que quedan, el consejo de seguirles... Oigo sus voces y voy hacia ellos... Y más vale que sea así.

Tantas palabras apresuradas y sonoras, aturdían á Berta, que no lograba comprenderlas á pesar de su atención apasionada. Hacía tanto tiempo que no escuchaba las palabras humanas, que era ya un esfuerzo y casi un sufrimiento el distinguirlas.

Y, además, Jacobo hablaba esta vez lo mismo al viento, á los árboles, á los muros y á sí mismo que á la mujer ansiosa que tenía delante. El joven concluyó:

—Celebro que hayas venido para verte por última vez y decirte que si he sido duro é ingrato contigo en mi infancia, ahora lo siento; que habrás tenido en el último momento un buen puesto en mi corazón... y que, si no hubiese más que buenas personas como tú, tu marido y tu hijo, me costaría más trabajo morir.

Esta última palabra se le quedó á Berta en el oído, y, ya alterada, exclamó:

—¿Morir? ¿Quieres morir?

Jacobo cometió el error de no fingir; pero no sabía...

—Ya te lo he dicho; es el único partido que me queda... y el que más me gusta.

Esta respuesta confundió todavía á Berta, que repitió:

—¿Quieres morir?

Esta vez, Jacobo se contentó con hacer una grande y melancólica afirmación con la cabeza, y Berta, que comprendió ese lenguaje, exclamó desesperada:

—No quiero... júrame que no es verdad... no quiero... no tienes derecho... ¿Y yo? ¿Y yo?

Cayó de rodillas y abrazó su cintura con frenéticos brazos, levantando hacia él sus ojos espantados y llenos de lágrimas. Y su negra boca seguía vociferando y tuteándole como en otro tiempo:

—¿Qué es lo que dices?... Tu padre, tu abuelo y los otros... ¿Qué puede importarte todo eso?... Déjalos donde están. Tú eres joven y hermoso... tú eres tú... ¿Acaso se muere á tu edad y voluntariamente? ¡Jacobo, Jacobo! yo te lo prohibo.

A pesar de su complacencia, el Vizconde se iba cansando y trató de desprenderse, pero no pudo; hubiera tenido que emplear la fuerza. Entonces trató de convencer á aquella demente:

—Tú me olvidarás, Berta. Pero en nuestras familias somos solidarios, es decir, que los hijos pagan por los padres... La nobleza conserva todavía...

Berta le soltó, se levantó de un salto y se echó á reir. En seguida, separando los cabellos grises que le caían por la cara, dijo con fuego:

—La nobleza, tu padre, el contagio... basta, todo eso es estúpido. ¿Es por eso por lo que quieres morir? Pues bien, no morirás; volverás á nuestra casa á ocupar tu puesto. Escúchame, escucha lo que te digo; es claro porque es verdad; Jacobo: tú crees entonces que una nodriza podría quererte como yo te quiero... Tú, que todo lo sabes, no conoces nuestros corazones. Te he querido como una madre, Jacobo, porque soy tu

madre... ¡ Ah ! ¡ Ah ! Todavía me cree loca... Jacobo, tú te llamas José y José se llama Jacobo. Sí ; yo lo he hecho todo... Te puse en lugar del otro para que tuvieses dinero, nobleza y todos los bienes de la tierra. Pero puesto que la nobleza te dice que te mates, puesto que no tienes más que desdichas, puesto que me he engañado en mi esperanza, vengo á decirte la verdad. ¡ Eres mi hijo ! Ahora vas á vivir...

Ninguna estupefacción, ninguna confusión son comparables á las del joven ante aquellos clamores reveladores.

Por un instante, midió el horizonte que se le ofrecía y lo admitió ; Berta decía la verdad : él era su hijo y el de Regino... Entonces el conde Juan... la condesa Antonieta... la señora de Reteuil... ¿ Debía arrojarlos de su corazón ? No solamente eso ; él mismo...

Se encogió de hombros ; no era posible. Después creyó comprender que aquella supuesta revelación era una abnegación sublime de su nodriza para salvarle rompiendo la línea de nobles trágicos. Admiró la sublime invención de aquella alma inferior y respondió :

—Pobre Berta, gracias, te comprendo ; tu pobre y sincero corazón te ha inspirado eso... pero es inútil. No llores ; tienes á José que vale más que yo ; tienes á Regino y á todos los tuyos...

Berta sollozaba, envejecida y lastimosa.

—¡ No me cree ! ¡ no me cree ! ¿ Por qué quieres que te lo jure ?... ¿ Es asombroso que una madre cometa un crimen por la dicha de su hijo ?

Jacobo cerró los ojos y palideció un poco. ¿ Si fuese verdad, sin embargo ? El, hijo de aquella mujer... y de Regino... y lo demás robado... Su repugnancia por la tierra creció todavía. Una mentira más ; todo era mentira.

Después, sondando su corazón y consultándose en un último movimiento de orgullo, se negó ese origen. Se sentía Valroy y Reteuil de pies á cabeza, con sus virtudes y sus vicios, sus glorias y sus tachas. El joven saludó á los antepasados que se trataba de hacerle renegar.

Y para no matar á aquella herida en el corazón, no la desmintió y respondió simplemente:

—Si es verdad, es una razón más para acabar... pues soy el personaje más inconsistente y con menos razón de ser del mundo; soy una mentira viviente.

Berta volvió á caer de rodillas en la arena mojada, murmurando:

—¡Esto es lo que he hecho!

Jacobo añadió:

—¿Aunque así fuera, quién lo creería?

Y dijo todavía más bajo:

—Además, ¿qué ventaja?...

Y por fin:

—¡Adiós, Berta!

—¡Soy tu madre!

Jacobo consintió por caridad, puesto que iba á morir.

—¡Adiós, madre!

Berta dió un grito que era á la vez de desesperación y de entusiasmo y le tendió los brazos.

Pero el joven se había ya metido en el castillo y Berta le oyó echar la llave y los cerrojos.

La noche había cerrado.

Berta atacó las puertas y las ventanas á puñetazos, llamando:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Nadie respondió.

Entonces, al pensar lo que pasaba detrás de aquellos muros, en aquella casa cerrada, agotada de emo-

ciones, de fatiga y, acaso, de inanición, Berta perdió el conocimiento y se desplomó con la cara en la hierba.

Cuando cesó todo ruido, se abrió una ventana del primer piso. Jacobo asomó la cabeza é investigó con una mirada las sombras del jardín y del camino. No vió nada y dijo en voz alta :

—Se ha marchado.

La ventana se cerró silenciosamente como se había abierto. Dos minutos después sonó un tiro. El último de los Valroy-Reteuil se había alojado una bala en el pecho y no se había errado.

La detonación despertó á Berta de su desmayo ; la mujer se puso en pie de un salto, levantó los brazos al cielo, aulló la muerte y la locura y echó á correr hacia las casas de los hombres para buscar socorros.

En su habitación de la infancia, Jacobo yacía en el suelo, trazando un ademán sin esperanza ; la lámpara ardía en la mesa ; por la puerta abierta se veía el corredor donde, treinta años antes, el conde Juán besó á Berta al pasar.

Aquella existencia estaba terminada ; ninguna había sido jamás tan falsa y tan ficticia ; nunca actor de comedia ó de drama había tenido que desempeñar un papel más complejo y más vacío bajo las apariencias.

Hacia las tres de la mañana, la lámpara se apagó.

La noticia de aquella muerte trágica fué acogida diversamente.

En Valroy, Gervasio fué el encargado de advertir á Arabela. El marido no cabía en sí de gozo ; la muerte de un enemigo es siempre una fiesta.

Quería juzgar así una vez más los verdaderos sentimientos de aquella esposa enigmática á la que miraba á veces con desconfianza. La encontró cerca de

las cocinas, en un corredor muy claro y le soltó la noticia:

—Jacobo se ha matado ayer noche.

Bella se apoyó en la pared, palideció ligeramente y sus narices se dilataron; pero se repuso y dijo con voz tranquila esta breve oración fúnebre:

—En el punto á que había llegado, era lo mejor que podía hacer.

Gervasio conoció la dicha sin mezcla. Desde ese día Arabela fué colmada de atenciones, tuvo la llave de la caja y dirigió la casa á su voluntad.

Cuando se conoció la noticia en la granja, al acabar de almorzar, padres é hijos, amos y criados, bebieron alegremente á la extinción de las aristocracias.

—La cosa sería completa—dijo Hilario,—si nos hubiera quedado Reteuil.

En el pabellón, Berta, la loca, fué la que advirtió á Garnache y á Sofía por retazos de frase y palabras incoherentes. Los dos enjugaron una lágrima y evocaron los desaparecidos; pero se ocuparon en acostar á la infeliz, que deliraba, y cuyos miembros temblaban de fiebre.

—¿Qué vamos á hacer?—dijo Regino á Sofía;—ahora cae mala y tenemos que mudarnos dentro de cuarenta y ocho horas...

—Nos la llevaremos, si no es lejos.

No lo era, en efecto, pues Balvet había ofrecido á los desterrados un rincón libre de su cabaña, y éstos habían aceptado, pues José les instaba, y era, además, su deseo. Estarían todos juntos; en invierno tendrían más calor; en verano abrirían las ventanas; en todo tiempo su vida sería buena.

La muerte de Jacobo conmovió á José, á causa de

los recuerdos de su infancia; pero pronto se distrajo trabajando.

Jacobo fué enterrado en el cementerio de la aldea. De toda su persona, una sola cosa era cierta y auténtica; que había nacido en aquella comarca.

El marqués Godofredo, llegado expresamente de la ciudad, siguió con la cabeza descubierta el ataúd, llevado á hombros, en medio de la lluvia; estaba casi solo, con Balvet, Regino y José, y unas cuantas mujeres curiosas. El cura no fué por tratarse de un suicidio.

Pasó una semana. Regino se había llevado su mujer, sus muebles y sus efectos á casa de Balvet; todos vivían juntos ahora, lo que era para ellos un consuelo.

Berta deliró durante tres días, y gritó frases absurdas, que hacían encogerse de hombros hasta á los que la querían. Era, en verdad, demasiado amor al Vizconde; se veía que ella, á su vez, iba á morir.

En el tercer día la fiebre desapareció, y Berta, lúcida, reconoció á los que la rodeaban, pero se quedó muy postrada. Rehusó todo alimento y toda bebida, y el médico sospechó que había formado en su mente alguna resolución funesta.

—Hacedla comer y beber... si no...

No acabó la frase, pero su gesto dijo bastante. La suplicaron, y ella fingía dormir para no ser importunada. Cuando la dejaban sola un minuto, abría los ojos, que brillaban como faros en aquella cara cada vez más demacrada.

No pedía ninguna noticia; le habían dicho que Jacobo reposaba al fin en el cementerio; y tenía, sin duda, prisa por ir á reunirse con él.

Regino, en pie junto á la cama, se estaba mirán-

dola horas enteras; Sofía la cuidaba, pero ninguno de ellos tenía influencia sobre ella.

José dejaba con frecuencia su trabajo para ir á verla; pero creyó notar que el verle le causaba una especie de terror que aumentaba su fiebre. Entonces disminuyó sus visitas, lamentando que su madre permaneciese sin cariño hacia él hasta en los últimos instantes.

Berta se debilitaba sensiblemente.

Una noche, José, sentado en un sillón viejo al lado de la cama de la enferma, luchaba con el sueño; de vez en cuando su cuerpo se erguía de pronto y echaba una mirada aguda, aunque vaga todavía, al cuerpo acostado que distinguía en la sombra. La enferma estaba tranquila.

En la chimenea ardía una lamparilla de campo en un vaso de aceite; un reloj de pared cortaba el silencio con su ruido acompasado; en el exterior ningún ruido, ningún murmullo, ningún aliento turbaba la inmensa noche que arrastraba su manto negro en la paz de los campos. La muerte no es más muda.

Después de asegurarse de que su madre descansaba tranquila, José resistió todavía desesperadamente el asalto del sueño, pero acabó por sucumbir. Al cabo de un rato se despertó sobresaltado. Una voz decía:

—Señor Vizconde.

José, despierto en seguida, se aproximó á la cama:

—Está soñando con él—pensó.

Pero Berta repitió:

—Señor Vizconde.

Y, al hablar, se dirigía á él y le miraba con ojos extraños; era evidente que hablaba con él.

—Vamos, madre, cálmese usted y trate de dormir... No soy el Vizconde; soy José.

Al decir esto le cogió la mano, pensando en el de-

lirio ó que una fiebre intensa se había apoderado de ella... Con gran asombro suyo, aquella mano ruda y seca, estaba fría y el pulso era apenas perceptible.

Berta, al verle en pie delante de ella, se estremeció y dijo, con voz débil, pero todavía perceptible:

—Perdón, señor Vizconde.

José empezaba á asustarse.

—Vamos á ver, madre, ¿qué hay? No me conoce usted; soy José.

La enferma designó con un dedo un vaso de agua y alcohol que había en la mesa, y dijo:

—Démelo usted...

José le dió el vaso y la sostuvo para que bebiera. Berta, que de ordinario rehusaba una cucharada, se lo bebió de un trago, en seguida se puso menos pálida y su voz se afirmó.

—Siéntese usted ahí, en la butaca, y, diga yo lo que quiera, déjeme hablar sin interrumpirme. No estoy loca ni deliro. Mañana estaré muerta... pero antes debo confesar... y decir á usted... Siéntese...

José, confundido, obedeció maquinalmente; tenía el presentimiento de que la hora era grave y de que iba á oir algo inaudito. Con la cabeza baja, se quedó inmóvil y dijo:

—Ya escucho.

Berta siguió diciendo:

—José, no se llama usted José Garnache, sino Jacobo de Valroy; el que ha muerto era mi hijo.

Ante aquella afirmación brutal, José dudó una vez más de la razón de aquella á quien todavía llamaba madre; pero ella le explicó sus palabras de un modo que no por ser extraño dejaba de ser razonable. Berta le dijo:

—La historia es sencilla; bastó un minuto para que mi hijo le reemplazase á usted en la vida como en la

cuna: Por esto no le quería á usted y le amaba tanto á él. Todo lo hice para que fuera feliz, y ya sabe usted si lo he logrado... Pero existe usted, que tenía todos los derechos á la fortuna, á la nobleza y á los goces de la existencia... En vez de eso, ha sido usted un campesino pobre, mal vestido, mal peinado, corriendo por los caminos en todos los tiempos; ha sido usted el hijo de Berta y de Garnache y ha encontrado, á veces dura la vida. ¡Ese es mi crimen! Le he robado á usted su destino para dárselo á mi hijo. Por esto le digo ahora: perdón, señor Vizconde...

A medida que Berta hablaba, las nubes se amontonaban y se disipaban en el cerebro del que seguía siendo, á pesar de todo, José Garnache. El joven no dudaba. Aquella moribunda no divagaba ni mentía. Ciertos recuerdos personales, ciertas observaciones antiguas, y, sobre todo, el cariño de Berta por el hijo del castillo y su indiferencia para él, constituían un conjunto de pruebas que acababan por convencerle.

Con aquella explicación, la vida entera de Berta se iluminaba y se aclaraba; sin ella, era incoherente y absurda.

El pobre muchacho, tentado un momento por el orgullo, buscó en el fondo de su ser la huella de algún noble sentimiento que revelase su origen.

Pero no encontró nada más que un poco de justicia y una gran bondad que le venían más bien de su amor á los seres de los consejos panteístas de la selva.

Tuvo que reconocer que la inteligencia superior de una raza no se transmite fatalmente con la sangre, y que hacen falta además circunstancias y medios para desarrollar el alma de los hombres como la naturaleza de las plantas.

Sintió después un poco de cólera al pensar en lo que hubiera podido ser; pero su buen sentido le ins-

piró que si sus comienzos en la vida hubieran sido semejantes á los del Vizconde imaginario, también lo hubieran sido las consecuencias, y él sería ahora quien, después de mil sufrimientos y vergüenzas, estaría en un agujero de la tierra con el pecho ensangrentado.

Esta idea le hizo estremecerse; no tenía nada que sentir en la comparación; se felicitó de vivir y prefirió cándidamente su suerte.

Entonces, extendiendo la mano, un poco alterado á pesar de todo, y más solemne que de costumbre, dijo como una absolución:

—Si dice usted la verdad, vaya en paz; la perdono.

Berta dió un ligero grito, que era su última alegría, y se quedó callada. José continuó:

—Pero que esto quede entre los dos; no hablemos de ello á nadie, porque mi padre y mi tía se morirían de pena. Seguiré para todo el mundo lo que usted me ha hecho; y, por otra parte, ¿quién querría creer?... Cuanto más reflexiono más creo que me ha ahorrado usted no pocas penas, sin quererlo, es posible, pero ciertamente. Si en realidad, hubiera yo sido el vizconde de Valroy, ¿dónde estaría hoy? Donde él...

Berta, al oir esta evocación, lloró silenciosamente. Su corazón entero seguía siendo del otro. José continuó:

—No sé si debería dar á usted las gracias. Tengo una mujer y unos hijos...

Berta le interrumpió con un gesto de dolor.

—¡Oh! sí, él tendría todo eso y viviría como usted... Yo no lo he querido.

José vió en esa frase una reticencia y un pesar que le entristeció.

Aquella mujer sentía visiblemente que no fuese él

el muerto y el otro el que sobreviviera. Esto le hizo endurecerse contra su emoción.

Pero Berta tenía todavía que hablar y el tiempo pasaba; una campesina no se va sin recomendar su dinero.

—Después de mi muerte encontrará usted en mi saco dos ó tres mil pesos. Tómelos usted sin escrúpulo, Jacobo, porque vienen de su padre el conde Juan... Pero esto está tan lejos que se ha borrado.

El joven hizo un gesto vago, no queriendo profundizar; aquella mujer seguía siendo para él su madre, á pesar de sus convicciones.

Le daba un vértigo el pensar en aquel pasado tan lleno de hechos que él no había comprendido.

Su nuevo personaje le espantaba; y, como conclusión, sintió haber sabido.

Por fin, la moribunda dijo aún:

—Esto hay, señor Vizconde. Cuando piense usted en mí, no me maldiga; he sufrido tanto, que merezco lástima...

Era tan desgraciada, que el corazón del joven estalló en un sollozo.

—¡Madre! ¡Madre!

Berta sonrió.

—¿Todavía? Gracias.

—¡Para mí, siempre!

La mujer cerró los ojos y se extendió por sus facciones una gran serenidad. Estaba absuelta.

Desde entonces, no dijo una palabra más.

Al día siguiente, á las doce, Berta Minou, mujer de Garnache, murió sin sufrimiento. En el último momento vagó un nombre por sus labios blancos, como un suspiro:

—¡José!

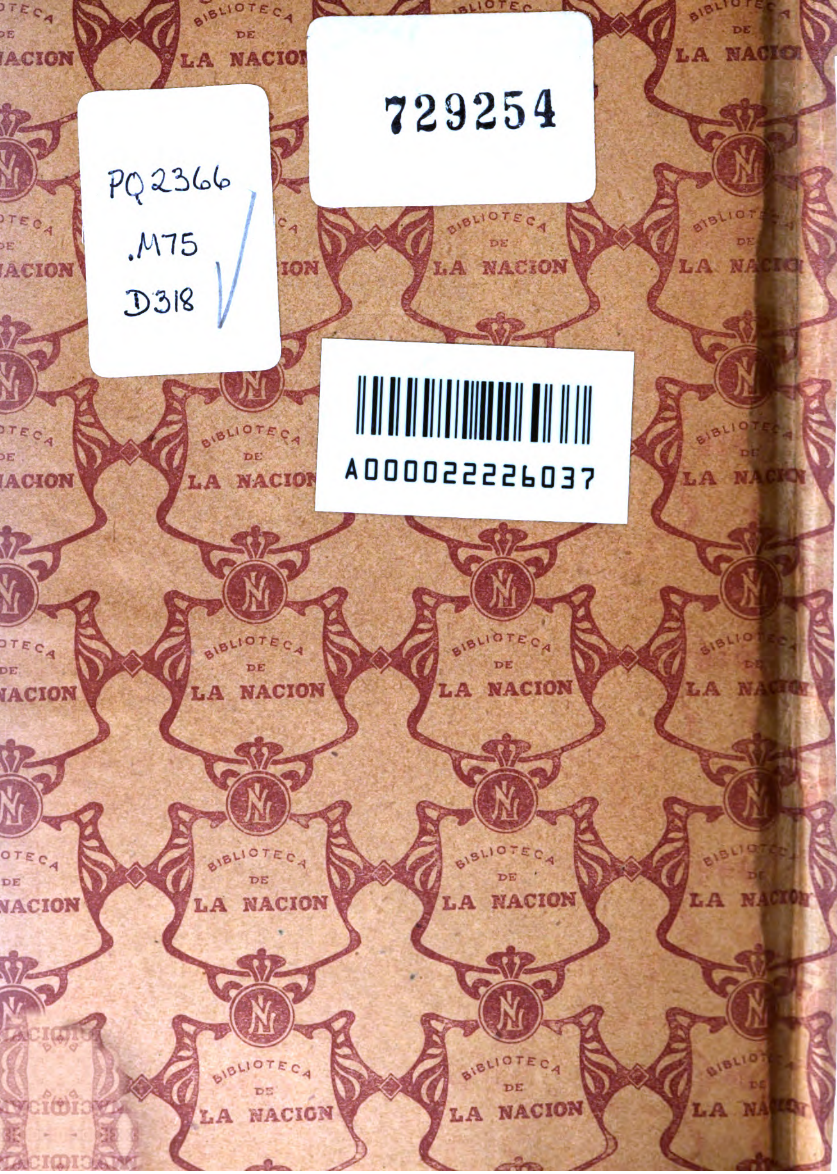
Regino, mucho después, repetía con frecuencia:

—Decían que no quería á su hijo... pues lo último que dijo fué su nombre...

Pero el hijo seguía dudando, pues había, para Berta, dos que llevaban ese nombre. Confesada su falta en el umbral de lo desconocido, acaso llamaba á aquel hijo tan trágicamente querido y con el que iba á reunirse, con su nombre verdadero, con ese nombre que no había llevado en vida.

Durante algunos años, José guardó en el corazón su pesado secreto. Sin embargo, después de morir Regino, el joven hizo algunas veces esa tímida confidencia, y todavía terminaba siempre su fantástica historia confesando que, después de todo, no sabía bien cuál era en eso la verdad exacta.

FIN



BIBLIOTECA DE LA NACION




A000022226037